GALARDÓN LETRAS DEL MEDITERRÁNEO 2026

ANA COVADONGA CASTRO



EL ÚLTIMO TORMENTO

Cada crimen es un mensaje.
El siguiente va por ti.

ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

ANA COVADONGA CASTRO

EL ÚLTIMO TORMENTO



A mis hijas, las dos historias que dan
sentido a todas las demás

Prólogo

Con la cara aplastada contra el asiento de un coche que huele a humo y a sudor, Davinia se teme lo peor. El hombre que presiona su cabeza afloja de vez en cuando para permitirle coger un poco más de aire antes de volver a presionarla sobre el tejido similar al terciopelo. Hasta el momento en que unas manos desconocidas la introdujeron a la fuerza en ese Range Rover apestoso, Davinia creía que ya había cumplido con su cupo de sufrimiento, que no había nada peor que pudiera pasarle que lo que ya había vivido. Su madre se había ido de este mundo demasiado pronto, dejándola en manos de un padre abrumado por la pérdida que apenas era capaz de cuidar de sí mismo. Ella asumió que el hombre que la había criado con tanto amor durante sus primeros años de vida también se había marchado cuando el débil corazón de su madre dejó de latir; que ya no quedaba ni un resquicio de su padre en ese ente cabizbajo y meditabundo con el que, en alguna que otra ocasión, se topaba en el pasillo de su casa.

Aunque no era más que una adolescente, uno de sus profesores ya se había fijado en ella de una manera en la que un adulto jamás debería mirar a una niña. Al docente no le frenaron los más de veinte años de diferencia a la hora de proponerle beneficios en la nota a cambio de una mamada. Davinia acudió a la directora para denunciarlo, pero tan solo la miró por encima de unas gafas que debían de costar más o menos lo que su padre ganaba en dos meses trabajando y le dijo: «¿Estás segura? Mira que Emilio es un

respetado padre de familia. ¿No lo habrás malinterpretado?». Davinia le mantuvo la mirada y le dijo que era algo difícil malinterpretar la palabra *mamada*, pero de nada sirvió. Cuando sus compañeros se enteraron del asunto, la cosa se puso aún más complicada: no había ni un solo día en que no la recibieran con ese gesto obsceno que simula una felación. Ahora todos sus problemas no le parecen más que granitos de arena comparados con el inmenso desierto con el que prevé que deberá enfrentarse.

—Ya hemos llegado.

Davinia continúa con los ojos tapados, pero intuye que ha sido la voz del conductor la que ha roto el silencio. El hombre que empujaba su nuca levanta la mano para agarrar con fuerza las bridas que atan sus muñecas y que, con el roce, han desgastado su piel hasta clavarse en su carne. Le duele, y mucho, pero no se atreve a quejarse. No se atreve a hacer nada que no sea dejarse llevar por esos hombres desconocidos, que, durante el trayecto, hablan de ella como si no fuera más que un objeto.

Uno de ellos desata la venda que le cubre los ojos, un trozo de tela irregular que la mantiene ajena a lo que sucede a su alrededor. Está desorientada y sus pupilas aún no se han acostumbrado a la oscuridad del entorno, por lo que apenas puede distinguir dónde se encuentra. Hay árboles y vegetación en cada rincón al que le alcanza la vista y una brisa fresca acaricia su nuca, así que supone que la han llevado a una de las montañas cercanas a su ciudad, a esas a las que solía acudir con sus amigos mayores de edad para fumarse unos porros y sentirse más mujer. El hombre que sujeta sus muñecas la empuja hacia delante, obligándola a caer de rodillas en el suelo. Por fin, Davinia se atreve a ladear la cabeza para observar a quienes la han raptado. Los faros del vehículo, que están situados a la espalda de sus captores, apenas le permiten observar sus rasgos,

aunque es capaz de discernir que son tres los varones que la han llevado a ese recóndito lugar.

—Es tu turno, cariño —le dice el hombre que está más adelantado mientras se acerca a ella para liberarla de las bridas que la apresan —. ¡Corre todo lo que puedas, cervatillo!

Lo mira confusa. No comprende qué es lo que pretende ese desconocido de pelo canoso y gesto rudo. Aun así, el miedo la invade y la obliga a ponerse en pie para cumplir la orden de su captor.

La tierra seca se le pega a la planta de los pies y araña su piel a cada paso. Siente cómo las ramas quebradizas sobre las que pasa se le clavan en la carne, pero no está dispuesta a parar, no puede. No quiere descubrir lo que ese hombre le tiene preparado.

El aire le quema en los pulmones. No sabe cuánto tiempo lleva corriendo por ese bosque sumido en la oscuridad, pero tiene la certeza de que sus piernas no aguantarán mucho más. Una parte de ella desea quedarse allí, sentada contra un árbol a la espera de su destino. Sin embargo, unos cuantos ladridos repletos de rabia le hielan la sangre y la invitan a continuar huyendo.

Es en ese momento cuando lo comprende. «Vienen a por mí», se dice mientras escucha unas pisadas rápidas que se aproximan cada vez más. Sabe que cuatro patas corren más que dos, así que decide ganar ventaja de la única manera que se le ocurre. «Nunca he visto trepar a un perro», piensa a la vez que se agarra con fuerza a la corteza de una carrasca. Davinia consigue alcanzar un saliente con su mano derecha y se impulsa hacia arriba, para quedar colgada a un metro del suelo. Sus pies descalzos trepan por la rugosa madera, permitiéndole ganar algo más de margen. Una rama robusta le parece el lugar ideal para escapar de los animales salvajes que la

persiguen y alarga el brazo para alcanzarla hasta rozarla con la punta de los dedos.

Un grito ensordecedor resuena entonces entre la maleza. Las fauces del perro más veloz han logrado alcanzar el tobillo izquierdo y ahora se cierran a su alrededor como si de un cepo para osos se tratase. La niña mueve de un lado a otro la pierna mientras chilla de dolor, tratando de zafarse del agarre, pero los cuatro perros restantes no tardan en unirse a la fiesta y, entre todos, consiguen hacer que el cuerpo magullado de Davinia caiga sobre la hojarasca.

Más de doscientos dientes separan la piel de la chica, arrancándole trozos de carne que los canes mastican con ansiedad. Poco a poco, su visión se torna más y más borrosa, aunque sigue siendo capaz de discernir los variados pelajes de sus asesinos, iluminados por una enorme luna llena que acompaña a la niña en su tormento. Los jadeos incesantes de las bestias inundan el ambiente y el olor a sangre es cada vez más patente, lo que azuza aún más a los hambrientos perros para que continúen dándose ese festín. Las lágrimas que se habían acumulado en los ojos de Davinia abandonan su lugar para resbalar por su rostro hasta caer sobre la hierba, ahora encharcada de sangre.

Desea morir, desea dejar de sentir el intenso dolor que le provoca cada mordisco al rebanarle la piel. Sin embargo, su organismo se resiste a dejarla ir, obligándola a experimentar un sufrimiento que nadie en este mundo sería capaz de describir.

El perro más joven, aún hambriento, le regala el descanso cuando, tras relamerse un hocico blanco embadurnado de sangre, desgarra el cuello de la niña con sus afilados colmillos. Es entonces cuando comienza a abandonarse poco a poco, sintiéndose en paz y dejándose arropar por los brazos de una madre que jamás dejó de esperarla.

1

Lleva demasiado tiempo esperando, demasiadas noches soñando con que llegue su momento. Sin apartar la mirada de la pantalla de su *smartphone*, le da una nueva calada al puro que sujeta con sus amarillentos dedos. La nicotina siempre consigue calmarle, aunque no lo suficiente.

El vídeo se reproduce una y otra vez, en bucle, sin descanso. La música que su protagonista ha elegido como banda sonora resuena en la habitación convertida en una melodía interminable que deleita los oídos del hombre. Alarga la mano para alcanzar el vaso de *whisky* seco que reposa en el escritorio situado frente a él y, tras acercárselo a los labios, le da un sorbo largo. El líquido recorre su garganta; parece puro fuego. No le gusta el sabor, pero sí la sensación que el alcohol que contiene esa bebida consigue causarle. Esa quemazón le distrae de sus problemas, de su dolor.

No han sido años fáciles. Las lesiones le han ido robando poco a poco las ganas de vivir. No está recuperado del todo, pero el hecho de saber que su ansia de venganza se verá pronto satisfecha le da un motivo para continuar, aunque nunca vaya a ser el mismo de nuevo.

No lleva demasiado tiempo allí, pero ya siente que ese lugar le pertenece. Es lo bueno que tiene vivir casi como un nómada, quitándose de en medio cuando las cosas se ponen feas, cuando los negocios no salen como deberían. Sin embargo, ese último traslado

está motivado por algo mucho más especial: pronto saldará una deuda que, hasta hace poco, creía que jamás sería liquidada.

Una vez más, los ojos de la niña que sale en el vídeo de TikTok que su móvil reproduce se cruzan con los suyos. Unos ojos verdes con ligeras pintas marrones que rodean las pupilas negras de la muchacha, como soldados que protegen fieles al emperador durante una batalla, se cruzan con la mirada viciosa del hombre. «No podría olvidarlos aunque quisiera», se dice. Sin embargo, lo cierto es que jamás ha querido dejar de pensar en ellos. Cada noche desde aquel día fatídico se ha obligado a recordarlos, a rememorar cada mínimo detalle de los últimos ojos a los que miró antes de caer desplomado en el suelo mientras la sangre abandonaba a borbotones su cuerpo. Recuerda la debilidad que invadió su organismo, el fundido a negro que lo devoró, llevándole a la oscuridad más profunda y gélida en la que jamás se había visto envuelto. Por primera vez en su vida, se sintió frágil, endeble. A merced de su entorno.

Por suerte, uno de sus esbirros, alarmado por el escándalo, lo encontró a tiempo para llevarlo al hospital; para entonces, ya no había rastro de su atacante. Si no hubiera sido por la pronta atención médica recibida, no lo estaría contando. Se encargó, a base de sobornos, de que el personal sanitario no alertase a las autoridades, pues, si la Policía se hubiera enterado de las características del ataque que había sufrido, su imperio se habría tambaleado, y eso era algo a lo que no estaba dispuesto.

«Esa puta tiene los días contados, joder», piensa a la vez que aspira de nuevo el humo que extrae de su puro, ya casi totalmente consumido. A veces desearía haber muerto en ese mismo instante, en el suelo frío y mugriento de su despacho, pues la batalla que tuvo que librar después fue agotadora y más larga de lo que jamás habría imaginado. El único motor que lo mantenía centrado eran esos ojos

verdes salpicados de marrón. Quería encontrarse con ellos de nuevo para, en esa ocasión, ser él quien le dedicase una mirada altiva. Quería ver cómo se apagaban despacio mientras su dueña era consciente del fatal error que había cometido. El simple hecho de imaginárselo llegaba a excitarlo.

El hombre se da el lujo de ver de nuevo el vídeo que la aplicación no ha dejado de reproducir desde hace un buen rato. «La última vez», se promete. Clava la mirada en esa niña, que, junto a un par de amigas más, representa una ridícula coreografía frente a la cámara mientras los viandantes que atraviesan el plano, pertenecientes a una generación diferente, les dirigen miradas de confusión. El baile termina y, muy a su pesar, el hombre abandona el vídeo y bloquea la pantalla de su teléfono móvil. Sabe que es el momento de actuar, que debe rastrear a su presa, conocer sus hábitos, observarla en silencio. No quiere dejar nada al azar, no se lo puede permitir. Solo tendrá una oportunidad y piensa aprovecharla. Quiere ocasionarle un daño tan inmenso que no sea capaz de describirlo con palabras, desea que le falte el aire a causa del dolor. Necesita que pague por lo que le hizo.

Su plan ya había comenzado y una adolescente desconocida había perecido. Aún recuerda su melena larga y negra meneándose bajo la luz de la luna mientras huía despavorida de un destino que ya la había atrapado. Sus gritos, irrumpiendo en la calma de aquel bosque sumido en casi una absoluta oscuridad, le pusieron los pelos de punta. No estaba acostumbrado a que los lamentos que acariciaban sus oídos los entonase una voz femenina y, para su sorpresa, el cambio le pareció del todo agradable.

No fue fácil dar con el punto justo de hambre en los perros que había elegido como instrumentos. De hecho, en un primer momento habían sido siete los desgraciados canes que quería utilizar, pero,

tras dos días de ayuno forzoso, comenzaron a devorar a los más débiles, masacrando a un *pitbull* joven de color canela y a un pastor alemán demasiado entrado en años. Después de ese pequeño incidente, decidió guardarlos en jaulas separadas para evitar nuevos sustos: los quería famélicos, pues necesitaba que no se dieran por vencidos, que persiguiesen a su víctima hasta atraparla.

Lamentablemente, no pudo presenciar el espectáculo debido a la celeridad con la que ocurrió, aunque sí pudo percibir los aullidos de dolor de la adolescente mientras sus esbirros de cuatro patas la desmembraban sin piedad. Cuando los canes volvieron a su amo, con los morros ensangrentados y restos de vísceras entre las fauces, el hombre se encargó de liquidarlos uno a uno a pesar de las miradas suplicantes de los animales. Eso sí, con ellos tuvo más piedad de la que jamás había tenido con los seres humanos: los aniquiló de un solo tiro y, una vez que acabó con todos, les pidió a sus hombres que los tirasen al mar. Los peces se lo agradecerían.

Lamentablemente, la muerte de aquella chiquilla había caído en saco roto. Él quería que ese primer tormento tuviera lugar una vez que hubieran cazado a su verdadero objetivo, pero la incompetencia de los suyos lo había obligado a replantearse la situación para hacer que todo encajase de nuevo. Aunque la idea inicial implicaba depositar el cadáver de esa adolescente en un lugar emblemático de la ciudad, el hombre lo descartó de inmediato: no quería dar ninguna pista sobre su presencia hasta que su objeto de deseo estuviese entre esas cuatro paredes que había reservado especialmente para ella.

Por lo que había visto en las noticias, la Policía daba por hecho que la muerte de su primera mártir no había sido nada más que un accidente, una turbia casualidad que hizo que su camino se cruzara con el de unos cuantos perros callejeros hambrientos, que

encontraron en ella —en su tierna carne— la solución al dolor que les provocaba el vacío de sus estómagos. El hombre agradecía que no se le diera demasiado bombo a esa muerte, pues para él no había sido más que un error de cálculo. Es cierto que disfrutó de los alaridos que su joven garganta había emitido mientras la vida se le escapaba, pero su plan había sufrido un grave desbarajuste y prefería que la muerte de esa chiquilla no le diera dolores de cabeza: necesitaba concentrarse con todas sus fuerzas en remendar lo que los estúpidos de sus esbirros habían estropeado.

Aunque ya son las diez de la mañana y el sol brilla con fuerza en un cielo completamente azul y despejado, el despacho del hombre permanece en penumbra. Da igual el lugar en el que se encuentre: siempre tiene las persianas bajadas y la única iluminación en aquel cuarto lleno de humo y desorden la facilita una lámpara de pie con luz amarilla que, lejos de proporcionar calidez a la estancia, la dota de una sensación de angustia que no pasa desapercibida para ninguno de los que acuden de visita.

El hombre apaga el puro en un cenicero con forma de flor de loto que apenas tiene hueco para acoger más colillas. «¿Seguirá pensando en mí?», se pregunta mostrando sus dientes desgastados y ligeramente amarillos. La odia con todas sus fuerzas y el tiempo, lejos de apaciguar su rabia, solo ha conseguido acrecentarla. Su terapeuta siempre le aconseja que deje de centrarse en la venganza, asegurándole que es una sensación que únicamente perjudica a quien la experimenta, pero él no es capaz de aplicar esa teoría. A sus cuarenta y cinco años cree que ya es tarde para moldear su personalidad: él siempre ha sido como un perro de presa, como un león hambriento que acecha entre la maleza hasta que, llegado el momento justo, emprende la carrera tras una cebra asustada, a la que acaba atrapando entre sus fauces para devorarla por completo.

Eso no va a cambiar, y mucho menos ahora que tiene la opción de redimirse al alcance de las manos.

—¿Se puede?

La tímida voz de uno de sus secuaces interrumpe los pensamientos del hombre, que ya había comenzado a servirse una nueva copa de Blanton's, esta vez acompañando el líquido con un poco de hielo.

—Adelante —dice, casi sin vocalizar.

Un chaval de veintipocos años que no pesará más de sesenta kilos entra en el despacho y se impregna del humo del puro que aún flota en el ambiente. Es la primera vez que el hombre lo ve. «Debe ser de los nuevos», piensa divertido al ver la expresión de miedo que muestra el rostro del joven. Le encantan esos primeros encuentros, en los que el pavor les invade. Con el paso del tiempo, el respeto permanece, pero, normalmente, el temor va amainando. Por eso al hombre le gusta disfrutar de esos instantes en los que se siente el mayor depredador del planeta.

—Pasa, chaval —dice con voz áspera—, que no muerdo. No siempre, al menos.

El muchacho esboza una sonrisa nerviosa que retroalimenta aún más el despotismo del hombre. Parece un conejo asustado a punto de salir corriendo a esconderse en su madriguera. Casi temblando, el chico se acerca un poco más a la mesa, situándose frente a ella mientras consigue infundirse del valor necesario para hablar.

—La hemos encontrado —dice finalmente—. Esta vez no hay dudas.

El hombre detiene el movimiento del brazo justo antes de que el vaso de *whisky* le roce los labios. Lleva horas esperando esas tres palabras, esa frase contundente que le acerca un poco más a su deseo más anhelado. «Espero que así sea. De lo contrario, os partiré

el cuello uno a uno», piensa sin dejar de mirar al mensajero. Una sonrisa reptiliana comienza a dibujarse en su cara y marca las múltiples arrugas que pueblan su piel. Un brillo que roza lo obsceno hace su aparición en la mirada, antes apagada, del hombre. Casi puede saborear el momento en el que todo acabe, en el que consiga cambiar las tornas de ese asunto pendiente desde hace años. El hombre se lleva el vaso a la boca y deja que, de un solo trago, el líquido, ahora bien frío, le invada el cuerpo. Golpea el escritorio con el culo del cristal, consiguiendo que el muchacho se sobresalte. Sin dejar de sonreír, se pasa las manos toscas un par de veces por el pelo, cada vez más grisáceo. Lleva mucho tiempo sin sentirse así, tan vivo.

Apoya las manos en el escritorio y se levanta del sillón de cuero con una ligera dificultad, dejando que su casi metro noventa intimide aún más a su visitante. Clava sus ojos en él, que le devuelve una mirada esquiva. «Este no va a durar ni dos telediarios», piensa.

—¿A qué cojones estáis esperando? ¿Es que tengo que hacerlo yo todo? —dice finalmente—. ¡Ya vamos con retraso, joder! ¡Poneos a trabajar!

El muchacho abandona la habitación casi a la carrera, cerrando la puerta tras de sí al salir. «Los hombres ya no son lo que eran», se lamenta mientras permanece de pie frente a su escritorio. Cuando empezó en el negocio, todos tenían la misma ansia por medrar, por hacerse un nombre. No le tenían miedo a nada ni a nadie. Sin embargo, las nuevas generaciones le parecen blandas, débiles, algo que le perjudica a él y a la organización que tanto le ha costado crear. Se promete que hablará con su mano derecha para que deje de traerle niñatos cagados de miedo y comience a reclutar hombres con un par de cojones bien puestos. «Hay que joderse», piensa, y ríe con su propia ocurrencia.

Echa un vistazo a su móvil y, una vez más, accede a la aplicación de TikTok. «Benditas redes sociales», celebra. Ha visto tantas veces el vídeo que está seguro de que podría reproducir al milímetro esa estúpida coreografía. Sin embargo, ahora lo ve con otros ojos: con los de un caimán que tiene ante sus mandíbulas ovaladas un jugoso manjar que no se ha percatado de su presencia y que desconoce por completo lo que se le viene encima.

2

Clon, clon, clon...

El grifo de la cocina no deja de derramar diminutas gotas de agua que caen sobre el metal del fregadero a un ritmo fijo, emitiendo un sonido digno de una tortura china. Micaela se revuelve entre las sábanas gracias a ese ruido desagradable que irrumpe en su habitación y termina por despertarla. Con cada uno de sus movimientos puede sentir intensos pinchazos en los músculos y una pesadez generalizada con la que prevé que deberá luchar durante todo el día. Se lamenta por haber decidido doblar su clase de *jiu-jitsu* el día anterior: tres horas de ejercicio intenso son demasiado para cualquiera, y más cuando la mayoría del tiempo te lo pasas retorciéndote en el suelo mientras tratas de asfixiar a tu oponente, que te saca más de veinte kilos, con una llave de cuello.

Con dificultad, Micaela aparta las sábanas que la mantienen aprisionada en la cama y se incorpora decidida a abandonarla sin dejar de escuchar el golpeteo del agua. Todavía no es capaz de abrir los ojos del todo, pues la luz que se cuela por la puerta entreabierta le molesta demasiado. Tras llevarse la mano a la nuca, se acaricia la piel tratando de calmar, de esa manera, la contractura que se ha adueñado de ella. Es la parte del cuerpo que más le duele, aunque la competición no está nada fácil: sus bíceps y sus tibias le siguen bien de cerca. Una vez que ha comprobado que la molestia que siente en el cuello va a requerir mucho más que unas cuantas caricias para diluirse, se levanta de la cama y sale de la habitación

para encaminarse al baño, no sin antes dirigirle una mirada de desprecio al grifo de la cocina, que continúa goteando.

Su apartamento no es gran cosa, lo suficiente para llevar una vida digna: dos habitaciones, un baño y una estancia modesta en la que se unen la cocina, el comedor y el salón. La decoración es bastante neutra, algo que a ella no le preocupa. Nunca se ha propuesto modificarla ni añadir nada demasiado personal, pues no le gusta encariñarse con los lugares en los que habita. Después de tantos años yendo de aquí para allá, es incapaz de establecer un vínculo, aunque en esta ocasión es cierto que cree que su estancia será más larga que las anteriores.

Micaela se mete en la ducha con desánimo. Son más de las diez de la mañana, pero ha trabajado hasta tarde y el cansancio del trasnoche, unido al del entrenamiento, le hacen difícil espabilarse. Sin embargo, no se da por vencida e intenta ganarle la batalla al agotamiento a base de una ducha con agua fría, de la que se arrepiente en cuanto el chorro expulsado por la alcachofa roza su piel.

—¡Joder! —grita, oculta tras una cortina de ducha que, aunque en su momento fue de un blanco inmaculado, ha comenzado a tornarse amarilla.

Poco a poco su cuerpo se acostumbra a la helada temperatura del agua y sus músculos le agradecen el detalle: el frío los ayuda a calmar la tensión que el ejercicio intenso de la tarde previa les ha provocado. Micaela representa un baile de lo más estrambótico con la intención de no mojarse el pelo mientras se ducha, pues no le apetece cumplir con el protocolo que su larga melena, ahora recogida en un improvisado moño, la obliga a llevar a cabo cada vez que se decide a lavarla. Además, tiene previsto ir a la playa esa misma tarde y sabe que acabará con el pelo rebozado en arena.

Cuando se da por satisfecha, abandona la ducha y se seca frente al espejo sin hacerle demasiado caso a la imagen que refleja. Hace tiempo que se propuso dejar de preocuparse por su aspecto físico, pues considera que no es más que una distracción, un problema generado por la sociedad para evitar que la gente se centre en lo verdaderamente importante. Tiene sus días de debilidad, en los que se lamenta por una arruga nueva o una zona que considera que está más flácida que el mes anterior, pero enseguida se corrige. Se ha cansado de hablarse mal: la vida ya ha sido demasiado dura con ella.

Tras volver a su habitación envuelta en una toalla, se viste con un pijama corto, de esos que dejan poco a la imaginación, y regresa a la cocina. Un día más se ha olvidado de recoger la toalla húmeda que ha dejado sobre la cama, algo de lo que se lamentará más adelante, cuando quiera acostarse de nuevo y se encuentre con unas sábanas mojadas.

Lo primero que hace es manipular las manillas del grifo para tratar de frenar el goteo constante, que ya está a punto de volverla loca. Siempre ha odiado ese tipo de sonidos, como el del tictac de los relojes. Consiguen sacarla de sus casillas. Cuando está al borde de perder los nervios, logra que el tintineo metálico se detenga y suspira aliviada.

Una sonrisa se dibuja en su cara al ver un pequeño desayuno dispuesto sobre la encimera de la cocina. En un plato azul con los bordes descascarillados reposan un par de tostadas de pan de semillas cubiertas con aguacate y jamón serrano, acompañadas de una guarnición a base de nueces y pasas. Al lado hay un enorme vaso de zumo de naranja al que, seguramente, ya se le habrán escapado las vitaminas, tal y como dirían las madres de los milenials. Una nota doblada sobre sí misma un par de veces le pone

la guinda al pastel. Micaela agarra el papel y lo abre: «Sé que te vas a levantar hecha un cuadro, así que he decidido prepararte el desayuno para que no te alimentes a base de dónuts. Nos vemos a la hora de comer. Te quiero».

Micaela suspira casi emocionada. En realidad, le apetece mucho más comerse un par de dónuts bañados en chocolate que esas dos tostadas *healthy* que le han preparado, pero se decide por hacer caso de la nota y le da un buen mordisco a una de ellas. El aguacate se le deshace en la boca y agradece inmediatamente haber tomado esa decisión. «Pues no están tan mal estas cosas modernas», piensa, a la vez que le da otro bocado a su tostada.

Criar a su hija sola no ha sido tarea fácil, pero ahora que Bianca ya es una adolescente, Micaela podía darse por satisfecha: había hecho un buen trabajo. Aunque tenía, de vez en cuando, unas salidas de tono típicas de su edad, se había convertido en una mujer fuerte, fiel e independiente y eso era algo que la llenaba de orgullo. Micaela sonríe al recordar el momento exacto en que se dio cuenta de que lo había conseguido. Bianca solo tenía ocho años y caminaba junto a su madre por una calle cualquiera del barrio madrileño en el que por aquel entonces vivían. Cuando pasaron frente a una obra, uno de los trabajadores le dedicó a Micaela un comentario de mal gusto, de esos que ellos definen como «piropo», pero que no dejan de ser un instrumento intimidatorio. Estaba a punto de responder a ese degenerado, pero su hija se le adelantó. No superaba los ciento veinte centímetros de estatura, pero con su aplomo y su desparpajo le respondió: «Si tuvieras el cerebro tan grande como la barriga, no dirías esas cosas tan feas». Dejó callado a ese hombre y a los otros siete obreros que contemplaban la escena. La pequeña miró a su madre y sonrió, orgullosa de seguir sus pasos, los de la mujer que más admiraba. Micaela era consciente de que esa valentía podía

traerle muchos problemas, pero siempre había sido una fiel creyente del dicho de que es mejor morir de pie que vivir de rodillas.

En cuanto enciende el televisor, el boletín informativo de MediTV llama de inmediato su atención, devolviéndola al presente. Al parecer, hace un par de noches encontraron el cuerpo sin vida de una joven que había huido de casa tras discutir acaloradamente con su padre por una sopa de verduras que estaba más fría de lo esperado. El programa no exhibe imágenes de la finada, aunque se recrea proporcionando datos morbosos, como la cantidad de mordeduras que sus asesinos de cuatro patas le habían propinado. Micaela dedica unos segundos de silencio a desear que, si de verdad existe algo después de esta locura a la que llaman vida, el alma de esa chiquilla sea capaz de encontrar la paz que no pudo hallar en este mundo.

El reloj de pared marca las once menos veinte de la mañana cuando Micaela se termina su desayuno. Se lava los dientes durante tres minutos, tal y como le decía su madre, y se tumba en el sofá del salón con la intención de revisar su teléfono móvil. Sin embargo, cuando agarra el terminal, se da cuenta de que se ha quedado sin batería.

—¡Vaya por Dios! —se lamenta mientras se levanta de su no demasiado confortable asiento para coger el cargador.

Una pila vacía se dibuja en su pantalla y Micaela apoya el móvil sobre la encimera para dejarlo cargar un poco antes de utilizarlo. Aprovecha esos minutos ajenos a las tecnologías para mirar por la ventana de la cocina. No hay demasiada gente transitando las aceras, es lo bueno de vivir en una urbanización relativamente alejada del centro. Eso y el precio del alquiler, claro, porque no cualquiera puede permitirse los importes que se reclaman en la ciudad. Está contenta con la urbanización, aunque odia tener que

coger el coche para absolutamente todo. Al menos los vecinos son agradables, algo que considera muy importante.

—¡Casi se me olvida! —exclama como si alguien pudiera escucharla.

Camina hacia la puerta de entrada dejando que las migas que aún permanecían sobre su pijama se precipiten al suelo y, al abrirla, encuentra una bolsa de plástico anudada sobre el felpudo. La recoge con una sonrisa y la lleva a la cocina. Una vez más, su vecina Lourdes le ha dejado preparado un táper con una de sus deliciosas comidas. Esta vez toca pollo estofado, el favorito de Micaela. Aparta la tapa durante unos segundos para aspirar el delicioso aroma y, tras cerrarla de nuevo, introduce el táper en la nevera, dispuesta a dar buena cuenta de él en cuanto llegue la hora de comer.

Cuando considera que ya le ha dado suficiente cancha al móvil, lo enciende sin desconectarlo de la corriente y apoya los codos en la encimera dispuesta a entretenerse un buen rato con sus redes sociales. «Seguro que el Chino ha colgado algún vídeo del entrenamiento de ayer», piensa a la vez que introduce el PIN de la tarjeta SIM cuando se lo solicita el terminal. Tras iniciarse el sistema operativo, más de cinco mensajes de texto aparecen en la pantalla. Son llamadas perdidas de un teléfono que no conoce, pero al que enseguida se apresura a llamar.

—Buenos días, soy Micaela Fiore —dice en cuanto descuelgan la llamada—. Tengo varias llamadas perdidas de este número. ¿Con quién hablo?

—Buenos días, señora Fiore. Es el instituto Virgen de la Paz —responde su interlocutor—. La hemos llamado porque su hija no ha acudido hoy a sus clases y ya sabe que debemos comprobar que la ausencia está justificada. ¿Se debe a algún tipo de enfermedad o cita médica?

Micaela recupera la verticalidad de un impulso mientras siente cómo la sangre abandona rápidamente sus extremidades para hacer latir más y más fuerte su corazón.

—¿Qué quiere decir? —pregunta casi sin poder respirar—. ¿Dónde está Bianca?

—Creíamos que estaba con usted, señora —responde el hombre, ahora con voz temblorosa—. No tenemos noticias de que haya venido a clase en la mañana de hoy. ¿Está segura de que no está en casa?

Micaela desenchufa el teléfono, aun a riesgo de que se apague, para ir corriendo a la habitación de su hija. La cama está perfectamente acomodada, todo está ordenado milimétricamente, tal y como a Bianca le gusta. No hay rastro de la niña por ningún lado y tampoco está la mochila del colegio. Desorientada, observa la estancia sin comprender qué es lo que está pasando.

—¿Señora? —La voz masculina que llega del otro lado de la línea llama su atención.

—No está —acierta a decir ella.

El hombre comienza a darle recomendaciones sobre cómo actuar: que hable con sus amigas, que acuda a la Policía Nacional a denunciar la desaparición, que siga sus últimos pasos...

Pero Micaela no escucha. No es capaz de procesar ningún tipo de información. Tan solo permanece con el móvil pegado a la oreja sin dejar de mirar las fotografías con las que su hija ha decorado una pared de su habitación. Su sonrisa perfecta, de esas que son capaces de iluminar una estancia por si solas.

Y con la sensación en las entrañas de que algo no va bien.

3

Desde que salió de Asturias, no ha pasado ni un solo día en que no la echase de menos. Ese sentimiento se acentúa aún más cuando el calor comienza a invadir Castellón, que, aunque no es uno de los lugares más cálidos en los que ha residido, poco tiene que ver con el frescor interminable del norte de la península. Aunque más de la mitad de la sangre que corre por sus venas es castellonense, Rubén echa de menos dormir tapado todo el año, con un edredón nórdico bien grueso de esos que pesan un quintal. En su nuevo destino no hace falta ni siquiera cubrirse el cuerpo con una sábana: a veces le sobra hasta su propia piel. Por suerte, el verano ya ha dejado de atosigarlo y, aunque es tan caluroso que continúa utilizando un ventilador para refrescarse, su estancia en Castellón se ha vuelto más sostenible.

Hoy se ha tomado el día libre para darse un descanso. No es que haya tenido demasiado trabajo últimamente, pero adaptarse a la nueva plantilla a la que le ha tocado ir destinado tras jurar el cargo de inspector de la Policía Nacional ha sido todo un reto. Aunque es uno de los primeros de su promoción, se ha dado cuenta de que la realidad poco tiene que ver con lo que ha estudiado en la Escuela en Ávila, y ponerse al frente del grupo que investiga los homicidios y delitos violentos de una comisaría provincial como la de Castellón no ha sido nada fácil. Hasta el momento sus investigaciones no han ido más allá de unas lesiones a la salida de una discoteca y algún adolescente desaparecido que únicamente había decidido saltarse el

toque de queda que sus padres le habían impuesto; pero Rubén teme el momento en que deba enfrentarse al primer asesinato de su carrera. Nunca le ha dado reparos ver cadáveres, incluso ha acudido a alguna autopsia. Es la parte emocional de la pérdida lo que lo atormenta: no se ve capaz de gestionar el dolor de los familiares de las víctimas, como tampoco ha sido capaz de hacerlo con el suyo.

Aunque su andadura en esa plantilla no es para nada extensa, ya ha tenido un encontronazo con Ferrer, su jefe inmediato. Todo surgió a raíz del hallazgo del cuerpo mutilado de una chica de dieciséis años en un monte de la provincia, casi completamente devorada por, supuestamente, varios perros salvajes que casualmente pasaban por allí. Su padre había denunciado la desaparición de la menor escasas horas antes, manifestando que había salido de casa, como tantas otras veces, después de tener una fuerte discusión con él. Antes de que Rubén pudiera ponerse manos a la obra, unos montañeros dieron la voz de alarma al encontrarse con el amasijo de carne ensangrentada que, en algún momento, había sido Davinia.

Los restos de la muchacha apenas eran identificables, pero un tatuaje con el nombre de su madre tras la oreja izquierda, el cual sorprendentemente continuaba intacto, disipó todas las dudas sobre su identidad. Las cuencas vacías del rostro de la menor perseguían a Rubén, rogándole que hiciera justicia. Pidiéndole que no la dejase caer en el olvido.

Ferrer, desde un primer momento, catalogó los hechos como «un cúmulo de catastróficas coincidencias», insinuándole al inspector que tan solo se trataba de un accidente y que, por ello, no había nada que investigar. Rubén se opuso, pues la teoría de que una niña hubiese llegado hasta ese inhóspito lugar por sí misma le parecía de lo más inverosímil.

—Los adolescentes hacen ese tipo de cosas, chaval —le dijo Ferrer a la vez que palmeaba su espalda haciendo gala de su soberbia—. Esta chica solo estaba en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Esas cosas pasan.

La discusión fue tomando mayor entidad a medida que Rubén desbarataba cada una de las hipótesis que su jefe planteaba, y Ferrer decidió poner punto final a la misma tirando de galones para ordenarle que cerrase el caso como una muerte accidental. Él trató de resistirse, pero la amenaza de cambiarle de puesto caló lo suficiente como para hacerle bajar las orejas. Y se odiaba por ello.

Rubén se quema los labios en cuanto se lleva su taza favorita llena de café a la boca. Son las once y media de la mañana y ya lleva en pie unas cuantas horas, pues se ha levantado antes de que el sol saliera para darse una buena carrera antes de desayunar. Nunca le ha gustado correr, pero adora la sensación de paz que las endorfinas liberadas con el ejercicio le aportan. Además, iniciar la carrera en el parque Ribalta es un lujo que no cualquiera puede permitirse. Le encanta zigzaguear por sus caminos y rodear el estanque de los patos mientras observa cómo estas aves se dan el primer baño del día, aunque no es la primera vez que un perro juguetón sale corriendo tras sus pasos para tratar de alcanzarlo y mordisquearle los tobillos.

—Quan canta el gall a mitjanit, o plou o fa vent, o el dimoni està solt.

Rubén recita en alto esa frase que tanto solía utilizar su abuelo, asturiano de nacimiento, pero castellonense de corazón: «Cuando canta el gallo a medianoche, o llueve, o hace viento, o el diablo está suelto». No sabe por qué, pero ese refrán irrumpió en su cabeza en cuanto la alarma del móvil lo despertó y, teniendo en cuenta que aquella noche no había llovido ni hecho viento, solo le queda la

opción más desesperanzadora de las tres que la cultura popular propone. «Si el demonio está suelto, habrá que darle caza», se dice a la vez que le da el último trago al café.

Después de una ducha, en la que ha alternado agua caliente y fría para favorecer la circulación, ha decidido ponerse al día con unas cuantas investigaciones abiertas de las que lleva en su grupo, iniciadas antes de que él llegase. No quiere que el inspector jefe ni el comisario lo pillen con la guardia baja en ningún momento, así que necesita tener en la cabeza cada detalle y avance que haya tenido lugar en ellas. Mientras se sumerge en oficios, declaraciones y partes de intervención, el rugido de su estómago le recuerda que aún no ha desayunado, así que se levanta del escritorio que ha dispuesto en la habitación de invitados a modo de despacho y se prepara el desayuno que, unos minutos después, se dispone a degustar.

Aunque lleva tiempo prometiéndose que no consultará las redes sociales mientras come, no puede evitar trastear en el móvil a la vez que se lleva, una tras otra, cucharadas bien llenas de gachas de avena mezcladas con yogur griego a la boca. El plátano que ha utilizado como *topping* aporta dulzor a la mezcla semiinsípida que desayuna casi cada día, algo que Rubén agradece. Por supuesto que preferiría tomarse un buen tazón de Cola Cao lleno de galletas azucaradas y bien engrasadas con aceite de palma, pero sus antecedentes familiares lo han obligado a preocuparse por su alimentación, pues tanto su padre como el padre de este fallecieron demasiado pronto a causa de un infarto. Sabe que las medidas que está tomando son demasiado extremas, pero, aunque siempre afirme que lleva ese estilo de vida por salud, no puede negar que disfruta cada vez que observa su torso definido frente al espejo.

Cuando está rebañando los copos de avena que se han quedado adheridos en el fondo cerámico del tazón, la melodía del móvil aparece en escena. Rubén frunce el ceño, pues no tiene ni idea de quién podría llamarlo a esas horas: aún es pronto para que su segunda de grupo le dé novedades y no hay nadie más en su entorno con quien suela hablar fuera del WhatsApp. Convencido de que se trata de alguna empresa de luz y gas dispuesta a ofrecerle sus servicios por un precio inmejorable, Rubén descuelga la llamada sin mirar la pantalla.

—¿Diga?

—¿No te ha llamado el jefe?

Rubén reconoce de inmediato la voz femenina que le habla al otro lado de la línea. Se trata de Lucía, la subinspectora del grupo de Homicidios y Delitos Violentos en el que trabaja. No la conoce demasiado aún, pero sí lo suficiente para saber que es una policía de las buenas, de las que no cierra el chiringuito hasta que encuentra lo que está buscando. Le saca diez años y unos cuantos más de experiencia, algo que a Rubén le da mucha tranquilidad: sabe que puede apoyarse en ella siempre que lo necesite.

—¿Lucía? ¿De qué estás hablando?

—Mueve el culo, inspector —bromea ella—. ¡Ha llegado tu momento! Tenemos una muerte violenta. Y esta vez no hay duda de que no ha sido fruto de un accidente.

Rubén traga saliva antes de responder. Aunque tenía claro que el momento de investigar un homicidio llegaría tarde o temprano, no puede evitar dar un respingo al escuchar a su compañera. Jamás se ha visto inmerso en una investigación de tal calibre y, aunque aún desconoce los detalles, ya comienza a notar cómo la ansiedad intenta dominarlo.

—Nos vemos en quince minutos —dice como única respuesta.

Tras dejar a remojo en el fregadero los cacharros que ha utilizado en el desayuno, Rubén se viste lo más rápido que puede y se sube a su Ducati Monster, el único capricho que se permite, dispuesto a llegar a comisaría antes de lo prometido. No la coge muy a menudo, solo cuando tiene prisa y no quiere sufrir el tráfico de la ciudad a bordo de su Volkswagen Passat. «Si mi madre me viera...», piensa, a sabiendas de que odiaría su medio de transporte, y los ojos se le empañan inconscientemente.

Echa de menos a esa mujer cada minuto que pasa, aunque lo hace con un poco más de intensidad cuando llegan los domingos al mediodía y no tiene su buena paella cocinada a la leña del naranjo. «No hay nada como la comida de mamá», piensa mientras espera impaciente a que el semáforo en rojo cambie a verde. Doce minutos después, tres antes de lo acordado, Rubén se baja de la moto y entra en el edificio gris de aspecto moderno y oscuras cristaleras que reflejan los rayos del sol, que ya se ha adueñado del cielo. Tras identificarse en la puerta de acceso, consciente de que todavía casi nadie de la plantilla lo conoce, sube las escaleras con prisa, tratando de ganarle algunos segundos al reloj.

—Ya estoy aquí —anuncia en cuanto entra por la puerta del despacho—. ¿Qué tenemos?

—No sabemos mucho —responde Pablo, uno de los policías del grupo—. Solo hemos escuchado el aviso a través de la malla de radiotransmisiones. Bastante escueto, la verdad.

—Lucía, vente conmigo a la zona —le pide Rubén a la subinspectora—. El resto permaneced en base por si necesitamos algo. Y si os llega nueva información, avisadme de inmediato.

Pablo asiente junto a Román y a Nerea, otros dos de los policías del grupo. Lucía se incorpora y coloca su arma reglamentaria en la funda de cuero que recoge la parte trasera de su cinturón. Cuando

ambos están listos, Rubén abandona el despacho junto a la subinspectora en dirección al *parking,* para coger uno de los camuflados del grupo y así desplazarse hacia la escena del crimen.

—¿Cómo lo llevas, guaje? —pregunta la veterana, que desde un principio ha decidido referirse a Rubén con ese mote cariñoso, a pesar de que comparten la mitad de su origen geográfico—. Pareces algo nervioso.

—Lo estoy —reconoce él—. Espero estar a la altura de los acontecimientos. Ya sabes que nunca he llevado un caso como este.

—No tengo ninguna duda de que lo vas a hacer bien —afirma Lucía—. Ya verás como no es para tanto. Visto un muerto, vistos todos.

—Ojalá tengas razón —responde Rubén.

Según el comunicado emitido por la sala del 091, el cuerpo está situado en la plaza Mayor, así que no les llevará más de diez minutos llegar. Con una llamada del coordinador de servicios, Rubén confirma la dirección exacta: el cadáver está atado a las rejas de una de las ventanas de la oficina de turismo, antigua casa Abadía, de cara a la torre El Fadrí.

—¿Te ha contado algo sobre la víctima? —pregunta Lucía.

—Sí —confirma él, cabizbajo—. Al parecer se trata de una mujer joven. Puede que menor de edad.

Lucía suspira. Hace unos minutos le aseguró a su compañero que todos los muertos eran iguales y que, por ello, el cuerpo se acaba acostumbrando a enfrentarse a los cadáveres, de piel fría y sus ojos vacíos. Sin embargo, no es del todo cierto: la gente joven siempre duele más. Sobre todo a ella, que tiene una hija de quince años recién cumplidos. Le es imposible no pensar en los padres de la chiquilla, en la angustia que experimentarán al recibir la noticia, en el dolor que va a apoderarse de ellos hasta el mismo día de su

muerte. Lucía estaciona el camuflado en las inmediaciones y toma aire profundamente una vez más antes de abandonarlo. Sabe que una nunca está preparada para ver algo así, pero ella sigue intentándolo.

Rubén camina en primer lugar por el azulejado grisáceo seguido de cerca por Lucía. El cordón policial que rodea la escena del crimen está cada vez más cerca y el inspector siente que sus pulsaciones aumentan con cada uno de sus pasos. Varios curiosos se acercan al lugar, unos con disimulo y otros sin ningún tipo de escrúpulo, sacan fotografías con sus teléfonos móviles a pesar de las repetidas advertencias para que desistan por parte de los policías de Seguridad Ciudadana que custodian la zona.

Cuando Rubén cruza el cordón policial, se queda paralizado. Lucía se hace a un lado para comprobar qué es lo que sucede y es entonces cuando la ve: una niña que no superará los diecisiete años está atada a la verja de la ventana del edificio situado frente a ellos. Su cuerpo desnudo y blanquecino apenas se distingue del color claro de la fachada, que parece querer fusionarse con el cadáver de la víctima, absorbiéndola para convertirse en un solo organismo. Tiene el pelo negro y enmarañado, y sobre su frente puede verse un número cinco de color parduzco. En la parte inferior del torso, a la derecha, una herida abierta y sangrante mutila su cuerpo. Es tan profunda que los policías casi aciertan a distinguir las vísceras de la niña. La piel de alrededor está llena de marcas asimétricas con bordes del todo irregulares. Rubén no entiende el motivo hasta que un ave osada se posa en una de las farolas de la plaza. Su pico negruzco está teñido de un rojo intenso que hace juego con el de la sangre que abandona el cuerpo de la víctima.

Rubén cierra los ojos con fuerza. Lo único que desea en ese momento es que la pobre criatura ya estuviera muerta cuando la

encadenaron a los barrotes para que fuera devorada.

4

Un sabor agrio invade la boca del inspector, que continúa con la mirada fija en el pico embadurnado en sangre del ave traviesa, que ha vuelto a emprender el vuelo. Rubén contiene sus ganas de vomitar, aunque le cuesta horrores. No está demasiado cerca del cuerpo de la joven asesinada, pero el viento en contra ha logrado acercar el hedor a carne cruda hasta donde se encuentra, permitiéndole saborear, muy a su pesar, el olor a muerte que desprende. Más allá de la enorme herida abierta que muestra la cintura de la víctima, no se observa ninguna otra lesión externa: el resto del cuerpo parece estar impoluto.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta Lucía acongojada.

Ella ni siquiera ha sentido ganas de vomitar, tan solo ha experimentado pena. «¿Quién puede torturar de esta manera a una cría?», se pregunta mientras observa lo que parece ser el hígado de la víctima asomando entre su carne abierta. España no está precisamente exenta de crímenes horrendos de todo tipo, firmados normalmente por miembros de organizaciones criminales que no tienen ningún pudor en aniquilar a sus contrincantes de las peores maneras posibles. Sin embargo, jamás se había enfrentado a nada parecido, nunca había visto un asesinato de alguien así de joven que fuera tan brutal. A pesar de la rigidez del rostro de la víctima, Lucía puede percibir en su gesto el dolor que ha sentido al morir. «¿Cuántos picotazos habrá soportado antes de fallecer?», se pregunta sin saber si realmente quiere conocer la respuesta.

—No me esperaba algo así... —el susurro de Rubén rompe el silencio que se había instaurado entre los dos policías.

—Ni tú ni nadie, guaje —responde la subinspectora.

—¿Cómo es posible que no haya testigos? —Se pregunta el inspector en voz alta.

—El Mercat Central está en obras —le recuerda ella—. En otro momento, esto habría estado lleno de repartidores desde las cinco de la mañana... pero ahora no hay ni un alma hasta las siete como pronto.

El sonido de las cámaras portadas por los compañeros de Policía Científica sobresale sobre el murmullo apenas audible de quienes comparten pareceres entre sí mientras observan el cuerpo mutilado de la joven. Decenas de teorías comienzan a plantearse mientras las vísceras de la muchacha cuelgan cada vez más, asomando a través de la lesión, como si tuvieran prisa por abandonar la caja torácica.

—¿Has visto su frente? —le pregunta Lucía.

—Eso es lo que más me preocupa —le confiesa Rubén—. ¿Se supone que hay otras cuatro víctimas que no hemos encontrado?

—¿Y si es una cuenta atrás? —plantea la subinspectora—. Puede que esta sea la primera víctima de cinco.

—Joder... —se lamenta él.

—O puede que no signifique nada —se corrige Lucía ante la reacción de su jefe.

Rubén le dedica una sutil sonrisa a su compañera para agradecerle su intención de quitarle hierro al asunto, pero él ya tiene más que clara su teoría: son cinco cuerpos los que van a encontrar, la única pregunta es si el resto de las víctimas ya han sido asesinadas o si, por el contrario, aún están a tiempo de encontrarlas con vida.

—Menudo panorama, ¿verdad? —Un compañero uniformado con las divisas de inspector en las hombreras del polo se acerca a ellos con gesto pesaroso.

—Y tanto, Jonás —responde Lucía, conocedora de todos y cada uno de los funcionarios de la plantilla debido a los años que lleva trabajando allí—. Este es Rubén, el nuevo jefe de grupo —dice señalando a su compañero—. Rubén, este es uno de los coordinadores de servicio de los Zetas.

—Bienvenido a la comisaría, Rubén —dice estrechándole la mano el miembro del Grupo de Atención al Ciudadano—. Menudo recibimiento que te hemos dado.

—Y que lo digas. ¿Sabemos algo de la víctima?

—Va completamente indocumentada, como habréis imaginado debido a su desnudez. Hemos hecho una requisa por los alrededores y no hemos encontrado nada significativo. Espero que Policía Científica tenga más suerte. No sé qué habrá hecho esta muchacha para acabar así, pero ha debido de meterse en algo muy turbio.

—¿A qué te refieres?

—Llevo muchos años trabajando en la calle... y la experiencia me dice que la brutalidad con la que la han asesinado es digna de la mafia rusa, por lo menos. La verdad es que no es muy común que se asienten en esta zona, pero no sería el primer caso que me encuentro.

—Un poco joven para andar metida en esas mierdas, ¿no? —cuestiona Lucía.

—En los tiempos que corren los chavales son capaces de cualquier cosa por ganar unos miles de euros —comenta el coordinador—. No ven el peligro, creen que es un juego y nada más lejos de la realidad. Una salida de tono que no guste a los cabecillas y, *¡kaput!*, estás muerto. Muerta, en este caso.

Lucía asiente ante la explicación del uniformado, aunque no está del todo segura de compartirla. No le cuadra que una niña que no parece llegar a la mayoría de edad se haya metido en algo de ese calibre. Sin embargo, lo inhumano del *modus operandi* la confunde. Ha visto muchas mujeres fallecer a manos de sus parejas, muchas más de las que le gustaría, pero los crímenes cometidos nunca eran tan elaborados. Eran inhumanos, por supuesto, pero siempre llenos de rabia, de explosividad. Lo que tiene delante denota premeditación, cuidado. Como si el autor quisiera contarles algo a través de la *performance* realizada frente a uno de los monumentos más visitados de la geografía castellonense.

Rubén mastica la teoría planteada por el agente en silencio mientras se acerca un poco más al cadáver. No tiene ninguna experiencia en la investigación de homicidios y asesinatos, pero cree que de poco le serviría ante un caso de semejantes características. Lo ha visto en el rostro de su compañera, experta en ese tipo de crímenes: parece estar tan horrorizada como él.

El inspector toma aire para desentumecer el pecho, cada vez más rígido a causa del estrés. Él no es el típico policía que ha soñado con vestir el uniforme desde la cuna; de hecho, su deseo de combatir a los delincuentes no llegó hasta que, lamentablemente, se encontró cara a cara con el mal. Joan, uno de sus vecinos y el mejor de sus amigos, tras pasar una mala racha, comenzó a relacionarse con gente que no tenía demasiada buena fama en su pueblo. Rubén intentó hacerle ver que eso no le convenía, pero, al tensar el hilo que aún les unía para evitar que se fuese, este acabó por romperse y Joan cayó al vacío. Las drogas lo consumieron en cuestión de meses y, cuando volvió a encontrarse con él, apenas logró reconocerle. Poco quedaba de ese muchacho bromista y atlético con el que jugaba pachangas y salía de fiesta. Se había convertido en un

títere que se movía a merced de la cocaína y las anfetaminas, se le marcaban los huesos bajo una piel increíblemente fina y las ojeras, oscuras y profundas, le habían robado todo el brillo que tenían sus ojos. Por más que lo intentó, Rubén no fue capaz de conseguir que entrase en razón. Las drogas le habían comido el cerebro y Joan solo quería evadirse del mundo que lo rodeaba con otra dosis más.

Una llamada de teléfono en la tarde de un jueves le rasgó la vida a Rubén. La madre de Joan le informó entre lágrimas que su mejor amigo había fallecido a manos de un camello al que le debía no más de cincuenta euros. A Rubén le quemaba el alma al pensar en cuántos pobres diablos fallecerían directa o indirectamente a causa de las drogas y quiso hacer algo para tratar de erradicar a esa morralla que se enriquecía a cambio de torturar las almas de millones de personas. Colaboró en varias ocasiones con organizaciones que ayudaban a las víctimas de la drogadicción, pero no le pareció suficiente. Él quería escalar hasta la cúspide, atacar a las cabezas pensantes que, sumergidas en las cálidas aguas de las piscinas de sus mansiones, monetizaban el sufrimiento ajeno para llevar una vida sostenida a base de dolor y muerte. Se prometió que, si aprobaba la oposición, dedicaría su vida profesional a combatir el tráfico de drogas. Y ese seguía siendo su plan cuando le dieron la placa y la pistola. Sin embargo, cuando llegó a Castellón, no tuvo más remedio que coger las riendas del grupo de Homicidios y ahora, plantado frente al cadáver de una niña a la que apenas han dejado disfrutar de la vida, se plantea la posibilidad de que su destino haya cambiado y de que, quizás, sea ese tipo de mal el que debe perseguir.

Muchos de los autóctonos madrugadores han dejado de curiosear por la zona y han vuelto a sus vidas: un café en una estupenda terraza, un paseo por la plaza Mayor, unas compras en el Mercado

Central... Decenas de personas sonríen y se divierten ante los ojos apagados de una joven que ha sido torturada hasta la muerte.

Rubén suspira mientras los mira, exhalando así los nervios. Culpa a toda esa gente por no ver nada más que un trozo de carne sin nombre que está comenzando a pudrirse, a alguien que ha corrido una suerte nefasta. Devuelve la mirada al cuerpo desnudo y maltratado y aprieta los puños hasta que los nudillos se tornan blanquecinos. No tiene ni idea de cómo va a hacerlo, pero está más que dispuesto a dar con el monstruo que ha aniquilado a esa pobre chiquilla.

5

Micaela lleva más de quince minutos plantada frente a la comisaría de la Policía Nacional de Castellón. Pensaba que sería mucho más fácil, que su pasado no iba a frenarla. Necesita poner la denuncia por la desaparición de su hija, pero teme que no la tomen en serio a causa de sus antecedentes. Echa un vistazo al fondo de pantalla de su teléfono móvil y una foto de Bianca en blanco y negro le muestra una amplia sonrisa, como si quisiera infundirle fuerzas. Aguanta las lágrimas una vez más. Todavía no se ha permitido llorar, no ha dejado que sus emociones abandonen su garganta. Se ha prometido que lo hará pronto, que cuando acabe con el trámite que tanto le cuesta iniciar volverá a su apartamento, se encerrará en su habitación y llorará con la cabeza hundida en la almohada para que el plumón ahogue sus gritos.

Decenas de coches circulan de un lado a otro de la carretera que la separa del edificio policial. Micaela se ve obligada a entrecerrar los ojos cuando la luz del sol se refleja en la chapa de los vehículos que pasan y la deslumbra. El cielo está completamente despejado, no hay ni una sola nube que se atreva a amortiguar el calor que el astro rey está dispuesto a irradiar a lo largo del día. Sin embargo, no es capaz de apreciar ninguno de esos detalles, que serían la delicia de cualquier otra persona. Está demasiado ocupada mirando fijamente la fachada grisácea de la comisaría, a la que todavía no se ha atrevido a entrar.

—Disculpe, ¿podría apartarse? —Uno de los camareros del local que tiene a su espalda consigue sacarle del trance—. Tengo que abrir la sombrilla y no me deja usted espacio.

—Sí, claro —responde ella sin escuchar la mitad del discurso—. Lo siento.

Micaela se dirige hacia el paso de peatones que comunica con la acera de enfrente y, en cuanto llega al cruce, el tráfico se detiene, como si no quisiera darle opción a que se arrepienta. Camina temerosa. Jamás había sentido tanto miedo, y no es que su vida haya sido precisamente tranquila. Ha vivido decenas de persecuciones, tiroteos, amenazas y peleas, pero nada puede compararse al terror que la invade al no saber dónde se encuentra su hija.

—Buenos días, señora.

Casi inconscientemente, Micaela ha accedido al puesto de seguridad situado en la entrada de la comisaría. Un policía uniformado la saluda a su llegada y a ella se le entrecorta la respiración, pues la última vez que tuvo contacto con la Policía los términos eran muy diferentes a los actuales. Hasta hace unas horas detestaba ese uniforme azul marino decorado con dorados, pero ahora ve en él la única cuerda a la que aferrarse antes de que su cuerpo se hunda en un océano de dolor.

—¿Puedo ayudarla? —insiste el policía.

—Sí, claro. Verá... Mi hija ha faltado a clase y tiene el teléfono móvil apagado. Sé que no ha pasado mucho tiempo, pero ella jamás faltaría a clase sin motivo. No tengo ni idea de dónde está y algo me dice que corre peligro. No sé cómo...

—Tranquilícese, señora —la interrumpe—. Seguro que no es nada grave. Los adolescentes muchas veces hacen las cosas sin pensar, seguro que su hija está perfectamente. Espéreme aquí, voy a avisar

al grupo encargado de investigar las desapariciones para que la atienda, ¿de acuerdo?

—Gracias —responde ella casi de manera inaudible.

«No ha sido para tanto», reconoce. Aunque es consciente de que todavía no tienen ni idea de quién es ella ni de lo que ha hecho. Por primera vez en su vida, maldice su pasado. Puede que a causa de los errores que ha cometido, las fuerzas del orden no tomen en serio su caso y traten de darle puerta lo antes posible. «Casi nos cargamos a un policía, sería razonable que me mandasen a la mismísima mierda», se lamenta. Micaela retrocede sobre sus pasos y se apoya en la pared de la fachada principal. Dejándose llevar por el desasosiego, permite que su espalda resbale por el muro hasta sentarse en el suelo, momento en el que, sobrepasada, apoya los codos en las rodillas y se cubre el rostro con las manos. «No te derrumbes ahora, por favor», se ruega a sí misma mientras espera a que quienes hace unos instantes eran sus enemigos le tiendan la mano.

El recuerdo del beso que su hija ha depositado esa misma mañana en su mejilla irrumpe en su cabeza como un rayo y Micaela no puede evitar acariciarse la zona con delicadeza. Bianca siempre entra a hurtadillas en su habitación mientras ella duerme para despedirse antes de ir a clase, incluso los días en los que están enfadadas. Micaela maldice no haberse levantado para abrazarla, para impedirle salir de allí, para evitar que se la arrebatasen.

La sirena de un radiopatrulla en servicio de emergencia que inicia una marcha frenética delante de sus ojos la sobresalta. No sabe cuánto tiempo ha pasado desde que el joven uniformado le prometió que volvería a por ella, pero ha sido suficiente como para que el nudo de su garganta se deshaga, dejando pasar todas las emociones que hasta entonces se había encargado de contener. Las lágrimas

comienzan a brotar de los ojos verdes de Micaela, que se ve incapaz de contenerlas ni un segundo más. Avergonzada por desnudarse en público, se cubre de nuevo los ojos para disimular el llanto, aunque los espasmos que sacuden su cuerpo no dejan lugar a dudas a cualquiera que repare en ella.

—¿Se encuentra bien?

La voz de un hombre llega hueca a los oídos de Micaela, que continúa abandonada al dolor. «Pues claro que no estoy bien, gilipollas. ¿Acaso no me ves?», piensa entre sollozos.

—Acompáñeme al interior, señora. Vamos a ver cómo podemos ayudarla —insiste él.

Rubén agarra uno de los antebrazos de Micaela invitándola a levantarse. Ella se aparta en un primer momento, pero después se deja hacer. Se siente ridícula dando el espectáculo en la puerta de la comisaría y, aunque no cree que lo que vaya a decirle ese desconocido pueda consolarla, prefiere guardarse de los ojos curiosos de los viandantes que transitan por la acera.

En cuanto acceden al interior del edificio, Lucía invita a Micaela a sentarse en una de las sillas de la entrada y le ofrece un pañuelo de papel para que se seque las innumerables lágrimas que el dolor la ha obligado a llorar. Rubén se sienta en la silla de al lado y espera paciente a que Micaela se calme.

—Lucía, baja al despacho y cuéntale al resto las novedades de lo que hemos visto en la escena —le solicita—. Yo me quedo con ella.

La subinspectora cumple con la petición de Rubén y abandona la sala de espera. Por el camino se encuentra al uniformado con el que Micaela ha hablado unos minutos antes, que la informa del motivo por el que la mujer que continúa llorando a la vera de su jefe ha acudido a dependencias policiales y Lucía no puede evitar que se le seque la boca. El agente vuelve a su puesto en la entrada del

edificio habiendo cumplido su misión, y la subinspectora se acerca de nuevo a Rubén, esta vez con el rostro compungido.

—Viene a denunciar la desaparición de su hija —le informa bajando el tono de voz.

Rubén traga saliva. «¿Puede ser casualidad?», se pregunta sin apartar la vista de los ojos de su compañera. «¿Es esta mujer la madre de la víctima mutilada de la plaza Mayor?». No lo sabe, pero el tono de la piel de su rostro se ha aclarado de manera más que evidente. El momento que tanto temía ha llegado y no ha venido solo: además de toparse con el cuerpo maltratado y sin vida de una adolescente, ahora cabe la posibilidad de que se encuentre sentado al lado de la madre desolada de la víctima. Las entrañas se le revuelven al masticar el dolor que Micaela rezuma por cada uno de sus poros. Rubén trata de recomponerse, de ser profesional. Ya tendrá tiempo para luchar contra sus demonios cuando haya conseguido esclarecer el asunto. Lo único que espera es que, cuando llegue el momento, no le hayan ganado ya la batalla.

—Señora, acompáñeme a mi despacho —le dice a una Micaela un poco más recompuesta—. Allí la atenderemos mejor.

Micaela se descubre los ojos por completo por primera vez y Rubén no puede evitar reparar en la belleza de sus iris verdes, aunque la hinchazón de los párpados a causa del llanto intente eclipsarla. La invita a seguirlo y ella obedece sin decir nada. Lucía camina en tercer lugar, siguiendo los pasos de la denunciante. Ahora que ha podido verle el rostro, cree que la conoce de algo, que la ha visto antes. Sin embargo, no es capaz de recordar dónde.

Tras subir las escaleras y acceder al despacho, Rubén le ofrece una silla que ella acepta con un leve asentimiento de cabeza. El inspector toma asiento frente a ella y, tratando de transmitirle una sensación de calma que no existe, se dirige a ella en tono apacible.

—Soy el inspector Rubén Villa, el jefe del grupo que investiga las desapariciones. ¿Podría dejarme su DNI para empezar con la toma de la denuncia? Solo será un momento.

Micaela asiente fingiendo indiferencia, aunque sabe que si consultan sus datos en las bases policiales, habrá un antes y un después para ella. Rebusca en su bolso y, tras extraer el documento de la cartera, se lo ofrece a Rubén. Él lee su nombre y le cede el carné a Lucía para que comience con el papeleo.

—Muy bien, Micaela. Ahora voy a hacerle unas cuantas preguntas para ver con qué información contamos —comenta el inspector—. Puede que algunas cuestiones le parezcan carentes de importancia, pero le aseguro que todo lo que nos cuente será crucial para solucionar todo esto cuanto antes. ¿Desde cuándo no ve usted a su hija?

—Esta mañana se despidió de mí, como hace cada día, antes de irse al instituto —responde ella—. Bianca siempre va en autobús, lo coge en una parada que está a unos trescientos metros de casa. Normalmente sale sobre las siete y media de la mañana, más o menos.

—¿Ha intentado contactar con ella de alguna manera?

—En su instituto no saben nada de ella —responde Micaela con los nervios a flor de piel—. Sus amigas tampoco. Su teléfono móvil está apagado y no sé qué más podría hacer para localizarla...

—No pretendo importunarla, pero por protocolo tengo que preguntárselo —le advierte—. ¿Ha mostrado Bianca este tipo de comportamiento en alguna otra ocasión? Ya sabemos que la adolescencia es una edad complicada y a veces los muchachos se saltan las clases para...

—Nunca —lo interrumpe sin darle opción a réplica—. Mi hija jamás se ha saltado una clase. Le aseguro que su desaparición no es

voluntaria. Sé que le ha pasado algo malo, inspector. Por favor, necesito que me ayuden.

—¿Podría describirme físicamente a su hija?

—Es morena, con el pelo largo y muy liso. Blanca de piel. —Micaela vuelve a sollozar al recordar a su pequeña—. No demasiado alta, flaquita. —Se detiene para tragar saliva—. Ha heredado mis ojos. Puedo enseñarle una foto si quiere.

Rubén asiente y ella busca en la galería del móvil una instantánea en la que se la vea bien. Cuando se da por satisfecha, le tiende el *smartphone* a Rubén para que pueda verla. Una mueca de sorpresa en la cara del inspector, aunque sutil, no le pasa desapercibida y se teme lo peor. Él mira la pantalla analizando cada rasgo del rostro. Intenta discernir si esa muchacha que lo mira vivaracha desde la pantalla del teléfono móvil de su madre podría ser la misma que ha aparecido sin vida atada a las rejas de la oficina de turismo de la plaza Mayor esa misma mañana. «Mismo color de pelo, misma constitución física, mismo tono de piel...», piensa. Le gustaría que no fuera ella, que la víctima no fuese Bianca, aunque implique que hay otra desconocida colgando de los barrotes del edificio.

Mientras Rubén se devana los sesos mirando la fotografía, Lucía, llevada por la intuición y aunque el protocolo no lo exige, introduce los datos de Micaela en las bases de datos policiales y pulsa la tecla Intro. En la pantalla se abre una página en la que se muestra la foto de reseña de una Micaela mucho más joven y guerrera. Lleva el pelo corto y de color rojo intenso, y tiene el rostro lleno de arañazos. Podría parecer una persona diferente si no fuera por esos ojos verdes con pintas marrones tan característicos. Lucía repasa sus antecedentes y es entonces cuando recuerda por qué su cara le parece conocida. «Esa hija de puta casi se carga a uno de los nuestros», piensa. Con un gesto sutil, invita a Rubén a que

compruebe la pantalla del ordenador. Él se acerca a su puesto y sus ojos se abren como platos al ver quién es en realidad la mujer que hace unos minutos lloraba desconsolada a su lado.

—Sí, soy yo —dice Micaela con voz pétrea al percibir la incomodidad de los agentes—: Pantera.

6

—¿Estáis preparados?

Micaela planteó la frase como si fuera una pregunta, pero su mirada no dio opción a que la respuesta fuera negativa. Su equipo asintió. No supo si realmente estaban convencidos o si, por el contrario, lo único que pretendían era que los ánimos no decayeran. Habían sido varios los palos que habían dado juntos a lo largo de los últimos dos años, pero nunca habían llegado a conocerse por completo. Confiaban ciegamente unos en otros, pero su relación no era más profunda que la de unos compañeros de trabajo o, al menos, eso era de lo que pretendían convencerse. No querían que existiera una implicación emocional entre ellos, pues consideraban que solo dificultaba las cosas. Tenían que estar preparados por si, llegado el momento, se veían obligados a separar sus caminos para siempre. Ni siquiera conocían sus verdaderos nombres. Cuantos menos detalles supieran los unos de los otros, mucho mejor.

—Flaca, ¿el coche está preparado ya? —preguntó Micaela mientras su compañera hacía girar en su dedo índice la argolla que sujetaba las llaves del vehículo.

—De una, Pantera —respondió con una entonación cantarina que constataba su origen colombiano—. Eso ya quedó listo, no se preocupe.

Micaela sonrió. Le encantaba que la llamaran así. Al principio le costó un poco decidirse por un nombre, pero las panteras siempre habían llamado su atención por la elegancia que derrochan al

moverse y la brutalidad con la que atacan a sus presas. Le gustaba pensar que también era un poco así: refinada y feroz, una auténtica bomba de relojería.

Después de ese último golpe, los cuatro ladrones se separarían para siempre. Las normas eran claras: ni llamadas, ni mensajes, ni ningún tipo de contacto. No podían existir vínculos que los relacionaran, o las cosas podrían ponerse más feas aún en caso de que alguno de ellos cayera a manos de la Policía o, lo que era peor, de alguno de sus numerosos adversarios.

A lo largo de su carrera delictiva se habían labrado más enemistades que otra cosa, todo ello a causa del deseo de poder que infectaba a los cabecillas de los grupos organizados con los que convivían. A ninguno de ellos le gustaba ver peligrar su supremacía y siempre se encargaban de dejar bien clarito quién era el que mandaba en cada territorio. Sin embargo, Micaela y su grupo, haciendo caso omiso de muchas de sus advertencias, habían cometido robos con fuerza por toda la geografía española. Eso les había costado algún que otro disgusto, sobre todo a Oso, la fuerza bruta del equipo, que había perdido el dedo meñique de la mano izquierda porque a un narco de las costas gallegas, de esos que tienen muy mala uva, no le había parecido bien que le robasen el importe con el que iba a pagar unos cuantos kilos de cocaína para colocarla entre jóvenes adictos, cuyos futuros se tornaban cada vez más negros, empresarios adinerados que no encontraban forma de divertirse si no era con las mandíbulas descolocadas, y algún que otro padre de familia que se metía por la nariz parte del nefasto salario que cobraba para, supuestamente, alimentar a sus hijos. Sin embargo, no era algo que le preocupase mucho al grandullón alemán: tenía fuerza suficiente como para aniquilar con sus propias manos a cualquier ser viviente, incluso sin dedo meñique.

—En diez minutos, las cámaras de seguridad dejarán de funcionar —advirtió Teclas, el perito informático de origen madrileño—. Desde entonces, tendréis seis minutos y medio para haceros con todo lo que podáis. Ni un segundo más.

—Nos sobran tres —replicó Micaela con suficiencia.

Flaca se puso al volante del vehículo escogido para la ocasión, acompañada de Micaela en el asiento del copiloto y de Oso, que ocupaba la parte trasera. El habitáculo no era demasiado amplio, así que se vio obligado a encogerse en posición fetal durante el kilómetro y medio que separaba la furgoneta que utilizaban como base de operaciones y la joyería objetivo de esa noche. Micaela llevaba la cuenta atrás preparada en su reloj, dispuesta a entrar en el local en el mismo instante en que la pantalla marcara solo ceros. Teclas había logrado penetrar en la red de seguridad de la joyería, por lo que no tendría que hacer otra cosa que llegar, bajarse del coche junto a Oso mientras Flaca esperaba con el motor en marcha, preparada para la huida, y abrir la puerta ataviada con unos buenos guantes que no dejaran ni un solo vestigio sobre el material. Tras cargar las mochilas con joyas de todo tipo que ya tenían comprador en el mercado negro, volverían al vehículo y saldrían de allí quemando rueda, dispuestos a dar por concluida su vida criminal. Esa vez para siempre.

Todo salió tal y como habían esperado. El cierre del local dejó de funcionar un segundo antes de que Micaela apoyara su mano enguantada sobre el picaporte que abría la puerta, los pilotos rojos de las cámaras de seguridad permanecieron apagados durante los seis minutos que los ladrones estuvieron en el interior, y Oso y ella salieron del lugar con las mochilas repletas de collares, anillos, pulseras y pendientes cuyos precios alcanzarían un valor de seis cifras. Sin embargo, una sirena de policía irrumpió en el silencio que

las cuatro de la mañana de un miércoles cualquiera les había otorgado. Sonaba cerca, demasiado cerca y eso, lamentablemente, no estaba previsto. Micaela y Oso corrieron hacia el vehículo lo más rápido que pudieron sin soltar sus ahora valiosas mochilas y se subieron a él justo antes de que Flaca iniciara la marcha.

La persecución no fue demasiado larga, pues la colombiana enseguida consiguió quitarse de encima al radiopatrulla que los seguía. Su pericia al volante le permitió huir del lugar sin que el coche rotulado de la Policía Nacional los alcanzara; sin embargo, una zona en obras con el firme plagado de gravilla que la colombiana no se esperaba hizo que perdiera el control del vehículo. El coche derrapó con brutalidad y, en cuanto una de sus llantas golpeó un saliente, salió volando para dar varias vueltas de campana mientras que, en su interior, los tres ocupantes apoyaban las manos con fuerza en el techo para tratar de que el golpe no les causara daños de gravedad. Una vez que el movimiento cesó, Flaca se desabrochó el cinturón, cayendo con fuerza sobre el techo del vehículo, ahora bocabajo.

—Pantera, nos tenemos que volar ya —le dijo.

Pero Micaela no respondió. El salpicadero de la zona del copiloto se había plegado sobre sus piernas, aprisionándola contra el asiento. Estaba inconsciente. Un reguero de sangre abandonaba libremente su cabeza y goteaba sobre la tapicería del techo. Flaca le golpeó la cara con sutiles palmaditas, pero no retomó la consciencia.

La sirena de la Policía Nacional volvió a sonar con fuerza. Flaca, con dificultad, miró hacia atrás y se encontró con los ojos desorientados de Oso, que tenía un buen trozo de metal clavado en un pómulo, aunque no parecía que se hubiera dado cuenta.

—Tenemos que salir de aquí —dijo él casi sin vocalizar a causa de la lesión—. Están demasiado cerca.

Flaca miró de nuevo a Pantera. La promesa que los unía a todos ellos implicaba que, si la cosa se ponía fea, debían huir sin mirar atrás. Sin embargo, llegado el momento de dejar en la estacada a su compañera, las tripas se le habían revuelto. Tenía claro que Teclas ya habría arrancado el motor de la furgoneta para huir de la zona y podía escuchar cómo Oso manipulaba la puerta trasera para salir del coche y abandonar el lugar, pero un nudo en la garganta le impedía decidirse.

—Vete.

La voz suave de Micaela llamó su atención. No había abierto los ojos. Apenas lograba mover los labios. Sin embargo, le dio una orden. Una que no se atrevió a desobedecer.

—Suerte, jefa —le dijo con los ojos encharcados.

Flaca salió del vehículo y emprendió la carrera a través de la zona arbolada en la que habían caído. Oso tardó un poco más en lograr huir del habitáculo y, con el objetivo de aumentar la posibilidad de éxito, se decidió por correr en otra dirección. Intuyó que los policías que habían acudido en su búsqueda no se separarían y, si era a él a quien elegían objetivo, al menos podría garantizar que su compañera saliera indemne.

—¡Alto, Policía!

Uno de los agentes le gritó a lo lejos, confirmando que era a él a quién perseguían. Oso no dejó de correr sin mirar atrás. Sabía que un agente de la autoridad jamás le dispararía por la espalda. Los kilos de músculo que soportaba su organismo y que en otras ocasiones le habían sido tan útiles, ahora le entorpecían la faena sobremanera, ralentizando su huida. Cuando creyó que ya había perdido a su perseguidor, otro policía uniformado apareció de la nada, apuntándole al pecho con su pistola.

—¡Quieto! —le gritó, sin dejar de dirigir el cañón del arma hacia su torso—. Estás rodeado. ¡Las manos sobre la cabeza!

Oso barajó sus opciones. No quería ir a prisión, su mente no lo soportaría. Aunque su físico denotara fortaleza e implacabilidad, su psique no era para nada equilibrada. Los años que pasó en un reformatorio cuando no era más que un crío le supusieron una completa tortura y no se veía con fuerzas para volver a perder la libertad. Prefería morir en ese mismo momento. Simulando que hacía caso al policía, Oso hizo amago de levantar las manos y, en cuanto percibió que el gesto del agente se relajaba, aprovechó para agarrar el revólver que llevaba en su funda sobaquera y acometer contra él. Sonaron dos disparos: el primero acertó en el hombro del policía, que inmediatamente dejó caer su arma. El segundo, algo más certero, se insertó en su pecho, atravesándole el pulmón. Oso vio cómo el uniformado se desplomaba sobre la hierba e inició de nuevo la carrera. No quería que le pasara nada a ese hombre, que solo hacía su trabajo, pero su vida era una jungla y en ella solo sobrevivían los más fuertes.

Varios coches patrulla rebuscaron por la zona al resto de los autores, pero no obtuvieron resultado alguno. Micaela era la única que quedaba allí, atrapada por ese amasijo de metal que le había prometido conducirla hacia una nueva vida. Cuando Flaca abandonó el vehículo, ella se dejó ir de nuevo, cansada de luchar por mantenerse despierta. Para cuando volvió en sí, estaba tumbada en una camilla de algún hospital sevillano con una muñeca engrilletada en uno de los laterales y dos policías vestidos de uniforme custodiándola en la puerta. Ese no era el final que había imaginado para su *alter ego,* no era así como debía terminar.

No se debe enjaular a una pantera.

7

El silencio lleva un buen rato reinando en el despacho del grupo de Homicidios y Delitos Violentos de la comisaría de Castellón. Ha pasado mucho tiempo desde que Micaela puso fin a su vida delictiva, aunque debe reconocer que, en algunas ocasiones, la echa de menos. La sensación de poder y libertad que experimentaba cada vez que lograba huir de las autoridades era adictiva. Ese hormigueo que recorría su cuerpo mientras la intensidad del sonido de las sirenas se iba desvaneciendo era indescriptible y, desde entonces, no había vuelto a sentirlo jamás. A veces, le gustaría poder regresar durante unos instantes a su vida anterior, encarnar de nuevo a Pantera. Sentirse invencible por una última vez. No cambiaría su vida actual por nada, pues su hija lo es todo para ella, pero no puede negar que se siente incompleta. De hecho, en ocasiones se plantea si ha logrado deshacerse de Pantera por completo o si, por el contrario, tan solo se encuentra descansando en alguna parte recóndita de su cabeza a la espera de que ella le dé la oportunidad de volver a las andadas.

—¿Eres Micaela Fiore? —pregunta Pablo, uno de los policías, a la vez que se levanta con violencia de su puesto—. ¿Eres la cabecilla que orquestó el robo de la joyería de Sevilla? ¡Por tu culpa casi muere un compañero!

—Técnicamente, yo estaba inconsciente cuando todo eso sucedió —responde ella con altivez. No piensa dejarse pisar, por muy policía que sea su interlocutor.

—¡Que te jodan! —dice, elevando su tono de voz—. Le pegasteis dos tiros y lo dejasteis tirado como a un perro. —Pablo se acerca a ella con agresividad, obligando a Rubén a interponerse en su camino para frenarlo—. ¡Eres una hija de puta! ¡Deberías de haber muerto en esa puta prisión!

Rubén empuja a su compañero apoyando las manos en su pecho y lo saca del despacho a pesar de su insistente intención de acercarse a Micaela. Ella no ha respondido a ese último ataque. Lo cierto es que no se enteró de lo del policía hasta unas horas después de retomar la consciencia, cuando el uniformado más veterano de los que la custodiaban se encargó de echárselo en cara mientras ella permanecía aún convaleciente y engrilletada a la camilla. En ninguno de sus palos había tenido lugar un enfrentamiento armado con la policía. Ella siempre insistía en la necesidad de cometer los robos sin dejar heridos, sobre todo uniformados. Sin embargo, cuando juegas con fuego existe la inevitable posibilidad de quemarte y, aunque no era plato de buen gusto para ella, la opción de que esa situación llegase a suceder siempre había estado ahí, latente. Por suerte, no la condenaron por las lesiones provocadas al policía, pues no se estimó que tuviera ninguna responsabilidad al respecto. En ese caso, sus años entre rejas habrían aumentado, aunque no demasiado. Es lo bueno de vivir en España: la vida de los agentes de la autoridad que velan por la seguridad de sus ciudadanos vale más bien poco.

Rubén regresa al despacho solo. Le ha pedido a Pablo que vaya a tomar el aire para que se despeje antes de que su conducta exceda los límites de la sanción disciplinaria. Entiende su dolor, su rabia, pues él también la siente. Esa creencia de que «si nos tocan a unos, nos tocan a todos» que, irremediablemente, se adopta en cuanto te entregan la placa emblema y pasas a formar parte de la gran familia azul. Sin embargo, para Rubén la profesionalidad lo puede todo y no

va a tolerar que se ataque de esa manera a una mujer que, probablemente, acaba de perder a su hija en unas circunstancias horribles, por muy delincuente que sea.

—Creo que estoy perdiendo el tiempo —dice Micaela a la vez que se levanta de la silla—. Está claro que no tienen pensado ayudarme. ¿Puede alguien acompañarme a la salida?

—Siéntese, por favor —le pide el inspector—. Le aseguro que vamos a hacer todo lo posible por aclarar lo que le ha ocurrido a su hija. Debe comprender que la noticia sobre su pasado nos ha pillado por sorpresa, es normal que cause ese tipo de reacción en algunas personas.

Micaela hace caso a las indicaciones de Rubén y se sienta de nuevo. No tiene claro si quiere permanecer allí a la espera de que esos policías que ahora la odian dediquen su tiempo a encontrar a su hija o si prefiere marcharse y comenzar a buscarla por su cuenta. La sensación sobre su mejilla de ese último beso vuelve para recordarle que cuanta más ayuda logre reunir, mucho mejor. Se propone colaborar con la Policía dándole todos los datos que le soliciten para que lleven a cabo su investigación y, una vez que abandone el edificio, comenzar a mover los hilos que aún conserva para encontrar a Bianca cuanto antes.

—Micaela, tengo que comunicarle una cosa —dice Rubén al tomar asiento de nuevo frente a ella.

La expresión compungida del policía inquieta a Micaela. Por primera vez se plantea la posibilidad de que su hija no aparezca sana y salva. Han pasado pocas horas desde que se le perdió la pista, pero ella sabe que es tiempo de sobra para que hayan podido hacerle algo malo. Sus pulsaciones comienzan a taponarle los oídos y casi no es capaz de distinguir los sonidos del entorno que la rodea. No escucha el cantar melódico de los pájaros, que se cuela en el

despacho a través de la ventana, tampoco el traqueteo de las teclas de las decenas de ordenadores que se reparten por las diferentes oficinas que forman la planta. Únicamente es capaz de percibir sus latidos, cada vez más frenéticos, golpeando desde dentro con la fuerza de un martillo pilón.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Lucía al ver el rostro pálido de Micaela.

—Estoy un poco mareada, nada más —confiesa ella—. ¿Qué es eso que quería decirme, inspector?

Micaela no aguanta ni un minuto más la incertidumbre. Necesita saber qué es lo que está guardándose para sí, cuál es la información que posee y que le genera un malestar tal que no es capaz de ocultarlo tras la expresión de su rostro. Le da pánico escuchar algo que no quiere oír, algo que la rompa en mil pedazos que jamás puedan juntarse de nuevo. Sin embargo, prefiere saberlo cuanto antes. Vivir en la ignorancia no es algo que se le dé demasiado bien.

—Verá, Micaela... —comienza a hablar Rubén—. Esta mañana unos turistas han encontrado el cuerpo sin vida de una joven en la plaza Mayor, frente a El Fadrí.

—¿Cómo dice? —Micaela se yergue en su asiento—. ¿Es mi hija?

—No se lo puedo asegurar. Las características físicas que he podido observar en la foto de Bianca son idénticas a las del cadáver, pero la víctima iba totalmente indocumentada y no puedo decirle con certeza si se trata de su hija.

—Quiero verla —sentencia Micaela.

—Señora, no creo que esté usted en el estado ideal para pasar por ese trauma —interviene Lucía—. Ninguna madre debería ver a su hija en esas condiciones.

—Quiero hacerlo —insiste ella, esta vez con aún más convicción—. Por favor, enséñeme el cuerpo. Necesito verla.

—¿Está segura? —pregunta el inspector para sorpresa de Lucía, que no esperaba que fuera a permitirlo—. Le advierto que las imágenes no son agradables, Micaela.

—Podré soportarlo —miente.

Rubén rebusca entre los archivos de su ordenador hasta dar con las fotografías que los compañeros de Científica le han enviado tras la inspección ocular de la escena. Una vez que da con la carpeta adecuada, selecciona la foto que, a su juicio, es menos perversa. En ella puede verse únicamente el rostro apagado de la víctima. No hay sangre coagulada, vísceras picoteadas ni aves hambrientas; tan solo es el retrato de una niña con los ojos ausentes, el pelo negro enredado y la piel más blanca que la nieve. Rubén clava sus ojos en la mirada verduzca de Micaela y, muy despacio, gira la pantalla del ordenador hasta situarla frente a ella. El horror en el gesto de la exconvicta es más que evidente. Micaela se cubre el rostro con las manos y comienza a sollozar. Rubén agacha la cabeza, convencido de que esa madre acaba de reconocer a su hija en la instantánea que acaba de mostrarle. Sin embargo, el inspector es capaz de percibir una leve sonrisa en los labios de Micaela, un gesto que denota más alivio que alegría. La expresión de una persona que aún guarda algo de esperanza.

—No es ella —dice Micaela—. Esa pobre muchacha no es mi hija.

8

El hombre sonríe con suficiencia. Todas las cadenas de televisión se hacen eco del cadáver mutilado que unos turistas han encontrado esa misma mañana frente a uno de los monumentos más visitados de Castellón. Las imágenes que muestran, aunque pixeladas, dejan entrever el horror de la masacre que sus hombres han cometido sobre el cuerpo de esa joven. Ya ha perdido la cuenta de los vasos de *whisky* que se ha tomado para celebrarlo, pero no le importa en absoluto. La ocasión lo merece.

Hubiera disfrutado mucho más al ver el sufrimiento en el rostro de la mujer a la que tantos años lleva odiando. Casi puede saborear el gusto salado de cada una de las lágrimas que a esas alturas habrá derramado a causa de la ausencia de su hija. «Maldita zorra, esto no ha hecho más que empezar», piensa.

El primer paso del horrendo plan que ha maquinado ha salido a la perfección. No asesinó a la muchacha con sus propias manos, pero sus lacayos se han encargado de contarle hasta el último de los detalles. La niña no podía gritar, pero no hacía falta: su rostro, lleno de angustia, y los espasmos que poseyeron su cuerpo dejaban ver el inmenso dolor que estaba experimentando. En realidad, ella no tenía culpa alguna de lo que esa mujer le hizo, pero su asesinato formaba parte de la venganza que llevaba tantos años maquinando y no era momento para que la piedad hiciese acto de presencia en su negruzca alma.

Supone que en algún momento, antes de entrar en el mundo que ahora lidera, fue un hombre normal, de los que leen el periódico a primera hora de la mañana mientras se toman un café y luego se van a un trabajo que detestan, que no dejan de soñar que les toca la lotería y pueden, por fin, abandonar sus vidas planas y desgraciadas. Uno de esos que hacen la compra de la semana los sábados y que ven el fútbol en compañía de sus amigos mientras beben cerveza y comen nachos de marca blanca con guacamole envasado. Sin embargo, esa vida le parece muy lejana. Y aburrida. Sobre todo, aburrida. No puede negar que en ocasiones le gustaría experimentar algún momento de paz, que hace mucho tiempo que no consigue dormir tranquilo por mucha seguridad que vele por sus sueños. Aun así, cree que la cotidianeidad de una vida estándar acabaría con sus nervios.

Aunque no sea consciente de ello, las atrocidades que comete de propia mano y que, en otras ocasiones, ordena ejecutar a sus esbirros, van mucho más allá de lo necesario para mantener su trono dorado. Podría asesinar a los osados que se ponen en su camino de maneras mucho menos brutales, pero lo cierto es que disfruta viendo sufrir a sus víctimas. Adora la sangre, las vísceras, los gritos y las súplicas. Ha visto a los hombres más robustos y valientes llorar como bebés mientras le rogaban clemencia, y eso le hace sentirse aún más fuerte.

Los ojos verdes punteados en tonos marrones que llevan años persiguiéndolo retoman el control de su pensamiento. Cambiaría todos y cada uno de los asesinatos que ha cometido por poder tener a esa mujer allí mismo, junto a él, a su merced. Aún le queda un largo camino para cumplir su venganza y poder sentirse en paz por fin. «Esa hija de puta va a desear estar muerta», se repite una y

otra vez mientras saborea el líquido cálido que contiene su vaso de cristal de Bohemia.

El móvil vibra sobre la mesa del despacho. Uno de sus hombres de confianza le ha enviado un archivo de vídeo de alta calidad acompañado de un emoticono feliz que saca la lengua. El hombre sonríe, consciente de lo que está a punto de contemplar. En cuanto el vídeo comienza a reproducirse, sus dientes amarillentos se descubren aún más entre los labios secos.

—Menudos cabrones —se regodea.

En la pantalla de su *smartphone* puede ver el cuerpo pálido de la cría que ha ordenado asesinar retorciéndose de dolor mientras trata de soltarse del amarre al que está sometida. En su frente, una mancha roja que forma un número cinco destaca sobre la tez pálida. Abre la boca tratando de gritar, pero de su garganta no sale más que un sutil gruñido que pasa desapercibido a los espectadores. Cuando grabaron el vídeo, el sol aún no estaba adornando el cielo, pero en la imagen hay luz más que suficiente como para distinguir lo que sus hombres le están haciendo a la muchacha. Uno de ellos no deja pasar la oportunidad de apretar sus pechos desnudos con fuerza, regodeándose al satisfacer, aunque sea momentáneamente, su lascivia. Segundos después, clava con decisión un instrumento metálico y afilado en el costado derecho de la muchacha y, haciendo caso omiso del movimiento de su cuerpo motivado por el intenso dolor que está experimentando, rebana su piel con calma, disfrutando de cada milímetro de tejido que el filo que utiliza va abriendo a su paso. Con una maña más que evidente, ese hombre corta un gran trozo de carne de la adolescente, dejando a la vista buena parte del interior de su tronco y provocando que un chorro de sangre potente abandone su cuerpo con fuerza. Antes de irse, su peón rellena la herida de la niña con unos cuantos puñados de

semillas destinadas a atraer a los pájaros más madrugadores que pasen por allí. La sangre que empapa las vísceras se encarga de mantenerlas adheridas al cuerpo, que poco a poco se mueve con más lentitud.

Con impaciencia, el hombre adelanta el vídeo para llegar al momento que tanto desea. No puede esperar ni un segundo más para ver cómo su primera obra, la que le ha dedicado a Micaela, se completa. Unos segundos más tarde, consigue dar con el instante justo: un ave hambrienta se acerca desconfiada a la muchacha, que apenas es capaz de moverse a causa de la brutal pérdida de sangre.

—¡Anda! ¡Si es una golondrina! —exclama complacido.

El ave, de plumaje que alterna un azul oscuro brillante con el blanco que viste su pecho, se apoya sobre la parte superior de los barrotes del edificio y, con pequeños saltitos, se aproxima a la niña, descendiendo por su brazo hasta llegar a su costado ensangrentado. Sin pensárselo demasiado, comienza a degustar las semillas que rodean el hígado de la víctima, que, aunque sin fuerzas para moverse, parece ser consciente de todo lo que está pasando. Poco a poco, y una vez que gana confianza, la golondrina se decide por agarrarse con sus delicadas patas al borde del hueco en la carne de la niña para paladear el manjar como es debido. Su pico, en un principio impoluto, hace tiempo que se tiñó de rojo intenso. Unos minutos después, otras aves acuden al lugar, decididas a disfrutar de la misma suerte que su compañera. Por turnos, según la dominancia que la naturaleza otorga a cada especie, devoran el costado de la muchacha sin piedad, arrancando un poco de sus vísceras con cada uno de sus picotazos.

—Esto sí que es un buen espectáculo —se jacta, orgulloso del buen trabajo que han hecho sus hombres.

Una vez que finaliza el vídeo, el hombre se despereza estirando sus extremidades mientras permanece sentado. Un sonido gutural lleno de placer y satisfacción abandona su garganta. Esta vez sí, su proyecto ha salido a la perfección, pero el ansia lo invade.

No puede esperar a que llegue la siguiente muerte.

9

Rubén mira a Micaela. La seguridad que desprende la voz de esa mujer al manifestar que el cadáver que acaba de mostrarle no es el de su hija ha disipado todas sus dudas. Lucía, sin decir ni una palabra, clava su mirada en una de las paredes blanquecinas del despacho. Ella tenía casi por seguro que el cuerpo de la niña torturada correspondería al de la hija de Micaela, y que no sea así les deja con dos problemas a resolver: la horrible muerte de una menor a manos de un despiadado asesino y la desaparición inquietante de otra.

—Estoy totalmente segura —añade Micaela al ver la actitud de los agentes—. No sé quién será esta pobre criatura, pero les aseguro que no es mi Bianca.

—Tenga en cuenta que los rasgos faciales, así como el tono de piel, pueden variar tras el deceso —comenta Lucía, agarrándose a un clavo ardiendo—. Quizás sea ese el motivo por el que no la reconoce...

—¿Tiene usted hijos, agente? —le pregunta Micaela.

—Eso no es de su incumbencia —responde Lucía, a la defensiva.

—Me lo tomaré como un sí. ¿Cree que no sería capaz de reconocer su rostro, por muy alterado que estuviera? Es carne de mi carne —manifiesta dirigiendo ahora su mirada hacia Rubén—; si fuera Bianca, la habría reconocido desde el primer instante, se lo aseguro.

Tras continuar con el protocolo policial que se realiza en el caso de desaparición de una menor, Micaela y Rubén se despiden una vez que el policía le da su palabra de que harán todo lo posible para encontrar a su hija.

—Que sea sana y salva, por favor —ruega Micaela antes de abandonar las dependencias policiales.

Su regreso a casa se convierte en un auténtico infierno. No deja de darle vueltas a la posibilidad de que el destino de su hija pueda ser el mismo que el que ha sufrido la desconocida que el inspector le ha mostrado. Reconoce que, en un primer momento, el pelo moreno y los rasgos finos del cadáver lograron despistarla, pero no tuvo más que fijarse un poco más para darse cuenta de que no se trataba de Bianca. No obstante, el hecho de que el parecido sea tan evidente ha conseguido ponerle los pelos de punta. «Tiene que ser casualidad», se repite durante todo el trayecto, aunque no consigue llegar a creérselo del todo.

No puede aceptar que sus días junto a Bianca hayan llegado a su fin. Siente que, sin su hija, ya no es la misma. Ella es su toma de tierra, la fina cuerda del globo lleno de helio que le impide dejarse arrastrar por las caprichosas corrientes de aire que se empeñan en llevárselo consigo. Apenas ha pasado tiempo desde la última vez que la vio, pero ya echa de menos su risa, su olor...; incluso ese ruido tan molesto que hace al sorber su infusión favorita. Mientras camina, recuerda sus noches de los viernes, esas en las que ambas se reúnen en el sofá aprovechando la noche libre de Micaela para disfrutar de sus «citas de *pizza* y peli». Siempre tardan demasiado en elegir la película que quieren ver y el resultado apenas varía de un fin de semana a otro: Micaela acaba dormida profundamente en el sofá cuando aún no han pasado ni cuarenta minutos desde que

pulsaron el *play*. «Formamos un gran equipo», se dice, obligándose a hablar en presente, obligándose a creer que su hija sigue viva.

Aunque para acudir al lugar en el que ha estacionado y regresar a su domicilio podría haber tomado un camino mucho más corto, Micaela se permite dar un buen rodeo para transitar, aunque solo sea unos pasos, por la calle Enmedio, por la que tantas tardes suele pasear con su hija, yendo de aquí para allá, saltando de una tienda a otra mientras fantasean con poder permitirse aquellas prendas caras que ofrecen los establecimientos más lujosos de la zona y terminando su ruta siempre de la misma manera: con un buen aperitivo en La Vermutería. Tras aparcar el coche en las inmediaciones, Micaela recorre la peatonal, sintiendo un pinchazo en el corazón con cada paso que da. Cada rincón de esa larga calle le recuerda a su hija y hasta le parece verla en el reflejo de uno de los escaparates. El estómago se le encoge al pensar que, si las cosas no salen bien, jamás podrá regresar a ese lugar junto a Bianca.

Tras comprobar que circular por esa zona le ha hecho más mal que bien, Micaela regresa al lugar en el que aparcó el vehículo para volver a su domicilio. No puede retrasar más ese momento por mucho que lo desee. Todavía no se siente con fuerzas para enfrentarse a un piso vacío, a un espacio sin vida en el que ya no suena la risa contagiosa de su hija. Sin embargo, necesita poner en orden sus ideas y rememorar momentos pasados que puede que no vuelvan a repetirse no la ayuda en absoluto.

Una vez que accede a su apartamento, se sienta en el sofá y con los codos apoyados sobre sus muslos deja que sus manos sostengan el peso de su cabeza. Aunque tiene un entorno social bastante amplio, no tiene ganas de hablar sobre el tema con sus compañeros de trabajo, ni siquiera con sus vecinos, a los que tanto aprecia. Solo hay una persona, además de a su hija, a la que le gustaría abrazar

en esos momentos tan difíciles, y la imposibilidad de hacerlo le quema por dentro. Micaela se levanta y acude a la nevera para tomar una fotografía que sujeta uno de los imanes adheridos al metal.

—No sabes cuánto te necesito, Idaira.

Susurra esta frase mientras observa con ternura el rostro de la que fue su compañera de celda durante su estancia en prisión. Recuerda que otras presas le habían comentado que estaba encerrada por haberse cargado a su marido con una motosierra, por lo que la inquietud la acompañó durante una buena temporada cada vez que cerraba los ojos en el mismo cubículo con la que se suponía una asesina despiadada. Con el tiempo, Idaira le contó el motivo por el que había decidido convertir a su esposo en un montón de carne picada: el muy cabrón había agredido sexualmente a su hermana pequeña, de la que ella se encargaba desde que sus padres fallecieron. Desde entonces la relación entre ambas presas no hizo más que estrecharse con cada día que pasaban haciéndose compañía entre rejas. Idaira había asumido que le tocaba pagar el precio derivado de sus actos, pero saber que había quitado a ese maldito monstruo de la circulación le permitía recibir el castigo con entereza.

Una lágrima solitaria golpea la fotografía que Micaela sujeta entre las manos. Sin darse cuenta, el miedo ha vuelto a apoderarse de ella y la congoja está a punto de hacerla estallar en llanto una vez más. Tras secar esa gota salada con el bajo de la camisa, recuerda el momento agridulce en el que se hicieron ese selfi. No era el lugar más adecuado, pero Idaira continuaba cumpliendo condena y tuvieron que aprovechar un permiso penitenciario, en el que la reclusa acudió al entierro de su tía materna, para materializar el recuerdo de su amistad.

Coloca de nuevo la instantánea en la nevera y, sin darle más vueltas, llama al centro penitenciario en el que aún se encuentra encerrada la que considera su mejor amiga. Unos minutos después, la voz vivaracha de Idaira le saluda. Micaela se da unos segundos antes de comenzar a hablar. El nudo de la garganta le hace más difícil la tarea, por mucho que escuchar a su compañera le haga sentir un poco menos sola.

—¿Hola? —Idaira insiste, creyendo que la llamada se ha cortado —. ¿Quién es?

—Soy yo —acierta a decir Micaela—. ¿Cómo estás?

—¡Mica! ¡Qué alegría! —exclama la presa, sorprendida—. Yo bien, sin novedad. Aunque creo que la pregunta es... ¿cómo estás tú?

El tono de voz de Micaela parece haberla delatado ante su amiga. Después de tantas aventuras y desventuras juntas, no hay nada que una pueda esconderle a la otra. Micaela casi puede ver el gesto de Idaira: con el ceño fruncido, haciendo surgir esa arruga diminuta y graciosa que se le forma en el entrecejo cuando está preocupada. Está segura de que lleva su típico moño despeinado, uno de esos que parece que están a punto de deshacerse en cuanto sople un poco de viento, pero que, en realidad, soportan hasta la peor de las peleas carcelarias. Incluso le parece haber percibido su olor durante un instante, esa fragancia empalagosa con toques de vainilla que, si te pilla demasiado cerca, es capaz de marearte. Por un momento le gustaría volver a estar allí, cuando nada ni nadie le importaban. Se ve a sí misma vistiendo el mono rígido y descolorido que la obligaban a utilizar, comiendo la sopa insípida y aguada que servían en el comedor y cuyos ingredientes permanecían en un completo anonimato, viviendo una vida en la que su única preocupación era no mosquear demasiado a ninguna presa capaz de hincarle un cepillo de dientes previamente afilado bajo las costillas. Ahora el

dolor que siente es el más inmenso que jamás se habría imaginado capaz de padecer. El vacío que se ha abierto paso en su interior ha conseguido hacer que sus piernas tiemblen, que sienta que el mundo que la rodea se desmorona a la velocidad de la luz. Que no podrá seguir viviendo si Bianca no aparece.

—Ha desaparecido, Idaira —dice finalmente—. Alguien se ha llevado a mi niña.

—¿Qué? —La sorpresa y el desasosiego invaden como un rayo el tono de voz de Idaira—. ¿Bianca ha desaparecido? ¡No puede ser! ¡Cuéntame qué ha pasado!

Micaela le explica a su compañera cómo han transcurrido los acontecimientos: el beso de despedida de su hija, el desayuno que le había preparado, la llamada del colegio, su encuentro con la Policía... Idaira escucha impaciente, teniéndose que recordar de vez en cuando que debe respirar.

—Lo peor de todo es que ha aparecido una chica muerta —comenta Micaela—. Idaira, esa niña se parece muchísimo a Bianca. Demasiado como para que sea una simple casualidad.

—No nos hagamos ideas precipitadas —trata de tranquilizarla la reclusa—. Puede que sea una pura coincidencia. Ya sabes que ahora todas las adolescentes llevan el mismo *look*, solo hay que ver las revistas.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí —miente Idaira—. Lo que tienes que hacer es colaborar todo lo que puedas con la Policía para que Bianca aparezca lo antes posible. En las películas siempre dicen que las primeras cuarenta y ocho horas desde la desaparición son las más importantes, así que no hay tiempo que perder.

—¿Y si eso no es suficiente? —pregunta Micaela, dejándose llevar por la angustia—. ¿Y si la Policía no es capaz de encontrar a mi niña

a tiempo?

Idaira permanece en silencio con el auricular pegado a la oreja. Sabe que Micaela reniega de su pasado, que no le gusta hablar de lo que sucedió antes de que la justicia le hiciese entrar en prisión, pero los años de encierro le han enseñado que, por desgracia, muchas veces los malos poseen más recursos que los buenos. Es consciente de que la Policía tratará de hacer su trabajo lo mejor posible, pues no hay nada como la desaparición de una menor como para poner una comisaría patas arriba; pero también sabe que hay muchos límites que las autoridades no pueden sobrepasar y que quizás sean justo esas barreras las que haya que saltarse para poder encontrar a la hija de su mejor amiga.

—Tienes otra opción... —se atreve a decir la presa.

—¿Cuál? —pregunta Micaela confusa.

—Convertirte de nuevo en Pantera.

Micaela aguanta la respiración al escuchar por segunda vez en el día ese alias. La primera vez fue ella quien lo pronunció, así que no le pilló de sorpresa. Sin embargo, ahora que lo ha escuchado a través del altavoz de su móvil, ha sentido que el corazón se le paraba un momento.

Cierra los ojos con fuerza y aprieta el puño que le queda libre hasta que las uñas comienzan a clavársele en la palma de la mano. Juró que se desharía de su *alter ego* para siempre, que no volvería a transformarse en esa fiera jamás, mucho menos después de haber tenido a Bianca. Sin embargo, el hecho de que Idaira haya sugerido que hacerlo pueda darle la oportunidad de volver a reunirse con su hija la deja sin opciones.

Es hora de reunir de nuevo al equipo. Es hora de liberar, una vez más, a la pantera.

10

Rubén no ha sido capaz de concentrarse durante las innumerables horas que lleva en el trabajo. Su temor inconfesable se ha cumplido y lo ha hecho de la manera más truculenta que jamás habría imaginado. Cada vez que el policía cierra los ojos, el pico ensangrentado del ave que revoloteaba cerca del cadáver de la niña irrumpe en su mente para recordarle que no hay tiempo que perder. Esa imagen todavía le corta la respiración, el contraste entre la belleza de la plaza Mayor de su ciudad y el horror del cuerpo torturado. Aún no lo ha expresado en voz alta, pero está totalmente seguro de que esa pobre desgraciada no va a ser la única víctima: el número cinco escrito con sangre que adorna su frente gélida le anuncia que quedan cuatro mártires más.

Poco después de que Micaela abandonase la comisaría, unos padres preocupados acudieron a denunciar la desaparición de su hija menor. La muchacha había salido a correr con su perro a primera hora antes de ir a clase, como solía hacer un par de días a la semana, pero aún no había regresado. Una vecina llamó a la madre para decirle que su mascota estaba plantada en la puerta de entrada al piso lloriqueando sin consuelo, sin la niña. La descripción física de Emma, la desaparecida, encajaba perfectamente con el cadáver hallado frente a El Fadrí, pero Rubén no quiso dar nada por sentado hasta que los padres vieran las imágenes para corroborar o desechar la coincidencia. El matrimonio no tuvo duda alguna: la niña torturada cuyo cuerpo sin vida colgaba de los barrotes de la ventana de la

oficina de turismo era Emma, su hija. Fue uno de los peculiares lunares que adornaban sus jóvenes mejillas el que aseguró a esos pobres padres que la vida de su niña había finalizado esa misma mañana de la peor de las maneras posibles.

Cuando llegó la hora de comer, Rubén dio vía libre a los suyos para que se tomasen un descanso y recargasen las pilas. Debido a las funestas circunstancias, tuvieron que saltarse la hora del almuerzo y, a sabiendas de que esos suculentos bocadillos son sagrados para cualquiera castellonense, no quiso retenerlos más. Todos aceptaron la oferta excepto Lucía, que no se veía con fuerzas de probar ni un solo bocado del arroz al horno de su marido mientras una niña de características semejantes a las de la víctima de asesinato que acababan de identificar anduviera desaparecida.

—Deberías irte a descansar —comenta Rubén a la vez que masajea sus sienes para tratar de alejar una más que incipiente migraña.

—Prefiero quedarme a tu vera —responde ella—, no me apetece lidiar con el pavo de mi hija ahora mismo.

Ambos comparten una mirada cómplice, sabiendo que ese alegato no es más que una excusa. Rubén se siente muy afortunado al trabajar mano a mano con una profesional de este calibre, aunque es consciente de que, si se ha quedado, es porque ella también cree que Bianca está en grave peligro.

El tono estridente de su móvil le hace sobresaltarse. Rubén descuelga la llamada sin apenas mirar la pantalla y una voz masculina le da las buenas tardes.

—Soy Ricardo Abellán, el médico forense al que se le ha asignado el caso de la adolescente —continúa su interlocutor—. ¿Hablo con el inspector Rubén Villa?

—Así es —responde él—. ¿Tiene ya el informe de la autopsia?

—Estoy en ello, pero he encontrado algunas cosas que considero trascendentes y quería comentárselas lo antes posible.

—Adelante entonces —lo invita el policía.

—Resulta que por fin hemos resuelto el misterio de por qué la pobre niña no pidió auxilio a gritos mientras esos pajarracos la devoraban —comenta Ricardo—: le cortaron las cuerdas vocales. En la escena no pudimos ver la lesión porque su cabeza estaba vencida hacia delante.

Rubén, aunque sus cuerdas vocales están intactas, no puede articular palabra alguna. De inmediato es capaz de sentir algo cercano al desasosiego que Emma debió experimentar al no poder pedir ayuda a los paseantes más madrugadores. Aprieta los puños al plantearse la posibilidad de que, de haber podido gritar, algún viandante habría logrado llegar a tiempo de salvarla. Sin embargo, para cuando alguien reparó en su presencia, Emma ya se había permitido dejar de luchar por mantenerse con vida.

—¿Sigue ahí? —pregunta el forense ante el prolongado silencio.

—Sí, disculpe. ¿Ha encontrado algo más que sea relevante?

—Ya lo creo —dice Abellán—. Me he tomado la libertad de hacer una prueba para determinar el grupo sanguíneo de la sangre con la que escribieron el número cinco en la frente da la víctima. No sé, tenía una especie de corazonada, ¿sabe usted? A veces, los años de profesión te llevan a hacer cosas sin saber muy bien por qué... Total, que se trata de sangre del A positivo.

—¿Y qué conclusión saca usted de ese hallazgo? —pregunta inquieto Rubén.

—La sangre de la víctima es B negativo —responde el forense.

—¿Está seguro?

—¡Como de que hay un dios! —responde él—. Los resultados son claros: la sangre que dibuja el número cinco en la frente de la

víctima pertenece a otra persona.

Rubén se despide del forense sin entender qué es lo que está pasando. Lucía lo interroga con la mirada para que comparta con ella la información que acaba de recibir.

—No te lo vas a creer.

Rubén le cuenta a la subinspectora los detalles de su conversación con el médico forense mientras ella no desperdicia ni un ápice de su energía en ocultar su sorpresa. Cuando Rubén llega al final del relato, Lucía se levanta de su asiento inquieta.

—¿Me estás diciendo que la sangre de la frente de Emma no es suya? —pregunta aun conociendo la respuesta—. Entonces, ¿de quién cojones es?

—Eso me gustaría saber a mí —responde Rubén, con la inquietud haciendo de las suyas en su tono de voz—. ¿Qué sentido tiene que el asesino haya utilizado la sangre de otra persona para marcar a su víctima?

—Puede que sea la suya propia. Imagínate que se trata del líder de una secta religiosa que pretende extender su legado. Eso sería cojonudo a la hora de probar su autoría.

—No creo que sea tan fácil. Espero que los resultados de ADN lleguen pronto. El comisario me ha dicho que tiene un compañero de promoción al mando del laboratorio, así que puede que nuestra petición se cuele entre las primeras de la fila.

—Una niña atada a los barrotes de una ventana en el mismísimo centro de Castellón que es devorada por los pájaros —dice Lucía—. Con ese titular no creo que haga falta tener enchufe. Los de arriba deben de estar volviéndose locos con la prensa. Disfruta de la tranquilidad, que no creo que quede demasiado para que el jefe comience a apretarte las tuercas. Seguro que en cuestión de minutos el *Periódico Mediterráneo* te acribilla el teléfono a llamadas.

—Ese es el menor de mis problemas —responde con sinceridad el inspector.

Rubén retoma la postura que había adoptado unos minutos antes y que, aunque no había sido eficaz contra la migraña, le había permitido concentrarse un poco más. «¿De quién es esa sangre?». La pregunta no deja de rondarle la cabeza, rebotando de hemisferio en hemisferio, una y otra vez, como en un partido de tenis. «¿Por qué marcar a Emma con una sangre que no le pertenece?».

Una descarga eléctrica recorre la espina dorsal de Rubén, que, llevado por un impulso, agarra el móvil e inicia una llamada. La voz femenina que responde al teléfono lo hace con urgencia, con esperanza. Sin embargo, lo que Rubén va a preguntarle no va a hacer otra cosa que hundir más a la mujer.

—¿Cuál es el grupo sanguíneo de su hija?

—¿Perdone?

—Responda, por favor.

—A positivo. ¿Qué ha pasado?

Rubén traga saliva antes de volver a hablar. No tiene pruebas fehacientes, pero tampoco dudas. Algo le dice que la sangre con la que el asesino ha decidido marcar la frente de su víctima pertenece a la hija de Micaela.

11

—¿Puede explicarme qué coño ha pasado? —La petición de Micaela suena como un lamento a oídos de Rubén, por mucho que ella se esfuerce en dotar de agresividad al tono utilizado.

—Solo es una hipótesis, Micaela —responde él, consciente de que ha metido la pata hasta el fondo sin quererlo—. No tiene importancia. La avisaré cuando haya alguna novedad. Por el momento prefiero que se mantenga al margen de los avances para que la investigación sea lo más objetiva posible.

—De eso nada —insiste ella, ahora más firme—. Haga el favor de contarme qué es lo que está pasando.

Rubén duda. Sabe que Micaela no se dará por vencida y que, si no comparte con ella sus cábalas, es capaz de presentarse allí mismo para sacárselas a la fuerza. Y, a la vista del físico de esa mujer, cree firmemente que sería capaz de hacerlo sin despeinarse.

—¿Recuerda el número cinco que alguien escribió en la frente de la víctima que le mostré ayer? —dice, finalmente, Rubén.

—Claro, inspector —asegura Micaela—. No podría olvidarme de esa imagen aunque quisiera.

—La sangre con la que se escribió no corresponde a la del cadáver —confiesa el policía—. El tipo sanguíneo no coincide. Sin embargo, sí que lo hace con el de su hija, tal y como usted ha manifestado.

—¿Me está diciendo que el asesino de esa muchacha tiene a mi hija? —pregunta ella, con la sensación de que el corazón está trepándole por la garganta.

—Es solo una hipótesis, ya se lo he dicho —responde Rubén, con una prudencia que está seguro de que debería de haber sacado a relucir mucho antes—. Pronto tendremos los resultados de ADN y podremos saber si la sangre pertenece o no a Bianca. Esas pruebas suelen tardar unos días, así que le pido que se tranquilice. Hasta entonces no se haga usted ideas...

—Inspector, ambos sabemos que esa niña era físicamente igual a mi hija —señala ella con desasosiego—, y ahora me dice usted que cabe la posibilidad de que la sangre utilizada para marcar su cadáver proceda del cuerpo de Bianca. —La voz de Micaela se resquebraja al pronunciar el nombre de su hija—. ¿Cómo pretende que no me vuelva loca?

—No puedo ni imaginarme por lo que está pasando —responde él, tratando de mostrarle comprensión—. Lo único que puedo hacer es prometerle que no descansaré hasta resolver este enigma. En este grupo trabajamos día y noche para encontrar a su hija cuanto antes. No está sola en esto, se lo aseguro.

La promesa de Rubén consigue que Micaela logre calmarse lo suficiente para no volver a desmoronarse. Aunque nunca ha confiado demasiado en la Policía, el inspector ha conseguido transmitirle la seguridad que a ella le falta. Parece un hombre implicado en su trabajo, al igual que la subinspectora que lo acompañaba esa misma mañana. No obstante, no está dispuesta a dejar nada al azar, y su plan de reunir a sus viejos colegas, aunque no deja de darle vértigo, sigue en marcha.

Cuando llegó a Castellón, hace unos cuantos años, creyó haber encontrado por fin su sitio: un lugar tranquilo, con el mar a tiro de piedra y la montaña tan cerca que hasta puede oler su aroma a humedad cuando llueve desde el salón de su casa. Bianca y ella llegaron a principios de marzo y, cuando quisieron darse cuenta,

unos vecinos de lo más sociables las habían arrastrado a las fiestas de la Magdalena, las más famosas del lugar. Micaela no se sentía cómoda con las multitudes, pues su pasado siempre le rozaba la nuca para recordarle que, por mucho que huyese, jamás sería del todo libre. Sin embargo, la que en su día fue Pantera se dejó llevar por la magia de los desfiles de Gaiatas, el sabor intenso de los *ximos*, esos bocadillos rellenos de pisto típicos de las fiestas, y la maravillosa leyenda acerca de la creación de la ciudad, en la que un gigante de buen corazón llamado Tombatossals —«Tumbamontañas»—, en compañía de unos cuantos amigos igual de bondadosos, ayudó a los castellonenses a establecerse en La Plana, el llano donde se encuentra la capital de provincia. Conoció el famoso «tardeo» de la colla del Rei Barbut, frente al imponente edificio de la diputación; y disfrutó como nadie de aquella celebración en la plaza de las Aulas, sintiéndose una más. Antes de siquiera planteárselo, ya se había enamorado del que, a partir de entonces, se convertiría en su nuevo hogar. Lo que no intuyó es que el horror más insoportable iba a perseguirla hasta ese lugar tan bello que había conseguido devolverle una ilusión que creía perdida.

Micaela, tras dejarse llevar por sus recuerdos, rebusca en su agenda de teléfonos un nombre al que no recurre desde hace ya demasiados años. El contacto, «Bibiana uñas», aparece enseguida en la pantalla. La dueña de ese móvil no se llama Bibiana y mucho menos es la encargada de hacerle la manicura, pero ese alias fue el primero que se le ocurrió cuando grabó el contacto en su agenda y no se ha planteado cambiarlo desde entonces. Con los nervios jugueteando con la estabilidad de su pulso, Micaela acaricia con la yema del pulgar el botón del teléfono que, inmediatamente, da inicio a la llamada. Un par de tonos preceden la respuesta de una voz

femenina cansada, la de alguien que ha vivido tan rápido que la vida se le ha empezado a hacer larga.

—Soy yo.

Esas dos escuetas palabras que Micaela pronuncia son suficientes para que su interlocutora la identifique. Tras la sorpresa de la mujer y unas cuantas expresiones que denotan el cariño que aún permanece intacto entre ambas, Micaela se deja de contemplaciones. No tiene tiempo que perder.

—Sé que prometí no volver a reunirme con ellos, pero los necesito —comenta Micaela—. Siento ser yo quien rompa el pacto, pero no veo otra salida. Sé que tú sabrás cómo localizarlos.

—¿Estás segura? Sabes que eso os pone en riesgo a todos. Vuestra historia conjunta ya ha terminado, ¿por qué reabrirla después de tantos años?

—Mi hija ha desaparecido, Sasha —responde Micaela, utilizando el verdadero nombre de su interlocutora—. Y sé que sin su ayuda no voy a lograr encontrarla a tiempo.

Sasha es una mujer entrada en los ochenta cuyo rostro, salpicado de manchas y alguna que otra cicatriz, parece haber vivido unos cuantos años más. Aunque no formaba parte del equipo con el que Micaela trabajaba en sus faenas, los conocía a todos a la perfección. De hecho, hasta podría decirse que fue la responsable de que se encontraran, de que unieran sus fuerzas para convertirse en uno de los grupos criminales más buscados por las autoridades nacionales de la época.

Sasha, debido a una pena impuesta por algún delito no demasiado grave, trabajaba en el comedor social al que acudían los cuatro miembros de la banda cuando aún no se conocían. Ella los observaba en silencio, regalándoles las sonrisas que consideraba que esas almas en pena necesitaban. Con el paso del tiempo, fue capaz

de advertir en sus miradas lo mismo que le transmitía la suya propia en el espejo: sed de adrenalina. Tras varios meses y alguna que otra conversación, descubrió que cada uno de ellos tenía unas habilidades que, si se unían, podrían componer un mecanismo perfecto con el que todos, Sasha incluida, lograrían salir del agujero en el que la vida y las malas decisiones los habían hundido.

Con disimulo, pero con determinación, Sasha consiguió que se conocieran y, cuando vio el momento adecuado, sembró en ellos la semilla de la curiosidad sobre qué podrían ser capaces de hacer si se lo proponían. No le costó demasiado convencerles para que unieran sus fuerzas y cometiesen el primero de una larga lista de delitos. Ella solo les pedía dos cosas: no estar vinculada materialmente a sus actividades y un quince por ciento de los beneficios. Y así fue como Sasha se convirtió en una especie de CEO de la organización, el único punto de unión existente entre sus cuatro miembros. Su ya entonces larga —e intensa— vida le había proporcionado decenas de contactos, tanto legales como no tanto, que les permitirían colocar la mercancía robada en joyerías, así como la sustraída a otros delincuentes, a los que atracaban haciéndose pasar por agentes de la ley. Cuando la organización se disolvió a causa de la detención y condena de Micaela, sus compañeros huyeron sin dejar rastro y la Policía no fue capaz de encontrar ningún hilo del que tirar para lograr identificarlos. A ninguno de los policías implicados se le ocurrió investigar un contacto denominado «Bibiana uñas».

—Puedo darte sus teléfonos —responde Sasha tras pensárselo demasiado a ojos de Micaela—, pero no puedo asegurarte que vayan a responder y mucho menos que decidan ayudarte. Ha pasado mucho tiempo, Pantera. Sus vidas han cambiado, ya no son las mismas personas.

—Lo sé, Sasha. Yo tampoco lo era hasta esta misma mañana. Te lo aseguro.

Sasha le envía un archivo cifrado que contiene los números de teléfono de los compañeros con los que compartió el pulso acelerado, bastante sangre y alguna que otra lágrima cuando todavía no tenía ni idea del desaguisado que la vida le tenía preparado. Antes de abrirlo, Micaela reflexiona una última vez sobre si merecerá la pena desenterrar relaciones pasadas de las que ya no queda nada más que un fino hilo al que se atan los recuerdos. Sabe que, haciéndolo, podría llevar a quienes fueron sus compañeros a un destino fatal, ese que consiguieron evitar tras cada uno de los palos que daban cuando eran jóvenes y el deseo de poder superaba a la sensatez. Micaela se pasa la mano por la frente, como si eso fuera a aclarar sus ideas. Por más que lo intenta, no logra encontrar alternativa alguna. Necesita a su banda o, de lo contrario, teme que no volverá a abrazar a su hija.

Decidida a continuar con su plan, accede al archivo. El primero de la lista es Oso, el hombretón que insistía en saludarla con un manotazo en la espalda cada vez que se encontraban, por mucho que Micaela se quejase del gesto. Tras tomar un aire que le parece más denso que nunca, marca las nueve cifras en su terminal y pulsa la tecla verde. Cada uno de los tonos que suena a través del altavoz de su *smartphone* hace vibrar sus huesos, extendiendo su miedo ante la posibilidad de que su excompinche cuelgue la llamada en el momento en el que ella se identifique.

—¡Hola, caracola! —La voz jovial de lo que parece un niño sorprende a Micaela.

—¿Hola? —responde ella confusa—. ¿Quién eres?

—Soy Lolo, ¿y tú?

A través de la línea se escucha un rifirrafe entre Lolo y lo que parece ser un hombre adulto. Micaela aparta el teléfono de su oreja para evitar el molesto sonido que produce el cambio de manos que está sufriendo el terminal de su interlocutor. Unos segundos después, alguien vuelve a saludarla.

—Hola, ¿con quién hablo?

—Hola, Oso —responde ella—. Soy yo, Pantera.

Unos pasos acelerados y el sonido de una puerta al cerrarse le indican que Oso ha ido a esconderse a un lugar apartado para mantener una conversación que, desde luego, no esperaba. El bullicio del jugueteo infantil que Micaela percibía se ha ido desvaneciendo hasta desaparecer por completo.

—El trato era no volver a relacionarnos —dice Oso, claramente alarmado—. ¿Qué haces llamándome a estas alturas? Tengo una familia que no tiene ni idea de mi pasado, joder.

—Yo también la tengo, Oso —responde Micaela sin alterarse lo más mínimo—, pero mi hija ha desaparecido esta misma mañana y no tengo a nadie más a quién acudir. Os necesito más que nunca.

El silencio de Oso es tan largo que Micaela se ve obligada a comprobar hasta en dos ocasiones que la línea no se ha cortado. Sabía que la llamada lo iba a pillar completamente fuera de juego y ahora lo que teme es que su excompañero cuelgue sin darle opción a negociar.

Al otro lado de la línea, el grandullón le da vueltas a sus opciones. No se ve capaz de ignorar a Pantera, no puede denegarle el auxilio que le pide después de haber pasado por tantas cosas juntos. Sin embargo, le abruma la posibilidad de que, si se une a ella y al resto del equipo para llevar a cabo una nueva e inesperada misión, todo lo que ha construido durante esos años se desmorone. Ha luchado mucho para llegar allí, la vida no se lo ha puesto fácil. Se mudó a

España con su madre y sus hermanos cuando apenas había cumplido diez años y, aunque sus expectativas eran optimistas, no encontraron en este país nada de lo que esperaban. Su madre se tambaleaba entre trabajos mal remunerados para pagar las facturas y alimentar cinco bocas —sin incluir la suya—. Oso era el mayor de todos y, de alguna manera, se vio obligado a ser el hombre de la casa, sustituyendo a la figura paterna, que, debido a un cáncer fulminante, había desaparecido demasiado pronto.

Por mucho que lo intentaba, su madre no era capaz de reunir el dinero suficiente para sacarlos adelante y, justo en el momento en que las cosas se habían puesto más difíciles, el menor de todos los hermanos cayó enfermo, requiriendo para curarse un tratamiento que, aunque parcialmente subvencionado, superaba con creces el modesto poder adquisitivo de la familia. Oso aún era un crío, pero no tardó en darse cuenta de lo que pasaba en aquel lugar minúsculo en el que vivían. Hombres desconocidos, la mayoría de ellos impregnados de olor a alcohol y tabaco rancio, entraban y salían de su casa a su antojo. Ninguno saludaba, tan solo accedían a la habitación de su madre y la abandonaban poco después con los bolsillos un poco menos pesados. Su madre se preocupaba por maquillar esa realidad como podía: música alta, ambientadores a tutiplén y sonrisas fingidas mientras depositaba en la mesa de la cocina los bollos que había comprado utilizando su dignidad como moneda de cambio. Oso jamás la había culpado por lo que hacía, sabía que era la desesperación lo que le infundía el valor suficiente para dejarse poseer por aquellos babosos que, con tal de satisfacer sus deseos más primarios, eran capaces de acostarse con quien no los deseaba.

A pesar del dolor que desprendían los ojos de su madre, la infancia de Oso fue bastante feliz, o al menos así quería recordarla.

Sin embargo, unos días antes de que cumpliese los quince años, uno de los visitantes no tuvo suficiente con las relaciones sexuales. Oso dejó pasar el primer golpe, pues su madre le había rogado que no entrase en su habitación bajo ningún concepto. No pudo hacer lo mismo cuando un segundo tortazo sonó por encima de la voz de Édith Piaf en *La vie en rose*. Oso trató de abrir la puerta manipulando la manilla, pero el pestillo estaba puesto, así que se vio obligado a acometer con toda su envergadura contra el tablón de madera, que no tardó más de un par de colisiones con el cuerpo fibroso del adolescente en ceder.

Lo que sus ojos vieron al entrar en aquella habitación encendió algo en su interior, un odio que su parte racional no supo controlar, un fuego del que aún hoy quedan brasas. Su madre estaba encogida sobre la cama, completamente desnuda y cubriéndose como buenamente podía con las manos. Mientras tanto, aquel hombre desconocido, que había cambiado los tortazos por los puñetazos, golpeaba el frágil cuerpo de la mujer claramente excitado. Disfrutaba con cada grito, con cada lágrima.

No pensó, tan solo se movió de manera autónoma sin atender a ningún tipo de raciocinio. Se acercó al atacante, que rondaba los cuarenta y cinco años, y tras agarrarle del poco pelo que tenía lo lanzó hacia atrás, dejándolo tirado en el suelo bocarriba con una erección que cada vez era menos prominente. Llevado por una furia incontrolable, comenzó a patear el cuerpo del hombre sin descanso. No se detuvo hasta que su corazón, harto de bombear a ese ritmo, le pidió un respiro. Recuerda los gritos de su madre, asustada al ver la gran cantidad de sangre que había salpicado los muebles, el suelo y las paredes. Apartó a Oso de aquel desconocido y dio gracias a Dios cuando, al apoyar los dedos en el cuello de su agresor, encontró pulso.

El recuerdo de los siguientes días lo tiene borroso. No sabría decir cuándo lo detuvieron, cuándo prestó declaración ni cuándo lo encerraron en aquel centro de menores con el objetivo de rehabilitarlo. Estuvo allí mucho tiempo, aunque tampoco recuerda cuánto. Lo que sí recuerda es que tuvo que convertirse en la bestia que hoy es para poder sobrevivir a la fauna que recorría los pasillos de aquella cárcel disfrazada de reformatorio.

Su madre había abandonado el país para volver a Alemania poco después de aquel baño de sangre, pero antes se encargó de que una agradable señora que trabajaba en el comedor social al que acudía junto a sus hijos le prometiese que iba a echarle una mano a Oso cuando cumpliese su condena. Sasha lo cuidó con esmero, cumpliendo su palabra. Le consiguió un lugar donde dormir y un trabajo cuyo sueldo le permitía cubrir la mayoría de sus gastos. Unos años después, cuando Oso había comenzado a fantasear con volver a su país, Sasha le propuso enrolarse en aquella aventura de ladrones variopintos y él, que era adicto a la adrenalina, no pudo decir que no.

Con el teléfono aún en la oreja, Oso se pregunta si queda algo de aquel delincuente en la persona en la que se ha convertido. Se considera un padre normal, de esos que llevan a sus hijos al colegio con el sueño aún pegado a las pestañas, de los que hacen barbacoas los domingos y tienen sexo con su mujer cuando las responsabilidades del día a día les permiten disfrutarse el uno al otro durante unos intensos veinte minutos. Y justo eso, esos encuentros fugaces, son lo más emocionante que ha pasado últimamente en su vida.

—¡Papá! ¡Pedro ha tirado el agua de Toby al sofá!

Oso vuelve a la realidad al escuchar a su hijo. Se pregunta qué haría él si fuera uno de esos dos terremotos el que hubiera

desaparecido y no tiene ninguna duda. También sabe con certeza que Pantera no se habría cuestionado ni por un segundo la posibilidad de ayudarlo a encontrarlo.

—¡Ahora voy! —grita a la vez que tapa con su manaza de cuatro dedos el micrófono del teléfono—. ¡Pedro, seca el sofá ahora mismo!

Oso se pasa la mano por la frente para intentar sacarle brillo a sus ideas. La respiración ansiosa de Pantera le infunde ánimos para involucrarse, aunque sigue teniendo un miedo atroz a las consecuencias que esa aventura pueda conllevar.

—¿Has llamado a la Policía? —le pregunta finalmente.

—Por supuesto que sí —responde ella—. Ya he denunciado su desaparición y están trabajando para encontrarla.

—Entonces, ¿qué pretendes que hagamos nosotros? ¿Por qué crees que podríamos ser de utilidad en algo así?

—Porque solo hay una persona en este mundo que me odie tanto como para arrebatarme lo que más quiero —responde firme Micaela —. Y ambos sabemos quién es.

12

Micaela acudió caminando a la dirección que Sasha le había proporcionado en el comedor social. Le había dado muchas vueltas, llegando siempre a la misma conclusión: no perdía nada por ver qué era aquello tan misterioso que esa extraña mujer quería proponerle. Cuando llegó a la ubicación exacta, no pudo evitar contener el aliento durante unos segundos. Se trataba de una caseta de obra oxidada a punto de ser completamente engullida por la maleza. Era de noche y, como solía ocurrir, la oscuridad le daba a la imagen un toque más tétrico del que en realidad ofrecía. Micaela se detuvo para tomar aire. Su cabeza le pedía que saliera corriendo de allí, pero algo le impedía moverse. «La curiosidad mató al gato, Mica». Las palabras de su abuela resonaron en su cabeza, pero no tardaron demasiado en diluirse.

—Si tú estuvieras aquí, jamás habría venido.

Micaela pronunció esas palabras mirando al cielo, culpando de alguna manera a su *nonna* de sus malas decisiones. Ella fue quien la crio, la única mujer de su vida. La que le enseñó a ser valiente, a no dejarse caer en el abismo por muy duro que la vida se empeñase en golpearla. Sin embargo, hubo una cosa que no pudo enseñarle: su abuela no le explicó de qué manera podría vivir sin ella. Inconscientemente, Micaela se llevó la mano al colgante que adornaba su cuello, un *cornicello* rojo, un pequeño cuerno que le recordaba los orígenes napolitanos de su familia y que su abuela le había regalado como protección contra el mal de ojo.

—Creo que no ha funcionado, *nonna*.

Sus dedos apretaron el metal del colgante hasta que su silueta se le imprimió en las yemas. «Lo siento. No me queda otra», se disculpó con su abuela antes de continuar su camino.

Tras avanzar unos pasos, acertó a ver a través de un ventanuco un par de siluetas en el interior del sucio contenedor metálico en el que se disponía a entrar. Aceleró el paso con la intención de no darle más vueltas al asunto. No quería volver a pensar en todo lo que podría ocurrir una vez que atravesara esa puerta roñosa: ya había tomado una decisión.

—¡Ahora estamos todos!

Sasha le dio la bienvenida en cuanto asomó la cabeza por la puerta entreabierta. El interior de la caseta no difería mucho del exterior: paredes oxidadas en las que el moho campaba a sus anchas, mobiliario ennegrecido y roído por las alimañas y alguna cucaracha correteando por el suelo pegajoso. Micaela no pudo reprimir una mueca de asco que no pasó desapercibida al resto de los asistentes a esa extraña reunión.

—Bienvenida, soy...

—¡Silencio! —Sasha interrumpió a un hombretón inmenso que pretendía presentarse—. Primera norma: aquí no hay nombres que valgan. Ese es el primer paso, el más importante. Cuanto menos sepáis los unos de los otros, mucho mejor.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a relacionarnos? —Un chico flacucho y con cara de cansado intervino en la conversación.

—Tenéis que utilizar motes. Como en las películas. Será divertido —respondió Sasha, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Motes? —preguntó el hombretón—. ¿Y cómo se supone que debo llamarme yo?

—Parce, con esa forma de moverse, debería llamarse Oso. —Una chica latina con un físico de escándalo se dirigió a él con una amplia sonrisa en la cara—. Es la opción más fina, créame.

—Me gusta —respondió Oso—. ¿Tú qué? —preguntó mirando al otro varón del grupo.

—Yo... —dudó él—. A mí podéis llamarme Teclas.

—Seguro que eso es lo único que has tocado en toda tu vida, ¿verdad, cerebrín? —bromeó Oso, sin provocar ninguna risa más allá de la suya.

Micaela miró al resto de los asistentes sin entender nada. Sasha le dedicó una sonrisa que, extrañamente, consiguió que se sintiera cómoda a pesar de las circunstancias.

—¿Tienes algún nombre en mente? —le preguntó.

—La verdad es que no... —respondió mientras todos la miraban.

—Yo quiero que me digan Flaca —dijo la mujer latina—. Así me bautizó mi primo.

—Perfecto —respondió Sasha—. Solo quedas tú —dijo dirigiéndose a Micaela—. Puede ser el nombre de una flor, un gentilicio...

—O un animal —apuntó Oso.

Micaela pensó mientras dirigía la mirada hacia la punta de sus zapatos. No le gustaban las flores y, aunque su abuela se había empeñado en inocularle por vena la cultura italiana, nunca había llegado a sentirse de ninguna parte. Tampoco tenía un mote cariñoso, como en el caso de Flaca, y, por descontado, no creía poseer ninguna habilidad digna de mención, como Teclas. De repente, los ojos del felino que, aunque era objeto de su admiración, había protagonizado cada uno de sus terrores nocturnos cuando no era más que una niña irrumpieron en su mente. Su pelaje oscuro, su potente mandíbula...; esos colmillos afilados que aún la estremecen.

En ese momento, decidió que quería hacer frente a sus miedos, encarar todo lo que la atormentaba. Revelarse.

—Pantera —dijo con una voz tan firme que le sorprendió incluso a ella.

Ese fue el preciso instante en el que comenzó a escribirse su historia, la de su nueva vida. Una vida que venía cargada de aventuras, adrenalina y, sobre todo, de dolor.

13

Rubén se permite volver a casa cuando las manecillas del reloj ya han dejado atrás el fatídico día que le ha tocado vivir. La certeza de esos padres al reconocer el rostro del cadáver atado en pleno centro de la ciudad como el de su hija le atravesó el alma como una flecha de acero lanzada por el más diestro de los arqueros. Casi pudo ver cómo unas cuantas salpicaduras de ese inmenso dolor le impregnaban la piel y sabe que, desde el momento en que el matrimonio se derrumbó ante sus ojos, una buena parte de su pesar lo acompañará de por vida.

A última hora de la tarde, Rubén había recibido la llamada del laboratorio encargado de realizar el análisis del ADN proveniente de la sangre anónima que dibujaba un perverso número cinco en la frente sin vida de la víctima. A falta de un informe que lo hiciera oficial y que le enviarían más adelante, la muestra genética había dado un resultado positivo con respecto a la aportada por Micaela. Ya no había ninguna duda: el asesino siniestro que había desguazado el joven cuerpo de Emma tenía en su poder a Bianca, viva o muerta.

En cuanto le comunicaron los resultados, Rubén llamó a Micaela con la intención de reunirse con ella para contárselo. Ella le dijo que no podía verlo en ese momento, pero insistió en que, fuera lo que fuera lo que tenía que contarle, se lo dijese en ese mismo instante. El inspector, cansado por la larga jornada y a sabiendas de que la mujer no se iba a dar por vencida, se lo comunicó por teléfono.

—Ya está confirmado. La sangre es de su hija —murmuró Rubén, como si decirlo en voz baja fuera a restarle gravedad al funesto hallazgo.

El silencio le dio a entender que las últimas esperanzas que Micaela guardaba de que su hija estuviera a salvo se habían disipado por completo. En ese momento desconocían si Bianca seguía viva, pero tenían la certeza de que el asesino de Emma la tenía en su poder.

—Tienes que encontrarla —le rogó Micaela con la voz quebrada y dejando atrás el usted—. ¡Júrame que vas a encontrar a mi niña!

—Voy a hacer todo lo que pueda —le prometió él sin demasiadas esperanzas—. Lo que haga falta.

Cuando colgó la llamada, Rubén se quedó unos minutos más a solas en el despacho, con las luces apagadas y disfrutando del silencio de permanecer en comisaría cuando todos los demás ya se habían ido. Únicamente le distraía el alboroto intermitente provocado por los detenidos que los compañeros de Seguridad Ciudadana ingresaban en los calabozos, y el sonido de los acústicos de los coches patrulla cuando acudían raudos a atender un servicio. Cuando terminó de repasar, uno a uno, todos los acontecimientos que habían tenido lugar ese día, y tras comprobar que en las bases de datos policiales no había ni rastro de información sobre los posibles enemigos de Micaela, Rubén agarró el legajo correspondiente al caso y salió por la puerta de las dependencias policiales con la esperanza de poder conciliar el sueño cuando llegase a casa, aunque fuera durante un par de horas.

Consciente de que la puerta de la comisaría estaba llena de periodistas deseosos de conseguir un buen titular, Rubén se decidió por utilizar la salida trasera para abandonarla. No se veía con fuerzas para lidiar con la prensa y, a decir verdad, no tenía nada que

contarles. El caso seguía sin avanzar y ya había suficiente sensación de inseguridad entre los castellonenses como para dar a conocer que la Policía no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Una vez en su coche, algo lo llevó a tomar el sentido contrario al que debería haber cogido para regresar a su vivienda. Sentía la cabeza embotada, como si fuera un submarinista ataviado con una escafandra que lo aislaba del mundo. Odiaba esa sensación con todas sus fuerzas y, puesto que necesitaba que sus sentidos funcionasen al cien por cien, decidió hacer lo único que sabía que le sería útil para despejarse. En menos de diez minutos se plantó en el paseo marítimo decidido a que el mar Mediterráneo le aclarase las ideas. La playa del Pinar le parecía otra a esas horas de la madrugada, vacía y silenciosa salvo por el sonido del agua acariciando la arena. Se sentó frente a la costa y aspiró el olor a sal una y otra vez hasta que, satisfecho, abandonó ese tesoro dejando atrás las palmeras que habían sido testigos de su singular meditación.

—¿Por qué te han hecho esto?

Unas horas después, cuando Rubén ya está de vuelta en su domicilio, dirige esa pregunta a una de las fotografías del rostro sin vida de Emma. La mesa de su salón se ha convertido en una especie de *collage* atroz en el que pueden verse casi la totalidad de las instantáneas efectuadas por Policía Científica durante la inspección ocular de la escena del crimen.

—¿Por qué tanta brutalidad?

Por fin Rubén plantea esa pregunta en voz alta después de que le haya estado rondando la cabeza durante todo el día. No entiende qué motivo podría tener el asesino de Emma para condenarla a una muerte tan dolorosa y elaborada. Tampoco logra comprender por qué ese monstruo se ha decidido por dibujar un número cinco en su

frente y mucho menos la razón por la que ha utilizado la sangre de Bianca para hacerlo.

La migraña, que ya lleva unas cuantas horas taladrándole la cabeza, lo obliga a cerrar los ojos con fuerza para tratar de diluir la presión. Rubén acude al botiquín que tiene guardado en su baño y, rendido a la medicina moderna, agarra un sobre de ibuprofeno. Odia tomar medicación, por eso siempre se resiste a hacerlo hasta que el dolor es verdaderamente insoportable. Sin darle más vueltas, rasga el envoltorio y disuelve el polvo blanquecino en medio vaso de agua sin poder evitar un gesto de repulsa al percibir el aroma mentolado, demasiado fuerte para su gusto. Se toma el brebaje de un trago, sin respirar, como cuando era pequeño y su madre lo obligaba a hacerlo. El alivio que siente es casi inmediato, aunque al medicamento le queda mucho trabajo que hacer para llevarse consigo todo el dolor que sus sienes han almacenado durante horas.

Con el sabor a menta cosquilleándole en la garganta, Rubén se sienta de nuevo en el sofá para observar el cadáver mutilado de Emma. A pesar de que no ha dejado de mirar una y otra vez esas fotografías a lo largo del día, no puede evitar sentir un escalofrío cuando posa sus ojos en las instantáneas que muestran las vísceras de Emma rebozadas de alpiste. Su mente, puñetera como la que más, le conmina a ponerse en el lugar de esa pobre chica, a intentar sentir la intensidad del dolor mientras decenas de pájaros hambrientos picotean su piel y sus entrañas, poseídos por el frenesí de llevarse esas suculentas pipas untadas en sangre caliente al gaznate. No puede quejarse ni rogar por su vida: el asesino se ha encargado de que su muerte, plagada de sufrimiento y desesperanza, sea totalmente silenciosa.

—¿Qué clase de bestia es capaz de hacer algo así?

Rubén continúa haciéndose preguntas en voz alta, una y otra vez, hasta que el reloj marca las tres y trece minutos de la madrugada. No ha sacado ninguna conclusión nueva. De hecho, el interminable visionado de esas fotografías solo ha conseguido que su inquietud sea aún mayor. Los ojos verdes moteados de Micaela cruzan, una vez más, su mente. Está seguro de que, en otras circunstancias, su mirada sería capaz de desarmar a cualquiera. Sin embargo, el miedo y la tristeza que los aquejaban esa mañana no les permitían brillar con todo su esplendor.

No puede ni imaginarse el desasosiego que debe de estar inundándola en ese mismo momento. Ya no es solo que la víctima sea físicamente casi igual a su hija, sino que la sangre que mancha su frente proviene de las venas de Bianca. «¿Será ella la siguiente víctima?», se pregunta Rubén, a la vez que la presión en su pecho se intensifica. «¿Acaso seguirá viva?», duda. La cantidad de sangre utilizada es ínfima, totalmente compatible con que siga viva, pero no pueden descartar ninguna hipótesis. No obstante, y hasta que se demuestre lo contrario, Rubén se ha propuesto creer firmemente que aún vive. Y peleará por encontrarla hasta las últimas consecuencias.

Una gota cálida de sudor resbala por su espalda, a pesar de que decidió quitarse la camiseta hace un buen rato y ahora permanece con la piel descubierta. Aunque la temperatura nocturna de Castellón sea suave, continúa resultándole demasiado alta. Se levanta del sofá, esta vez para abrir ligeramente la ventana de la estancia con la esperanza de que la brisa, aunque cálida, renueve el ambiente apelmazado. En esos momentos es cuando más echa de menos la tierra de su abuelo. En Asturias jamás ha tenido problema para dormir a causa de las altas temperaturas, no recuerda siquiera haber pasado ni una sola noche destapado. Sin embargo, en Castellón ha

llegado a sentir la necesidad de desprenderse de su propia piel para atenuar el calor al que las noches lo condenan.

Una corriente de aire entra por la rendija. Aunque corre discreta, tiene la fuerza suficiente para conseguir que una de las fotografías que invaden la mesa del salón resbale hasta el suelo, quedando bocabajo. Rubén la recupera con desidia, harto de enfrentarse al horror que encierra cada una de esas instantáneas. Al girar el papel brillante, uno de los engranajes de su cerebro consigue hacer un clic, y recupera un recuerdo que no había logrado rescatar hasta entonces. Con avidez, Rubén agarra el móvil e introduce dos palabras en el buscador de imágenes, dispuesto a comprobar si su teoría es cierta. En cuanto pulsa el Intro, cientos de fotografías que corroboran su hipótesis comienzan a aparecer en la pantalla. En ellas, un hombre fornido y casi completamente desnudo, encadenado a una montaña, se deja devorar sin remedio por un ave imponente que picotea con frenesí uno de sus costados. El tormento sufrido por Prometeo, tal y como cuenta la mitología griega, se parece demasiado al que el asesino de Emma decidió aplicarle como para ser una mera coincidencia. Rubén no puede evitar sonreír con ligereza, a pesar de lo turbio de su descubrimiento. Aún queda mucho camino por delante, innumerables preguntas que responder, pero al menos está seguro de que ha conseguido descifrar el porqué de ese aterrador *modus operandi*.

Sin reparar en lo intempestivo de las horas, el inspector se decide por llamar a la única persona que cree capaz de ayudarlo con esa materia tan singular, uno de los hombres que lo ha acompañado a lo largo de su juventud, dejándole una huella tan profunda que el tiempo no ha logrado borrar.

—¿Diga? —Una voz somnolienta responde la llamada cuando Rubén ya está a punto de darse por vencido.

—Don Marcelino, necesito su ayuda.

—Muchacho, si tienes la osadía de llamarme por teléfono a estas horas, también debes tenerla para poder tutearme —responde el hombre con sorna—. Dame un par de minutos para salir de la habitación o mi mujer me va a matar.

Rubén escucha un par de quejidos femeninos de fondo mientras su interlocutor consigue, no sin cierta dificultad, levantarse de la cama y abandonar el dormitorio.

—Todo en orden —dice finalmente—. ¿En qué puede ayudar un viejo profesor jubilado como yo a un flamante inspector de policía como tú?

—¿Has visto las noticias? ¿El asesinato de El Fadrí? —pregunta Rubén sin dejar de mirar las fotografías del cadáver.

—Claro que sí. Una lástima. El mundo cada vez es más perverso. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—¿No te ha recordado a nada? —insiste el inspector—. Las vísceras, las cadenas, las aves...

El silencio se adueña de la línea durante unos segundos. Rubén le da tregua a su profesor de Historia para que ate los cabos por sí mismo. Quiere saber si la conclusión que ha sacado es razonable sin influir en el criterio de la persona más docta en historia y mitología que conoce. Hace ya unos cuantos años que dejó el instituto Ribalta, pero recuerda a don Marcelino con cariño y admiración. Es, sin duda, el mejor profesor que ha tenido en su vida, de esos que se implican con los alumnos, de los que se dejan la piel para que los chavales aprendan y disfruten haciéndolo; y no solo para que aprueben esos inútiles exámenes.

—El tormento de Prometeo —susurra el profesor.

—Exacto. Recuerdo perfectamente el momento en el que nos enseñaste esa horrible imagen que lo ilustraba en una de las clases

de Historia —afirma Rubén—. Mientras repasaba las fotografías del cadáver, he caído en la cuenta del tremendo parecido que presenta con ese mito. No puede ser coincidencia, ¿verdad?

—Rubén, yo solo sé de historia —señala el docente—. No tengo ni idea de cómo funcionan las cabezas de esos criminales a los que persigues. De todas maneras, si quieres saber mi opinión..., diría que una puesta en escena tan similar no puede ser algo casual.

—Es lo que quería oír...

—Muchacho, ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites. Además, ahora que me he jubilado tengo mucho tiempo libre...; demasiado, diría yo —se queja—. Laura ya no sabe qué hacer conmigo. Creo que solo estaba enamorada de mí porque con tantas clases, ponencias y congresos, casi no tenía que aguantarme.

—Pues estoy seguro de que voy a robarte bastante tiempo a partir de ahora.

—No hay mucho que pueda contarte sobre ese tormento que tú no sepas... No creo que nos lleve más de un par de cafés.

—No es ese tormento lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué es?

—Que creo que no será el último.

Rubén y Marcelino se despiden con la promesa de verse pronto. El inspector continúa examinando unas pruebas que no arrojan ningún dato nuevo mientras que el docente, incapaz de conciliar el sueño de nuevo, se decide por degustar una infusión cítrica de las que trajo de su última visita a Marruecos y por la que pagó mucho más dinero del razonable. Con la mirada fija en el líquido humeante, Marcelino repasa mentalmente la conversación que acaba de tener con uno de sus alumnos más brillantes. La mitología siempre le había llamado la atención y, tras una visita a Grecia, comenzó a interesarse por los dioses, fábulas y tormentos que esa cultura había transmitido a lo

largo de los siglos. Ahora, con el corazón en un puño, se lamenta por tener tantos conocimientos sobre el tema. Teme que, si ese asesino está dispuesto a escenificar más tormentos, la carnicería que se avecina va a ser aterradora.

14

Los medios de comunicación no dejan de hablar de lo acontecido en Castellón. Ha llegado incluso a la prensa internacional, que se recrea en la posibilidad de que el asesinato de Emma tenga que ver con alguna especie de rito satánico, como si la niña hubiese vendido su alma al diablo y haya tenido que pagar las consecuencias.

Los dientes amarillentos del hombre que mira la pantalla del televisor llevan un buen rato a la vista. No puede evitarlo, le encanta el revuelo que se está armando, sobre todo porque sabe que, de esa manera, ella no podrá olvidarse ni un solo segundo del peligro que corre su hija.

No sabe si la policía estará al tanto de que el asesino que colgó a esa muchacha para que los pájaros la torturasen es el mismo que se ha llevado a Bianca, pero cree con firmeza que Micaela no tendrá duda alguna: para eso se ha preocupado de encontrar a una niña de la misma edad que su hija y con unos rasgos tan similares. Se imagina a Micaela viendo el cadáver de Emma, el horror que debió sentir durante el fugaz milisegundo en el que creyó que podía tratarse de su hija.

—Aún es pronto, zorra. Todavía te queda mucho que llorar.

El hombre escupe esas palabras como si Micaela pudiera oírlas. Le encantaría estar frente a ella, mirarla a esos ojos que tanto tiempo lleva buscando y contarle todo lo que piensa hacerle antes de que exhale su último aliento. Sin embargo, se obliga a ser paciente. Sabe que la carrera a contrarreloj en la que la ha forzado a sumergirse le

hará sufrir mucho más que cualquiera de las torturas físicas que tiene pensado infligirle. Han sido muchos años esperando la venganza, pero la casualidad ha querido que, por fin, el hombre pueda sentir la sangre de Micaela en sus labios, saborearla con calma, con la tranquilidad de un cazador que sabe que su presa, herida de bala, ya no puede ir a ninguna parte. Que solo le queda esperar a que él, dios y dueño de su vida, decida qué hacer con ella.

Nunca ha sido demasiado fan de las redes sociales, pero a ellas les debe su pequeña victoria. Si no fuera por ese vídeo estúpido que Bianca subió a su cuenta de TikTok, él jamás las habría encontrado. En cuanto vio los ojos de esa niña, herencia directa de su madre, supo que había dado en el clavo. Bastaron un par de comprobaciones más por parte de sus secuaces para corroborar que, efectivamente, la dueña de esa cuenta era la hija de Micaela. Desde entonces, no había dejado de pensar en cómo hacerle el mayor daño posible a esa mujer que tanto dolor le había causado, a esa que llevaba más de diez años rondando por su cabeza con una sonrisa macabra que no dejaba de recordarle que era ella la que había ganado la batalla. Fue entonces cuando ideó un macabro plan en el que atacaría lo más valioso para ella: su hija.

—Ya está todo listo.

Uno de sus peones entra con prudencia en su despacho para colocar una caja sobre la mesa. Está cubierta con una tela oscura y totalmente opaca que cae sobre cada costado, ocultando su contenido. De su interior se percibe un ligero sonido que consigue sacarle una nueva sonrisa.

—Poneos las pilas, no hay tiempo que perder.

El peón abandona solícito la estancia, dejando al hombre en compañía de su extraña pero deseada correspondencia. Con la intención de celebrar que su siguiente hazaña está a punto de

llevarse a cabo, se levanta del sillón para servirse un buen vaso de coñac. Detesta Francia, a los franceses y todo lo que tenga que ver con ese país que considera ñoño y sensiblero, pero hace una excepción para disfrutar de esa bebida procedente de sus tierras y a la que reconoce como su único logro. Con el vaso en la mano y un caminar renqueante, el hombre vuelve a tomar asiento en su sillón, dejándose caer sobre él bruscamente. La estructura del asiento se queja con un chillido agudo cuando apoya su torso en el respaldo, recostándose sobre él hasta que el mueble no da más de sí. El dolor a veces se le hace insoportable, pero prefiere que permanezca junto a él, al menos durante unos días más. No quiere que se le olvide ni un ápice del odio que le guarda a quien lo condenó a sufrir cada segundo de su vida.

El coñac resbala por su garganta, llevándose consigo un poco del calvario que lo aqueja. El siguiente tormento es, sin duda, su favorito. Está deseando que sus secuaces lo lleven a cabo para poder recrearse observando el vídeo que, como ya es costumbre, ha ordenado grabar. Había pensado en reservarlo para el final con la intención de utilizarlo como la guinda del horrendo pastel que poco a poco está horneando. Sin embargo, el último de los tormentos requiere de más tiempo, así que ha tenido que resignarse a utilizarlo antes de lo deseado.

Un nuevo trago a su bebida consigue llenarlo de energía y se decide por echar un vistazo a lo que oculta la tela negra. La levanta lo justo para poder mirar en el interior de la caja sin que entre demasiada luz, pues no quiere perturbarlas. Tienen una función realmente importante que cumplir y todo debe salir a la perfección. Se permite observarlas durante unos segundos, disfrutar de sus elegantes movimientos. No le gustaría verse en el pellejo de la siguiente víctima. Ninguna es culpable de lo que le hicieron, pero

eso poco le importa. La experiencia lo ha obligado deshumanizar a todo el que lo rodea, algo que facilita mucho su trabajo en general y su *vendetta* personal en particular. En los rostros de esas niñas no ve juventud, esperanza ni desconsuelo. Para él, no son más que objetos desechables que se permite utilizar a su antojo para cumplir con su plan, anteponiendo sus oscuros deseos a cualquier otra cosa. «Lo siento, chicas. Os ha tocado. A veces, la vida no es justa», piensa. Tampoco lo fue con él, cuando lo mutilaron como a un maldito perro al que golpean con una vara por haberse portado mal. No piensa en los padres de las criaturas, tampoco en la estupenda y larga vida que podría quedarles por delante. Lleva muchos años pensando solo en él. Y en ella.

Un ruido brusco sale del interior del recipiente llamando su atención. El hombre se asoma a curiosear, comprobando que dos de sus nuevas acompañantes han decidido devorarse entre sí con la brutalidad que las caracteriza. Con premura y ferocidad, tal y como a él le gusta.

—Tranquilas, preciosas —susurra con suavidad—. El banquete pronto estará servido.

15

Lucía lleva horas intentando dormirse sin éxito. Quiere achacar su insomnio al calor que embadurna de sudor pegajoso su piel, pero lo cierto es que es la imagen del cadáver de Emma lo que no le permite alcanzar la calma suficiente para que el sueño la arrope. Se ha cansado de dar vueltas en la cama, de sentir cómo la sábana bajera, empapada, se le pega al cuerpo una y otra vez con cada movimiento. El ventilador del techo funciona a todo trapo para proporcionarles a su marido y a ella algo de brisa fresca, pero no es suficiente. Ama su tierra por encima de todas las cosas, pero en ocasiones desearía que la temperatura les diese un poco más de tregua.

La subinspectora lleva muchos años trabajando en el grupo de Homicidios y Delitos Violentos. De hecho, tan solo tardó un par de meses en entrar cuando, tras jurar el cargo como policía, pudo solicitar destino en la ciudad que la había visto nacer. Con los ascensos, se vio obligada a abandonar Castellón durante cortos periodos de tiempo que para ella fueron eternos, pero poco después de adornar sus hombros con las divisas de subinspectora pudo regresar a su rincón favorito de España y colarse de nuevo en ese grupo al que tanto ama.

Por lo que ella es capaz de recordar, hace muchos años que Castellón no se ve aquejada de unos crímenes tan fatídicos. De hecho, solo recuerda una barbarie similar acontecida en los años noventa. Ella no era más que una niña de siete años, pero ya

contaba con la suficiente conciencia como para entender el desasosiego de su madre cuando las noticias se llenaban de titulares narrando los asesinatos de varias mujeres jóvenes a las que un ser inmundo había decidido raptar, violar y asesinar sin ningún tipo de miramiento. Su mente, aún inocente, no era capaz de comprender por completo lo que estaba ocurriendo, pero veía el miedo en los ojos de otras madres cuyas hijas, ya adolescentes, salían de fiesta por la ciudad mientras ese bárbaro andaba suelto, por más que la Policía trabajase para atraparlo. Ahora que es ella quien viste ese deseado uniforme, siente sobre sus hombros la responsabilidad de ponerle punto final al asedio del verdugo de Emma antes de que sea tarde.

Cuando llegó a casa la noche anterior después de un día agotador de los que hacía tiempo que no vivía, compartió un momento de lo más agradable mientras cenaba junto a su marido y su hija. A ninguno le apetecía cocinar, así que se dieron el gusto de pedir unas *pizzas* saltándose la norma de no comer comida basura hasta llegar al fin de semana. Lucía trató de abstraerse con las anécdotas laborales de su marido y las historias superficiales de su hija adolescente, pero lo cierto es que no pudo dejar de ver el rostro sin vida de Emma en el de su hija cada vez que depositaba su mirada en ella. Tuvo que ahogar algún que otro sollozo cuando su imaginación se empeñó en recrear la misma escena del crimen con su hija como víctima, y dejó que dos buenas copas de vino tinto la ayudaran a apartar un poco de su mente esos falsos escenarios. Por primera vez en mucho tiempo, y a pesar de la reticencia de su hija, anoche la arropó cuando ella se acostó en su cama, tal y como lo hacía cuando no levantaba más de un palmo del suelo y, con su lengua de trapo, le aseguraba que era la mejor mamá del mundo. Después de darle un beso en la frente más largo de lo normal que

su hija no supo cómo interpretar, salió de la habitación con el corazón encogido al comprender el dolor que los padres de Emma debían de estar sintiendo esa primera noche en la que su hija no descansaría a salvo en su cama.

Micaela tampoco dormía, aunque la causa de su vigilia era muy diferente. Había conseguido reclutar a Oso, que, tras demasiadas reticencias, le confirmó que se inventaría un viaje de trabajo para poder ayudarla. Eso sí, el plazo máximo de su presencia en Castellón sería de una semana, ni más ni menos.

Con Flaca la gestión fue mucho más rápida: la emoción de volver a escuchar a su Pantera la habría llevado a decir que sí a cualquier plan, por muy descabellado que resultase. Su única familia estaba formada por su hermana mayor y un sobrino de tres años que hacía con su tía lo que quería, así que tenía claro que podrían apañárselas unos cuantos días sin ella rondando por allí. Flaca había encarrilado su vida y en ese momento se encargaba de dirigir un taller mecánico en Valencia con tanta fama que para conseguir una cita no te quedaba otra que apuntarte a una larga lista de espera. Antes de colgar la llamada, la colombiana le aseguró que, en cuanto llegase a un acuerdo con alguno de sus socios para que se quedase a cargo del taller, saldría pitando para Castellón dispuesta a servirla tal y como lo hacía cuando todavía eran una banda criminal.

Teclas no llegó a cogerle el teléfono, por más que Micaela insistió en marcar su número una y otra vez. Se dio por vencida cuando dieron las dos de la mañana y su cuerpo exhausto comenzó a rogarle algo de sustento. Ahora que el reloj marca las cinco y cuarto y después de haberse comido una rebanada de pan de molde algo rancia cubierta con un par de lonchas de jamón serrano, permanece

sentada en la mesa de la cocina elucubrando acerca de cuál es el primer paso que debe dar para comenzar con la búsqueda paralela de su hija.

La vibración de su móvil distrae su atención. Un mensaje enigmático, pero cuya procedencia conoce de sobra, aparece en su pantalla. «Me apunto. No me busques, seré yo quien te encuentre». Micaela sonríe por primera vez en todo el día. Recuerda que a Teclas le encantaba hacerse el interesante y, como acaba de comprobar, es algo que no ha cambiado. Se felicita a sí misma por haber conseguido reunir a todo el equipo después de tanto tiempo y a pesar de la dificultad del reto que tienen por delante. Sabe que ese policía con el que ha hablado va a hacer todo lo posible por encontrar a Bianca, pero se siente mucho más segura ahora que su panda de exdelincuentes le cubre las espaldas. La vida le ha enseñado que no hay que poner la otra mejilla, que no debe tener compasión. Que una amenaza solo puede neutralizarse si atacas con más fuerza.

Rubén, después de mucho esfuerzo, ha logrado quedarse dormido. Aunque sabe que lamentará las consecuencias en cuanto se despierte con la garganta seca y la voz ronca, ha decidido dejar el aire acondicionado encendido durante toda la noche. Su organismo aún está acostumbrado a las temperaturas frescas de la que durante unos años había sido su «tierrina» y, al menos de momento, no se ve capaz de descansar como es debido si ese aparato del infierno no escupe aire gélido que refresque la habitación.

La conversación con su antiguo profesor de Historia, aunque no fue demasiado extensa, le hizo ver que su hipótesis no era tan descabellada como podría parecer. Pronto se reuniría con él para

impregnarse de sus innumerables conocimientos sobre mitología y de esa calidad humana que tanto lo caracteriza; y seguramente también tendrá que soportar alguna batallita y un par de collejas para celebrar el reencuentro.

Aunque duerme, su mente no deja de viajar de un lado a otro. Sumido en la dulce inconsciencia de un sueño que debería ser reparador, su cerebro incansable no cesa en su afán de divagar entre hipótesis de lo más diversas sobre la muerte de Emma y la desaparición de Bianca. En su mente se dibuja la imagen de Prometeo, ese dios griego aparentemente implacable que acabó siendo torturado de la peor de las maneras durante toda la eternidad. No imagina por qué alguien podría castigar a una niña como Emma de esa forma, aunque por suerte, en su caso, el sufrimiento sí que ha tenido fin.

Su cerebro decide darle un descanso permitiendo que, aunque solo sea fugazmente, unos cuantos recuerdos felices decoren sus sueños. Rubén se ve a sí mismo con tan solo ocho años correteando por Borriol, el pueblo en el que vivía su abuelo y al que se mudó su madre tras quedarse viuda de manera inesperada. Tenía pendiente regresar a esa casa que tantas alegrías le había dado, pero aún no se sentía con fuerzas. El fallecimiento de su madre es el golpe más duro que Rubén ha tenido que encajar en lo que lleva de vida y esa herida aún seguía abierta, palpitante.

El inspector siempre había creído que la pérdida de un ser querido se llora tres veces. La primera, cuando recibes la noticia. La segunda, cuando velas su cuerpo en el funeral. Él ya había cumplido con esas dos duras gestiones que la llamada «ley de vida» lo había obligado a realizar. Sin embargo, le faltaba la tercera, la más dolorosa de todas ellas: volver al lugar en el que esa persona debía encontrarse y comprobar que, efectivamente, ya no está. No quería

entrar en una casa fría y abandonada en la que su madre no lo recibiría con un plato de *coca fullà* recién horneada y una sonrisa tierna en los labios; como si evitar ese encontronazo repentino con la realidad le facilitase mantener viva a su madre en la memoria.

El cerebro del inspector pronto decide sustituir los recuerdos de su infancia para dejar paso de nuevo a la imagen de Emma ensangrentada. Aún dormido, Rubén tuerce el gesto al percibir una vez más el olor metálico de su sangre en la escena del crimen. Caprichosa, su inconsciencia se decanta por sustituir el rostro apagado de Emma por el de la hija de Micaela: los rasgos apenas varían. Se despierta sobresaltado. Los ojos verdes heredados de su madre pidiéndole auxilio han logrado arrebatarle las dos horas de sueño que aún le quedaban por delante. Mira el reloj para comprobar que solo son las cinco y media de la mañana y que al día todavía le queda mucho para comenzar. Ha dormido menos de dos horas, pero sabe que, por mucho que lo intente, no logrará conciliar el sueño de nuevo. Rubén carraspea para deshacerse de la maldita sensación de sequedad que el aire acondicionado ha instalado en su garganta y, tras incorporarse ligeramente, bebe un buen trago de agua de la botella que lo acompaña cada noche en la mesilla, velando por su, últimamente, limitado descanso. Casi con rabia, agarra el mando del aparato de aire y lo apaga apretando fuerte el botón rojo, prometiéndose que no volverá a caer en su trampa.

Una vez que se levanta de la cama, Rubén acude al baño para lavarse la cara con la esperanza de que el agua fría consiga espabilarlo. Tras hundir el rostro en una toalla recién estrenada que huele demasiado a suavizante, comprueba su reflejo en el espejo ovalado. Las ojeras que se han instalado bajo sus ojos parecen dispuestas a permanecer en ese lugar una buena temporada, oscureciendo su piel y sumándole algún que otro año más al carné

de identidad. Rubén se revuelve el pelo para tratar de domarlo. No le cuesta demasiado, pues ya son muchos años de experiencia los que lo avalan. Cuando considera que su aspecto cumple los estándares de corrección que él mismo se ha impuesto, se dirige a la cocina para prepararse el primero de los muchos cafés que, seguramente, y para desgracia de su salud estomacal, va a beber a lo largo del día.

El silencio típico de las altas horas de la madrugada le da calma. «Es lo único bueno que tiene levantarse a estas horas», piensa antes de darle al botón que enciende la cafetera y que acaba con esa paz que disfrutaban sus oídos. «Tantos avances tecnológicos y aún no hemos sido capaces de inventar una cafetera silenciosa», se queja. Cuando el aparato deja de llenar con su chorro la taza blanca y regia que ha seleccionado como recipiente, Rubén agarra el asa y se la lleva al salón, donde aún permanecen las horrendas fotografías del cadáver de Emma acompañadas por los informes que han recopilado hasta el momento. Su ordenador portátil, aún abierto, está al borde del agotamiento a causa de la falta de batería ocasionada por las infinitas búsquedas sobre mitología griega de la noche anterior. Lo único que podía hacer hasta que pudiera concertar una cita con don Marcelino era instruirse en los tormentos clásicos, pues no había ningún indicio relevante del que tirar: la señal del teléfono de Bianca desaparecía a pocos cientos de metros de su domicilio y el visionado de las grabaciones de seguridad cercanas al lugar en el que había aparecido el cuerpo de Emma no arrojaba ningún dato de interés. Tampoco habían encontrado ningún vehículo que pareciese implicado en los hechos y no había testigos que hubiesen visto algo trascendente.

Al segundo sorbo, y cuando aún no han dado las seis de la mañana, una llamada en el móvil lo obliga a levantarse para ir a su

habitación. Desenchufa el terminal del cargador al que aún permanecía unido y responde la llamada.

—Rubén Villa. Adelante.

—Buenas, Rubén. Soy Diana Páez, coordinadora de servicios. Te llamo porque ha aparecido un cuerpo sin vida en el recinto del Planetario.

—¿Tenéis la identificación de la víctima?

—No lleva ningún tipo de documentación. De hecho, está totalmente desnuda. Lo único que puedo decirte es que se trata de una mujer joven y morena, y que presenta una costura que le llega desde la pelvis hasta el cuello.

—¿Una costura?

—Sí, así es. Parece que alguien le ha practicado una incisión en el torso para después coserla de nuevo. Sin embargo, no hay apenas sangre en su piel, alguien se ha encargado de limpiarla. El pelo le cubre la cara, así que no puedo decirte mucho más.

—Necesito que le apartes la melena para comprobar una cosa, Diana.

—Ya sabes cómo se ponen los de Científica cuando tocamos algo antes de que lleguen ellos. No quiero sembrar polémica, Rubén. ¿No puedes esperar a que...?

—Yo asumo las consecuencias. Que alguno de los compañeros haga un par de fotos del estado actual y, después, con guantes, retiradle el pelo. Necesito saber si le han dibujado algo en la frente.

Diana duda, pero acaba por ceder ante la petición del inspector. Rubén espera con impaciencia mientras escucha reticencias, hojas de arbustos que se mueven y botas pisando hierba seca. Cuando se da cuenta, lleva un buen rato dando vueltas por la habitación como si fuera un hámster inquieto encerrado en una jaula. La aparición de un nuevo cadáver iba a suscitar aún más interés en la prensa y eso

llevaría, irremediablemente, a que su jefe Ferrer le apretase aún más las tuercas. De momento, ha conseguido esquivar sus sondeos de una manera bastante natural, pero sabe que tarde o temprano los altos mandos exigirán respuestas y no va a tener más remedio que darle algo útil.

—Vale, ya tengo las fotos. Voy a retirarle el pelo. Dame un momento.

Los segundos se le hacen eternos al inspector, que ahora permanece quieto, con los músculos rígidos, casi aguantando la respiración. Los sonidos que desprende el altavoz del móvil no le adelantan nada útil, solo murmullos indiferenciados y el silbido del viento. Finalmente, cuando está a punto de preguntarle a la coordinadora qué diablos pasa, su voz vuelve a acariciarle el oído.

—Alguien le ha dibujado con sangre en la frente un número cuatro...

16

Rubén no ha querido avisar a todos los miembros del grupo para que acudan desde primera hora. Los necesitará con las pilas cargadas cuando comiencen su jornada laboral, pues prevé que será mucho más larga de lo habitual. Sin embargo, por petición expresa de su subinspectora, que le rogó que la avisara si ocurría algo relevante, ha llamado a Lucía. No ha tardado más de dos tonos en contestar al teléfono, así que Rubén supone que, como él, tampoco ha sido capaz de experimentar un descanso reparador.

El inspector entra en el edificio policial con el cansancio colgado de las pestañas. A esas horas solo se encuentra el personal de seguridad y algún que otro miembro de los radiopatrullas compareciendo a saber sobre qué intervención relevante. Tras saludar al compañero uniformado que custodia la entrada y cuyos ojos enrojecidos reflejan el cansancio de una larga noche de turno que está a punto de acabar, Rubén sube las escaleras hacia su despacho. Cuando encara el pasillo en el que se encuentra, comprueba que su compañera se le ha adelantado: la puerta abierta, la luz encendida y el sonido de las teclas del ordenador no dejan lugar a dudas.

—¿Cómo has podido llegar tan rápido? —pregunta al encontrarse con la mirada ansiosa de Lucía.

—Lo bueno de los madrugones es que no pillas tráfico. Además, estaba deseando llegar a base para comprobar si se había denunciado la desaparición de esta víctima. De momento no ha

entrado nada que concuerde con el caso, ni aquí ni en el resto de la provincia. Seguimos sin tenerla identificada.

Rubén se acaricia las sienes después de sentarse en su puesto de trabajo. Siente el cuerpo entumecido a causa del estrés y de la falta de sueño, y el barullo que se ha formado en su cabeza le impide pensar con claridad.

—¿Estás bien? ¿Ya te ha dado el coñazo Ferrer o qué?

—Aún no me ha llamado y no tengo ni idea de qué voy a decirle cuando lo haga...

—Saldremos de esta —asegura Lucía forzando una sonrisa.

—Vamos a acercarnos a la escena —le pide él—. El hecho de que tenga un número cuatro en la frente deja bastante claro que estamos ante el mismo asesino; aun así, quiero verlo con mis propios ojos. Además, no se me ocurre ningún tormento de la mitología griega que concuerde con este *modus operandi*.

—¿Tormento? ¿Mitología? —Lucía mira a Rubén con incredulidad —. ¿De qué coño me estás hablando, guaje?

—Tengo una hipótesis y no me ha quedado otra que informarme sobre el tema... Vamos a por el camuflado y te lo cuento de camino.

El binomio acude al *parking* de la comisaría para dar con el vehículo que los acercará hasta la escena. Durante el trayecto, no demasiado largo, Rubén le habla a Lucía acerca de la similitud de la muerte de Emma y el tormento al que Prometeo, dios griego, fue condenado para toda la eternidad. Ella, con los ojos como platos, atiende a la explicación de su jefe sin decir una sola palabra.

—Si crees que me he vuelto loco, puedes decírmelo —comenta él ante el silencio de su compañera—, pero lo he consultado con don Marcelino y él también cree que...

—¿Don Marcelino? —pregunta la subinspectora sin comprender nada—. ¿Puedes empezar por el principio, por favor?

—Anoche, mientras examinaba las fotografías del cadáver de Emma, caí en la cuenta del parecido que tiene la escena con ese mito griego, así que llamé a mi profesor de Historia del instituto, don Marcelino. Él también cree que las similitudes entre el asesinato y el tormento de Prometeo son demasiado evidentes como para pasarlas por alto. Mi intención es reunirme con él a lo largo del día para ver si me puede echar una mano con todo este asunto.

—Joder, Rubén... Es que es un poco estrambótico, ¿no? ¿Por qué iba un asesino a recrear una tortura griega?

—Busca «tormento de Prometeo» en Google y dime si te parece que algo así puede ser una coincidencia —la reta al detectar incredulidad en sus palabras.

Lucía, aún escéptica, sigue las indicaciones que Rubén le ha dado y, en cuanto el resultado de la búsqueda se muestra en la pantalla de su *smartphone*, comienza a plantearse la posibilidad de que esa teoría tenga algo de cierto. Las imágenes de un hombre atado, indefenso, a merced de un ave dispuesta a atiborrarse con sus entrañas le recuerda, irremediablemente, a la escena del crimen de Emma.

—Está claro que se parece bastante —admite ella sin dejar de observar la pantalla—, pero hay elementos que no cuadran. Por ejemplo, ¿por qué marcarle la frente con la sangre de otra víctima?

—Creo que el asesino está vinculado con Micaela de alguna manera —escupe Rubén, casi sin pensar.

Desde que esa idea se le pasó por la cabeza, no se había atrevido a verbalizarla. Sin embargo, la confianza que tiene ahora con su subinspectora le ha permitido quitarse el peso de encima y compartir con ella la inquietud que lleva rondándole unas cuantas horas. Al contarlo, le parece una hipótesis aún más real, más factible.

—¿No crees que la desaparición de su hija haya sido cuestión de oportunidad? —pregunta Lucía—. Ten en cuenta que Micaela vive en un lugar alejado, sin cámaras de seguridad y sin apenas tráfico. La ubicación de su vivienda y las horas a las que sale de casa habitualmente la convierten en una víctima perfecta.

—¿Y por qué no ha aparecido su cuerpo aún? —inquiere el inspector—. Si solo es una víctima más, ¿por qué darle esa trascendencia, ungiendo con su sangre la frente de los cadáveres?

—Aún no sabemos si esta segunda víctima es Bianca —le recuerda Lucía—. ¿Y si el asesino usa la sangre de su siguiente mártir para marcar a la anterior? Eso tiraría abajo tu hipótesis acerca de la importancia que el autor le da a su sangre.

—Ahora comprobaremos si se trata o no de Bianca —comenta Rubén—, pero algo me dice que Micaela aún tiene cuentas pendientes con su pasado de Pantera y que ese es el motivo de la desaparición de su hija. Una vida tan truculenta debe de estar llena de cabos sueltos y, sinceramente, creo que en ese mundo la gente no está dispuesta a pasar las cosas por alto.

—Los hijos no deberían pagar por los pecados de sus padres —comenta Lucía.

—Ni siquiera se trata de que Bianca pague por los errores de Micaela —responde Rubén—. Al menos una adolescente que no tiene nada que ver con el tema ha sido brutalmente asesinada y, ¿sabes qué?: creo que el caso de Davinia también tiene que ver con todo esto.

—¿Otra vez con el tema? —dice Lucía, apesadumbrada—. Guaje, tu jefe ya te ha dicho que le des carpetazo. No le des más vueltas. Además, esa chica no tenía ningún número dibujado en la frente, ¿no?

—Esa pobre niña no tenía ni frente, Lucía —responde el inspector —. Aun así, puede que exista algún motivo que haya provocado que el autor no la marcase como al resto.

—¿Y qué tormento griego se supone que ha sufrido? —pregunta la subinspectora, interesada.

—El de Acteón —responde Rubén—. Lo descubrieron observando a la diosa Diana mientras se bañaba desnuda y esta, enfurecida, lo convirtió en ciervo y lo dejó morir devorado por sus propios perros, que no lograron reconocerlo a causa de su nueva forma. Esa es la información que he encontrado en internet, pero quiero consultarlo con don Marcelino por si se me escapa algo.

—Joder, sí que te has puesto al día con el tema —acierta a decir Lucía al conocer esa nueva y horrible tortura—. La verdad es que los dioses griegos no se andaban con tonterías. Sea como sea, te recomiendo que no le digas nada a Ferrer aún sobre ese asunto. Es un tío cabezón de cojones y en cuanto vuelva a escucharte hablar sobre el caso de Davinia, no va a atender a razones.

—Lo sé —responde Rubén—. Esperaré a tenerlo bien atado para decírselo. Si mi teoría es cierta, se va a montar una buena.

—Y que lo digas...

Poco después de este intercambio de ideas, el binomio llega a las inmediaciones del Planetario, cuya cúpula, precedida por una larga escalinata, les da la bienvenida. Las luces azules que desprenden los techos de los Zetas iluminan el entorno, que aún no se ha dejado acariciar por la claridad proveniente del sol. Rubén aparca el camuflado cerca del cordón policial que delimita la zona y se apea junto a su compañera, que está convencida de que el cuerpo que van a encontrar entre los arbustos pertenece a la hija de Micaela. Ambos policías acceden al recinto tras identificarse y tratan de

localizar el lugar exacto en el que se encuentra el cuerpo de la segunda víctima.

—¡Por aquí! —Un uniformado situado a unos diez metros llama su atención—. La coordinadora ha tenido que irse porque ha surgido una reyerta en uno de los locales del centro, pero me ha comentado que vendríais. Policía Científica ya ha terminado su inspección, así que la *xiqueta* es toda vuestra.

Rubén no puede ocultar un gesto de incomodidad al escuchar la última frase que, sin pretensión alguna, ha dicho el compañero. Sacudiendo la cabeza para deshacerse del malestar, camina por la hierba junto a Lucía hasta alcanzar una zona llena de arbustos verdes sobre los que destaca el tono pálido de un cuerpo sin vida. Una vasta costura de hilo grueso y negro cruza el torso de arriba abajo, trazada con puntadas en equis que se encargan de suturar una herida que, hasta hace no mucho, debía estar abierta. Lucía rodea los matorrales para encontrarse cara a cara con la víctima. Tiene los ojos abiertos de par en par, como si hubiera pedido auxilio al cielo, al que miraba hasta que su corazón se detuvo. La subinspectora, compungida, saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros e ilumina con la linterna los iris de la víctima para comprobar el color.

—No es ella —anuncia cabizbaja, consciente de que la teoría de su jefe cobra cada vez más sentido—. Tiene los ojos negros. No es Bianca.

Rubén no ha dejado de mirar el torso maltrecho de la niña desde que han llegado junto a ella, intentando descifrar cuál de los mitos griegos podría encajar en algo tan espantoso como lo que tiene enfrente. Es entonces cuando sus ojos reparan en un sutil movimiento. Sabe que es físicamente imposible dada la rigidez muscular que presenta el cuerpo debido a las horas que lleva

muerta, pero juraría que ha visto cómo su pecho se inflaba ligeramente, como si aún estuviera respirando.

—¿Algo que te llame la atención? —pregunta su compañera, que ya se ha colocado a su lado.

—El parecido físico con Bianca es escalofriante —confiesa él—. Y esa costura... ¿Por qué coser el torso de alguien al que vas a matar? No tiene ningún sentido, no entiendo...

—¿Qué coño ha sido eso? —exclama Lucía a la vez que señala el vientre zurcido de la víctima.

—¿Qué has visto? —pregunta Rubén.

—Te juro que su abdomen se ha movido.

Con el miedo metido en el cuerpo, la subinspectora se acerca con cautela a la víctima mientras Rubén, junto a un compañero uniformado que ha sido alertado por el grito, la alumbran con las linternas de sus móviles. Lucía aproxima su rostro al torso de la víctima, mientras proyecta un haz de luz con su *smartphone* hacia la herida. Un par de lo que parecen ser pelos marrones, casi negros, asoman a través de la incisión practicada en la piel del cadáver. Se mueven de un lado a otro, como mecidos por un viento que es imperceptible.

—¿Qué cojones...?

Antes de que la subinspectora termine la frase, la herida bastamente zurcida se rinde a la fuerza que algo indeterminado ejerce desde el interior del torso de la maltrecha muchacha. Lucía da un paso atrás, sorprendida por la imagen que, aún sin creerlo, está observando. Decenas de arañas peludas y manchadas de sangre abandonan el torso de la niña, correteando sobre su piel e invadiendo el entorno en cuestión de segundos. El hilo negro que sujetaba los bordes de la incisión, uniéndolos entre sí, no tarda en ceder por completo, dando vía libre a esa horda de arácnidos para

que abandonen el cuerpo sin vida de la víctima. Poco a poco, la carne cede a la fuerza de las arañas, dejando al descubierto el interior del cadáver. Lucía, llena de espanto, ni siquiera se ha percatado de que una de ellas se agarra con fuerza al tejido vaquero de su pantalón. Horrorizada ante la perturbadora escena, se gira para hallar respuestas en Rubén, que, igualmente conmocionado, no es capaz de articular palabra. Sin apartar la vista de la horrenda escena, el inspector llama de nuevo a uno de los últimos números que aparecen en su registro.

—Chaval, ¿no has tenido suficiente con desvelarme que ahora también me vas a fastidiar el paseo mañanero? —Marcelino responde con su guasa característica—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Tengo otro cadáver, Marcelino, pero no me cuadra con nada de lo que conozco sobre mitología.

—Cuéntame, muchacho.

—Antes que nada, necesito que entiendas la importancia que tiene que mantengas la información en secreto —señala el inspector—. Son datos sensibles y no me gustaría que...

—No te preocupes, Rubén, que no tengo a quién contárselo —lo interrumpe Marcelino con un toque de melancolía en la voz—. A mi edad no se conservan demasiados amigos. El paso del tiempo no perdona.

Rubén decide confiar en la palabra de su profesor y, con todo detalle, le narra lo que acaba de ver hace unos minutos. Marcelino escucha en silencio mientras busca en su memoria algo que pueda cuadrarle con la escena que su alumno le describe.

—Vaya, podías haberte dejado algo en el tintero —dice finalmente —. Nunca había escuchado un relato tan horrible.

—No he querido pasar nada por alto... Y bien, ¿crees que puede adaptarse a algún tormento griego?

—Ya lo creo, muchacho —responde Marcelino con voz férrea—. Es el mito de Aracne.

17

Lucía se prepara su tercera tila, tratando de convencerse a sí misma de que ese líquido cálido y aromático esta vez sí conseguirá templar sus nervios. Hace un rato que llegaron a comisaría, pero aún le tiemblan las piernas. De hecho, no ha dejado de sentir sutiles picores en diferentes zonas del cuerpo que le hacen dudar sobre si alguna de esas arañas peludas y patilargas ha decidido irse con ella oculta bajo la ropa.

Aunque nunca ha sido demasiado aprensivo con las arañas, a Rubén también se le ha quedado mal cuerpo tras la horripilante escena que se ha visto obligado a presenciar. El hecho de ver a esa pobre niña abierta en canal expulsando desde sus entrañas un ejército implacable de hambrientas arañas ha conseguido perturbarle como nada antes lo había hecho. Como un trozo de carne sin alma ni identidad, la muchacha permanecía tumbada sobre los arbustos, dejándose cercenar por los colmillos ensangrentados de sus extrañas huéspedes. Rubén no ha podido dejar de pensar en lo efímero de la vida, en todos los sueños que la víctima, en plena adolescencia, no va a poder cumplir porque un degenerado ha decidido acabar con su vida dejando que esos bichos hambrientos la devoren por dentro.

—*Gluvia brunnea* —dice Román, el primero de los policías del grupo que se ha incorporado a Rubén y Lucía—; o lo que es lo mismo: araña camello. Es una especie capaz de comer carne debido a la forma de su mandíbula. Por lo que pone en internet, la zona más poblada por esa especie es Almería.

—*¡Mare meua!* Pobrecilla... —se lamenta Lucía—. Espero que ya estuviera muerta antes de que esos bichos asquerosos comenzasen a mordisquear sus órganos.

—Si tenemos en cuenta lo que hicieron con Emma, lo dudo mucho —comenta Rubén—. Está claro que el asesino quiere hacer sufrir a sus víctimas lo máximo posible.

—¿Castigándolas como si fuera un dios griego? —pregunta Román, al que acaban de poner al día sobre la singular teoría del inspector.

—Algo así —responde Rubén—. He hablado con Marcelino, mi profesor de Historia del instituto y el hombre más docto en mitología que conozco. Después de describirle la escena, me ha asegurado que encaja con una versión del mito de Aracne. Según me ha contado, era una mortal que tejía como ninguna y, al parecer, su soberbia consiguió alterar a la diosa Atenea, que rompió sus telares y la convirtió en araña para castigarla.

—¿Qué clase de monstruo escenifica torturas tan horribles? —pregunta Román, aun a sabiendas de que ninguno de sus compañeros conoce la respuesta.

Poco después, Pablo y Nerea se suman al equipo. La comisaría vuelve a recobrar la vida. El timbre de los diferentes teléfonos suena aquí y allá, murmullos indefinidos llenan los pasillos y el grito de algún detenido, descontento con su ingreso en calabozos, sobresale de vez en cuando al sonido ambiente. El mundo sigue girando, ajeno al último y brutal evento que ha tenido lugar en la ciudad castellonense. Mientras tanto, Rubén no consigue apartar la imagen de la joven mutilada de su mente, por mucho que trate de centrarse con todas sus fuerzas en la investigación.

—En mi opinión, Rubén tiene toda la razón —Pablo interrumpe el silencio que reina entre los miembros del grupo—. Seguro que el

asesino está ejecutando esta masacre por culpa de la Micaela de los cojones. Podría haberse cargado a su hija y dejar al resto de los inocentes en paz.

—Su hija tampoco tiene culpa de lo que haya hecho su madre —Lucía se adelanta a Rubén, que ya ha fruncido los labios en señal de enfado, dispuesto a cantarle las cuarenta al policía—. Y, sinceramente, no creo que haya nada que Micaela haya podido hacer que justifique la brutalidad de estos crímenes. Así que vamos a centrarnos en investigar y a dejar los juicios de valor de lado, ¿te parece?

El policía asume su papel y vuelve al trabajo, aunque su pensamiento no ha cambiado ni un milímetro. Odia a esa mujer por lo que hizo y ese sentimiento no va a abandonarlo por mucho que su uniforme le inste a dejarlo de lado. Que Micaela y su banda hayan acometido con un arma de fuego contra uno de los suyos es algo que Pablo no está dispuesto a pasar por alto.

Para cuando el reloj marca las diez de la mañana, los ánimos que flotan entre esas cuatro paredes blanquecinas han decaído por completo. Hasta el momento no ha habido manera de identificar a la última de las víctimas, lo que hace mucho más complicado continuar con la investigación. El equipo ha seguido los últimos pasos de Emma, visionando grabaciones de las cámaras y hablando con testigos para tratar de desenmarañar el misterio de su desaparición y posterior asesinato; pero, por mucho esfuerzo que hayan puesto en ello, no han logrado obtener ningún indicio de cómo han podido suceder los hechos. Emma desapareció sin dejar rastro y ellos, atados de pies y manos a causa de la falta de medios, no han podido descifrar cómo.

Las cámaras de seguridad de las que consta el Planetario, aunque tienen una calidad de imagen bastante decente para lo que los

policías suelen encontrarse, tampoco aportan nada en claro, pues la vegetación que adorna el recinto impide que desde sus posiciones puedan grabar la zona por la que, dadas las características del lugar, debieron introducir el cadáver de la víctima.

—Acaban de llamar de un centro de menores —comenta Nerea tras colgar el teléfono—. Una niña cuyas características físicas coinciden con las de la última víctima lleva sin dar señales de vida desde anoche. Según me dicen, había pedido permiso para darle una sorpresa a su tía materna porque era su cumpleaños y no quería que cenase sola, pero nunca llegó al domicilio. Su nombre es Naiara Pobla Robles, de catorce años.

—Poneos a recopilar las grabaciones que cubran el trayecto natural que Naiara debió seguir para acudir al domicilio de su tía —ordena Rubén—. Espero que haya más suerte que en el caso de Emma. No podemos permitir que se cobre a las tres víctimas que quedan pendientes.

El sonido del móvil de Rubén suena justo después de que termine esa última frase. En la pantalla, el contacto del forense encargado del caso parpadea con urgencia, como queriendo alertar al inspector de que hay algo importante que quiere decirle.

—Buenos días, Ricardo —saluda Rubén—. ¿Alguna novedad?

—Hola, inspector. Pues, por lo que parece, este caso está lleno de novedades. Lo primero que quería comentarle es que, aunque habrá que corroborarlo con el análisis genético oportuno, el tipo sanguíneo de la sangre que dibuja el número cuatro en la frente de la víctima es el mismo que en el caso anterior; y tampoco coincide con el de la finada.

—Era lo esperado —afirma Rubén—. Ya se ha enviado una muestra al laboratorio para que lo comprueben. Espero que no se demoren demasiado.

—A la vista está que el tiempo apremia, pero ellos sabrán. Seguro que, si las noticias se hacen eco de esta barbarie, tendrán ustedes los resultados hoy mismo —se queja Abellán—. Bien, por otro lado, quería hablarle de un detalle que no logro entender y que me ha llamado la atención.

—Adelante —le insta el inspector, ansioso por saber qué es lo que perturba al experimentado forense.

—Como ya saben, los ojos de la víctima son de color negro. Sin embargo, bajo los párpados del cadáver he encontrado un par de lentillas, una en cada ojo. Supongo que, con la agonía de la muerte, las lentes se le habrán despegado del lugar que les corresponde y habrán ido a parar a la parte superior de los globos oculares.

—¿Y qué tiene de curioso que la víctima tuviera problemas de visión? —pregunta Rubén confuso.

—No me he explicado bien, inspector. No se trata de lentillas graduadas. Son lentes de contacto de color. De color verde, para ser exactos.

Rubén palidece por segundos. Casi no quedaba espacio para las dudas en su mente, pero ahora la certeza lo golpea como un bate de béisbol sujeto por el jugador más experimentado. El asesino quiere hacer sufrir a Micaela, y esa motivación es el único indicio robusto con el que cuentan.

18

Hace demasiado tiempo que no ve la luz del día. No tiene ni idea de cuántas horas lleva encerrada en esa habitación, ahora apestosa a causa de sus orines y heces. Ha intentado aguantarse al máximo, pero finalmente no pudo hacer otra cosa que dejarse llevar y, por suerte, cada vez le resulta más fácil hacer sus necesidades en una de las esquinas del cuarto, aun a sabiendas de que permanecerán allí, con ella, recordándole que la poca dignidad que le queda está a punto de desaparecer.

Aunque en un primer momento la habían atado de pies y manos, soltaron las ligaduras tras extraerle unos cuantos tubos de sangre pinchándole el brazo sin ningún tipo de cuidado, y ahora Bianca tiene las extremidades libres. Sin embargo, de poco le sirve, pues calcula que la habitación no medirá más de tres metros cuadrados.

Bianca se palpa la garganta para comprobar que ese tubo plástico y frío sigue ahí, incrustado en su cuello. Sus recuerdos no son demasiado nítidos. Cree que la sedaron poco después de encerrarla y, para cuando despertó, ese elemento extraño ya había pasado a formar parte de su anatomía. No entiende cuál es su cometido y, después de darle muchas vueltas, ha optado por dejar de hacerlo. Conocer la respuesta no la sacará de allí con vida.

Se lamenta una y otra vez por haberse acercado a la ventanilla de ese vehículo desconocido mientras iba a la parada del autobús. El conductor, un joven apuesto y bien vestido, le solicitó información sobre una de las calles de su urbanización y, cuando quiso darse

cuenta, alguien salió del coche con tal velocidad que ni siquiera le dio tiempo a gritar antes de que la amordazaran y cubriesen su cabeza con una bolsa de cartón que le hizo perder toda conciencia del entorno.

Durante el trayecto, ninguno de sus acompañantes emitió sonido alguno. Bianca tan solo escuchaba sus quejidos ahogados y un murmullo proveniente del denso tráfico que comenzaba a llenar las carreteras de la ciudad. Su captor la mantenía tumbada en el asiento trasero, con la cara cubierta por la bolsa apoyada en su regazo. Se pasó todo el trayecto rogándole al cielo que alguien pudiera verla desde el exterior del vehículo, rezándole a un dios con el que hacía mucho tiempo que no hablaba para que le echase una mano. Pero todas sus esperanzas se esfumaron cuando el vehículo se detuvo y un par de manos robustas agarraron sus brazos y la sacaron de un solo tirón. Como si fuera un objeto, la arrastraron a través de lugares que ella, a causa de la oscuridad en la que estaba sumida, no había logrado ver. Decenas de voces desconocidas se jactaban del trofeo que sus captores habían obtenido, aunque no fue hasta que escuchó a un hombre decir: «Espero que me deje divertirme con ella un buen rato antes de completar su plan» cuando sintió verdadero terror. Por suerte, los deseos de ese monstruo lascivo no se han visto satisfechos, al menos por el momento, y nadie la ha tocado más allá de lo necesario para extraerle la sangre, insertarle el tubo y encerrarla en la habitación. Bianca se siente casi agradecida, pues la posibilidad de que la agredan sexualmente le ha destrozado el alma.

Sabe que su madre la estará buscando, que removerá cielo y tierra hasta dar con ella. Tiene claro que es la mujer más fuerte que jamás ha conocido y que no se dará por vencida hasta dar con ella.

Sin embargo, no sabe si será suficiente. Algo le dice que tiene las horas contadas.

Bianca pasó los primeros momentos de su encierro desgañitándose todo lo que el mecanismo instalado en su garganta le permitió. Cuando las fuerzas comenzaron a flaquearle, decidió sentarse en una de las esquinas de esa oscura mazmorra para, abrazada a sus piernas, recordar momentos agradables que pudieran sacar su mente de allí, aunque solo fuera unos minutos. Su imaginación era la única herramienta con la que contaba para abandonar la horrible situación en la que estaba y quería aprovecharla mientras fuera capaz de pensar con claridad.

Lo primero que le vino a la cabeza fue la sonrisa de su madre, ese gesto que tanto adoraba ver y del que jamás se cansaba. Daría cualquier cosa para regresar a esa fatídica mañana, a cuando depositó un sutil beso en la mejilla de Micaela antes de que todo ese infierno empezase. «Ojalá me hubiera quedado ahí contigo, mamá. Metida en tu cama, acurrucada junto a ti, como cuando era pequeña».

Un par de lágrimas, minúsculas pero llenas de tristeza, descienden por las mejillas de Bianca hasta resbalar por su barbilla, golpeándole las rodillas tras abandonar su rostro. Se lamenta por el dolor que debe de estar sintiendo su madre, por su desasosiego al no saber si está viva o muerta. No tiene dudas de que, sin ella, Micaela no volverá a ser la misma.

Hace tiempo que no le inyectan medicación y, a juzgar por la quemazón que comienza a rodearle el cuello, los efectos de lo que sea que le hayan dado deben de estar esfumándose. Cada vez le cuesta más tragar saliva y, aunque no han dejado de llevarle bandejas de comida, todavía no ha probado bocado. El estómago le ruge con fuerza, pero no se ve capaz de llevarse nada a la boca.

Aunque sabe que, más temprano que tarde, tendrá que hacerlo para que la debilidad no se apodere de su cuerpo.

Bianca escucha, una vez más, los gritos de una mujer al otro lado de la pared. Con esta ya son tres las ocasiones en las que alguien se retuerce de dolor a solo unos metros de donde ella se encuentra. No sabe si se trata de la misma persona o si, por el contrario, son chicas diferentes. Lo único que tiene claro es que el sufrimiento que alimenta esos gritos debe de ser insoportable.

Con un movimiento rápido, apoya las manos sobre los oídos y presiona con fuerza. Los quejidos de esa chica son tan agónicos que han conseguido hacerla sufrir también a ella. Con la intención de distraerse del horror, Bianca intenta hacer memoria. Trata de encontrar respuestas, dar con el motivo por el que alguien querría hacerla pasar por algo así. Y, por más vueltas que le da, por muchos caminos que tome, siempre llega a la misma conclusión: algo le dice que está pagando por los pecados de Pantera.

19

Micaela ha logrado dormitar en alguna que otra ocasión a lo largo de la noche. Sin embargo, cada vez que su cerebro se dejaba llevar por el cansancio, una lluvia de imágenes desesperanzadoras invadía su cabeza, haciéndola regresar de nuevo a un estado de vigilia lleno de desasosiego. A estas alturas, de poco le sirve tratar de centrarse en los buenos recuerdos que comparte con su hija. Ni siquiera su última escapada a la sierra de Oropesa, en la que caminaron entre verdes paisajes dignos de convertirse en los más cotizados fondos de pantalla hasta terminar exhaustas, le sirve como lugar seguro al que huir para olvidarse de todo lo que está pasando. Esas excursiones por senderos vacíos, llenas de confidencias y risas que se perdían en el viento, les recordaban que solo se tenían la una a la otra y que, aunque en ocasiones la vida se lo pusiera difícil, eran muy afortunadas por esto.

Por mucho que le pese, ahora solo le queda esperar. Esperar a que la Policía haga su trabajo. Esperar a que su equipo vuelva a reunirse. Esperar a que el monstruo que ha decidido torturarla de esa manera no llegue a cumplir su objetivo. Esperar.

Esta mañana, Micaela se ha obligado a desayunar. Aún tiene el estómago cerrado, pero nota que las fuerzas le fallan y necesita estar al cien por cien. No puede permitirse ni un solo instante de debilidad. A pesar de que tiene unos dónuts de lo más apetitosos llamando su atención desde uno de los armarios de la cocina, se decide por unos huevos revueltos con jamón serrano y una manzana

verde, de esas que son tan ácidas que hasta consiguen hacerte torcer el gesto con el mordisco. Sabe que a Bianca no le gusta que se alimente a base de comida basura y, aunque no esté allí junto a ella para recriminárselo, la siente tan cerca que no ha querido llevarle la contraria.

Decenas de teorías se agolpan en las sienes de Micaela, haciendo que su inquietud aumente cada vez más. Algo en su interior le dice que su hija aún está viva, pero a veces se plantea si tan solo se trata de un mecanismo de defensa que su cerebro está utilizando para que no se deje engullir por el pozo oscuro y profundo de tristeza que tiene bajo los pies. Lleva un buen rato sentada en el sofá con los ojos posados en la pared de enfrente. Mirando sin ver. Recordándose que, de vez en cuando, tiene que tomar aire.

Consciente de que necesita espabilarse, Micaela se levanta decidida y va al baño para darse una ducha que sustituirá al que sería el tercer café del día. Pasa por delante del espejo sin mirarse. No quiere comprobar que está derrotada, que su imagen es la de una madre desesperada que no ha sido capaz de proteger a su hija.

El agua fría le molesta, pero se lo toma como un castigo y se deja incomodar por la gélida temperatura que le empapa la piel. Quiere sentir algo que no sea miedo. Se acaricia el cuerpo, agotado y débil, con las manos embadurnadas en jabón con aroma a canela. El favorito de su hija. En esta ocasión, el chorro de la ducha no consigue despegarle de la piel el dolor que se ha adherido a ella. Ese pesar se ha colado por cada uno de sus poros, dispuesto a no abandonarla hasta que recupere a Bianca, si es que eso sucede algún día.

Recuerda lo injusta que ha sido cada vez que, tras ver en las noticias que alguien había desaparecido, se aseguraba a sí misma que, si fuera ella quien hubiera perdido a su ser más querido,

lucharía hasta quedarse sin fuerzas por encontrarlo, no como esos matrimonios venidos a menos que tan solo se dedicaban a enviar mensajes con los ojos lagrimeando ante las cámaras de televisión. Lo que ella no sabía era que, en el mismo momento en el que recibes la noticia de que una parte de tu ser está ilocalizable, el mundo se te cae encima con tanta fuerza que casi no puedes ni permitirte continuar en pie; que lo único que quieres hacer es meterte en su cama, envolverte en esas sábanas aún impregnadas de su olor y esperar que sea tan solo una cruel pesadilla.

Un sonido metálico sobresale del ruido del agua golpeando contra el plato y las paredes de la ducha. Micaela mira hacia la puerta del baño temiéndose lo peor. Cuando cayó en la cuenta de quién podría estar detrás de todo esto, pensó en abandonar su casa por seguridad: si se habían llevado a Bianca, podían hacer lo mismo con ella y, si quería tener la más mínima oportunidad de volver a ver a su hija con vida, no podía permitírselo. Sin embargo, la rabia de sentir que se lo habían arrebatado todo la hizo anclarse a ese lugar, a sus recuerdos. A la voz de Bianca desde su habitación diciéndole que el wifi no funcionaba bien, a las *pizzas* que compartían en el salón mientras veían una buena película de terror, a los masajes que le daba a su hija en los pies cuando le dolían por los tacones imposibles que se había puesto en una noche de fiesta. Se negaba a dejar atrás todo eso, a darle a ese ser inmundo justo lo que buscaba. Sin embargo, ahora su decisión le parecía completamente estúpida. Temía que, por su cabezonería, todo acabase en ese mismo momento.

Micaela sale de la ducha sin cerrar el grifo, intentando que el sonido de la alcachofa al expulsar el agua camufle el de sus pies. Con cautela, camina sobre las baldosas, dejando huellas húmedas a su paso. Esta vez sí que dirige una mirada al espejo y lo que ve

despierta en ella un instinto animal. Sus ojos ya no parecen dos focos apagados, están incendiados en puro fuego. No sabe qué va a encontrarse al salir, pero tiene claro que, si tiene que morir, lo hará matando.

Completamente desnuda y con grandes goterones de agua fría recorriendo su cuerpo, llega a la puerta y pega el oído. Escucha cómo alguien manipula la cerradura. «Joder, no le queda mucho para conseguirlo», se dice asustada; y sin perder ni un segundo más, corre hacia la cocina para agarrar un cuchillo jamonero que no tiene claro cómo utilizar, pero que al menos le dará la oportunidad de defenderse. Agazapada como una pantera dispuesta a aniquilar a su presa, Micaela se agacha tras la barra de la cocina, dispuesta a hundir el filo metálico de su arma en quien quiera que haya decidido atacarla en su propia casa. Se sorprende a sí misma al no sentir ni un ápice de miedo. Su organismo ha entrado en una especie de modo de supervivencia que le hace sentirse poderosa, casi tanto como cuando con su pelo rojo y su *eyeliner* negro huía a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora de la Policía en el asiento de atrás de un cochazo y rodeada de mochilas a reventar de dinero.

Los segundos, eternos, pasan mientras Micaela intenta desacelerar su respiración desbocada. Tras un tintineo metálico, las bisagras de la puerta de entrada emiten un ligero chirrido que augura que su visitante ha conseguido cumplir con su cometido. Unos pasos demasiado ruidosos irrumpen en la estancia mientras Micaela permanece en cuclillas a la espera de que su presa se acerque un poco más. Cuando considera que la distancia que le separa de esos pies desconocidos es lo bastante corta, sale de su escondrijo y se abalanza sobre el allanador, que con un solo gesto logra agarrarla de la muñeca y detiene el avance impertérrito del cuchillo. Antes de que ni siquiera pueda mirarlo a la cara, el hombre consigue desarmarla,

lanzando al otro lado de la estancia su única esperanza de defensa, que rebota sobre el suelo un par de veces antes de chocar con la pared. Micaela está a punto de gritar, pero la voz de su visitante la interrumpe antes de que pueda abrir la boca.

—Joder, tampoco es para ponerse así. Me esperaba otro tipo de recibimiento.

Oso la mira confundido. Aunque intenta contenerse, no puede evitar echar un rápido vistazo al cuerpo desnudo y aún húmedo de su compañera de batallas, que todavía no ha logrado salir de su sorpresa.

—¡Casi te mato, cabrón! —le grita con la adrenalina a flor de piel.

—Aún te queda mucho para eso, Pantera —responde él con la misma sonrisa que le dirigía cada vez que pegaban un buen palo.

Micaela, con los ojos encharcados en lágrimas y un sollozo a punto de romperle la garganta, se lanza a los brazos de ese grandullón que ha estado a punto de provocarle un infarto. Aunque el trato siempre haya sido que el vínculo establecido entre ellos tan solo fuera profesional, Micaela lo siente confidente, compinche. Familia.

Poco conoce de la historia de ese gigante antes y después de sus aventuras como banda criminal, pero las incontables cicatrices que adornan su piel siempre le han parecido pista suficiente de que, por una cosa u otra, la vida no se lo había puesto fácil. Aunque a simple vista podría parecer el tipo más duro con el que puedes encontrarte, Micaela ha comprobado en varias ocasiones que Oso es todo corazón. De hecho, y aunque nunca se lo ha preguntado, sabe que unas flores que le llegaron a prisión poco después del ingreso llevaban su nombre; y, a pesar de que poco fuera a ayudarla ese ramo inmenso de tulipanes rojos, se sintió un poco menos sola en

esa mazmorra en la que la justicia la obligó a vivir durante los siguientes años.

Cuando lleva unos segundos abrazada al torso robusto de Oso, consciente de su desnudez, Micaela se separa del cuerpo de su compañero y, tras rebuscar en su habitación, se cubre con la primera camiseta *oversize* que encuentra en el armario.

—¿Por qué no has llamado a la puerta como la gente normal? —le pregunta cuando regresa al salón.

—No es mi estilo. Además, quería comprobar si aún sigo en forma.

—Has tardado demasiado en forzarla —se regodea Micaela—. La edad no perdona.

—Tú tampoco tienes los mismos reflejos —la ataca—. Pantera ya no es lo que era.

—Cállate, idiota.

De repente, un ápice de esperanza surge en los ojos verdes de Micaela, que no han dejado de mirar a Oso desde que llegó, con miedo de que su presencia tan solo sea una fantasía que va a desvanecerse en cualquier momento. Con él cerca se siente un poco menos frágil, tiene la certeza de que quien le cubre las espaldas lo hará hasta las últimas circunstancias.

—¿Dónde están los demás? —pregunta él.

—De camino. Flaca llegará en menos de una hora y Teclas...; bueno, ya sabes. Llegará cuando lo estime oportuno —bromea ella.

—Hay cosas que no cambian. Vale, y ¿cuál es el plan?

—Encontrar a mi hija —dice Micaela con firmeza—. Y acabar lo que empecé hace años. Voy a matar a ese hijo de puta.

20

—¿Por qué tienes tan claro que ha sido él? —le pregunta Oso, abrumado ante la seguridad que desprenden los ojos de Micaela.

—Joder, Oso, tiene que ser él. ¿Quién si no iba a buscarme para hacer algo así?

—Ya sabes que hicimos muchos enemigos durante nuestras..., llamémoslas «aventuras». Podría ser cualquiera de ellos, ¿no crees?

—Lo sé. Pero él es el único al que verdaderamente le jodí la vida —asegura Micaela—. En prisión no hay secretos, ¿sabes? La información llega a través de visitas, llamadas telefónicas y vis a vis. Poco después de mi ingreso, me contaron que casi la palma por mi culpa. De hecho, tuve un par de sustos porque alguna de sus lacayas quiso rendir cuentas conmigo.

—Se lo merecía —asegura Oso con media sonrisa—. Es el mejor castigo que le pudiste imponer.

—Lo sé, pero ahora lo estoy pagando caro —le recuerda ella—. Está dispuesto a hacerme el mayor daño posible y eso implica arrebatarme a Bianca. Necesito encontrarla antes de que...

El sonido del móvil de Micaela interrumpe su discurso, como si la propia melodía no estuviera dispuesta a escuchar las desesperanzadoras palabras que los labios de Pantera están a punto de pronunciar. Tras comprobar que es el inspector de Policía encargado de la investigación el que la llama, le pide a Oso que guarde silencio y responde, temiéndose lo peor.

—¿Sí? —Su voz, aunque intenta parecer firme, suena como un lamento.

—Micaela, tengo novedades sobre el caso. —Rubén ha decidido no andarse con rodeos. Sabe que no funcionan con ella—. Verás, hemos encontrado otro cuerpo, otra niña con características similares a las de tu hija. Se trata de una chica que estaba internada en un centro de menores y, bueno..., quienquiera que la haya asesinado ha aprovechado un permiso extraordinario de salida para raptarla. Según los cálculos que hemos hecho conforme a sus últimos contactos, debió de desaparecer ayer por la noche.

—Pobrecilla. —Aunque Micaela siente alivio por no haber recibido la peor noticia que podía esperarse, no puede evitar sentir lástima por ella—. ¿Qué le han hecho?

—Creo que prefiero ahorrarte los detalles. Te aseguro que la escena era una de las menos agradables que me he encontrado jamás.

—Inspector, en cuanto acceda a mis redes sociales voy a enterarme de absolutamente todos los detalles. Bendita era de la información, ¿verdad? —le advierte ella—. Sinceramente, prefiero oírlo de tu boca.

—De acuerdo... —accede él, no demasiado convencido—. Abrieron a la chica en canal, desde el cuello hasta las ingles; llenaron su torso con decenas de arañas carnívoras y suturaron la incisión para permitir que la devorasen desde dentro antes de que, hartas de estar encerradas, comenzaran a brotar de la herida empapadas en sangre y de manera incontrolada.

—Joder —susurra ella, consciente de que su pena ha comenzado a convertirse en ira.

—Te lo advertí... La frente de la víctima también está marcada con sangre del tipo de su hija, aunque aún no tenemos la confirmación

del ADN.

—Es suya, lo sé —asegura Micaela.

—Y, bueno..., hay algo más —continúa Rubén—. Quienquiera que haya hecho esto le puso unas lentillas de color verde a la víctima. Micaela, creemos que el asesino está haciendo todo esto para atacarte a ti. La hipótesis principal es que toda la *performance* que monta con sus asesinatos tiene el único objetivo de dañarte.

El silencio de Micaela delata que tiene algo en mente que no quiere compartir. Rubén espera impaciente con el teléfono en la oreja y los dedos golpeando la madera del escritorio. Quiere darle espacio, hacer que se sienta segura. Necesita que comparta con él cuál es la idea que le ronda la cabeza y que aún no se ha atrevido a confesar.

—Micaela —insiste el inspector—, si sabes algo que aún no nos hayas dicho, necesito que lo hagas. Para nosotros es fundamental contar con toda la información posible a la hora de enfrentarnos a un caso de este tipo. Cualquier cosa, aunque te parezca nimia, puede ser importante.

Nuevamente, el silencio se apodera de la línea. Rubén suspira a la vez que se aprieta el puente de la nariz. Está agotado, tanto mental como físicamente, y tener la convicción de que algo se le escapa le pesa mucho más que la falta de sueño.

—No se me ocurre nada —miente Micaela—. Lo siento.

Rubén cierra los ojos con hastío. Tenía la esperanza de que Micaela compartiese con él algún dato que arrojase luz al asunto, un asunto que no deja de complicarse con cada segundo que pasa. Tras abrir los ojos, el inspector mira a Lucía, que lo observa en silencio, y niega con la cabeza. Ella apoya los codos sobre la mesa y se cubre el rostro con las manos. Un hilo menos, otra oportunidad vacía.

—De acuerdo —dice Rubén finalmente—. Si se te ocurre algo, no dudes en llamarme. Por nuestra parte, te aseguro que seguimos trabajando sin descanso para dar con Bianca.

Micaela pulsa el botón rojo de la pantalla de su *smartphone* tras despedirse de Rubén. No tiene ni idea de si el hecho de ocultar sus sospechas a la Policía podría significar que su hija tenga los días contados. O quizás las horas. Oso la mira en silencio, convencido de que si fueran sus hijos los que estuvieran en peligro, él habría cantado *La traviata* con el objetivo de que alguien diera con ellos. Sin embargo, no trata de convencerla. La conoce demasiado bien como para saber que sus palabras caerían en saco roto debido a la cabezonería de Pantera.

—Ha pasado otra vez —se lamenta Micaela—. Ese cabrón ha matado a otra niña.

—¿Por qué crees que está relacionado con la desaparición de tu hija? —pregunta Oso, confuso—. ¿Y si se trata de personas diferentes?

—Las víctimas son clavadas a mi hija, Oso —responde ella con la voz quebrada—. El pelo, la piel, la edad, la estatura... ¡Si hasta le ha puesto lentillas de color verde a esta última!

Oso la mira con incredulidad. Ante él hay una versión de Pantera que no conoce, una pantera herida, que lucha para no dejarse vencer. No tiene claro que su versión sea cierta, pero le basta con percibir el miedo que desprende su mirada para darse por vencido.

—Vamos a solucionarlo juntos, ¿vale? —le asegura—. No sé cómo, pero lo haremos.

Micaela recupera ligeramente la compostura y se sitúa frente a su compañero, que apoya una de sus enormes manos en el hombro.

—Sécate esas lágrimas, Pantera —le ordena—. Vamos a acabar con ese hijo de puta de Ares.

21

Rubén está más que harto de permanecer encerrado en el despacho. Sabe que le vendría bien descansar, incluso salir a correr un rato para despejar la mente, pero el corazón no le deja abandonar esa silla a la que lleva anclado demasiadas horas. Tiene miedo de que, si sale de allí, otra víctima aparezca para recordarle que no es lo bastante bueno en su trabajo, que si fuera otro quien llevase la investigación, la sangre de esas mártires inocentes habría dejado de derramarse hace tiempo.

—¿A qué hora has quedado con tu profesor? —pregunta Lucía, que tampoco ha sido capaz de tomarse un descanso.

—En quince minutos. De hecho, debería irme ya —dice él a la vez que se levanta para aproximarse a la puerta—. Llámame si hay cualquier novedad.

—A sus órdenes.

Rubén abandona la comisaría con una sensación agridulce. Hace tiempo que no ve en persona a don Marcelino. Aunque no ha pasado ni una sola festividad navideña en la que no hayan intercambiado algunas palabras y sus mejores deseos, solo se han encontrado cara a cara en contadas ocasiones y por pura casualidad. Ahora que está a punto de ver de nuevo a su mentor, siente que la ilusión le levanta el decadente ánimo que lo acompaña desde que el cadáver de Emma apareció encadenado frente a El Fadrí. Sin embargo, el tema que van a tratar no es el que le gustaría. Jamás se habría imaginado que don Marcelino fuera a convertirse en una pieza importante de

una investigación policial y, aunque no se siente cómodo involucrándole en estas cosas, algo le dice que el docente está deseando poder aportar su granito de arena.

La panadería Macián está a algo más de un kilómetro de la comisaría, así que Rubén decide ir caminando con la esperanza de que el paseo, aunque breve, lo ayude a aliviar su mente. Pero, en cuanto una joven morena de ojos verdes y estructura menuda se cruza en su camino, no puede evitar pensar que podría ser la próxima víctima.

Al llegar al establecimiento, Rubén toma asiento en una de las mesas del fondo, situándose frente a la puerta como ya tiene por costumbre. Siempre ha pensado que ese comportamiento es una buena manera de identificar a un policía: la mayoría de sus compañeros —al igual que él— se sienten incómodos dándole la espalda al acceso del lugar en el que se encuentran puesto que, si apareciese por allí algún peligro, el tiempo de reacción sería demasiado largo.

—¿Qué va a ser?

Una joven tatuada hasta las cejas y con cara de pocos amigos acude a su mesa para tomarle nota.

—Un café con leche, por favor.

La camarera vuelve a la barra sin cruzar ni una sola palabra más con Rubén, que no ha podido evitar fijarse en los cortes ya cicatrizados que decoran sus muñecas y le hacen sospechar que la vida de esa joven no ha sido un camino de rosas.

Su comanda no tarda en llegar y tampoco don Marcelino, que entra en la tasca con una amplia sonrisa y ayudándose de un bastón de madera oscura con la empuñadura dorada. Rubén le devuelve el gesto, aunque lo que experimenta es tristeza. El aspecto de su profesor poco tiene que ver con el recuerdo que el inspector guarda

de él. Sus arrugas son mucho más profundas y sus ojos, aunque aún brillan, se ven cansados. Está más delgado y ya no hay ni rastro del color oscuro que tintaba su cabello. La certeza de que el paso del tiempo no perdona golpea a Rubén con todas sus fuerzas y no puede hacer otra cosa que aceptarlo.

—¡Qué alegría verte, muchacho!

Don Marcelino le ofrece la mano a Rubén, que le responde con un abrazo. El profesor se deja atrapar por su alumno, ese que ahora le supera tanto en altura como en peso, aunque para él siempre será aquel chaval tímido y curioso que no le quitaba ojo en cada una de sus explicaciones.

—¿Cómo estás? —pregunta Rubén tras deshacer el abrazo.

—¡De maravilla! ¿No me ves? Laura me tiene al hilo: que si avena, que si arándanos... ¡Ahora me alimento como un cervatillo! ¿Qué te parece?

—¡Me parece que funciona! Te mueves con más agilidad que muchos treintañeros.

—La edad está en la mente, muchacho —responde Marcelino a la vez que se lleva el dedo índice a la frente—. ¡Camarera! Póngame un café solo y una *pilota de frare*, que me apetece algo dulce.

—No creo que los cervatillos coman bollos de crema.

—¡Tú a callar! Serás todo lo policía que quieras, pero yo sigo siendo tu maestro —bromea él—. Bueno, ¿por dónde empezamos?

—Eso me gustaría saber a mí —se queja Rubén—. La única hipótesis que veo factible es la de la recreación de mitos griegos, pero sobre el autor...

—Un majadero obsesionado con las adolescentes morenas y los tormentos de la mitología clásica, ¿verdad?

—Exacto. Además, creo que puede tener relación con una denunciante con la que tengo contacto —explica el inspector—. Su

hija desaparecida se parece mucho físicamente a las víctimas y creo que es el nexo entre ellas.

—¿Tiene alguna relación con la mitología?

—No que yo sepa...

—Bueno, muchacho, puedes estar tranquilo. Por suerte conoces a una de las mayores eminencias en mitología griega del país —dice Marcelino con la voz llena de orgullo—. Ponte cómodo, que empieza la clase.

Rubén atiende a cada una de las palabras de su mentor casi sin pestañear, tal y como lo hacía cuando solo era un adolescente con las hormonas revolucionadas y la piel plagada de acné. No toma notas, tan solo disfruta de la ponencia de su profesor, que, de vez en cuando, le da un bocado al dulce con el que ha decidido darse un capricho. Sin embargo, cuando llega el momento de explicar los diferentes tormentos asociados a la mitología que les ocupa, el estómago de Rubén comienza a resentirse al imaginarse cómo ese maníaco podría adaptarlos para hacerlos reales. Marcelino, ajeno a lo que se cuece en la cabeza de su alumno, le da una clase magistral sobre Zeus, Hera, Afrodita y demás deidades.

—Creo que no me dejo nada —dice el docente cuando termina su relato—. De todas maneras, tienes mi número de teléfono para cuando me necesites.

—No te quiero molestar.

—Jamás lo harás.

Rubén se despide de don Marcelino con un abrazo un poco más largo del inicial y abandona la cafetería con la sensación de que la charla le ha venido mejor a su profesor que a él mismo. Supone que, para alguien como Marcelino, la jubilación es un mazazo que te arrebata todo lo que has sido en la vida y que, de vez en cuando,

viene bien sentirse útil, aunque sea en un caso tan horrendo como este.

Al entrar en su despacho, el inspector vuelve a sentir el desasosiego que su profesor se ha encargado de disipar. Aunque no podría decir por qué, sabe que Micaela esconde algo. Recuerda perfectamente cómo uno de sus profesores de la Escuela Nacional de Policía les contó que, ante las desapariciones, los familiares no suelen decir toda la verdad, aunque no haya ni un pellizco de culpa en sus secretos. Madres que no hablan de las relaciones amorosas de sus hijas por miedo a que la Policía no se tome su ausencia en serio; amigos que, por miedo a verse engullidos por la investigación policial, suprimen datos acerca de mensajes o conversaciones que han tenido momentos antes de la desaparición; y como estos, decenas de detalles valiosos que permanecen suspendidos en el aire, como motas de polvo casi invisibles que la Policía desconoce y que, de saberlos, podrían ser de gran ayuda. No los culpa, pues es consciente de que no hay combinación más peligrosa que el desconocimiento unido al miedo. Ese cóctel, fruto de la mayoría de las desavenencias entre los hombres, es capaz de perjudicar hasta al más correcto de los ciudadanos.

—Acabará cantando, por la cuenta que le trae —le dice Lucía a la vez que le acerca una nueva taza llena hasta arriba de café—. Estoy segura.

Rubén acepta el obsequio aun sabiendo que su estómago acabará resentido con tanta cafeína. En la pantalla de su ordenador decenas de pestañas muestran información sobre los diferentes tormentos griegos impuestos por los dioses, cada cual peor que el anterior. Los ha ido anotando en una libreta, aguantando la respiración a cada trazo. Le aterra pensar en que la siguiente víctima vaya a sufrir alguno de esos castigos, pero es consciente de que, si no ponen

impedimentos para detener al autor de semejante barbarie, tres víctimas más se acumularán a sus espaldas, acompañándolos de por vida. Protagonizando sus peores pesadillas.

—Rubén, acabo de cruzarme con Ferrer. —Román aparece por la puerta con una bolsa de frutos secos y medio litro de bebida energética contenido en una lata plagada de colores neón—. Me ha dicho que vayas a su despacho cuanto antes.

—¿Para qué quiere verme? —pregunta él, inquieto.

—Ni idea, solo soy el mensajero —dice Román y se encoge de hombros—. Lo único que puedo decirte es que parecía enfadado.

—Siempre lo está —apunta Lucía tras guiñarle un ojo al inspector para quitarle importancia.

Rubén abandona la silla a la que estaba adherido y acude al despacho de su jefe arrastrando los pies, tratando de alargar al máximo ese momento. No le apetece aguantar desplantes, tampoco que le metan más presión. Bastante complicado es llevar una investigación de este calibre como para que tu superior, alguien que debería encargarse de prestarte apoyo y proveerte de medios, vierta en ti todas sus inseguridades.

Al llegar a la puerta de madera desconchada de la oficina del inspector jefe, Rubén golpea tres veces con timidez y la abre para pedir permiso para entrar.

—¿Se puede? —pregunta con cautela.

—Adelante, Rubén —responde Ferrer sin levantar la cabeza de los papeles que reposan en su mesa—. Siéntate.

Las paredes del despacho están tan vacías que pareciera que nadie lo usa desde hace años. No hay fotos, emblemas, ni siquiera diplomas de esos de los que tanto les gusta presumir a algunos jefes. Solo hay un escritorio con un ordenador, dos sillas no demasiado cómodas, un par de archivadores y cientos de papeles

desparramados por todas partes. La decoración hace juego con la personalidad de Ferrer: regia, monótona y sin gracia.

Rubén toma asiento y permanece callado a la espera de conocer cuál es el motivo de la reunión. Mientras su jefe continúa trasteando con los innumerables papeles que tiene ante él, el inspector escruta en silencio el rostro pétreo de su superior, pero no es capaz de extraer información alguna sobre su estado de ánimo. Desde que llegó a esa comisaría, jamás le ha visto sonreír. No es que Rubén se considere el alma de la fiesta, pero la cara de pocos amigos de Ferrer es de otro nivel de insipidez.

—La prensa está enterada de todo —le espeta, aún sin dedicarle ni una mirada—. Bueno, por suerte hay algún detalle que todavía se les escapa. Y así quiero que siga siendo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Rubén sin entender los derroteros por los que va la conversación.

—Ha llegado a mis oídos que estáis tratando ambos casos como si estuvieran relacionados a causa de los números que han aparecido en la frente de las chicas —responde Ferrer, esta vez fijando sus ojos oscuros en los de Rubén—. Me parece muy bien que esa sea vuestra hipótesis principal; de hecho, considero que tiene bastante sentido, pero no podéis descartar que sea algo independiente. Y, para la prensa, así debe seguir siendo. No queremos que se hagan eco de que un asesino en serie se está encargando de aniquilar a jovencitas en la ciudad.

—Jefe, no se trata solo de esas marcas —explica Rubén—. El aspecto físico de las víctimas es casi igual en ambos casos: entre catorce y dieciséis años, pelo moreno y largo, piel blanca... Por no hablar del *modus operandi*...

—¿Qué pasa con eso? —pregunta su superior.

—No quería comentártelo aún porque acabo de llegar a esa conclusión, pero creo que el asesino está recreando tormentos griegos —responde Rubén—. Primero el de Prometeo y ahora el de Aracne. No sé si conoces algo de esa mitología, pero encajan perfectamente en...

—¿Tormentos griegos? ¿De verdad? —El inspector jefe mira a Rubén con incredulidad, como si acabara de contarle la más absurda de las fábulas—. *¡No te trellat!* Estamos en Castellón, Rubén. No tiene sentido. Aquí no pasan esas cosas. ¿Sabes cuántos asesinatos hubo el año pasado en la provincia? ¡Cero! —le espeta Ferrer con la tez cada vez más enrojecida—. Creo que tienes demasiada imaginación, chaval. Céntrate en las pruebas y deja de lado esas cábalas absurdas.

—También creo que la muerte de Davinia está relacionada con estos asesinatos—dice Rubén, poniendo todos sus esfuerzos en sonar convincente—. En su caso, se trataría del tormento de Acteón, convertido en ciervo y devorado por sus propios perros.

—¿Otra vez me vienes con esas? —responde Ferrer con desdén—. Ese caso está cerrado, Villa. ¿Me escuchas? ¡Cerrado! Bastante tenemos encima como para crear delitos donde no los hay.

—Pero jefe, el parecido es...

—No me hagas repetirlo —zanja su superior—. Se te nota la falta de experiencia, no te culpo. Eres joven y aún te quedan muchos trienios que cumplir para moverte como pez en el agua en estos casos. Pero, por favor, céntrate en lo factible: vestigios, testimonios, grabaciones de seguridad... No conviertas esto en un espectáculo audiovisual, que de eso ya se encarga la prensa. Puedes irte.

Rubén asiente contrariado y abandona el despacho cerrando la puerta tras de sí. La conversación con su jefe, lejos de reconfortarlo, solo le ha hecho sentirse más inseguro acerca de sus capacidades

para continuar con la investigación. «Menuda manera de motivar a los tuyos, cabrón», se permite pensar.

Cabizbajo y compungido, deshace su camino para regresar a su despacho. Cuando está a punto de entrar, una llamada de teléfono le hace detenerse. Al ver el nombre que muestra la pantalla, un latigazo de esperanza golpea su espalda haciendo que se yerga de nuevo.

—Dime, Micaela —dice al descolgar.

—Necesito verte —confiesa ella—. Es hora de que sepas toda la verdad.

22

Lucía y Rubén apenas hablan durante el trayecto. El inspector, esta vez en el asiento del copiloto, mira por la ventanilla, como si fijar su vista en el paisaje fuera a otorgarle alguna respuesta. La arboleda que decora el parque del Lago consigue reconfortarlo, aunque siempre le ha parecido injusto que se lo conozca por ese nombre cuando, en realidad, se bautizó como parque del Geólogo José Royo Gómez. Ahora los castellonenses más jóvenes no tienen ni idea de quién era ese paisano suyo ni que fue, ni más ni menos, el primer estudioso de los dinosaurios español del que se tiene conocimiento. «La chavalería está cada vez más perdida», piensa, sintiéndose de inmediato diez años mayor de lo que en realidad es.

—¿A qué viene lo de citarnos tan tarde? —pregunta Lucía con las manos aún apoyadas en el volante, a pesar de que ya ha detenido el vehículo—. ¿Estás seguro de que quieres fiarte de esa pieza? Mira que el pasado que tiene es oscuro de cojones...

—Lo sé —responde Rubén con la mirada posada en la luna del coche—, pero hay algo que no nos está contando y que puede ser importante. Ahora mismo no tenemos ni un solo indicio que guíe la investigación: no hay grabaciones relevantes, no tenemos ningún terminal móvil que esté situado en ambas zonas según las antenas de telefonía, y no han dejado ni un solo resto rastreable en las escenas. Cualquier cosa que Micaela pueda aportar nos será útil para continuar. Ella mejor que nadie sabe a qué puede deberse la

inquina que parece tenerle el asesino. Sin su testimonio, estamos más perdidos que nunca.

—Ojalá tengas razón —comenta Lucía en medio de un suspiro—. No me malinterpretes, esa mujer me da muchísima pena. No puedo ni imaginarme el suplicio por el que está pasando..., pero tampoco puedo evitar que sus antecedentes influyan en mi forma de verla. Joder, hace cuatro días estaba en prisión...

—Bueno, hace algo más de cuatro días —responde Rubén con sorna—. Todos merecemos una segunda oportunidad, ¿verdad?

—No te pongas Mister Wonderful conmigo, por favor —bromea la subinspectora—. Ya sabes que eso de la reinserción no es lo mío.

Los policías permanecen en el vehículo a la espera de que el reloj marque las once en punto, hora a la que Micaela citó a Rubén en su última llamada. Desde entonces, el inspector no ha dejado de darle vueltas a diferentes hipótesis sobre lo que ella va a contarle. En un principio, le pidió que fuera solo, pero él se puso firme y le dijo que, al menos, llevaría a una compañera consigo. Tras negociarlo un buen rato, acordaron que ella esperaría en el coche mientras ambos se reunían en el domicilio de Micaela. No es el proceder más seguro y Rubén lo sabe, pero hay algo en Micaela que le inspira confianza y por eso ha alterado sus límites de una manera que jamás habría imaginado.

Rubén mira hacia el apartamento de Micaela con nerviosismo. Está deseando conocer el secreto que arrastra con ella y que puede estar relacionado con que hayan escogido a su hija como víctima. La calle está desierta y, aunque se respira tranquilidad en el ambiente a causa del silencio que impera en esa alejada urbanización, no puede evitar sentirse inquieto. No se ve viviendo en un lugar tan apartado, por mucho sistema de seguridad de pacotilla que los residentes hayan decidido instalar. La experiencia le dice que de poco sirven las

alarmas cuando alguien quiere entrar en tu casa a hacerte daño. De hecho, él duerme con su arma reglamentaria en el primer cajón de la mesita, bien cerca por si en algún momento de la noche alguien decide atacarlo. Sabe que no tendría nada que hacer contra un arma automática de esas que utilizan los sicarios más temibles, pero, si hay una mínima oportunidad de llevarse a alguien por delante antes de que lo acribillen a tiros, no quiere desperdiciarla.

—Quedan cinco minutos —comenta Lucía hastiada por la espera —. Espero que merezca la pena, me he perdido la lasaña de pollo que hace mi hija. Para una cosa que sabe cocinar... Desde que encontró la receta en TikTok, se encarga de hacerla, al menos, una vez a la semana. Algo bueno había de tener esa red social del demonio.

—Seguro que te han dejado un buen trozo para cuando llegues — responde Rubén a la vez que abre la puerta del vehículo decidido a encontrarse con Micaela—. Nos vemos en un rato. No te preocupes, estaré bien.

—Grita si necesitas algo —responde ella, medio en broma, medio en serio.

Rubén se baja del camuflado y echa a andar hacia la casa. Aunque tan solo le separan unos cincuenta metros, el bochorno de la noche castellonense, no demasiado típico para la época del año en la que están, ha conseguido hacerle romper a sudar. «Otra noche sin dormir», augura Rubén a la vista de las altas temperaturas. Tras suspirar hondo, aprieta el botón situado a la derecha de la puerta blanca del domicilio provocando un pitido estridente. Unos pasos resuenan al otro lado de la puerta y, en menos de diez segundos, Micaela aparece ante sus ojos. No se ha molestado en cambiarse de ropa y aún lleva la camiseta *oversize* que se puso para cubrirse cuando Oso irrumpió en su casa, aunque le ha añadido unas bragas

a su escueto conjunto. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado que a ojos del inspector le sienta de maravilla. En cuanto Rubén deposita la mirada en sus ojos verdes, nota que hay algo en ella que ha cambiado. Un torrente de seguridad inunda sus pupilas. Ya no parece una madre derrotada que asume su fatal destino. Ahora es una guerrera dispuesta a luchar hasta su último aliento.

—Muy puntual, sí señor —dice como único saludo.

—Las circunstancias lo propician —responde él con profesionalidad —. ¿Qué es lo que quieres contarme?

—Es una historia un poco larga —confiesa ella, visiblemente avergonzada—. Pasa y te lo cuento con calma.

Rubén asiente, dejando a su espalda a su compañera, que no le ha quitado ojo desde que se bajó del coche. Una vez que cierra la puerta del apartamento tras de sí, da un par de pasos y llega al espacio abierto que forman la cocina y el salón, para ver a Oso y a Flaca sentados en el sofá con una expresión extrañamente divertida dibujada en sus rostros.

—¿Qué cojones es esto? —Rubén retrocede un paso, dejando su pierna fuerte atrás y llevándose la mano a la pistola.

—¡Tranquilo! —le ruega Micaela—. Te lo explicaré todo, te lo prometo. Sé que no tienes por qué confiar en mí, pero te aseguro que esto no es ninguna emboscada. Siéntate, por favor. Cuando acabe de contarte lo que has venido a escuchar, lo entenderás todo.

—Prefiero quedarme de pie, gracias —responde él mirando con desconfianza a esos dos extraños acompañantes.

—Como quieras —le dice Micaela—. ¿Quieres tomar algo?

—Quiero que me cuentes lo que sea que quieras contarme —insiste Rubén, a la defensiva.

—De acuerdo —claudica ella—. Verás, Oso y Flaca son mis compañeros de..., bueno...

—¿Estos dos son los que cometían los robos contigo? —pregunta Rubén ojiplático—. No solo me has traído a dos desconocidos, sino que también son unos delincuentes. ¿A qué estás jugando, Micaela? Me estoy dejando los cuernos para encontrar a tu hija y tú no haces más que añadirle dificultad al asunto. ¿Sabes en qué problema puedes meterme si mis jefes se enteran de esto?

— La verdad, lo nuestro ya prescribió, ¿sí? —señala Flaca—. Eso ya quedó atrás. Somos gente distinta ahora.

—Me da exactamente igual que ya no tengáis responsabilidad penal por los delitos cometidos —escupe Rubén—. No acostumbro a tratar con delincuentes en estos términos y no voy a empezar a hacerlo hoy. Lo siento, Micaela, pero este no era el trato.

—Son ellos los que me han convencido de que te cuente toda la verdad —confiesa Micaela, exasperada—. Están de nuestro lado, te lo aseguro. Solo necesito que...

—No quiero saber nada más, ni de ti ni de ellos —responde él con desagrado—. Ha sido un error involucrarme de esta manera.

Rubén encara el minúsculo recibidor dispuesto a abandonar el apartamento con la rabia encendiéndole la mirada. Siente que Micaela ha jugado con él, que no está dispuesta a poner toda la carne en el asador tal y como él está haciendo. Agarra el pomo de la puerta de entrada con fuerza, pero una mano cálida se apoya en su hombro, provocándole un escalofrío que hace que se detenga en el acto.

—Por favor, Rubén. —Micaela usa por primera vez su nombre de pila, desesperada por evitar que se vaya—. Te necesito. Necesito que me escuches.

—Joder, Micaela —se queja él mientras se gira—. No sé qué pretendes con todo esto. No quiero juzgarte por tu pasado, sé que

ya has pagado tus deudas con la justicia. Pero no puedes pedirme que me tome un refresco con una panda de delincuentes huidos.

—También los necesito a ellos —susurra Micaela—. Sé que estáis haciendo todo lo posible por encontrar a Bianca, pero el mundo en el que se mueve su secuestrador es turbio, oscuro, lleno de terror. Vuestros confidentes jamás lo delatarían, por muy bueno que fuera el trato propuesto. Si no sabes moverte en ese ambiente, estás perdido. Sin ellos jamás podré encontrarla, Rubén.

—¿A qué te refieres? ¿Sabes quién se ha llevado a tu hija? —pregunta Rubén, confuso.

—Sí —responde Micaela con total seguridad—. Verás..., hace años, cuando aún era Pantera, me vi obligada a hacer negocios con un traficante de armas. La transacción iba a ser sencilla, nosotros tan solo haríamos de intermediarios entre una banda organizada y él, que era el vendedor. Sin embargo, las cosas se torcieron...

—¿Qué pasó? —pregunta Rubén dejando de lado su orgullo.

Micaela calla, escudándose en el silencio para intentar no romperse. El inspector la mira inquisidor, incitándola a hablar. Ella, compungida, le aparta la mirada. Harto de esperar a que la expresidiaria se decida, Rubén estalla de nuevo.

—Si no vas a contarme lo que sabes, es mejor que esto termine aquí, si es que alguna vez comenzó —dice con el tono de voz más frío que es capaz de adoptar—. No quiero que ninguno de los dos pierda el tiempo.

—No puedo contártelo ahora mismo —dice ella a la vez que le muestra una mirada vulnerable—. No me siento con fuerzas. Necesito que confíes en mí. Sé que te estoy pidiendo que des un salto al vacío, que apenas nos conocemos y que no tienes ni un solo motivo para quedarte... —Micaela mira hacia el techo con la intención de que las lágrimas que han ido formándose en sus ojos

no se derramen, pero una de ellas consigue huir de sus párpados para acariciarle la mejilla—. La vida de mi hija está en juego, Rubén. Jamás haría nada que pudiera confundirte o desviar la investigación. Yo soy la que más tiene que perder, que no se te olvide.

Rubén sigue con la mirada esa gota minúscula que recorre el rostro de Micaela, preguntándose cómo algo tan diminuto puede contener tantísimo dolor. El inspector traga saliva. Está confundido. Cree que es necesario que compartan toda la información que tienen para que esa suerte de relación que están estableciendo llegue a buen puerto, pero la mirada de Micaela le dice que el motivo de que le oculte algo tiene que ver más con ahorrarse sufrimiento que con la intención de no compartirlo.

—Aun así... —Rubén adopta una postura menos beligerante, destensando los hombros—. Estoy seguro de que, debido a tu pasado como Pantera, son muchos los enemigos que has ido acumulando.

—Lo son—confirma ella—. Pero solo hay uno con los motivos suficientes para arriesgarse a hacer todo esto...

—¿Y su nombre es...? —la anima Rubén.

—Ares —responde Micaela.

—¿Ares? ¿Como el dios griego? —pregunta el inspector con la sensación de haber encajado la última pieza del puzle.

—Supongo —dice ella—. No sé qué tiene que ver Grecia con ese perturbado.

—Más de lo que imaginas —le asegura Rubén—. Tu amiguito está recreando tormentos griegos. Esa es la única hipótesis razonable que tengo sobre la mesa y ese nombre no hace otra cosa que confirmarla.

—¿Tormentos griegos? —Micaela repite esas dos palabras sin tener ni idea de lo que el inspector quiere decir.

—Una especie de torturas que los dioses griegos emplearon para castigar a quienes contravenían sus deseos. Me he estado documentando con un experto en la materia y todos los asesinatos encajan, incluido el de la niña que fue devorada por los perros antes de que Bianca desapareciese, no sé si recuerdas el caso por la prensa. —Micaela asiente, horrorizada—. Sin embargo, ella no tenía ningún número en la frente y tampoco se han encontrado restos de ADN diferente al suyo en su cuerpo. Puede que sea por la brutalidad del ataque o...

—O que las cosas no salieron como él quería —interrumpe Oso a la vez que se acerca al inspector—. Puede que esa niña solo fuera una prueba, un ensayo antes del espectáculo.

Rubén dirige la mirada hacia arriba para encontrarse con el rostro de Oso, que le guiña un ojo como respuesta. Trata de disimular, pero en su expresión es evidente su asombro ante semejante mole.

— ¿Qué sabemos de ese tío? ¿Dónde está ahora mismo? — pregunta Rubén tras toser un par de veces para aclararse la garganta.

—Parce, ese *man* aparece cuando se le da la gana y al mismo tiempo es como si no existiera. Tiene un poder brutal y hay demasiada gente que le tapa todo —comenta Flaca levantándose de su asiento—. Ya uno no puede confiar ni en la sombra. Tiene gente metida hasta en los lugares más impensados.

—Entonces, ¿cuál es vuestro plan? —pregunta Rubén.

Un estruendo suena en el exterior de la vivienda. El inspector desenfunda su arma y se aproxima a la puerta con cautela. Micaela, Oso y Flaca adoptan una actitud de defensa tras el policía, que agarra la manilla y abre la puerta sin dejar de apuntar. Tras ella se encuentra a un hombre no demasiado alto y bastante delgado tirado en el suelo con el cañón del arma de Lucía dirigido hacia su espalda

y uno de los pies de la subinspectora presionándole el torso contra el suelo.

—Llevaba un rato rondando la zona y ahora estaba acercándose a la puerta —dice Lucía al encontrarse con su jefe—. Me ha dado mala espina y he decidido intervenir.

—¡Teclas! ¡Bienvenido! —La voz de Oso, potente como siempre, resuena desde el interior de la vivienda.

—¿Quién cojones son todos estos? —pregunta Lucía, confusa al ver que Micaela y Rubén no están solos.

—Es una historia un poco larga —responde Rubén, repitiendo las palabras que hace unos minutos le dijo Micaela—. Vamos dentro, no quiero que los vecinos llamen a emergencias y esto se llene de compañeros de Seguridad Ciudadana.

Teclas se incorpora dolorido por el empujón que Lucía le ha propinado y saluda a sus compinches con su más que conocida escasa efusividad. La subinspectora y él acceden al interior de la vivienda y, cuando todos están reunidos en el salón, Rubén toma la palabra.

—Espero que no pretendas que colaboremos con estos delincuentes —le dice a Micaela—. ¿Sabes cuál es la sanción que podría caerme si trabajo con vosotros en la sombra?

—Sé que es algo complicado —responde ella—. No voy a pedirte que te unas a nosotros, tan solo necesito que no nos pongas impedimentos. Sé que, si no nos introducimos en la esfera en la que trabaja Ares, no vamos a encontrar a Bianca jamás. Te prometo que compartiré contigo toda la información que consigamos, tú tan solo tendrás que hacer como que esta conversación no ha tenido lugar.

—Micaela, ¡no puedes pedirme eso! —insiste Rubén, exaltado—. En la Policía Nacional hay normas, protocolos que seguir, plazos y papeleo. No podemos hacer y deshacer a nuestro antojo.

—Esa es justo la clave, Rubén —responde Micaela con determinación—. Por suerte, en nuestro mundo vale todo.

23

Micaela se sentía completamente fuera de lugar rodeada por esas personas desconocidas. El hombretón que se había bautizado a sí mismo como Oso tenía una voz demasiado intensa que le hacía fruncir el ceño, por no hablar de las risotadas estrepitosas que emitía cada vez que contaba uno de sus chistes malos. Los otros dos individuos no le resultaban molestos, aunque tampoco se fiaba de ellos. Teclas apenas hablaba, pero no les quitaba ojo y eso le hacía sentirse incómoda. Flaca, por su parte, tenía una mirada oscura y fría que conseguía estremecerla. No estaba segura de querer formar parte de esa especie de camarote de los Hermanos Marx, pero ya no había vuelta atrás: se había subido a una furgoneta llena de dispositivos electrónicos en la que, junto a los otros tres miembros de su nuevo e indeseado equipo, comenzaría la primera de sus aventuras. «Una y no más», pensó tras cruzarse, por enésima vez, con la mirada pétrea de Flaca.

—Menudo cambio de *look*, ¿no?

Oso reparó en el nuevo color de pelo de Micaela, que tan solo emitió una sutil sonrisa como respuesta. Antes de salir de su apartamento de mala muerte para acudir a la cita, había decidido cortarse la melena y teñírsela de rojo. Ni siquiera ella era capaz de reconocerse en el espejo y, de esa manera, se convenció a sí misma de que todas las actividades ilícitas que ejecutaría desde ese momento no serían responsabilidad suya, si no de su *alter ego* Pantera.

—Ya está todo listo —dijo Teclas, en un tono tan bajo que casi pasa desapercibido para el resto de los asistentes.

—Alguien tiene que llevar las riendas de todo esto —dijo Flaca—. Si no, se va a ir *pa'l* carajo.

—¿Algún voluntario? —preguntó Oso.

Ninguno alzó la mano para proponerse como líder de ese despropósito que estaba a punto de comenzar. Las miradas de unos y otros se cruzaron nerviosas. Tan solo eran cuatro extraños que acababan de conocerse y que no tenían ni idea de qué era lo que iba a pasar en los próximos minutos. Cuatro almas perdidas que se agarraban a ese sucedáneo de familia para salir del pozo que los tenía cautivos.

—Yo creo que debería ser usted, *chimbita* —dijo Flaca dirigiéndose a Micaela—. Lo veo clarito en sus ojos, nació *pa´* esta vida, aunque le duela aceptarlo.

—¿Yo? —Micaela se revolvió incómoda en su asiento mientras Teclas y Oso la observaban asintiendo para darle la razón a su compañera—. ¡Si yo no he robado ni un chicle en toda mi vida! ¿Cómo se supone que voy a liderar a un grupo de delincuentes?

—Tienes pinta de líder —dijo Oso—. Y un líder es capaz de capitanear cualquier grupo de personas. Incluso este.

Micaela depositó la mirada en cada uno de sus compañeros. No tenía ninguna intención de convertirse en la cabecilla de un grupo de delincuentes, pero sus ojos llenos de incertidumbre la obligaron a tomar una decisión.

—De acuerdo, acepto el mando —respondió con fingida seguridad —. Vamos a ello.

El primer palo que habían convenido junto a Sasha era algo sencillo: debían acceder al garaje del domicilio de un futbolista famoso que estaba de vacaciones en Tombuctú para llevarse dos

vehículos de alta gama y vendérselos a un empresario de éxito que había impulsado sus negocios a base de exportar coches robados a otros países. Teclas se había encargado de inutilizar los innumerables sistemas de alarma y videograbación con los que contaba la casa de la víctima, algo que había conseguido sin demasiada dificultad. Por su parte, Micaela, Oso y Flaca serían los encargados de entrar en ella para sustraer los coches.

—Nos vemos, Teclas.

Oso le dirigió esas últimas palabras al informático, cuyas axilas sudorosas a causa del nerviosismo se habían encargado de dejar patente su estado de ánimo a través de dos grandes surcos húmedos bajo los brazos de una camiseta de Star Wars.

Micaela iba en primer lugar, seguida de los pasos ligeros de Flaca. Oso se situó al final de la fila, tratando de pasar desapercibido en la oscuridad, algo que no era fácil, habida cuenta de su llamativa anatomía.

—¿Listos?

Micaela se encontró con los rostros desencajados de sus dos compañeros cuando giró la cabeza para hacer la pregunta. Oso tragó saliva y asintió casi imperceptiblemente. Flaca la miró impasible, sin poder reaccionar.

—Podemos hacerlo, chicos —añadió Micaela—. Lo peor que puede pasar es que un *rottweiler* nos muerda el culo —mintió, divertida.

Con esa ocurrencia, consiguió sacarle una sonrisa a sus compañeros, que se envalentonaron al percibir la confianza impostada de su nueva líder.

—¿Listos? —repitió Micaela.

Ambos asintieron con convicción, llevados por la adrenalina del momento y por la seguridad que les daba contar con alguien que

dirigía sus pasos. Micaela comprobó el reloj e inició mentalmente una cuenta atrás que no tardó demasiado en llegar a cero.

—Ahora —susurró a la vez que comenzaba a escalar el muro que los separaba de su botín.

Contra todo pronóstico, todo transcurrió tal cual habían planeado. No había sido difícil hacerse con los planos de la vivienda y las publicaciones que el aclamado futbolista subía a redes sociales habían facilitado enormemente la tarea: el equipo conocía hasta el más mínimo elemento de la decoración esperpéntica del domicilio. Aunque Flaca estaba decidida a puentear los coches, no tuvo que hacerlo, pues las llaves reposaban en los salpicaderos de ambos. Ella se subió a uno de los vehículos objetivo y Micaela y Oso hicieron lo propio con el segundo.

—Ya casi está —pensó Flaca en voz alta.

La puerta del garaje, movida por los hilos cibernéticos de Teclas, comenzó a abrirse. El final estaba tan cerca que casi podían rozarlo con los dedos. Sin embargo, el portón se detuvo sin causa aparente, dejando un espacio que no era ni de lejos el que requerían los tres delincuentes para salir de allí con los vehículos robados.

—¿Qué cojones pasa? —se quejó Oso, al volante del Lamborghini.

—Yo lo arreglo, tranquilo —respondió la lideresa.

Micaela abandonó el confortable asiento del copiloto para comprobar cuál era el problema. Una vez junto al portón, fue capaz de distinguir que una de las ramas del árbol que lo flanqueaba se había quedado enganchada haciendo palanca e impidiendo que la puerta de acero se cerrara. Con más maña que fuerza, consiguió liberarla. Flaca inició la marcha del Bugatti La Voiture Noire, deleitándose con el sonido de un motor que jamás habría podido escuchar si no fuera por Sasha y su esperpéntico plan. Oso hizo lo

mismo, acercándose a la posición en la que Micaela esperaba para subir al vehículo.

—¿Qué coj...?

Oso no pudo terminar la frase. No eran *rottweilers,* sino pastores belgas malinois. Micaela escuchó los ladridos justo a tiempo para conseguir subirse a un muro antes de que sus mandíbulas feroces la alcanzaran. «¿De dónde coño han salido?», se preguntó. Miró hacia todos lados y, entonces, lo vio. Los perros, tozudos como ellos solos, habían conseguido reventar la puerta que conectaba la vivienda con el garaje para acudir al exterior y cumplir la función que les había sido encomendada: aniquilar a todo ser viviente que se atreviese a cruzar las lindes de la fortaleza que custodiaban.

—¡Salid de aquí! —gritó, consciente de que los ladridos de los perros pronto alertarían a los vecinos.

Flaca obedeció a su Pantera, seguida de Oso. Micaela estudió sus opciones; no eran demasiado esperanzadoras: el muro no le daba opción de saltar al exterior, pues separaba una vivienda de la contigua, por lo que su mera presencia activaría todos los sistemas de alarma. Los perros, obcecados, no le permitían bajar. Continuaban ladrando sin cesar a esa inesperada invitada, a la que deseaban despedazar con todas sus fuerzas. El portón se cerró de nuevo, sellando la propiedad y encerrando en ella a los canes.

—Estoy jodida —susurró al comprobar que las luces de la vivienda contigua comenzaban a encenderse.

Micaela no pudo evitar sonreír al pensar en lo ridículamente corta que había sido su carrera delictiva. «No he nacido para esto, *nonna»,* pensó a la vez que apretó el colgante de su abuela.

—¡Eh, tú! —Una voz masculina llena de agresividad llamó su atención—. ¡¿Qué cojones haces ahí?! ¡Voy a llamar a la Policía!

El vecino del futbolista se asomó a la puerta de su domicilio, increpando a Micaela. Su mujer, agarrándose la bata asustada, intentaba grabar con el móvil a la intrusa a través de la ventana de la segunda planta de la vivienda, pero solo consiguió registrar una sombra negra que emitía algún que otro destello rojizo cuando la luz incidía en el plano correcto.

Micaela se sentía perdida. «Al menos han conseguido llevarse esos malditos coches», pensó, satisfecha por haber cumplido con el objetivo, aunque ella se hubiera convertido en un daño colateral.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche?

Oyó el vozarrón de Oso por encima de los ladridos de los perros que, a pesar de llevar un buen rato desgañitándose, no parecían en absoluto cansados.

—Dele, parcera..., *ibrincá!* —gritó Flaca.

Micaela no podía verlos, pero la seguridad en la voz de la colombiana hizo que confiara ciegamente en ella. Como la felina en la que se había convertido, se dejó caer por el muro y, en ese momento exacto, el portón de la vivienda aneja comenzó a abrirse. Pantera corrió con agilidad por el terreno, aplastando con sus botas las flores preciosas que lo adornaban. Al llegar a la salida, se agachó con presteza para abandonar el recinto, sin dejar de escuchar los gritos desesperados del hombre, que no se había atrevido a asomar más que media cabeza por la puerta.

—¡Suba ya, pues, que nos vamos!

Micaela se subió al Bugatti y, una vez dentro, la colombiana inició la marcha a una velocidad que hizo que Pantera se quedara pegada al respaldo del asiento.

—Joder, seguro que las cámaras de seguridad me han grabado —se lamentó—. No puedo seguir con vosotros o caeremos todos.

—Parcera, ¿quién se cree que ha abierto el portón? —le preguntó Flaca—. Apenas lo llamamos *pa´* contarle la vuelta, Teclas se voló el sistema de seguridad del vecino. Ese *man* ya lo tenía calculado. ¡Es un berraco!

Micaela miró con incredulidad a Flaca, que se limitó a asentir sin apartar los ojos de la carretera. Podían haberla dejado allí sin ningún tipo de consecuencia: no conocía sus nombres, su origen ni nada que los hubiera puesto en peligro. Tan solo habría podido dar la descripción física de cada uno de ellos y, teniendo en cuenta lo variopintos que eran, seguramente la Policía la habría tomado por loca —o por mentirosa—. Sin embargo, habían decidido volver a por ella. Se habían arriesgado por salvarla sin apenas conocerla. Micaela comprobó que Oso les seguía en el Lamborghini y sonrió aliviada. Apoyó el cogote en el reposacabezas y suspiró, permitiéndose experimentar algo de calma. Y, en ese preciso instante, sin saber por qué, se sintió, por primera vez en mucho tiempo como en casa.

24

—Ni de coña, Rubén. —Lucía repite por segunda vez esta frase, la misma que le dijo al inspector en cuanto se subió al camuflado tras abandonar el domicilio de Micaela—. ¿Qué crees que ocurrirá si el comisario se entera? Te van a cortar las pelotas, joder.

—¿Y si ella tiene razón? —responde Rubén—. ¿Y si la única manera de acabar con todo esto es uniendo nuestras fuerzas?

—No puedes arriesgar todo lo que tienes por una posibilidad tan nimia —señala la subinspectora—. Creo que te has implicado demasiado con este caso y que no ves con claridad.

—¿Cómo pretendes que no me implique? —El tono de Rubén, aunque tan solo sube ligeramente, consigue llamar la atención de Lucía—. Han muerto tres niñas de una manera tan brutal que todavía me pone los pelos de punta y depende de mí llegar al fondo de este asunto. No tengo ni idea de qué hacer, Lucía. Ni una sola pista que seguir. No voy a pedirte que te metas conmigo en esto, pero, por favor, déjame tomar mis propias decisiones. Si hay una mínima posibilidad de salvar aunque sea a una de las futuras víctimas, el riesgo habrá merecido la pena.

Lucía lo mira boquiabierta, como si acabase de descubrir una nueva faceta de su compañero; una parte de su personalidad que no le desagrada, pero ha conseguido descolocarla. La dureza de su voz ha hecho que la subinspectora deje de verlo como a ese guaje comedido que conoce desde hace no demasiado tiempo y que ha tomado las riendas de su grupo de trabajo. Ahora, a su lado,

observa a un profesional dedicado, un policía implicado que está dispuesto a poner en peligro su carrera para intentar salvarle la vida a quienes están condenadas a perderla injustamente.

—Muy bien, como tú quieras. Ya eres mayorcito. Pero, si decides hacerlo, tengo que ponerte una condición —señala ella, tajante.

—Adelante.

—Yo también quiero tirarme al barro —asegura Lucía.

Rubén aparta durante un par de segundos los ojos de la carretera para mirar con incredulidad a la subinspectora, que le muestra una sonrisa de complicidad.

—No quiero que esto te salpique —le dice el inspector—. Prefiero que te mantengas al margen. Tienes una familia, Lucía. Tu hija te necesita y...

—¡Has dado en el clavo! —exclama ella—. Precisamente porque sé lo que es tener una hija no puedo desvincularme del caso. Y no hay más que hablar. Me dan igual tus galones, guaje. Voy a acompañarte en esta puta locura y no tienes nada que decir.

Poco después de que la subinspectora dé por terminada la conversación y tras aparcar el camuflado en dependencias policiales, ambos se despiden hasta el día siguiente. Rubén se siente culpable por haber metido a su compañera en esto, pero no va a perder el tiempo en tratar de convencerla: sabe que no lo conseguiría por mucho empeño que le pusiera. Lucía es una mujer con las ideas claras que no va a dejarse influir.

El inspector vuelve a casa en silencio. Ni siquiera ha puesto la radio, por mucho que le guste escuchar pódcast de todo tipo para despejarse. Ahora prefiere estar centrado y no deja de darle vueltas a cómo podría unir sus fuerzas con las de esos delincuentes para dar con Ares, el director de la macabra orquesta que se ve obligado a presenciar. Se plantea hacer otra de sus escapadas al paseo

marítimo, pero cree que, en esta ocasión, ni siquiera la visita de ese lugar del que tanto disfruta conseguirá transmitirle la paz que necesita.

Después de darse una ducha rápida y hacer caso omiso al sonido de sus tripas, que le ruegan sustento, Rubén se tumba en la cama sin darle uso al pijama que había dejado preparado bajo la almohada. Cumpliendo su promesa, deja de lado el mando del aire acondicionado, aunque no puede evitar encender el ventilador. Hace demasiado calor en la habitación, pero el movimiento incansable de las hélices del aparato consigue brindarle una brisa que, poco a poco, llega a calmarle.

Un sonido proveniente del exterior de la habitación lo pone en alerta. Sin darse cuenta, Rubén se ha quedado dormido y no ha dejado, como ya es costumbre, el arma preparada en la mesita de noche. Antes de ducharse, la apoyó en la encimera de la cocina y, debido al conflicto de intereses que lo atormenta, no se acordó de recogerla. «Puede que sea el viento», se dice para tranquilizarse. Sin embargo, la calma no dura demasiado, pues la puerta de su habitación se abre dejándole entrever una silueta que reconoce al momento.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Micaela lo observa de pie, al lado de la cama. Aún lleva puesta esa camiseta *oversize* que, aunque debería disimular sus curvas, muestra sus encantos a la perfección. Rubén no es capaz de distinguir el tono de sus iris, pero sí el deseo que desprenden. Aunque un moño despeinado continúa coronando su cabeza, Micaela se encarga de deshacerlo con un solo gesto, dejando que los largos mechones negruzcos caigan sobre sus hombros. Un rayo recorre el cuerpo el inspector, apenas cubierto por unos bóxers que, por suerte para él, acaba de estrenar.

—Ya te lo he dicho —su voz melódica acaricia los oídos del inspector, erizándole la piel—. En mi mundo todo vale.

Sin darle opción a respuesta alguna, Micaela se sube a horcajadas sobre él y apoya sus manos en el pecho del inspector. Rubén siente la suavidad de su piel, el calor que Micaela alberga en su interior y que crece más y más.

—Esto no está bien —acierta a decir él.

—Yo creo que nos va a sentar de maravilla —determina ella.

Micaela acaricia el pecho de Rubén con ansia, recorriendo cada uno de sus recovecos. Las yemas de sus dedos utilizan la piel como si fuera un lienzo sobre el que quiere dibujar cada uno de sus anhelos. Las manos de Micaela descienden poco a poco mientras Rubén trata de mantener una compostura que hace tiempo quiere abandonarlo. Cuando sus dedos se topan con la goma de la ropa interior de Rubén, Micaela se detiene y se inclina sobre él.

A él ha dejado de importarle el calor que se ha acumulado en su habitación, tampoco le preocupa el sudor que empapa su espalda. Tan solo quiere dejarse llevar. Micaela aproxima sus labios a los de Rubén y, tras unos segundos dejando que el deseo entre ambos crezca, besa al inspector con un apetito voraz. Él, harto de aguantarse las ganas, responde a su invitación paseando sus manos por el cuerpo de Micaela.

La excitación no ha dejado de crecer desde que ella hizo aparición en su habitación y, ahora, Rubén no se ve con fuerzas para ponerle diques a una riada que ya no puede controlar. Con un movimiento rápido, agarra la cintura de Micaela y la gira sobre sí mismo, dejándola a ella sobre la cama y situándose sobre su cuerpo. Aparta de su camino la maldita camiseta que cubre el cuerpo esbelto y observa con apetito el pecho desnudo. Como quien está a punto de degustar un buen vino, comienza a acariciarlo con calma, buscando

guardar en su recuerdo cada detalle de ese momento que, sin duda, lo acompañará durante mucho tiempo. Micaela se estremece bajo el cuerpo del inspector, que continúa saboreando cada milímetro de su piel. Con una de sus manos aún apoyada en el pecho de Micaela, Rubén desciende por su abdomen, llegando a la línea que marca la ropa interior. La lencería negra nada tiene que hacer contra los dedos del inspector, que la apartan con suavidad hasta hacerla desaparecer por los muslos de Micaela. Un gemido ahogado se escapa de su garganta y Rubén, incapaz de contenerse ni un solo segundo más, acerca su boca a...

—¿Qué...?

El móvil de Rubén, en la mesita de noche, comienza a vibrar. Se incorpora en la cama, bañado en sudor. Aún siente el cuerpo de Micaela bajo el suyo, hasta recuerda cada detalle del sonido de su respiración, excitada y hambrienta. El inspector mira al techo con incredulidad. «Joder, podían haberme dado quince minutos más», se lamenta.

Con rabia, observa el nombre del contacto y lo que ve le hace sentirse avergonzado. Micaela, la misma con la que estaba devorándose hace escasos minutos, es la encargada de despertarlo del sueño más apacible que ha tenido en los últimos años.

Tras aclararse la voz y recordar que ella no sabe nada de la experiencia con la que su inconsciente ha decidido deleitarle, Rubén responde la llamada sin dejar de lado por completo la incomodidad.

—¿Qué pasa? —pregunta al descolgar—. ¿Tenéis alguna novedad?

—La han matado, Rubén. —Micaela llora—. Han matado a Idaira.

25

El inspector conduce a través de una ciudad que poco a poco se va despertando para encontrarse con Micaela. Los castellonenses inician sus días sin tener ni idea de que un asesino despiadado bautizado con el nombre del dios griego de la guerra está dispuesto a continuar sembrando el terror en la ciudad. «Bendita ignorancia», piensa mientras su coche avanza por unas calles cada vez más concurridas.

Micaela le ha contado, brevemente y entre lágrimas, quién es esa Idaira cuya muerte tanto la perturba y, de camino, Rubén ha llamado al centro penitenciario en el que se encontraba recluida para solicitar información sobre su deceso. Sin embargo, a pesar de que ha aceptado el riesgo y se ha identificado como miembro de la Policía Nacional, el centro le exige un escrito oficial enviado a través del conducto reglamentario para proporcionarle cualquier tipo de dato al respecto. «Esto va a ser más difícil de lo que esperaba», piensa a la vez que esquiva a un taxi con poca prisa que no hace otra cosa que ralentizar el tráfico mañanero, creciente a cada minuto que pasa.

—¿Diga?

La voz somnolienta de la subinspectora suena a través de los altavoces del vehículo poco después de que Rubén se haya decidido a marcar su número. Si por él fuera, no compartiría ningún tipo de dato con ella. Solo de esa manera podría librarla de las nefastas consecuencias que podría acarrear su colaboración con la antigua banda de Micaela. Sin embargo, Lucía le ha dejado muy claras sus

intenciones y el inspector, por mucho que sea su superior jerárquico, no quiere vérselas con esa mujer menuda de mecha corta y carácter fuerte.

—Micaela me ha llamado —le explica Rubén—. Resulta que una presa ha matado a Idaira, su excompañera de celda.

—¡No me jodas! —Lucía parece haberse despertado de repente—. ¿Crees que es una coincidencia? —dice susurrando tras darse cuenta de que a su lado su marido aún duerme.

—No lo creo —confiesa él—. Lo he intentado, pero en la prisión no han querido darme dato alguno. Me exigen un oficio y, de momento, prefiero dejar de lado este aspecto de la investigación, mantenerlo *off the record*. Cualquier cosa que me vincule con Micaela de una manera más estrecha puede hacer que el jefe sospeche de mis intenciones y creo que no nos conviene.

—Mejor así, ya habrá tiempo para sacarlo a la luz. ¿Qué piensas hacer?

—Ahora mismo voy camino del apartamento de Micaela. Ya estoy cerca, no creo que tarde más de cinco minutos en llegar. En cuanto sepa algo más, te llamo. Quizás ella sí que haya conseguido un poco más de información sobre el ataque. Los conflictos entre presas son bastante comunes, pero esto me huele mal.

—Ten cuidado, Rubén —le pide la subinspectora con un tono de voz serio que el inspector no está acostumbrado a escuchar—. Esta gente no está acostumbrada a seguir las normas. No te dejes arrastrar.

—*El poruc mor mil voltes, el valent només una* —bromea el inspector—. No te preocupes, Lucía. Tengo claro cuál es mi bando.

Rubén se despide de su compañera poco antes de estacionar en las inmediaciones del apartamento de Micaela, sin saber que el

desenfado con el que ha dicho que «el miedoso muere mil veces, el valiente solo una» la ha dejado bastante preocupada.

Con las manos aún en el volante, el inspector toma aire hasta llenar por completo sus pulmones para, después, liberarlo con calma. El recuerdo del sueño que ha sentido como real hace poco más de una hora no ha dejado de perseguirlo. Rubén sacude la cabeza y abandona el vehículo tratando de concentrarse en lo verdaderamente importante: la desaparición de Bianca y el asesino en serie que ya se ha cobrado cuatro víctimas, si sus sospechas sobre la muerte de Davinia e Idaira son ciertas.

Antes de que al inspector le dé tiempo a pulsar el timbre, Micaela abre la puerta. Lo estaba esperando. Tiene los ojos enrojecidos, aunque no tanto como la primera vez que se encontraron en la puerta de la comisaría, cuando Bianca acababa de desaparecer. No obstante, no ha perdido la fiereza que Rubén percibió en su mirada hace unas horas. Aún tiene fuerzas para continuar, para seguir luchando.

—Ese cabrón no va a parar hasta acabar con todo lo que me importa —dice ella tras franquearle el paso—. Primero se lleva a mi hija y ahora ordena asesinar a mi mejor amiga. ¿Qué más piensa hacerme si no consigo pararlo?

—No saquemos conclusiones precipitadas, Micaela —le pide él tras rozar con la mano su antebrazo inquieto—. No podemos atribuirle la autoría a Ares sin una investigación previa. Tú mejor que nadie sabes que estos ataques ocurren a menudo en las prisiones.

—Rubén, no me trates como si fuera tonta, por favor —responde Micaela a la vez que toma asiento en el sofá—. Sé que tú opinas lo mismo que yo. Sabes perfectamente que es Ares quien se ha encargado de acabar con la vida de Idaira. Sus redes se extienden por todas partes, pudren absolutamente todo lo que tocan; y está

dispuesto a que vea cómo aniquila a todas las personas que me importan antes de acabar conmigo.

—Eso no va a pasar —le dice Rubén tratando de tranquilizarla—. Vamos a cogerlo a tiempo, ¿de acuerdo? Pero necesito que estés centrada. —Rubén mira de un lado al otro de la estancia buscando al resto de componentes de la banda—. ¿Dónde están los demás?

—Hemos decidido trasladarnos a un almacén situado a las afueras de la ciudad —responde Micaela retomando la compostura—. Están preparándolo ahora mismo. Yo estaba recogiendo algo de ropa para irme cuando la hermana pequeña de Idaira me ha llamado para contármelo...

—Es una buena decisión —responde él—. Hace tiempo que debiste salir de aquí. Este lugar ya no es seguro.

—Lo sé, pero no quería dejarle ganar. No quería que también me robase esto —confiesa Micaela mientras pasea la mirada por el apartamento—. Ahora ya no tengo opción. Me parte el alma dejar todos nuestros recuerdos atrás. Su habitación está tal cual la dejó ella antes de irse, ¿sabes? Ni siquiera he recogido la ropa sucia que dejó en el cesto del baño la misma mañana que desapareció. ¿Y si no vuelve nunca? ¿Y si mi niña muere torturada a manos de esa bestia? Yo tendría toda la culpa. Le está haciendo pagar por lo que yo hice, Rubén. ¿Cómo debo sentirme?

—El único culpable de todo esto es él, Micaela —le recuerda el inspector, aunque desconoce a qué se refiere la exconvicta—. Sé que es duro permanecer concentrada con todo lo que está pasando, pero tienes que ser fuerte, aunque te cueste. Tienes a mucha gente de tu lado, ¿de acuerdo? Vamos a intentar acabar con esto lo antes posible.

Micaela, como llevada por un impulso, abandona su asiento y se cuela entre los brazos de Rubén, dejándose engullir por ellos. Llora

en silencio mientras el inspector respeta su dolor. Cuando los sollozos de Micaela se reducen en intensidad, él vuelve a su trabajo.

—¿Tienes idea de por qué ha decidido montar todo esto ahora? —pregunta el inspector a la vez que Micaela deshace su abrazo—. Hace mucho tiempo que tuvo lugar vuestro desencuentro. ¿Por qué esperar tanto?

—Rubén, me he mudado de aquí para allá desde que salí de prisión —le dice ella—. Hace muchos años que vivo con la maleta a cuestas, sin pertenecer a ningún sitio y, a la vez, formando parte de todos. Pero Castellón ha conseguido que eche raíces, ¿sabes? Me he enamorado de este lugar... Y Bianca ya es una adolescente, el hecho de cambiar de residencia tan a menudo ha comenzado a afectarle. No quería eso para ella, así que llevamos asentadas aquí bastante tiempo. Lo hice por su bien y mira lo que he conseguido...

—Entonces, ¿crees que lleva buscándote todo este tiempo?

—¡Por supuesto que sí! Idaira me lo aseguró la última vez que hablamos y yo confío... confiaba en ella más que en nadie en el mundo —responde Micaela—. Está dispuesto a hacerme pagar por el dolor que le he causado y no va a descansar hasta conseguirlo.

El móvil del inspector suena en el bolsillo de sus vaqueros, rompiendo el vínculo que Micaela y él habían establecido durante la conversación. Rubén, tras observar la pantalla, responde inquieto al ver que es Lucía quien lo llama.

—¿Ha pasado algo? —pregunta al responder.

—Ya lo creo, guaje —le adelanta la subinspectora—. Después de nuestra conversación llamé a una compañera de promoción que está casada con un funcionario que trabaja en instituciones penitenciarias para probar suerte. Le he preguntado por el asesinato de Idaira y no ha tardado ni cinco minutos en devolverme la llamada.

—¿Te ha dado algún dato relevante? —pregunta Rubén ante la atenta mirada de Micaela.

—A la muchacha la apuñalaron en el cuello quince veces con una navaja automática, aún no saben de dónde la ha podido sacar la autora —comenta Lucía—. Pero eso no es lo peor: después del ataque, y justo antes de que los guardas redujeran a la agresora, esta tiró una nota sobre el cuerpo aún agonizante de Idaira.

—¿Una nota? —repite incrédulo el inspector—. ¿Pone algo relevante?

—No demasiado, pero sí suficiente —responde Lucía—: «Pronto, Pantera».

26

Micaela se vistió despacio con el mono descolorido que el personal de la cárcel le proporcionó. Ya le habían dado el alta por las lesiones sufridas en el accidente que casi acaba con su vida y que, finalmente, le costaría unos años de libertad, pero aún tenía molestias al hacer ciertos movimientos. «Tengo todo el tiempo del mundo para recuperarme», pensó cuando, una vez vestida, se irguió de nuevo.

Caminó en silencio tras los funcionarios de prisiones que la acompañaban a su celda. No tenía miedo. Sabía que las cárceles españolas eran lugares bastante seguros si se comparaban con la mayoría de sus homólogas extranjeras. Sin embargo, según avanzaba por los pasillos, su perspectiva se iba alterando: los gritos de sus futuras compañeras, esas con las que compartiría comedor y tiempo al aire libre —todo lo libre que puede ser el aire en una cárcel—, la acompañaron durante gran parte del trayecto y, para cuando llegó a su celda, la fe que tenía en la seguridad de esa prisión se había desvanecido casi por completo.

—Aquí es —dijo uno de sus acompañantes sin mirarla a la cara—. Las normas están para cumplirlas. Nada de llegar tarde, nada de gritos después de la alarma nocturna...; bueno, lo irás aprendiendo sobre la marcha. Espero que sea por las buenas.

Micaela se quedó plantada en el interior de la celda mientras sus guardianes la confinaban. El sonido metálico de la cerradura le machacó los tímpanos, recordándole que acababan de despojarla de

lo más valioso que tenía. Su visión túnel solo le permitió ver la letrina, situada en una de las esquinas del espacio minúsculo en el que haría vida durante los próximos años, así que la voz de su compañera de celda la pilló completamente desprevenida.

—Bienvenida. —Una mujer joven de ojos grandes y labios finos se incorporó en una de las camas para recibirla—. Soy Idaira. Vamos a compartir zulo hasta que una de las dos salga de aquí y, teniendo en cuenta los años que me han caído, seguramente seas tú.

Se puso de pie para acercarse a Micaela y le ofreció la mano. Ella se la estrechó con la fuerza justa sin dejar de mirar alrededor. Sabía que entraría en prisión en el mismo momento en el que despertó en la cama del hospital y llevaba mentalizándose desde entonces, pero ahora era consciente de que no había nada que pudiera haberla preparado para algo así.

—Tranquila, es normal que te sientas abrumada. —Idaira acarició el brazo de su nueva compañera con ternura—. Los inicios son duros, pero te prometo que la cosa mejora. Además, te ha tocado la mejor compañera de celda de toda la prisión —dijo señalándose a sí misma con gesto triunfal—. Así tu estancia será mucho más llevadera, ya verás.

Los primeros días, tal y como le dijo Idaira, se le hicieron muy cuesta arriba. Sin embargo, la sonrisa incansable de su compañera conseguía aderezarle las mañanas con un poco de alegría y, de vez en cuando, le parecía que las paredes de aquella fortaleza eran un poco menos grises.

Tras cinco meses de encierro y aunque aún le quedaba mucho por delante, había conseguido eludir las peleas de presas. Sin embargo, su suerte estaba a punto de cambiar.

—¡Eh, espagueti! —Una presa que le doblaba el peso llamó su atención en el turno de cena del comedor—. Me han dicho que estás

forrada, que nunca llegaron a encontrar el botín que te llevaste la noche que te detuvieron. ¿Es verdad?

—No, yo no...

—Vamos a tener que hacer negocios tú y yo —la interrumpió mientras se pasaba con delicadeza las manos por su melena rubio platino—. Ando un poco escasa de pasta, ¿sabes? Aquí los vicios salen muy caros. Seguro que puedes echarme una mano.

—No me llevé nada —respondió Micaela, y se puso la mano en el cuello con la intención de manosear el colgante de su abuela, cayendo en la cuenta de que había tenido que depositarlo con sus otras pertenencias al ingresar en el centro.

—¿Seguro? —le preguntó la presa inflando aún más el pecho—. Entonces vas a tener que localizar a tus amiguitos para que me den algo de guita, cariño. Que una tiene sus necesidades.

—No sé dónde están —insistió Micaela—. Ojalá pudiera...

—Zorra, no me estás entendiendo...

La presa la agarró por los hombros y tiró de ellos hacia arriba, obligándola a levantarse. Las lacayas de su atacante, otras tres convictas con igual de mala pinta, la rodearon como hienas hambrientas a punto de aniquilar a una presa indefensa. Sus risotadas, cada cual más siniestra que la anterior, la pusieron en alerta y sus músculos comenzaron a tensarse esperando el ataque.

—Quiero que me des un buen pellizco, italiana de los cojones —insistió la presa, ahora con más violencia—. ¿Qué buscas? —preguntó al ver que Micaela miraba hacia el salón con la intención de solicitar auxilio a los guardas—. No hay nadie que pueda ayudarte. Ni siquiera tu amiguita, la asesina de la motosierra. Esto lo solucionamos aquí entre tú y yo. Bueno, y ellas, claro.

Las hienas rieron aún más fuerte tratando de intimidar a su víctima. El círculo se fue estrechando cada vez más, dejando a

Micaela sin opciones de huida. La sonrisa de la cabecilla del grupo, a la que le faltaban unas cuantas piezas dentarias, se hizo un poco más amplia con cada centímetro de separación que se perdía. Ella y sus compinches estaban convencidas de que Micaela sería una presa fácil y disfrutaban del momento previo al ataque, saboreando la sangre antes de tiempo. Lo que no sabían es que un puñado de hienas no tienen nada que hacer contra una pantera.

—¿Vas a hacerme caso de una puta vez?

La hiena reina no lo vio venir. Micaela le asestó un puñetazo en la mandíbula, un golpe certero que igualó sus condiciones. La diferencia de peso dejó de importar y la presa, conmocionada por la contusión, cayó a plomo sobre las baldosas pegajosas del comedor, quedando inerte.

—¡Hija de puta!

El resto de las presas reaccionaron de inmediato acometiendo contra Micaela, que, en un movimiento rápido, se agachó antes de que los puños de sus contrincantes llegaran a alcanzarla. Con ese movimiento consiguió salir del círculo mortal en el que estaba encerrada y, tras coger toda la carrerilla que le permitía el escaso tiempo que la situación le concedía, lanzó una patada al gemelo de una de las atacantes, que ahora le daba la espalda.

—Mierda, esa zorra me ha jodido la pierna.

—Vamos a dejarnos de gilipolleces —dijo una de las presas que permanecían de pie—. Ven para aquí, guarra. Te voy a convertir en un puto colador.

Micaela acertó a ver un instrumento punzante en su mano. Desde el principio había intuido que no iba a tratarse de una pelea limpia a causa de la superioridad numérica de sus contrincantes, pero ese cepillo de dientes afilado cambiaba por completo las reglas y, lo que

era peor, reducía considerablemente sus posibilidades de salir indemne.

La primera puñalada fue la que más dolió. Micaela la recibió en el brazo izquierdo y, lejos de apaciguar su rabia, la hizo crecer aún más. Antes de que la punta del cepillo se insertara en su muslo, Micaela consiguió deshacerse de una de las presas que intentaba agarrarla para inmovilizarla. La sangre empezó a brotar con fuerza, salpicando a sus atacantes con cada movimiento.

—¡Agua! ¡Agua!

Una quinta presa, la que estaba esperando en la puerta para controlar la llegada de los funcionarios de prisiones, avisó a sus compañeras de que la fiesta tenía que terminar. Micaela aprovechó la confusión para tirarle del pelo a su atacante y, con todas las fuerzas que le permitieron las lesiones, le clavó una rodilla en la cara, fracturándole la nariz y dejándola inconsciente. Las otras dos presas salieron corriendo, dejando atrás a sus dos aliadas y a una Micaela tambaleante que terminó por desplomarse junto a las hienas caídas en combate.

—Menudo susto me has dado, Mica.

Los enormes ojos de Idaira fueron lo primero que vio al despertar en la enfermería de la prisión. La habitación le daba vueltas y sintió un gran ardor en dos de sus extremidades. Trató de incorporarse, pero Idaira la frenó.

—¡Eh! ¡Quietecita! —le ordenó—. Las heridas no son graves, pero tienes que reposar un poco antes de volver a la carga.

—¿Dónde están...?

—Ellas están bien —respondió Idaira para tranquilidad de su compañera, que temía alargar su estancia en prisión a causa de las consecuencias de la pelea—. Bueno, están vivas, que no es poco. Lo

que no sé es si podrán volver a hablar después de los golpes que les has dado.

—Menuda ruina me han buscado —dijo Micaela, apesadumbrada —. Joder, yo no quería..., pero me obligaron. Solo me defendí...

—Eso es lo que han declarado las presas restantes —comentó Idaira—. No sé qué han visto en ti, pero las has acojonado. Han dicho que el ataque lo iniciaron Marga y Pepa y que tú solo respondiste. Además, eran ellas las que tenían armas. No te preocupes, llevo mucho tiempo aquí y te aseguro que no va a haber consecuencias para ti.

—Me duele mucho el brazo —dijo Micaela—. ¡Ay! Y también la pierna.

—Normal —respondió Idaira—. Te han clavado un pincho hace menos de dos horas y la anestesia ya se te está pasando.

Micaela se revolvió incómoda en la camilla. Sintió que se había fallado a sí misma al no haber visto venir el ataque. Se fustigó por no haber sido capaz de desarmar a su atacante, por haber sufrido unas lesiones que, seguramente, iban a dejarle marca más allá de la piel.

—Tranquila, Mica. Lo has hecho lo mejor que has podido —le dijo Idaira al ver el velo de tristeza que le cubría la mirada—. Las panteras también tienen cicatrices.

27

Los informativos de la mañana suenan de fondo mientras Ares se despereza sentado en su sillón. Hoy la pierna le duele un poco más de lo normal, así que ha decidido no moverse demasiado. Se frota el muslo con rabia, frustrado por seguir anclado a ese dolor después de tanto tiempo. Sabe que acabar con Micaela y todo su entorno no va a eximirle de sufrir esos insoportables pinchazos casi a diario, pero considera que es lo único que puede hacer para reparar su alma, ya que su cuerpo ha quedado mellado de por vida.

El espectáculo de las arañas ha conseguido emocionarle. Por desgracia, no pudo ver el momento en el que sus peludas amigas abandonaban el abdomen de la niña torturada, pero sus lacayos se encargaron de grabar el proceso mediante el que introdujeron a los arácnidos en el interior de la muchacha, aún con vida. Sus alaridos podrían escucharse a kilómetros, pero no tenían de qué preocuparse: su base estaba lo bastante lejos de la civilización como para que alguien reparase en los gritos. Muchas de las arañas comenzaron por vagar confusas entre las vísceras de la niña, moviendo sus patitas de un lado a otro, empapándose en su sangre. Sin embargo, alguna que otra no se lo pensó demasiado a la hora de comenzar a devorar el interior aún caliente de la víctima mientras su corazón continuaba latiendo. El vídeo no tenía demasiada calidad, pero sí la suficiente como para apreciar los pequeños bocados que esos bichitos lanzaban al hígado, al estómago y a los pulmones de la niña, que no dejaba de retorcerse de dolor.

—Buenos días, jefe. ¿Se puede?

La voz de uno de sus hombres interrumpe sus recuerdos. Querría levantarse para recibirlo, pues es una de sus manos derechas, pero el dolor hormigueante de la pierna se lo impide. Antes de darle paso, lanza un puño hacia su muslo, que lo recibe sin demasiadas consecuencias: su sistema nervioso está tan ocupado transmitiéndole el dolor de sus antiguas lesiones como para reparar en ese nimio golpecito.

—Pasa —dice finalmente.

—Ya se ha filtrado —le comenta su hombre—. Si no le ha avisado ya alguno de sus familiares, no tardará mucho en enterarse por las noticias.

—¿Ha dejado la nota? —pregunta Ares.

—Así es. Tal y como usted solicitó.

—Per-fec-to —dice él, separando la palabra en tres sonoras sílabas, como si de una canción se tratase—. Buen trabajo. Menos mal que aún cuento con gente como tú, chaval. Esto está lleno de inútiles.

El hombre asiente sonriente y se retira, devolviéndole la tan ansiada —y a veces temida— soledad a Ares. No tenía planeada la muerte de Idaira, pero los acontecimientos lo han obligado a improvisar: cuando se enteró de que una presa se había interesado por su paradero, no tuvo otra opción que actuar. Tras hacer un par de preguntas a sus contactos, descubrió que se trataba de la compañera de celda de Micaela y no pudo dejar pasar la oportunidad de herirla un poco más. Según le contaron, ambas continuaban en contacto, a pesar de que Micaela había salido de prisión hacía ya muchos años. Ares vio entonces la oportunidad de aislar aún más a su enemiga y, de esa manera, mataría dos pájaros de un tiro: por un lado, le dejaría claro al resto de las convictas que

no debían hacer preguntas sobre él y, por el otro, se llevaría por delante a otra de las personas que Micaela consideraba importantes.

Le hubiera gustado honrar a los dioses griegos con ese asesinato, tal y como estaba haciendo con sus jóvenes víctimas, pero no tenía tiempo para planificarlo y un apuñalamiento era la opción más rápida y efectiva. Además, así conseguiría que la sensación de desasosiego de Micaela no le diese ni un mínimo descanso: su entorno estaba sufriendo y ella era la única culpable.

El placer lo inunda cuando se la imagina cada vez más sola, cada vez más vulnerable. Y entonces, solo entonces, cuando ya lo haya perdido todo, será cuando acabe con ella.

Un calambre recorre su pierna, desde la rodilla hasta la zona lumbar, obligándolo a cambiar de postura para aliviar el dolor. Está harto de esa sensación invalidante, de retorcerse como un lisiado cada vez que su musculatura se resiente.

—Maldita zorra, vas a pagar por cada puto segundo de mi sufrimiento.

La televisión no deja de mostrar, una y otra vez, imágenes difuminadas del cuerpo de su segunda víctima oficial. En algunos medios se ha propuesto la hipótesis de que está relacionado con el de la otra chica. Sin embargo, en la mayoría se comenta que las fuentes policiales aseguran que se trata de casos independientes. Ares supone que intentan ocultar ese dato para que la ciudadanía castellonense no se alarme, pero le parece demasiado obvio que se trata de un mismo caso como para que los espectadores no se den cuenta. «Seguro que no tienen ni puta idea de qué cojones está pasando», se regodea sin dejar de mirar a la televisión.

Ares lleva toda su vida huyendo de la Policía, desprecia su uniforme por encima de todas las cosas. Está harto de que se lo pongan difícil, de que lo persigan día y noche. Él tan solo trata de

ganarse la vida de la mejor manera que puede teniendo en cuenta los medios que la sociedad le otorga. Su negocio se basa en vender armas a quienes no las pueden conseguir por medios legales. El hecho de que las utilicen para cosas moralmente cuestionables no es su problema.

—No pestañeéis, putos perros del Estado —dice con rabia al ver a un par de uniformados en la televisión—. Cuando queráis daros cuenta, habrá otra niñita muerta a la que llorar.

Si el plan sigue su curso sin imprevistos, en unas horas otra adolescente desaparecerá de las calles de Castellón para ir a parar a su base. En esta ocasión, no pasará demasiado tiempo allí, pues su tormento requiere de otras vicisitudes. Sin embargo, Ares siempre les pide a sus hombres que las lleven ante él para asegurarse de propia mano de que se parecen lo suficiente a Bianca como para sembrar la duda. Disfruta pensando en las décimas de segundo en las que Micaela cree que esos cadáveres son el de su hija.

Aunque es algo bastante engorroso, se alegra de haber elegido esa temática para sus crímenes. Siempre ha estado muy vinculado a la mitología griega: solo hay que fijarse en su nombre para saberlo. Sus padres amaban las leyendas y relatos sobre esos dioses imperfectos que, cuando cometían algún error, eran trágicamente castigados. Los mortales tampoco se libraban de su ira, sufriendo terribles torturas cuando los desafiaban. Fue su madre quien eligió Ares como nombre. Según su abuela le había contado, lo hizo porque durante el embarazo, él no dejó de darle patadas que le deformaban el vientre de un lado a otro. Por eso decidió darle el nombre del dios de la guerra y, a estas alturas, considera que no pudo estar más acertada. Como si de una premonición se tratase, ha adoptado su nombre hasta las últimas circunstancias y ahora no conoce otra vida que no esté llena de violencia, dolor y sangre.

Ares, sintiéndose un dios invencible, no va a permitir que una simple mortal como Micaela eluda las consecuencias de sus actos.

Para ella tiene reservado el último tormento.

28

Rubén conduce su coche con Micaela de copiloto. Tras la conversación que ha tenido con Lucía, ha preferido irse del apartamento para evitar que alguien pueda rastrearlos. El trayecto entre la casa de Micaela y la base improvisada de su equipo de exconvictos no les llevaría más de quince minutos si no fuera porque Rubén ha decidido tomar una ruta más larga para comprobar que nadie los sigue. Giros inesperados, rotondas interminables y paradas en doble fila mientras el inspector observa a través del espejo retrovisor para cerciorarse de que ningún vehículo imita sus movimientos. Toda precaución es poca dadas las circunstancias.

Rubén no ha dejado de darle vueltas a la nota que la asesina de Idaira dejó sobre su cadáver y de preguntarse hasta dónde será capaz de llegar ese tal Ares para cobrarse su venganza. Sabe que estar junto a esa mujer, hasta hace poco desconocida, lo pone en peligro y, aunque no le importa demasiado lo que pueda pasarle, sí le inquieta la posibilidad de que algo pueda ocurrirle a la subinspectora: jamás podría perdonárselo.

Lucía, siguiendo el mismo protocolo de seguridad, también va de camino al local en el que se esconden los delincuentes con los que ahora colaboran. El conflicto moral que tiene, cada vez más creciente, comienza a incomodarla. Lleva muchos años en la Policía Nacional y nunca se había visto inmersa en una encrucijada de este calibre. Tiene que recordarse una y otra vez que puede ser la única opción para dar con Bianca y evitar la muerte de más niñas. «Si

fuera mi hija, sería capaz hasta de secuestrar al mismísimo rey de España con tal de encontrarla», piensa.

La mañana del sábado comienza a despuntar, con el sol entre los árboles que custodian la carretera por la que transitan Rubén y Micaela. El inspector se ve obligado a entrecerrar los ojos en alguna que otra ocasión para contrarrestar el efecto que el deslumbramiento del astro rey produce en sus pupilas. Micaela, con los ojos hinchados por el llanto, que no hace mucho que abandonó, fija la mirada en la carretera, dejándose calmar por el traqueteo causado por la irregularidad del firme. Los párpados le pesan, pues apenas logra conciliar el sueño desde que su hija desapareció. No quiere tomar somníferos ni nada parecido, por mucho que su organismo le esté pidiendo a gritos descansar. Se ha prometido que va a estar alerta y no está dispuesta a poner en riesgo la búsqueda de su pequeña por echar una cabezadita.

—Esta es la dirección —señala Rubén cuando el GPS del móvil le indica que ya ha llegado a su destino—. ¿Estás segura de que es aquí?

—Son las coordenadas que me ha enviado Teclas —responde Micaela encogiéndose de hombros—. Por cierto, ¿sabes ya si están investigando la nota que dejaron para mí sobre el cuerpo de Idaira?

—El contacto que tiene Lucía le ha dicho que no han puesto demasiado interés —responde el inspector tras apagar el motor del vehículo.

—Lo suponía... La vida de las presas no le importa a nadie —se queja Micaela—, y no creo que sus familiares tengan medios para exigir responsabilidades. El sistema está hecho para los ricos...

Rubén agacha la cabeza en silencio. Otorgando, como se suele decir. Ambos se apean del vehículo y escrutan el entorno con curiosidad, deseando descubrir qué es lo que Teclas les tiene

preparado. Delante de ellos se levanta una nave desvencijada que parece estar deshabitada desde hace mucho tiempo. Un par de coches semiocultos, y que en un principio no habían detectado, denotan la presencia del resto del equipo, que ya se encuentra dentro. Rubén y Micaela emprenden el camino que los separa de la puerta de lo que, al menos para ella, será su nuevo hogar. La brisa de la mañana, algo más fresca de lo habitual, se cuela entre los árboles que rodean el claro para acariciar con sutileza la piel de los recién llegados. Las aves más madrugadoras ya han comenzado con sus cánticos, melodías inteligibles que, inconscientemente, agradan a quien las escucha. Si no fuera por la construcción destartalada que hay plantada en medio de la zona, aquel lugar podría ser el escenario perfecto para cualquier cuento infantil.

—¿Se supone que es aquí donde vais a estableceros? —pregunta Rubén, incrédulo.

—¿Qué te habías pensado? ¿Que íbamos a reunirnos en un Ritz? —responde ella con media sonrisa—. No te preocupes, estamos más que acostumbrados. Lo importante es que ningún hombre de Ares nos detecte. Si lo hacen, estamos jodidos.

Rubén echa un nuevo vistazo a la nave y el vello de la nuca se le eriza. Quedarse en el apartamento de Micaela no era una opción, pero ese lugar recóndito, aunque es discreto, está demasiado expuesto. Cualquiera podría acercarse en plena noche sin que ninguno de los inquilinos se diese cuenta. La vegetación que rodea al almacén es la cobertura perfecta para ver sin ser visto.

—A estas alturas, Teclas ya habrá cubierto toda la zona de sensores y otros de sus juguetitos —comenta Micaela como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Estamos bien protegidos. En cuanto entremos lo comprobarás.

Rubén asiente, casi avergonzado. No quiere dejar ver que la seguridad de esa mujer ha empezado a preocuparle de verdad. Siempre ha sentido mucha empatía hacia las víctimas y sus familiares, pero algo en su interior le dice que esta vez es diferente. Rubén carraspea, tratando de eliminar esos pensamientos de su cabeza, algo que no pasa desapercibido para Micaela.

—¿Te encuentras bien? —pregunta ella.

—Sí, claro —responde el inspector—. Están siendo días muy largos y mi cuerpo ha comenzado a notarlo. Nada más.

—Lo sé —dice ella después de suspirar—. No sabes cuánto te agradezco que sigas aquí.

Micaela se detiene en el trayecto para mirar a los ojos a Rubén, que hace lo mismo. Tras dar un paso que los acerca un poco más, ella apoya las manos en los antebrazos del inspector, que siente un hormigueo ante el inesperado contacto. El tacto de la piel de Micaela es tal y como lo recuerda, exactamente igual que en su sueño, ese en el que los dos estaban a punto de fundirse en uno. El inspector trata de disimular su pulso acelerado, aunque no tiene claro que pueda conseguirlo. Esa mujer le rompe los esquemas y él, que no puede ser más cuadriculado, no es capaz de entender cómo lo consigue.

—Lo supe en cuanto te vi, ¿sabes? —reconoce ella sin dejar de tocarlo—. Cuando trataste de consolarme en la entrada de la comisaría, supe que ibas a llegar hasta el final. No tienes ni idea de lo afortunada que me siento de que seas tú quien lleve el caso de la desaparición de mi hija. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Rubén traga saliva. Esa confesión lo ha pillado fuera de juego y no sabe cómo responder. La presión, ligera pero firme, de las manos de Micaela en sus brazos lo ha puesto más nervioso de lo que esperaba.

Quiere decir algo, pero la profunda mirada de su acompañante ha conseguido dejarle sin palabras.

—Es mi trabajo, yo... —acierta a decir.

—¿Vais a entrar o qué? —La voz de Oso suena como un rugido desde la puerta de la nave. Micaela, como en un reflejo, aparta las manos y mira a Oso, que vuelve a apremiarlos para que entren—. Rapidito, que tenemos que ponernos las pilas —dice el hombretón—. La semana que viene mi hijo mayor tiene un concierto de piano y no me lo puedo perder.

Rubén sigue los pasos de Micaela y entra en el edificio. Lo que ve le hace estar aún más confuso. Ante sus ojos aparecen varias pantallas que muestran imágenes en directo de diferentes zonas del bosque que rodea la nave. Teclas hace honor a su nombre y no deja de presionar el teclado de un ordenador de última generación situado en un escritorio que ya lo quisiera Rubén para su despacho. Una mesa redonda con seis sillas los recibe cuando dan un par de pasos más. También hay varias lonas negras que cubren diferentes objetos que Rubén, por mucho que lo intente, no es capaz de identificar.

Una vez que atraviesan la estancia principal, Oso los dirige hacia uno de los cubículos del interior, en el que hay una cama, un armario y un sillón. Escueto pero suficiente para que la estancia de Micaela no sea demasiado incómoda.

—Aquí tienes tu alcoba, princesa —dice Oso con sorna—. El servicio de habitaciones está de capa caída, así que vas a tener que hacerte la cama tú solita.

—Mira que eres idiota —responde ella a la inmensa espalda de Oso cuando abandona su cuarto.

Micaela deja las dos mochilas llenas de ropa —y algún que otro recuerdo— sobre la cama y abandona la habitación después de

Rubén, que continúa ensimismado con el contraste que ofrece el interior de la nave en relación con su exterior destrozado. Entonces, algo que no alcanza a comprender la hace detenerse y volver sobre sus pasos. Se siente desnuda, incompleta. Micaela rebusca en una de sus mochilas hasta dar con su collar del cornicello rojo y se lo coloca en el cuello. «Nonna, te necesito más que nunca», susurra a la vez que acaricia el pequeño amuleto con sus dedos antes de volver a encontrarse con el resto de su equipo, sintiéndose así un poco mas Pantera.

—He hecho varias llamadas intentando sacar información de alguna presa sobre lo que le hicieron a Idaira —comenta Oso a la vez que toma asiento en una de las sillas—. Nadie quiere hablar. Están acojonadas porque creen que su asesinato está relacionado con el interés que tenía por indagar en la vida de Ares.

—¿Acaso tenéis dudas? —pregunta Micaela—. Idaira ha muerto por mi culpa. Punto. Intentó informarse del paradero de ese hijo de puta para ayudarme y ahora está muerta. ¡Joder! Con todo esto os estoy poniendo en peligro a vosotros también. No debería haberos metido...

—Micaela, ya es demasiado tarde para darle vueltas a eso —la corta Oso, que por primera vez desde que se conocen utiliza su nombre real para dirigirse a ella—. La única solución que podemos ponerle ahora es cazar a ese cabrón antes de que sea él quien nos atrape. Además, no creo que cuente con que hayas llamado a la caballería y mucho menos con esta curiosa alianza con la Policía Nacional —añade a la vez que le guiña un ojo a Rubén.

—No te equivoques, esto no es una alianza —responde él, cortante—. No trabajamos juntos. Y no tendré reparo alguno en detenerte si te pasas de la raya.

—¡No te enfades, inspector! —le pide en tono guasón—. Sé que lo único que quieres es ayudar a Micaela, ¿verdad? Espero que no te impliques así con todas las denunciantes porque tu vida se volvería demasiado estresante.

Cuando el rubor de las mejillas de Rubén comienza a ser notable, tres golpes secos en la puerta de la nave distraen la atención de los allí presentes, algo que el inspector agradece.

—Es la otra policía —señala Teclas tras comprobar la cámara de seguridad que enfoca a la entrada.

Oso se levanta y va a la puerta para permitirle el paso. Lucía, cuando ve la nave por dentro, abre los ojos como platos. Mira de un lado a otro sin dejar de avanzar, como una niña pequeña a la que acaban de llevar a Disneyland por primera vez.

—¿De dónde habéis sacado todo esto? —acierta a preguntar.

—Teclas tiene contactos —responde Oso, evitando ahondar en la conversación—. Solo ha tenido que mover algunos hilos.

—Ya veo... —dice ella sin salir de su asombro—. ¿Qué hay debajo de esas lonas?

—Mejor no preguntes —le pide Micaela rascándose la nuca—. Cuanto menos sepáis de los medios que utilizamos, mejor.

—Estoy de acuerdo —señala Rubén—. Vamos a lo importante: ¿habéis conseguido alguna pista sobre el paradero de Ares?

—¡Uy, ve! ¡El *tombo* anda apurado! —La voz de Flaca suena a la espalda de Rubén, que se gira inmediatamente para verla llegar con el móvil en la mano y una sonrisa de oreja a oreja—. Parce, no fue fácil, pero me pillé unos datos. Dicen que Ares y su combo llegaron a la ciudad hace como cuatro días. Nadie sabe bien dónde se están quedando, pero me juraron que no es muy lejos del centro.

—Eso no es muy esperanzador... —comenta Lucía.

—No se me adelante, mi amor —responde Flaca con descaro—. También supe que unos *manes* del combo fueron a una empresa por allá en las afueras *pa´* alquilar una mezcladora. Creo que ustedes le dicen hormigonera, ¿cierto? Pues eso, una de esas vainas *pa´* mezclar cemento. Dizque van a recogerla hoy al mediodía.

—¿Una hormigonera? —pregunta Micaela—. ¿Qué se supone que van a hacer con una maldita hormigonera?

—Espero que logremos pararlos antes de descubrirlo —comenta Oso.

—¿Sabes cuál es ese negocio? —pregunta Rubén.

—Claro que sí lo sé, papi —responde Flaca orgullosa—. ¿Por quién me toma, pues?

—Tenemos que hacerles un seguimiento, Rubén —le dice Lucía tras situarse frente a él—. Si logramos localizar el sitio en el que están asentados, podríamos ir a por ellos esta misma tarde. En cuanto le digas al jefe que conoces el lugar exacto en el que se encuentra el asesino de las niñas, pasará por alto el modo en el que lo has descubierto.

—Es demasiado peligroso para que vayáis solos —se queja Micaela.

—Lo sé, pero es la única opción. Ares os conoce a todos, sobre todo a ti. No podemos arriesgarnos a que os vea o perderemos una oportunidad de oro.

—¿Vais armados? —pregunta Oso.

—Claro —responde Rubén a la vez que aparta la camiseta para mostrar su arma reglamentaria.

—Ya veo... —dice Oso con cara de póquer—. Bueno, creo que es el momento de que destapemos las lonas. No podéis enfrentaros a Ares con esos juguetitos.

Oso se acerca a la primera de las lonas negras y de un solo tirón destapa lo que oculta. Una mesa llena de armas de fuego de diferentes tipos queda al descubierto: escopetas, rifles, fusiles... Rubén y Lucía intercambian miradas de confusión sin ser capaces de emitir una sola palabra.

—Esa gente no se anda con tonterías, inspector —le recuerda Oso —. Te aseguro que no os van a recibir con una pistolita. Si vais a seguirlos, debéis ir preparados. Ares va a hacer todo lo posible para llevar a cabo su plan y no va a dejar ningún cabo suelto por el camino, por mucha placa dorada que lleve.

Rubén duda. No ha dejado de mirar hacia las armas desde que Oso las destapó. Se debate entre hacerle caso a ese delincuente con aires de grandeza o dejarlo todo e ir corriendo a contarle a su jefe lo que está pasando. Lucía deja caer la mano sobre su hombro y él, por fin, aparta la mirada del extenso armamento.

—¿Qué hacemos? —le pregunta el inspector a su veterana.

—¡Ay, guaje! Menudo lío en el que nos estamos metiendo —responde ella—. Pero ¿sabes qué? Siempre he querido disparar un AK-47.

29

El sol castigaba con fuerza la piel de los recién estrenados delincuentes. Tras lograr llevar a cabo el robo de los vehículos de alta gama que Sasha les había solicitado, los habían dejado estacionados en un punto previamente convenido y habían salido de Madrid lo más rápido que pudieron. Nadie tenía claro dónde debían ir, así que Flaca tomó la voz de mando, robándosela por una vez a Micaela, y propuso la primera y única opción.

—¿Y si nos vamos *pa´* Valencia, pues? —lanzó al aire mientras conducía la furgoneta—. Ese lugar me encanta. Cuando termine este cuento, me voy a armar una vida nueva allá, vea.

—No me importaría comerme una buena paella —concedió Micaela.

Durante el trayecto no dejaron de hablar sobre todo lo que había ocurrido tan solo unas horas antes en una de las urbanizaciones de más alto nivel de la capital. Estaban entusiasmados, cegados por la sensación de poder que les daba haber salido indemnes de una misión que, aunque no había sido demasiado arriesgada, siempre recordarían como la más especial de todas.

Sus pasados eran tema tabú, poco conocían los unos de los otros. Flaca agradecía ese pacto de silencio, pues, de lo contrario, se habría visto obligada a inventar una historia acerca de sus orígenes. Por mucho tiempo que hubiera pasado y por mucho que hubiese cambiado, no se sentía preparada para contar todo lo que había sufrido por culpa de las personas que debían cuidarla y amarla por

encima de todas las cosas. Además, aunque no solía ahondar mucho en ese recuerdo, cuando lo hacía sentía una especie de vergüenza que no lograba entender. Una culpa que se le clavaba en el pecho y que solía llegar acompañada de esa frase que su madre le repetía una y otra vez: *«Mija*, usted se lo buscó. No se haga la santa, que fue usted la que empezó todo esto con esos contoneos suyos». Le habría gustado abrazar a esa niña frágil, a la que robaron la inocencia demasiado pronto; decirle que, aunque no lo pareciera, en algún momento todo iba a cambiar, todo iría bien. Que volvería a mirarse al espejo sin romper a llorar.

Flaca sonrió con tristeza al pensar en su hermana mayor. Luciana la había salvado de una vida llena de abusos y violencia. De drogas y dolor. No le importó que sus padres la amenazaran con enviar a alguien para que las liquidara si no los obedecían: no había nada peor que lo que ya estaban sufriendo. Con un par de mochilas llenas de ropa y unas cuantas chocolatinas, abandonaron un domicilio familiar al que jamás pudieron llamar hogar. Su primo Eudin las acogió sin dudarlo y junto a su mujer, Paola, les ofrecieron una calidez que nunca habían sentido. En cuanto Flaca cumplió los dieciséis años, su primo —quien se había encargado de darle ese apodo— le enseñó a conducir. «¡Uy, diablo, Flaca! *Pa´* esto fue que naciste, ¿oís?», le dijo sorprendido cuando, en la segunda de sus clases, consiguió colarse entre dos vehículos estacionados dejando no más de un centímetro entre las carrocerías. Le resultaba extraño, pero se sentía otra con un volante entre las manos. La velocidad le permitía ser libre durante unos instantes, olvidarse de su pasado. Todos sus sentidos se centraban en la carretera, en el sonido del motor, en los pedales que cedían bajo sus pies. Pronto se hizo un nombre en las carreras clandestinas que se organizaban en su Medellín natal y consiguió reunir el dinero suficiente para viajar con

su hermana a España. Habían tomado esa decisión antes incluso de abandonar la casa de quienes se hacían llamar sus padres, pero el momento de la despedida de Eudin y Paola fue más duro de lo que esperaba. «Flaca, usted es invencible, ¿oyó? No se le olvide nunca». Y ella se lo creyó, aunque sus recuerdos aún la atormentaban, haciéndola sentir de nuevo esa niña vulnerable que un día fue.

Poco después de llegar a ese país que ya sentían suyo, Luciana conoció a un hombre del que se enamoró perdidamente, uno de esos que salen en libros y películas, que aman sin medida, respetan tus deseos y te cuidan de verdad. De esos que, más allá de su primo Eudin, jamás habían conocido. No tardaron demasiado en casarse y menos aún en tener un bebé de ojos saltones y sonrisa desdentada que robó el corazón de su tía desde el momento en que lo vio. Fue entonces cuando Flaca comprendió que la vida aún le guardaba sorpresas, alegrías con las que jamás se había permitido soñar. Sin embargo, aunque su hermana siempre estaba allí para ella, no había logrado encontrar su lugar. Encadenaba una fiesta con otra, se dejaba querer por el primero que le hacía una caricia y conducía su Opel Astra destartalado a todo trapo hasta que el motor le pedía clemencia.

Sasha fue su ángel de la guarda. Flaca se había pasado de copas, como ya era habitual. Sin embargo, esa vez el destino hizo que se cruzase con un grupo de seres despreciables dispuestos a dejar de lado los pocos escrúpulos que tenían para pasárselo bien con una mujer que rozaba el coma etílico. Eran cuatro chicos que no superaban los veinticinco años, pero que, con la cabeza carcomida por el porno y un respeto nulo por el consentimiento femenino, acordaron —sin necesidad de emitir palabra alguna— que esa noche no habría normas sociales que los frenasen. Arrastraron a Flaca como si fuera una bolsa de basura para resguardarse en unos

soportales y, una vez lejos de miradas ajenas, le arrancaron la ropa a tirones hasta dejarla desnuda en pleno invierno madrileño. Ella intentó resistirse, pero las fuerzas no la acompañaban y su cuerpo apenas respondía. Uno de ellos, entre bromas, comenzó a grabar con el móvil para fardar de la hazaña con otros seres de su misma calaña. El más ansioso de todos, consciente de la superioridad que le daban las circunstancias, se colocó sobre ella, aplastándola contra el frío pavimento. Flaca, semiinconsciente, escuchaba las carcajadas de los observadores mientras unas manos desconocidas y no deseadas se encargaban de cubrir, una vez más, de vergüenza y culpa todo su cuerpo. Se preparó para lo peor. Trató de viajar, como solía hacer cuando era pequeña, a ese lugar imaginario que su mente había creado para huir del dolor. Pero no hizo falta.

—¿Qué haces, vieja?

La voz de uno de los chicos, confuso por la presencia de una mujer que les recriminó sus actos, hizo desistir al primero de sus agresores.

—¿Tú también quieres de esto? —le dijo el muchacho mientras se señalaba el pene erecto—. No te preocupes, que tengo para las dos. Vamos a ver cómo tienes el coñito. Nunca me he follado a una momia como tú.

Una deflagración inesperada le cortó el aliento a cada uno de los miembros de la manada. Sasha disparó al aire una Glock 43X de color rosa y sonrió. Después bajó el arma y apuntó a la entrepierna del chaval que la había increpado, dispuesta a repetir la operación. Sin embargo, y aunque le hubiera encantado apretar la cola del disparador, no fue necesario. Ahora que ya no existía esa superioridad de la que se estaban valiendo, los chicos salieron corriendo de allí sin mirar atrás.

Sasha se llevó a Flaca a su casa, le cambió la ropa hecha girones y la acostó en su cama para permitirle descansar. Cuando despertó y pudo recordar lo que había estado a punto de ocurrirle, se propuso cambiar de vida y Sasha le hizo una oferta que no pudo rechazar. La misma que a los otros tres miembros del grupo. Nunca se lo agradeció, pero aquella noche Sasha le salvó la vida. La mente de Flaca no habría soportado lo que esos energúmenos estaban dispuestos a hacerle.

«¡Esto es lo que me merezco, pues!», pensó Flaca a la vez que tomaba un buen trago de sangría con el sol rozándole las mejillas. La vida la había castigado tanto que no terminaba de creerse que por fin la suerte le hubiera sonreído, aunque fuera de una manera moralmente reprobable.

—¡Conduces mejor que Vin Diesel! —bromeó Oso refiriéndose a Flaca—. ¡Jamás había ido con el culo tan apretado en un coche! Pensaba que íbamos a estrellarnos en cualquier momento —añadió a la vez que le pasaba el brazo por encima de los hombros.

—¡Suélteme! —Flaca se levantó en un acto reflejo y retrocedió un par de pasos para tomar distancia—. ¡No me vuelva a tocar, ¿oyó?!

La respiración acelerada de Flaca era, junto al sonido que emitían las gaviotas hambrientas en busca de pescado, lo único que se escuchaba en la concurrida terraza donde los cuatro miembros del grupo disfrutaban de un arroz del *senyoret*. El resto de los comensales había dejado de conversar para prestar atención a esa mujer morena que acababa de encararse con un hombre que casi le triplicaba el peso. Micaela la miró confusa, pero no tardó en comprender. Cualquier mujer lo habría hecho. Flaca miró a su

alrededor, topándose con decenas de ojos curiosos que la escrutaban.

—No nos conviene llamar la atención —susurró Teclas, cabizbajo.

—Lo siento, tía —dijo Oso, que sabía que había metido la pata, aunque no comprendía por qué—. No quería molestarte.

Fue entonces cuando Flaca salió de esa especie de trance en el que solía sumirla el contacto masculino no solicitado, ese modo de ataque que se activaba en su organismo cada vez que sentía que estaba en peligro. Con calma, volvió a tomar asiento junto a sus compañeros y, poco a poco, el murmullo típico de las terrazas creció. Algunos de los espectadores sacaron la conclusión de que no era más que una discusión de pareja, otros creyeron que se trataba de una cita doble que no estaba saliendo como debía... Ninguno de ellos conocía el pasado truculento de Flaca y por lo tanto no podían comprender que las cicatrices invisibles que arrastraba aún le dolían. Y, por supuesto, nadie tenía ni idea de que esas cuatro personas con las que compartían espacio eran delincuentes que acababan de dar el primero de muchos de sus palos.

—Disculpe, Oso —dijo Flaca, avergonzada—. Me cogió fuera de base y no supe ni qué hacer.

—Tranquila. Me conformo con que no vayas contando por ahí que casi me cago encima. ¡Das miedo de cojones!

La guasa de Oso consiguió destensar el ambiente y, casi sin darse cuenta, la comida de los nuevos compañeros de aventuras retomó la normalidad. Entre cucharadas de arroz —tal y como manda la costumbre— y risas, fantasearon con la vida que tendrían cuando hubieran conseguido dinero suficiente y pudieran dejar atrás la historia delictiva que acababa de comenzar. Micaela apenas participaba en la conversación. Algo le decía que, por mucho que lo desearan, jamás podrían huir de lo que estaban construyendo.

30

Con unas cuantas armas encima —además de las reglamentarias—, Rubén y Lucía abandonan la nave cuando el reloj marca las once y media. No saben a qué hora acudirán los hombres de Ares a la empresa para recoger la hormigonera, así que quieren estar allí antes de las doce para asegurarse de que no se pierden la cita.

Micaela continua inquieta con el plan. Aunque ha sido ella la que ha metido a Rubén en su mundo, no esperaba que la escalada de peligro fuera a crecer tan rápido y ahora teme que pueda pasarles algo a él y a su compañera, algo de lo que ella considera que tendría la absoluta responsabilidad. El trato inicial se basaba en una especie de pacto de silencio por el cual los policías les permitían a ella y a los suyos actuar sin ponerles pegas, pero, de un momento a otro, ambos se han visto involucrados de manera directa en sus actividades y ahora, además del problema que les podría suponer en relación con sus carreras profesionales, existe un riesgo físico real, uno con el que Micaela no había contado hasta ese mismo momento.

Rubén, aunque no haya dicho nada, mantiene una lucha interna. En cuestión de horas ha pasado de investigar el caso desde comisaría a verse sumergido en una esfera que le es completamente ajena, en la que los menos malos tratan de atrapar a quienes son peores. La noche anterior le había prometido a Micaela que su colaboración con ese grupo de delincuentes tan solo consistiría en omisión, en dejarles hacer sus chanchullos no demasiado legales sin

ponerles trabas. Sin embargo, ahora mismo está saliendo de una nave situada en un lugar recóndito de la geografía castellonense acompañado de un rifle de asalto y una Glock con silenciador, contraviniendo a saber cuántas normas legales y disciplinarias. El inspector mira a Lucía, igualmente cargada con armas de procedencia cuestionable y cuya tenencia y uso está prohibida para la mayoría de los mortales. «Si le pasa algo, no podré perdonármelo nunca», piensa Rubén mientras avanza junto a ella, aunque con un paso algo menos decidido.

—¿Tenéis pensado utilizar esa chatarra? Joder, creía que la Policía pagaba bien... —comenta Oso a la vez que señala el Volkswagen Passat rojo de Rubén—. ¡Ese coche es un canteo! Por no hablar de que tiene la potencia justita. Como esos cabrones le pisen un poco, no vais a poder seguirlos ni trescientos metros.

—A mí no me mires —dice Lucía cuando Rubén se gira hacia ella —. Mi coche es una chatarra con más años que mi hija... No creo que vaya a sacarnos del apuro.

—Pueden usar mi carro si quieren —les sugiere Flaca—. Es el RS3 negro, está parqueado detrás de la nave. Ese es mi bebé, así que me lo cuidan, ¿sí o qué? Tiene unas cuantas cositas modificadas que les van a servir si esos *hijueputas* se les quieren volar. Y las placas están dobladas, así que tranquilos, no lo van a poder rastrear.

—Genial, sumémosle otro delito a la lista —se queja Lucía a la vez que menea las armas ilícitas que lleva en las manos.

—¿Estáis seguros de esto? —pregunta Micaela, abrumada por lo que está a punto de acontecer.

—No —responde Rubén—, pero no hay tiempo para darle más vueltas. Flaca, dame las llaves de tu coche. Tenemos que irnos ya.

Teclas coloca unos diminutos transmisores en sus orejas antes de que abandonen el lugar y ambos se suben al vehículo de Flaca con

los nervios a flor de piel. Sitúan sus nuevas armas en los asientos traseros, cubiertas por una pequeña lona pero accesibles, por si tuvieran que utilizarlas en una urgencia. Rubén aprieta el botón de encendido del vehículo y el coche comienza a rugir como un fiero león que, hambriento, acaba de cazar a su suculenta presa.

—¿Se supone que así vamos a pasar desapercibidos? —pregunta Lucía ante semejante sonido.

—Tendremos que arriesgarnos —responde Rubén—. Es la mejor opción si queremos tener una mínima oportunidad para seguirles el ritmo.

El inspector inicia la marcha y sigue las indicaciones que el GPS del móvil le proporciona con una amable voz femenina. Están cerca de su destino y el diámetro de su garganta parece encogerse con cada metro que avanzan. No diría que tiene miedo, pero sí que ha dejado que la intranquilidad lo domine. Ahora mismo son dos los frentes que tiene abiertos: por un lado, el seguimiento de unos hombres despiadados que no dudarían en volarles los sesos a él y a su compañera si fuera necesario; y, por otro, la posibilidad de que su jefe se entere del embrollo en el que se han metido y los empapelen de por vida, haciéndoles perder su trabajo —y su dignidad—. «Visto así, la segunda opción no parece tan grave», se dice.

—Probando. Uno, dos... ¿Me escucháis? —La voz de Teclas suena a través de los diminutos auriculares que les ha encajado en los oídos.

—Alto y claro —responde Lucía.

—Perfectamente —añade Rubén.

—Genial. Yo voy a permanecer a la espera por si necesitáis algo —les comenta el informático—. Debemos establecer una expresión o palabra clave por si las cosas se tuercen y tenéis que pedir ayuda.

Pantera, Flaca y Oso estarán en las inmediaciones para cubriros. Si los necesitáis, se plantarán en el lugar en un par de minutos.

—¿Una palabra clave? —pregunta Rubén—. Así en frío no se me ocurre ninguna.

—¿Qué tal *magdalena?* —pregunta Lucía.

—Adjudicado —dice Teclas sin darles más opciones—. Lo dicho, os escucho en silencio. Suerte. La vais a necesitar.

La voz aguda del informático deja de retumbar en los oídos derechos de los policías, que ya están a menos de dos kilómetros de su destino.

—¿Magdalena? —pregunta Rubén—. ¿En qué contexto podemos utilizar esa palabra?

—Joder, es lo primero que me ha venido a la cabeza —confiesa ella—. Podemos preguntar por dónde se encuentra la ermita de la Magdalena, por ejemplo. O decir que tenemos antojo de esos bollos y que estamos buscando una buena pastelería. ¡Yo qué sé! ¡Haber propuesto algo tú!

Rubén la mira y le regala una sonrisa de las que hace tiempo que no se dibujan en su cara. Ella estalla a reír a carcajadas, fruto de lo cómico del momento y, en gran parte, de la tensión acumulada.

—¿Qué me dices de estos aparatos? —pregunta él señalándose la oreja en la que tiene instalado el dispositivo—. ¡Ya podíamos tenerlos en la Policía! Mucho mejor que los pinganillos que se suelen utilizar.

—Nosotros jugamos en otra liga, una que está muy por debajo —se resigna ella—. Bastante es si encuentras alguna batería de nuestros radiotransmisores que funcione bien. Oye, ¿has vuelto a hablar con tu profesor?

—Lo he llamado hace un par de horas, pero no ha respondido. En cuanto acabemos con esto, lo intento otra vez. Tengo que contarle

los detalles del nuevo cadáver.

—Debe de estar alucinando con todo esto... ¡No es para menos! Con lo tranquila que es esta ciudad... ¿Has visto la rueda de prensa que dio ayer la alcaldesa? ¡Menuda entereza!

—Supongo que lo lleva en la sangre... ya sabes que su padre es uno de los nuestros. Ahora mismo la sensación de inseguridad entre la ciudadanía está disparada... Al menos ella ha colaborado intentando rebajar la tensión.

—Cierto, aunque yo sigo acojonada. Como todos los padres de adolescentes, supongo. Tengo a mi marido de guardaespaldas de la niña...; si no termina pronto todo esto, me cuesta el matrimonio.

Rubén estaciona el vehículo en un lugar cercano al negocio que Flaca les ha señalado. Ven perfectamente la puerta, pero desde una zona lo bastante a cubierto como para que nadie repare en su presencia.

—Hace mucho que no me como una vigilancia de estas —confiesa Lucía, preparada para la espera hasta que los hombres de Ares hagan acto de presencia—. Pasaremos un buen rato aquí plantados. ¿Quieres contarme algo?

La sonrisa pícara que deja entrever consigue incomodar al inspector, que se retuerce en su asiento, escurriéndose ligeramente, como si quisiera desaparecer.

—Venga ya, guaje, que soy perra vieja —insiste la subinspectora —. ¿Qué te traes entre manos con Micaela?

—Lo mismo que tú —responde él de inmediato—. La investigación de la desaparición de su hija. No hay nada más.

—Eso no hay quien se lo crea, jefe —asegura Lucía—. Las miradas no mienten, Rubén. Y yo he visto cómo la miras.

—No hay nada entre nosotros más allá de lo profesional —dice él, tajante—. No quieras ver cosas donde no las hay. Y deja de leer esas

novelas empalagosas, que te están carcomiendo el cerebro.

—Si tú lo dices... —responde ella a la vez que apoya una de las sienes contra el cristal de la ventanilla, dándose por vencida—. De todas maneras, a ver si te echas una buena novia pronto, que a este paso te vas a quedar tan soltero como El Fadrí.

Las horas pasan y la conversación en el interior del vehículo es escasa. El tema que Lucía ha tratado de sacar a la luz ha enrarecido el ambiente, aunque ese no es el motivo principal de la falta de conversación. Los nervios que sienten ambos policías unidos al calor que se acumula en el habitáculo a esas horas del mediodía no les dan demasiadas ganas de debatir sobre el calentamiento global o la crisis de la vivienda.

—Seguro que el aire acondicionado de este coche va de puta madre —fantasea Lucía.

—El motor hace demasiado ruido como para mantenerlo encendido, ya lo sabes —responde Rubén.

—Eso con mi chatarra no pasa —asegura ella.

En cuanto Lucía termina la frase, un Range Rover negro hace acto de presencia, provocando que los policías se yergan en sus asientos. A simple vista no son capaces de discernir cuántas personas hay dentro, pues están situados demasiado lejos y los cristales del vehículo están tintados. El turismo detiene la marcha frente al local de alquiler y permanece unos segundos parado sin que haya ningún movimiento aparente.

—¿Tú qué crees? —pregunta la subinspectora sin quitarle ojo al coche.

—Tienen muchas papeletas —asegura él—. ¿Puedes ver la placa desde aquí?

—Negativo —se lamenta ella—. De todas maneras, me juego el cuello a que, si son ellos, la matrícula es falsa.

Del Range Rover descienden dos hombres con gorra oscura y gafas de sol. Uno de ellos es alto y robusto, con la piel morena y tatuada en casi toda su extensión. El otro, por su parte, es delgado y no demasiado alto, con la tez tirando a blancuzca y andares de adolescente.

—Parecen un puto dúo cómico —señala Lucía.

Como si estuvieran ya acostumbrados, no levantan la cabeza en ningún momento, tratando de evitar que las cámaras de seguridad capten alguna imagen de sus rostros, a pesar de que se han encargado de ocultarlos al máximo. El conductor del vehículo, tras bajar ligeramente la ventanilla, permanece al volante con el motor en marcha.

—Parece que tienen prisa —comenta Rubén.

—Es lo que tiene trabajar para un jodido asesino degenerado —apunta la subinspectora.

La espera se les hace eterna hasta que, minutos después, los hombres abandonan el establecimiento. El más delgado regresa al Range Rover mientras que el otro, con unas llaves en la mano que no llevaba al entrar, acude al aparcamiento lateral del negocio, en el que se encuentran estacionados los vehículos disponibles para el alquiler.

—Va a coger el camión hormigonera —señala Rubén—. Si no van en caravana, seguiremos a los del Range Rover. Creo que así levantaremos menos sospechas que si vamos detrás de ese armatoste con ruedas.

Lucía asiente desde el puesto del copiloto. El inspector inicia la marcha con cautela, siguiendo al vehículo objetivo a una distancia prudencial. No quiere que, por un error de cálculo, esos malnacidos reparen en su presencia y puedan tomar medidas que involucren a unas cuantas balas alojadas en su cerebro y en el de Lucía.

—Písale un poco más —le dice la subinspectora—. Con tanto cambio de rasante vamos a perderlo.

—No quiero que nos detecten, Lucía —dice él mostrando la cautela que lo caracteriza—. Como surja en ellos alguna duda, estamos perdidos.

Rubén continúa tras el Range Rover, ahora un poco más cerca a causa del apremio de su compañera. Hace tiempo que el camión hormigonera, circulando a una velocidad muy inferior a la suya, desapareció del espejo retrovisor. Rubén mantiene la mirada fija en la parte trasera del vehículo al que persiguen mientras aprieta el volante con fuerza. Necesita que ese seguimiento les dé algún resultado o, de lo contrario, volverán a la línea de salida.

—Joder, menudo paseo nos están dando —se queja la subinspectora—. A ver si...

En ese momento, las luces de freno del Range Rover se activan. El corazón de Rubén se acelera al ver los destellos rojos.

—¿Qué coño hacen? —pregunta Lucía alarmada.

—No lo sé, pero voy a tener que adelantarlos —se lamenta Rubén —. No puedo pararme yo también.

El Range Rover pone a funcionar los cuatro intermitentes a la vez que se detiene en el arcén. Rubén, disminuyendo ligeramente la velocidad, continúa la marcha hasta llegar a ellos, momento en el que invade ligeramente el carril contrario para rebasarlos. En cuanto pasan por su lado, Rubén siente las turbias miradas de los ocupantes en la sien izquierda. Una vez que se sitúa delante, por fin se atreve a mirar por el espejo retrovisor. Seis ojos desconfiados siguen la estela del coche hasta que se pierde cuesta abajo.

—¿Crees que nos han mordido? —pregunta Lucía, preocupada por si los hombres de Ares los han fichado.

—No tengo ninguna duda —responde Rubén.

Los policías se alejan del lugar devastados por haber perdido la mejor oportunidad posible para rastrear a Ares y sin saber que, en el interior del Range Rover, tres armas municionadas hasta los topes esperaban deseosas que ellos también se detuvieran en el arcén.

31

—¿Qué ha pasado? —pregunta Micaela.

—Se pararon de repente en el arcén y tuvimos que dejar el seguimiento —se lamenta Lucía—. No podíamos arriesgarnos a que nos detectaran. Aun así, creo que ahora mismo tienen la mosca detrás de la oreja.

—Yo traté de seguir el recorrido con mi dron —comenta Teclas—, pero pronto el terreno se tornó abierto y el aparato estaba demasiado expuesto para volar sin ser visto. He marcado en el mapa el último punto del recorrido que logré registrar. Podemos acotar un poco su zona de campamento, pero no lo suficiente.

—Al menos hemos conseguido la matrícula —se consuela el inspector—. Puede que su rastreo dé algún resultado. También tenemos que volver a la empresa de alquiler para consultar los datos que han aportado para llevarse la hormigonera. Puede que si jugamos bien nuestras cartas nos los enseñen sin necesidad de oficio.

—Yo voy a hablar con el coordinador del turno de radiopatrullas que está trabajando de tarde —dice Lucía—. Me debe unos cuantos favores, así que le pediré que esté atento por si detecta una hormigonera con esas características. Es como buscar una aguja en un pajar, pero ya sabes que a veces son las casualidades las que nos salvan el culo.

—Ojalá tenga suerte, parcera —responde Flaca—. Si no, la próxima peladita puede que aparezca enterrada viva dentro de un

bloque de cemento.

Micaela y Rubén intercambian miradas llenas de consternación al recrear en sus mentes esa terrible imagen. Su hipótesis principal consiste en creer que Bianca será la última de las víctimas, por lo que el siguiente tormento estará destinado a otra chica inocente que tenga la mala suerte de cruzarse con esos bárbaros. Sin embargo, y a la vista del reciente asesinato de Idaira, saben que no pueden dar nada por sentado. Ares es un monstruo ególatra capaz de cualquier cosa por herir a Micaela y eso implica que su plan pueda dar un giro en cualquier momento.

—La matrícula del Range Rover es falsa —comenta Teclas sin apartar la mirada del ordenador—. Según las bases de datos pertenece a un Audi cuyo titular vive en Jaén.

—¿Cómo es posible que tengas acceso a esa información? —pregunta Rubén con asombro.

—Son muchos años en este mundillo, inspector —responde el informático—. A estas alturas ya no hay nada que se me resista.

Rubén asiente sin estar demasiado convencido. Quiere preguntarle hasta qué punto es accesible la intranet de la Policía Nacional para alguien como él, pero prefiere no conocer la respuesta. A veces, vivir en la ignorancia es la mejor opción para conseguir algo de tranquilidad entre tanto desasosiego.

—Navarro me ha confirmado que los agentes de su turno estarán pendientes de los camiones hormigonera —comenta Lucía—. Tras mucha insistencia, he tenido que inventarme una buena milonga para justificar la petición. Creen que están buscando al autor de unas lesiones graves en la calle del Spoonful. Al menos así ha dejado de hacerme preguntas.

—Buena historia —comenta Rubén—. Oso, vente conmigo a la empresa de alquiler. Algo me dice que tu aspecto puede convencer

al trabajador para que acceda a enseñarnos los datos de esa gente.

—¿Eso puede considerarse *bodyshaming?* —pregunta él.

—Puedes denunciarme al sindicato de delincuentes si lo estimas necesario —bromea Rubén, sacándole una sonrisa al grandullón.

El policía se sube en su coche con Oso, que tiene que ajustar el asiento hasta el final del todo de su recorrido para conseguir hacer el hueco suficiente y que así quepan sus piernas. Ambos se dirigen a la empresa de alquiler mientras ensayan por el camino el discurso que van a ofrecerle al recepcionista.

—Yo creo que lo más efectivo sería plantarnos frente a él con agresividad, que vea que no nos andamos con tonterías —dice Oso.

—Mejor vamos a bajar un poco el nivel de intensidad, al menos al principio —responde Rubén—. No quiero que el hombre pulse el botón de atraco al sentirse en peligro. Lo último que nos conviene es que el lugar se llene de radiopatrullas.

Poco después de que Rubén haya conseguido convencer a Oso de que agarrar al trabajador del cuello nada más entrar en el local no es una buena idea, llegan a las inmediaciones de la empresa. Antes de detener el vehículo, el inspector, casi sin pensarlo, le lanza una pregunta a su compañero, la misma que lleva rondándole la mente desde que acudió por primera vez al apartamento de Micaela.

—¿Tú lo sabes?

—¿Cómo? —Oso, que ya tenía la manaza apoyada en la manilla de la puerta, lo mira confuso—. Madero, vas a tener que ser un poco más específico.

—Lo que pasó entre Ares y Micaela —responde Rubén, sacando de dudas a su acompañante—. ¿Qué es lo que le hizo para que haya respondido de esta manera? Tuvo que ser algo grave...

—Grave es lo que él le hizo a Micaela —responde Oso apartando la mirada—. Es a ella a la que le corresponde contártelo, así que no

intentes sonsacarme nada. No lo vas a conseguir.

Rubén devuelve la mirada al frente, avergonzado. El secreto de Micaela se ha convertido en una obsesión para él y la necesidad urgente de conocerlo lo ha llevado a comportarse como uno de esos comentaristas de los programas de cotilleos que se multiplican en la televisión.

—Micaela es la víctima de la historia, madero —asegura Oso a la vez que abre la puerta—. Parece que a veces se te olvida.

Oso es el primero en bajarse del coche, deseoso de abandonar esa jaula que apenas puede contener su inmensa anatomía. Rubén, por su parte, permanece dentro del vehículo durante unos segundos mientras fija la mirada en su nuevo acompañante. Espera que no le hable de esa conversación a Micaela, pues solo conseguiría romper la confianza que había comenzado a crecer entre ambos.

De repente, como si la bruma que nublaba su mirada se hubiera despejado, permitiéndole ver qué se ocultaba tras ella, la inquietud se apodera del inspector. «Joder, Rubén. La estás cagando cada vez más», se dice al reparar en la gravedad del asunto. Sabe que Oso, o como quiera que se llame en realidad, ya no tiene ningún tipo de responsabilidad penal por los actos que cometió; aun así, le cuesta confiar en él. «Que no lo detuvieran a tiempo no quiere decir que sus actos no sean reprochables», piensa.

Por un momento, se le pasa por la cabeza la posibilidad de arrancar el coche y salir de allí dejando atrás a Oso y a la esencia de ese nuevo Rubén que ha decidido saltarse decenas de normas para llegar a la verdad del caso. Sin embargo, la imagen de una niña indefensa sumergida en una piscina de cemento lo trae de nuevo a la realidad. No puede permitir que Ares continúe segando vidas a su antojo y, aunque probablemente las consecuencias de sus actos sean fatídicas, la posibilidad de llegar a tiempo para salvar aunque

sea a una sola de las futuras víctimas, hará que merezca la pena. O al menos eso es lo que Rubén se repite una y otra vez mientras se baja del coche.

—Pues sí que te lo has pensado —le dice Oso—. He estado a punto de entrar solo y utilizar mis propios métodos.

—Mejor vamos a ceñirnos al plan —responde el inspector.

Rubén camina junto a Oso hacia el local, sintiéndose minúsculo a su lado. Nunca ha tenido complejo de altura y considera que tiene un físico fuerte, pero al lado de ese orangután de casi dos metros se ve como un niño al que cualquiera podría robarle el almuerzo en el recreo.

Oso abre la puerta del establecimiento haciendo sonar una campanilla que alerta a los trabajadores de que alguien requiere sus servicios. En menos de un minuto, un hombre que ronda los cincuenta años aparece tras el mostrador para darles la bienvenida. Las venas rojas que cubren la piel de su rostro denotan una más que probable pasión, presente o pasada, por las bebidas alcohólicas que no pasa desapercibida para Rubén. Tampoco lo hace el color amarillento de sus dedos índice y medio de la mano derecha: el tabaco, sin duda alguna, también es uno de sus *hobbies*.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlos? —La voz carrasposa del hombre no hace más que apoyar la teoría tabaquista del inspector.

—Buenas tardes, caballero —lo saluda Rubén con solemnidad—. Verá, venimos a solicitar información sobre un alquiler reciente que nos consta que ha tenido lugar en su empresa.

—¿Son ustedes policías? —pregunta él a la vez que frunce el ceño.

—Así es —se adelanta Oso, divertido al jugar el papel del bueno por primera vez—. Estamos inmersos en una investigación por un

crimen realmente grave y nos urge conocer los datos de los clientes que este mediodía se llevaron un camión hormigonera.

—Ya sabía yo que esa gente me iba a traer problemas —se lamenta el trabajador—. Si es que... Son narcotraficantes, ¿verdad? Mira que se lo dije a Juanlu, que no tenían buena pinta... Aunque, siendo sinceros: ¿para qué querrán una hormigonera? ¿No sería más lógico alquilar un camión con doble fondo o algo así?

—Puede que busquen pasar desapercibidos. —Rubén se sorprende entrando en el juego del recepcionista, que, convencido de que había predicho lo ilícito de sus clientes, ni siquiera les ha pedido que le muestren sus carnés profesionales para identificarse como agentes de la autoridad.

—Es una buena técnica, desde luego —confirma él—. Bueno, entonces han venido a por los datos que esos hombres aportaron al llevarse el vehículo, ¿verdad?

—Así es, caballero —confirma Oso—. Cuanto antes nos los proporcione, mejor.

—Normalmente sus compañeros suelen darme un documento solicitándolo por escrito —duda el recepcionista—. ¿Lo han traído con ustedes? Esas cosas es mejor dejarlas bien atadas, que luego vienen los sustos...

—Verá, le voy a ser sincero. —Oso inicia su discurso acortando la distancia con el hombre, que se ve obligado alzar la vista para continuar mirándolo a los ojos—. El protocolo habitual requiere papeleo, es cierto. Sin embargo, como usted comprenderá, la celeridad del asunto no nos ha permitido sentarnos a teclear. Nos haría un gran favor si nos cediese los datos ahora; yo le doy mi palabra de que le enviaré el documento en cuanto me sea posible.

El hombre se rasca la barbilla con unas manos desgastadas por el tiempo y el trabajo duro. Duda unos segundos, pero finalmente

accede a mostrarles la documentación.

—Denme un segundo —les dice—. Ahora mismo se los traigo.

Oso mira a Rubén con suficiencia, orgulloso por el papel que acaba de interpretar. Apoya una de sus manazas sobre el mostrador y sonríe ampliamente, dejando ver una dentadura perfecta a base de fundas blancas casi completamente homogéneas cuyo brillo casi consigue deslumbrar al inspector.

—¿Has visto? Sería un buen fichaje como madero —bromea—. Aunque no sé yo si la amputación de mi dedo meñique sería un problema —añade pensativo.

—No tengo la sensación de que eso te limite demasiado —responde Rubén sin dejar de observar la enormidad de sus manos—. Si no fuera por el pasado turbio que tienes, te haría un hueco en mi grupo sin dudarlo.

El hombre regresa con la documentación solicitada y un andar renqueante que le hace parecer un dibujo animado.

—Les he fotocopiado todo lo que tengo —dice el hombre tras tenderle los papeles a Oso, orgulloso de colaborar con las autoridades en la lucha contra el narcotráfico—. Si necesitan algo más, háganmelo saber. Y, por favor, que no se les olvide enviarme la solicitud oficial.

—Lo haremos, no se preocupe —miente Rubén ante el silencio de Oso, que mira el primero de los papeles con los ojos desorbitados—. Muchas gracias por su colaboración. Sin duda, nos será de gran ayuda.

Abandonan el local dejando atrás a un ciudadano comprometido al que acaban de engañar y, en cuanto la puerta del local se cierra tras de sí, Rubén no puede evitar preguntarle a Oso sobre la identidad del arrendador.

—¿Vas a decirme el nombre del tío que alquiló el vehículo o qué? —le pregunta inquieto el inspector.

—Armin Schäfer —dice Oso con la voz entrecortada.

—¿Qué pasa? —insiste Rubén—. ¿Lo conoces de algo?

—Joder que si lo conozco —responde él—. Es mi puto nombre.

32

—Lo siento, jefe —se disculpa uno de sus lacayos—. Pensábamos que habíamos tomado suficientes medidas de seguridad, pero, de alguna manera, han conseguido rastrearnos. Al menos hemos sido capaces de perderlos a tiempo.

—No te preocupes, muchacho —responde Ares tras darle una larga calada al puro que sujeta entre los dedos—. Son cosas que pasan, sobre todo cuando estás rodeado de una panda de inútiles como vosotros.

Su tono de voz amable, completamente contrario al mensaje, consigue ponerle los pelos de punta al cabeza de turco que sus compañeros han elegido para que dé la cara frente al mandamás. Él agacha la cabeza, consciente de que el error que ha cometido puede salirle demasiado caro. No lleva mucho tiempo metido en ese mundillo, pero ha visto a hombres sufrir las peores de las torturas por los motivos más nimios imaginables; y el hecho de que alguien haya conseguido detectarles antes de tiempo es un fallo de los graves, tanto si se trata de la Policía como si han sido Micaela y los suyos.

—Mírame a los ojos, chaval. Te estoy hablando —ordena Ares sin inmutarse—. Esos cabrones te han echado a ti a los leones, ¿verdad? Es porque te consideran el eslabón más débil. Menudos hijos de puta. Pues, ¿sabes qué? Van a ser ellos los que paguen el pato, por mariconas. ¡Hay que dar la cara, joder! Ya no quedan hombres como los de antes.

El chico obedece a su jefe y le dirige una mirada temerosa. El dinero fácil y rápido lo ha llevado hasta allí y ahora que sabe a ciencia cierta que la única manera de salir es con los pies por delante y la garganta rajada de un lado al otro, no hay ni un solo día que no se arrepienta.

—Tranquilo, joder, que estoy de coña —añade Ares con sorna—. De momento os voy a dejar a todos la cabeza bien colocadita sobre los hombros. Salvo que me volváis a tocar los cojones, claro. En ese caso no me va a temblar el pulso, te lo aseguro. Os degollaré sin pestañear y tiraré vuestras cabezas de gilipollas al puto mar. ¿Entendido?

—Sí... —susurra el chaval.

—No te escucho —responde Ares endureciendo el semblante—. ¿Lo has entendido o he de explicártelo de otra manera?

—Lo he entendido, jefe —dice finalmente el muchacho, elevando la voz.

—Así me gusta —añade Ares dándose por satisfecho—. Ahora vete a tomar por culo de aquí. No quiero ver ni un puto segundo más la cara de imbécil que tienes.

El chico, asustado como una cebra que corre delante del rey de la selva, abandona el despacho lo más rápido que el temblor de sus piernas le permite. Ares se queda unos segundos observando la puerta cerrada de su oficina, maldiciendo a los hombres que trabajan para él y que, a su juicio, no dejan de cagarla una y otra vez. De hecho, no es la primera ocasión en que ponen en peligro su plan, un plan que él ha hilado perfectamente, pero que ellos se encargan de estropear. Si no fuera porque no va precisamente sobrado de efectivos, ya se habría cargado a la mitad de sus trabajadores.

Ares mira el reloj y comprueba que las manecillas doradas ya marcan más allá de las seis de la tarde. A esas horas, según sus previsiones, la siguiente víctima ya debería de haber sido encontrada por la Policía. Sin embargo, la ineptitud de sus hombres lo ha retrasado todo. Les había pedido en reiteradas ocasiones que tuvieran todo listo para que se cometiese un asesinato por día, pero, una vez más, no han sido capaces de cumplir sus expectativas. Por no hablar de la exposición de ir a por el vehículo al mediodía.

«Cómo no iban a encontrarlos, joder, si son unos putos ineptos», maldice mientras deja que el puro se consuma entre sus toscas falanges. Sabe que es cuestión de tiempo que alguien logre rastrearlos, pero el retraso en sus planes lo ha facilitado sobremanera.

Según la descripción que el muchacho le ha dado de los ocupantes del vehículo que a su juicio los estaba siguiendo, ninguno de los dos encaja en quienes él cree que se han unido a Micaela en su búsqueda. Sin embargo, está seguro de que su antiguo equipo de batalla está implicado en el seguimiento. Por eso, antes de que acudiesen a la empresa de alquiler, les pidió que para el contrato dieran el hombre del alemán grandullón que solía ejercer las funciones de guardaespaldas cuando Micaela todavía era Pantera y su vida iba mucho más allá de la maternidad y el trabajo nocturno.

—¿Diga?

Ares responde con desidia a una llamada en su teléfono móvil. Al otro lado de la línea, uno de sus hombres de confianza le da las novedades sobre lo que está a punto de acontecer.

—Todo listo, jefe —asegura—. En cuanto el sol dé un poco de tregua, comenzaremos con el siguiente evento.

—Que no se os olvide grabarlo, chavales —le recuerda—. No quiero perdérmelo por nada del mundo.

Ares cuelga la llamada y le da una última calada al puro antes de destrozarlo en el cenicero que hay sobre su escritorio. El hecho de que la descripción de los usuarios del vehículo que perseguía a los suyos no cuadre con la que él tiene en mente ha conseguido desbaratarle las ideas. «¿A quién cojones ha metido esa zorra en todo esto?», se pregunta. Contaba con que sus tres guerrilleros cediesen y le echasen un cable, pero ahora se plantea la posibilidad de que se le esté pasando algo por alto. «No puede ser», se lamenta. Siente que ya no lo tiene todo bajo control, que Micaela le ha ganado un poco de terreno sobre el tablero en el que está librando su batalla.

—Pelea todo lo que quieras, perra —le dice al aire—. Vas a acabar bien jodida igualmente.

Ares se palpa el muslo con fuerza. Los pinchazos le han dado tregua y lleva unas cuantas horas permitiéndose dar escuetos paseos por su base de operaciones. Cada uno de los minutos que tiene libre, aprovecha para observar a sus presas a través de las cámaras de seguridad que hay instaladas en sus zulos. Le encanta ver sus reacciones, todas diferentes: algunas gritan con rabia desmedida, otras lloran desconsoladas y, las que menos, permanecen impasibles, en una esquina del habitáculo, mirando fijamente un punto inexacto de una de las paredes que las mantienen cautivas. Sin embargo, siempre fantasea con acercarse a ellas, así que ha aprovechado su ligera mejoría para acudir a la habitación en la que Bianca está encerrada, a la espera de que llegue su hora. La hora que Ares, como si fuera un verdadero dios, ha decidido.

Casi arrastrando la que él denomina como su «pierna menos buena», camina con toda la decisión que sus lesiones le permiten hacia la puerta metálica tras la que se encuentra encerrada su pieza

más suculenta. Cuando tan solo un palmo lo separa del frío acero, apoya con delicadeza una de sus manos sobre él. Casi puede sentir el terror de Bianca a través de esa férrea estructura. Casi puede oler el sudor frío que, pegajoso, está adherido a su piel, una piel que no tardará demasiado en mutilar. Debe ser paciente, pues no quiere que su encuentro tenga lugar antes de lo previsto. Necesita verla apagarse poco a poco para que, cuando su madre la encuentre, pueda observar en cada rincón de su cuerpo todo el sufrimiento que ha padecido. Ares desea con todas sus fuerzas doblegar a Micaela, hacerla suya. Ansía convertir a la indómita Pantera en su gatita.

33

—No lo entiendo, joder. ¿Cómo cojones se ha enterado?

Oso camina a un ritmo frenético de un lado al otro de la nave, sin acabar de creerse que Ares haya descubierto que él y el resto de sus compañeros están allí para ayudar a Micaela.

—Era cuestión de tiempo —comenta Teclas—. En este mundo todo se sabe. Igual que Flaca ha conseguido información sobre los movimientos de sus hombres, habrá llegado a sus oídos que el equipo está reunido de nuevo.

— Bueno, pues, muchachos. Lo que fue, fue. Ya no hay nada que hacer con eso, vea—interviene Flaca—. Oso, *mijo,* deje de dar tanta vuelta que va a terminar excavando una trocha con tanto camine *pa´* un *lao* y *pa'l* otro.

—Los de la empresa de alquiler podrían haber puesto un poco más de atención a la documentación, la verdad —comenta Lucía mientras ojea los papeles que Rubén y Oso han traído—. Aquí se ve perfectamente que el DNI es falso.

—Ya sabes lo que pasa con esos establecimientos, Lucía —responde Rubén—. Lo raro es que les pongan trabas a los clientes. Están acostumbrados a que no haya consecuencias y se aprovechan. Si les pusieran una buena multa por cada una de esas imprudencias, seguro que se lo pensarían dos veces antes de aceptar cualquier tipo de documentación.

—Eso seguro. Y, por si fuera poco, el camión hormigonera que alquilaron no tiene GPS, ¡joder! ¡Menuda putada! —se queja Lucía—.

Sería tan fácil encontrarlos...

—Demasiado bonito para ser verdad —responde Rubén.

—Puede que logremos detectarlos cuando regresen a entregar el vehículo —piensa Lucía en voz alta.

—¡Ay, no sea ingenua! —interviene Flaca con voz cantarina—. Si han usado documentación falsa, tenga por seguro que esa mezcladora no va a regresar a la empresa. Apenas terminen con eso, fijo le prenden candela por ahí..., o hasta la botan al mar, vea.

Han pasado un par de horas, pero Micaela no ha dicho ni una palabra desde que Rubén y Oso volvieron a la base y les contaron las últimas noticias. Se siente culpable por haber arrastrado a sus antiguos colegas a esa lucha injusta en la que Ares tiene todas las de ganar. Sabe que, sin su ayuda, jamás podrá encontrar a Bianca con vida, pero no deja de pensar que, quizás, su egoísmo pueda causarles un daño irreparable. Su mirada se cruza con la de Rubén, que escruta su gesto para tratar de adivinar qué es lo que esa mujer, fuerte y frágil al mismo tiempo, intenta esconder.

—El coordinador me ha dicho que no hay novedades relevantes —interviene Lucía—. Sus patrulleros han parado a unos cuantos camiones hormigonera para comprobar si los conductores habían alquilado el vehículo en la empresa a la que acudió Ares, pero no ha habido suerte. A saber dónde está ese cabrón.

—Ha pasado demasiado tiempo —comenta Teclas—. No quiero ser aguafiestas, pero es probable que ya esté llevando a cabo su siguiente asesinato. No tiene ningún motivo para retrasarlo más.

Todos tienen esa idea en la cabeza, aunque solo Teclas se ha visto con la fuerza suficiente para exteriorizarla. Rubén no deja de preguntarse quién será la siguiente víctima, qué estarán pensando sus padres ahora, si ya la habrán echado de menos o si, por el contrario, aún no se han percatado de su ausencia. El corazón del

inspector se acelera con tan solo pensar en que tiene que enfrentarse, una vez más, a la muerte atroz de una joven inocente.

Ha repasado una y otra vez los tormentos a los que los dioses griegos sometían a quienes no cumplían con sus deseos, tal y como don Marcelino le explicó, y cada uno de ellos es mucho más perverso y brutal que el anterior. Las imágenes que el buscador le ha mostrado tras sus consultas no dejan de hostigarlo, martilleándole el cerebro con sufrimiento, sangre y muerte. Siente que sus manos están atadas, encadenadas entre sí, a su espalda, impidiéndole hacer nada que pueda detener a ese dios de la guerra despiadado al que no le tiembla el pulso a la hora de acabar con la vida de niñas vulnerables que ni siquiera están relacionadas con su verdadera cruzada personal.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? —pregunta Oso, que ya ha dejado de pasearse.

—Lo único que nos queda es seguir analizando la zona en la que les perdimos la pista a los hombres de Ares —comenta Teclas—. Por lo demás, solo podemos esperar. Por mucho que nos frustre.

El móvil de Rubén comienza a sonar, interrumpiendo a Teclas. Al mirar la pantalla, el inspector vaticina que, probablemente, esa espera a la que se refería el informático está a punto de finalizar. Un número kilométrico, procedente de la sala del 091, parpadea una y otra vez en la pantalla de su *smartphone*. Rubén suspira antes de descolgar. No se ve con fuerzas para gestionar otra muerte.

—Inspector Villa —responde al descolgar—. ¿Qué sucede?

—Buenas tardes, Rubén —saluda su interlocutor—. Soy Jesús, el jefe de sala. Supongo que puedes hacerte una idea de por qué te llamo a estas horas del sábado.

—Lamentablemente sí, Jesús —responde el inspector—. Cuéntame qué tenemos.

—No tengo muy claro qué decirte. Los efectivos que han ido al lugar para comprobar los hechos no han sabido definir qué es lo que se han encontrado. Una mujer que volvía de hacer una ruta junto a sus perros nos ha llamado tras toparse con una especie de zanja llena de cemento fresco con una estructura metálica en el medio. Los compañeros la han definido como una jaula sin cierre en la parte superior.

Un escalofrío sacude el cuerpo de Rubén cuando la palabra *cemento* golpea sus oídos. «Ese puto psicópata se nos ha vuelto a adelantar», piensa mientras escucha la narración del compañero de la sala.

—¿Y el cadáver? —pregunta el inspector tratando de aparentar normalidad—. ¿Dónde está la víctima?

—Eso es precisamente lo que no me han sabido explicar —comenta Jesús—. Ninguno de los seis compañeros que han acudido a la llamada son capaces de determinar si, verdaderamente, en el interior de los barrotes de esa estructura de acero, hay un cuerpo.

—¿Qué es lo que han visto entonces? —pregunta Rubén—. Si me has llamado es porque hay indicios de que se trata de un homicidio o asesinato. ¿Por qué han llegado a esa conclusión si no están seguros de que hay un cuerpo?

—Al parecer hay una especie de roca circular que ha compactado el interior de la jaula —explica el jefe de sala—. Bajo ese elemento, los compañeros han podido observar lo que parecen restos humanos. Alguno se ha aventurado a decir que cree haber visto una mano y algo de pelo negro, pero no es seguro. No obstante, y dada la racha que lleváis con los dos asesinatos previos, he querido avisarte lo antes posible.

—Has hecho bien, Jesús —le concede Rubén—. Ahora mismo me acerco con una compañera y lo comprobamos nosotros mismos.

—Perfecto. Los de Policía Científica ya están llegando a la zona —añade Jesús—. Pronto podréis alterarla para comprobar qué es lo que esconde esa piedra. Ánimo, Rubén. Creo que lo vas a necesitar.

El inspector se despide de Jesús con la angustia bien agarrada a las cuerdas vocales. Aunque no lo ha visto con sus propios ojos, tiene claro que, bajo esa pesada piedra, hallarán el cuerpo desvencijado de una niña de tez blanca y pelo negro. Rubén levanta la mirada que, hasta ese momento, se dirigía hacia la punta de sus zapatos, y recorre la estancia posando sus ojos en los de todos sus espectadores. Frena su recorrido al encontrarse con la mirada de Micaela, que, aunque intente disimularlo, se está dejando llevar por una creciente rigidez que ha comenzado a tensionar su mandíbula. El miedo aparece de nuevo en sus iris, dejando atrás la mirada felina que trataba de mantener hasta entonces. Pantera ha dejado paso de nuevo a esa madre destrozada que se siente en el borde de un precipicio, consciente de que la más mínima brisa sería capaz de desestabilizarla y hacerla caer a un vacío eterno que la mantendrá muerta en vida hasta que, finalmente, su cuerpo golpee el suelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lucía en nombre de todos los allí presentes.

Rubén aparta su mirada de la de Micaela y la dirige hacia su compañera. Antes de hablar, se permite unos segundos para coger fuerzas. Los hombros le pesan y se siente más vulnerable que nunca. Sin embargo, sabe que no es el momento de dejarse vencer por el cansancio y mucho menos por la desesperanza. Recobrando una postura erguida, el inspector llena sus pulmones y se prepara de nuevo para la batalla.

—El tormento de Sísifo —dice finalmente—. Ese maldito perturbado ha aplastado viva a la tercera víctima.

34

—¿Sísifo? ¿Quién cojones es Sísifo? —pregunta Oso completamente desubicado.

—Según la mitología griega, Sísifo consiguió burlar a la muerte en dos ocasiones, algo que no le hizo demasiada gracia a Zeus ni a su ego —responde Rubén, haciendo memoria de lo que su profesor le contó—. Para castigarlo, lo condenó a empujar una enorme roca cuesta arriba por una montaña. Justo antes de alcanzar la cima, la roca desaparecía y regresaba a la zona más baja, por lo que Sísifo debía volver a empezar. Así una y otra vez, durante toda la eternidad.

—Joder, guaje; como sigas investigando sobre mitología griega, vas a poder hacer un máster —dice Lucía—. ¿Cómo puedes recordar tantos datos?

—Tengo buena memoria y un mentor inmejorable —responde el inspector, recordando que debe volver a llamar a don Marcelino en cuanto tenga un hueco.

—Pero ese *man* Sísifo no murió aplastado, ¿o qué? —pregunta Flaca a la subinspectora, retomando la conversación.

—Por desgracia, el cuerpo humano no se rige por las normas establecidas por los mitos griegos —aclara Rubén—. Según lo que nos han contado desde la sala del 091, hay algo que parece un cadáver aplastado en una piscina de cemento y rodeado de barrotes. Una piedra enorme corona la estructura, por lo que los compañeros no han podido ver qué es exactamente lo que esconde el escenario.

Mi teoría es que han dejado caer esa roca sobre la víctima, que, en pocos segundos, no habrá sido capaz de sostenerla, dejándose aplastar inevitablemente.

—Vaya, así que a Ares le gusta hacer adaptaciones mitológicas a la era moderna —comenta Teclas—. No le falta imaginación, eso hay que reconocérselo.

—Supongo que algunos tormentos le habrán sido más fáciles de simular que otros —comenta Lucía—. Desde luego, el de Prometeo lo clavó el hijo de puta. Las aves de la zona se dieron un festín de la hostia con las vísceras de esa pobre *xiqueta*.

—Vamos a acercarnos a la escena —le dice Rubén a la subinspectora—. Puede que encontremos algo relevante ahora que sabemos quién es el encargado de orquestar esta matanza.

—Antes necesito hablar contigo —dice Micaela sin poder disimular el temblor de su voz—. Acompáñame, por favor.

Rubén, confuso, sigue los pasos de Micaela hasta el cubículo que hace las veces de su habitación. Una vez dentro, la exconvicta cierra la puerta y se sitúa frente al inspector, mucho más cerca de lo habitual. Rubén siente algo que no es capaz de definir, una especie de escalofrío que escala por su columna vertebral y que, a pesar de erizarle el vello, le resulta de lo más placentero. Los ojos de Micaela lo miran con una firmeza impostada, de esa que simulan las personas que están a punto de desmoronarse.

—No tienes que contármelo si no quieres —dice el inspector, adelantándose a los acontecimientos.

—Quiero hacerlo —responde ella antes de suspirar—. Estoy preparada.

Rubén le muestra una sonrisa discreta, cómplice. Sabe que es uno de esos momentos en los que las palabras sobran, que solo tiene

que esperar a que Micaela reúna las fuerzas suficientes para expresar aquello que la atormenta.

—Intentó violarme —responde Micaela sin poder evitar que sus ojos se encharquen—. Y estuvo a punto de conseguirlo. Me inmovilizó bajo su cuerpo mientras me agarraba del cuello. No hay ni un solo día que no sienta su peso sobre mí. Le grité que no lo hiciera una y otra vez, pero a él no le importó en absoluto. Por suerte, justo cuando dejó caer sus pantalones al suelo, conseguí agarrar una de sus armas y le disparé hasta que se acabaron los cartuchos. Solo había cinco proyectiles en el cargador. Tres de ellos fueron a parar a su pierna derecha y otros dos a su pelvis.

—Por eso el número cinco es importante en vuestra historia, ¿verdad? —pregunta el inspector, tratando de disimular la rabia que se le ha ido acumulando en la garganta a medida que Micaela relataba los acontecimientos.

—Así es... Él jamás denunció el ataque, claro..., no le convenía —añade—. Gracias a sus contactos, pudo recibir atención médica sin que el hospital diera cuenta a la Policía... Cuando ingresé en prisión, me dijeron que no habían podido reconstruirle los genitales, así que supongo que habrá estado acumulando odio contra mí durante todos estos años.

Micaela traga saliva para tratar de recomponerse. Cuando vio que la entrepierna de Ares se había convertido en un amasijo de carne, sintió un escalofrío. Aún recuerda cómo el pánico sustituyó a la furia en sus ojos al comprender la magnitud de lo que ella le había hecho perder.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por algo así, Micaela —dice Rubén a la vez que apoya una de sus manos en el hombro tembloroso de la exconvicta—. Ese indeseable se merece lo que le

hiciste, aunque negaré haber dicho esto ante un tribunal..., que, viniendo de un policía, no está bonito.

Micaela sonríe ante la ocurrencia y se seca con disimulo un par de las lágrimas que ha sido incapaz de contener. Rubén alarga la mano hasta acariciar el brazo de Micaela, que se relaja al sentir el contacto.

—Gracias por compartir algo tan íntimo conmigo —le dice—. Ahora puedo llegar a comprender que una mente enferma como la suya haya decidido montar todo este recital de muertes para vengarse.

—Mi hija va a pagar por lo que le hice, Rubén —dice Micaela tratando de ahogar un sollozo—. Si yo no hubiera...

—No puedes culparte —le asegura el inspector—. No puedo ni imaginarme el miedo que debes de estar pasando, pero ahora no podemos tomar aliento. Tenemos que coger a ese monstruo cuanto antes.

Micaela asiente y, tras sonreír tímidamente al inspector, gira sobre sí misma para salir de la habitación. Camina a través de armas y ordenadores, sintiéndose más ligera. Compartir su secreto con Rubén, que hace unos días era un perfecto desconocido, le ha hecho sentir algo cercano a la calma por primera vez desde que todo esto comenzó.

—¿Estás lista? —le pregunta Rubén a Lucía cuando vuelve al lugar de reunión.

—¿Yo? Siempre —responde ella con sorna—. Vamos a ver qué es lo que ha liado esta vez ese hijo de puta.

La subinspectora acompaña a Rubén a su vehículo para dirigirse al lugar en el que se encuentra uno de los escenarios más inverosímiles que jamás van a presenciar. En esta ocasión, el cuerpo ha aparecido en las cercanías de la villa romana de Vinamargo, en una de las múltiples llanuras que rodean ese regalo de la historia. El peso de

una nueva víctima presiona los hombros del inspector, que conduce en silencio, tratando de mentalizarse sobre lo que está a punto de ver, pues, por muchos detalles que le haya narrado el compañero de la sala, la visión de un cadáver y, sobre todo, su olor, es algo que no se puede describir.

Lucía se revuelve incómoda en el asiento del copiloto. Se plantea la posibilidad de preguntarle a su compañero qué es lo que le ha contado Micaela en esa escueta reunión que ambos han mantenido, pero no cree que sea de su incumbencia; así que deja que su mente vuelva a centrarse, una vez más, en aquello que ocupa sus pensamientos desde hace horas.

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto? —Lucía se decide, por fin, a compartir sus dudas.

—¿A qué te refieres?

—No sé, guaje —continúa ella sin dejar de mirar a la carretera—. Puede que sea el momento de contarle la información que tenemos al jefe, ¿no? No me siento cómoda actuando a dos bandas cuando no deja de morir gente. Si hubiéramos ido por lo legal, puede que...

—Si hubiéramos actuado por los cauces legales, jamás habríamos detectado a los hombres de Ares alquilando el camión hormigonera —la interrumpe Rubén—. Sé que no hemos sacado demasiada información, pero al menos sabemos cuál es uno de los vehículos que utilizan y la zona en la que se encuentra su escondite.

—Tienes razón —le concede Lucía—. Aun así, no sé si debemos fiarnos de esta gente. Nuestros objetivos son muy diferentes, Rubén. Nosotros buscamos esclarecer los hechos, evitar que haya más víctimas y detener al asesino y al resto de los implicados; sin embargo, estoy segura de que el único objetivo que tiene esa panda de delincuentes es volarle los sesos a ese tal Ares.

—Y salvar a Bianca —añade Rubén.

—Bueno, sí. Eso también.

—Entiendo que tengas dudas, Lucía. Yo también las tengo, créeme. Pero ¿tú has visto los medios con los que trabaja esta gente? Nosotros no contamos ni con la mitad. ¡Y no solo eso! Además, tienen unas fuentes que pertenecen a su mundo a las que nosotros no podremos acceder jamás. Solo por eso merece la pena continuar con la pantomima, ¿no crees?

—Puede ser... Espero que tengas razón, jefe. Y, sobre todo, espero resolver todo este lío antes de que los de arriba se enteren de lo que nos traemos entre manos. No me veo retomando mi carrera de *marketing* a estas alturas de la vida.

—Siempre podemos cambiarnos de bando y empezar a robar joyerías —bromea Rubén—. Seguro que Micaela y compañía nos hacen un hueco encantados.

Lucía dirige una mirada de reprobación a su compañero y disimula una sonrisa. No sabe qué le ha pasado estos últimos días, pero ha visto cómo ha ido cambiando a marchas forzadas delante de sus ojos. Jamás se había imaginado que su jefe, comedido y prudente como él solo, pudiera llegar a colaborar con una banda criminal obsoleta compuesta por una exconvicta y sus tres compinches, cada cual más peculiar. A decir verdad, si llegan a contarle hace dos días que iba a acudir a una vigilancia *off the record* con su jefe de grupo en un coche con placas falsas y lleno de armas prohibidas, no se lo habría creído. «Resulta que ahora somos Bonnie and Clyde», piensa mientras sonríe.

—Voy a aprovechar el trayecto para llamar a don Marcelino —comenta Rubén—. A ver si esta vez hay suerte y responde a la llamada.

—¿Diga? —Una voz femenina y aparentemente cansada responde a través de los altavoces del vehículo.

—¿Don Marcelino? —pregunta Rubén temiendo haberse equivocado de teléfono.

—Soy su mujer. ¿Con quién hablo?

—Hola, Laura. Soy Rubén, un exalumno de su marido. Necesito hablar con él y es bastante urgente. No sé si...

—Vas a tener que esperar, cariño —responde ella con la voz entrecortada—. Está ingresado en el hospital. Ha sufrido un ictus.

Rubén deja de pisar el pedal del acelerador y se detiene en el arcén con la mirada perdida al fondo de la carretera. Lucía lo mira sin saber qué decir. Aunque no es consciente de hasta qué punto ese hombre es importante para su jefe, la reacción que ha tenido deja claro que lo que ha pasado le ha dolido en el alma.

—¿Cómo? ¿Está bien?

—Es pronto para saberlo —responde la mujer—. Los médicos son optimistas, o eso dicen... Yo estoy haciendo lo único que puedo: rezar por él.

—Lo siento muchísimo, Laura. En cuanto pueda, me acercaré al hospital a visitarlo. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Laura corta la llamada tras agradecerle a Rubén el ofrecimiento y él, compungido, traga saliva antes de reiniciar la marcha.

—Lo siento, Rubén.

—Yo también. Pero don Marcelino es un hueso duro de roer. Un ictus no tiene nada que hacer contra su cabezonería.

El resto del trayecto permanecen en silencio. Lucía lo aprovecha para recopilar en su cabeza los detalles que conocen hasta el momento y así hacerse un esquema mental de la investigación. Rubén, por su parte, se repite una y otra vez que don Marcelino volverá a compartir un café y unos bollos con él más pronto que

tarde, aunque siente cómo el miedo a perderlo, después de tanto tiempo desaprovechado, comienza a atenazarle la garganta.

—Según el GPS, estamos a dos minutos —anuncia Rubén—. ¿Preparada?

—No lo creo —responde ella, sincera—, pero vamos al lío.

Poco después de dejar atrás las ruinas que componen la villa romana más antigua de la provincia, Rubén estaciona el vehículo cerca del cordón policial que han establecido los compañeros de Seguridad Ciudadana con el objetivo de preservar la escena del crimen. Tras apearse, Rubén y Lucía observan cómo en el centro del perímetro alguien ha cavado una zanja de apenas dos metros cuadrados de la que sobresale una estructura metálica robusta compuesta por gruesos barrotes. Cuanto más cerca están, más perciben el olor a cemento fresco azotándoles las fosas nasales.

—Al menos nos ahorraremos el olor a muerte —señala Lucía, a la vista del imponente aroma que desprende esa mezcla pastosa.

Rubén no dice nada, aunque también lo ha pensado. Sus pasos sobre la hojarasca seca que cubre el firme pasan desapercibidos a causa del sonido incansable que emiten las cámaras de fotos que el personal de Policía Científica está utilizando. Rubén y Lucía se detienen antes de llegar al lugar, en el que los peritos continúan captando imágenes del desaguisado. Unos minutos después, cuando ya han finalizado, el inspector avanza hacia la piscina de cemento acompañado por Lucía.

—No está endurecido por completo —comenta Rubén al examinar de cerca la textura de la mezcla—, pero sí que es lo bastante fuerte como para contener el cuerpo de alguien.

—Pero ¿para qué hundirla en cemento? La chiquilla ya estaba encerrada en una jaula, joder —comenta Lucía—. Habría muerto aplastada igualmente.

—Solo la mente enferma de Ares lo sabe —susurra Rubén—. No obstante, te diría que ese psicópata buscaba que la víctima se mantuviese en pie el máximo tiempo posible y, aprisionando la parte inferior de su cuerpo con el cemento, lo ha conseguido. Incluso ahora que su torso está aplastado, sus piernas permanecen rígidas.

Lucía traga saliva, horrorizada ante el macabro espectáculo que Ares les ha preparado. Siguiendo los pasos del inspector, se acerca un poco más a la jaula maciza que preside esa improvisada piscina. Cuando la distancia es lo bastante corta, la subinspectora es capaz de percibir cómo dos dedos finos y amoratados sobresalen de la enorme piedra que, como la guinda de un pastel, está situada en la parte superior del extraño monumento cincelado por Ares y sus hombres. Una maraña de pelo negro asoma por otro de los laterales, como si hubiera querido escaparse de esa prisión eterna al que lo han sometido. Lucía aguanta un sollozo. No puede imaginarse el horror que esa niña habrá sentido al notar cómo sus piernas se quedaban cada vez más y más petrificadas a causa del endurecimiento de la pasta en la que la introdujeron; el miedo que debió de sentir cuando dejaron caer esa enorme piedra sobre sus brazos; el dolor de ser aplastada, poco a poco, por un peso que descendía incontrolable sobre su menudo cuerpo, desgarrando sus articulaciones y fracturando todos y cada uno de sus huesos. «¿Qué clase de monstruo es capaz de hacer algo así?», se pregunta, aunque ya sabe la respuesta: el dios de la guerra está dispuesto a todo por ganar la batalla.

Rubén rodea la estructura sin perderla de vista ni un segundo. Aunque sabe que esa imagen protagonizará muchas de sus pesadillas, desea quedarse con cada uno de sus detalles grabados en la retina. Necesita recordar cada milímetro del horror, pues

cualquier elemento de los que está observando podría ser determinante.

—La grúa está en camino —comenta unos de los compañeros de Seguridad Ciudadana—. En cuanto lleguen podremos retirar esa roca del interior de la jaula.

Rubén asiente sin dejar de caminar, aunque ya sabe con certeza qué es lo que se oculta tras ese elemento macizo. En un momento dado, el inspector se detiene en seco. A uno de los lados de la enorme piedra que aplasta a la víctima es capaz de vislumbrar lo que parece una parte del cráneo. La piel ya ha comenzado a amoratarse y sus ojos solo llegan a distinguir un borrón de sangre sobre ella.

—Ahí está —susurra.

No necesita leer lo que ese manchurrón dibujaba antes de que la piedra lo emborronase. Rubén sabe a ciencia cierta que se trata de un número tres.

35

El humo que reina en el interior del despacho de Ares dota la estancia de un aire misterioso, como el que unos niños intrépidos podrían encontrarse al entrar en un armario mágico en una película de aventuras. Sin embargo, el hedor a rancio que inunda la habitación dista mucho de poder considerarse como «mágico». Los más de ocho puros que se ha fumado ese día han conseguido crear una atmósfera repugnante para cualquiera, excepto para Ares, que está tan acostumbrado a ese olor que ni siquiera es capaz de percibirlo.

Aunque ha pasado mucho tiempo, continúa fantaseando con su último encuentro con Micaela. Le gusta imaginarse lo que habría pasado si ella no hubiera logrado defenderse, si no hubiera tenido los ovarios suficientes para plantarle cara. No estaba acostumbrado a que las mujeres reaccionasen así. Normalmente, con su aura intimidatoria era más que suficiente para doblegarlas. Eso lo hacía todo mucho más fácil: las víctimas a las que violaba no contaban con prueba alguna para poder culparlo de nada, así que ni siquiera tenía que amenazarlas para que no lo denunciasen, pues ellas sabían de sobra que poco podrían hacer en un sistema de justicia construido por y para los hombres. Sin embargo, Micaela reaccionó de una manera brutal e inesperada para él y, tras quitárselo de encima de un rotundo empujón, le disparó con su propia arma, descerrajándole unos cuantos tiros que lograron convertirle en un lisiado eunuco.

Todavía es capaz de sentir el calor del cuerpo esbelto de Micaela bajo el suyo, sus quejidos al decirle que parase, que se apartase de ella. Ares se mira las manos, las mismas que apretujaron los firmes pechos de Micaela cuando aún la tenía a su merced. No le dio tiempo a mucho más, pues como si de una guerrera imbatible se tratase, consiguió cambiar los papeles en cuestión de segundos, convirtiéndolo en la víctima de ese encuentro. Aún hoy, seguía despertándose empapado en sudor, recordando la masa amorfa y sanguinolenta en la que se habían convertido sus genitales. El olor a carne fresca mezclado con el de la pólvora. La sensación de que una parte de él había quedado para siempre abandonada en aquel suelo, junto a los restos de la arrogancia que lo había llevado hasta allí.

—Solo quería pasar un buen rato, joder —escupe.

Un nuevo ataque de tos consigue dejarlo sin aliento. Últimamente, está notando un deterioro físico importante, aunque no es algo que lo pille por sorpresa: lleva toda su vida bebiendo como un cosaco y fumando más de lo que sus pulmones son capaces de soportar. Hace tiempo que se resignó y aceptó el destino que sus órganos tuvieran planeado para él. «Si no es un cáncer de pulmón, será la cirrosis», suele pensar cuando sus adicciones le pesan más de lo normal.

No obstante, los últimos días ha incrementado sobremanera su consumo. La tensión que le supone llevar a cabo su plan lo incita a beber y a fumar más de lo habitual; y la incompetencia de sus hombres, que no dejan de complicar las cosas, no ayuda demasiado.

—Si pudiera encargarme de todo, no habría cometido ni un puto error.

Ares lanza esa queja al aire fétido que, denso y cálido, llena su despacho. Sus ojos, enrojecidos por la atmósfera artificial que, a conciencia, ha creado, han comenzado a picarle. Se los frota con fuerza con el dorso de las manos, consiguiendo únicamente que el

escozor vaya a más. Resignado, se levanta tambaleándose de su mullido sillón y entreabre ligeramente la única ventana de la que consta su oficina.

La brisa del exterior, aunque demasiado cálida para la hora que es, le da un respiro. Sin embargo, tan solo se concede un par de minutos para ventilar el despacho. No quiere sustos, ya ha tenido bastantes. Prefiere morir ahogado en humo en una habitación sellada que darle la más mínima oportunidad a cualquiera de sus enemigos para que le aloje una bala en el cerebro a través de esa maldita ventana.

Ninguno de sus hombres se ha atrevido a decírselo, pero sabe que entre ellos ha comenzado a extenderse la idea de que cada vez está más paranoico. «No tienen ni puta idea», piensa. Ahora que está rozando su destino con la punta de los dedos, no puede permitirse que nadie acabe con él antes de tiempo. No le teme a la muerte, jamás lo ha hecho. Sin embargo, no está dispuesto a abandonar este mundo sin haber saldado sus deudas. Solo así podrá irse en paz. No le importa lo más mínimo la opinión de la panda de ineptos que lidera, pero sí es cierto que teme que esa creencia acabe por infectar a sus mejores hombres, cada vez menos numerosos, y termine por volverse contra él. Por eso, Ares pone todo su empeño en dejar patente su poder a través de las conductas más sádicas que alguien podría imaginar. No puede mostrar debilidad, pues, si lo hace, puede que alguno de sus lacayos con aires de grandeza se anime a boicotearlo. Y no va a permitirlo. Le ha costado mucho erigir el reino que ahora corona y piensa defenderlo con uñas y dientes.

La vibración de su teléfono móvil saca a Ares de sus pensamientos. Un vídeo de unos cuatro minutos de duración ha comenzado a descargarse en cuanto ha pulsado sobre él. Una vez que el archivo está completo, vuelve a pulsar para reproducirlo.

—Justo lo que necesitaba —dice mientras sonríe.

En la pantalla aparece una zona llana en la que puede distinguir a varios de sus hombres. En el centro de la imagen, una niña morena encerrada en una jaula trata de escalar por ella para escaparse, aunque no lo consigue. «Si pudiera gritar, seguro que estaría desgañitándose», piensa Ares, orgulloso de su idea de seccionar las cuerdas vocales de las víctimas para evitar que los delaten antes de tiempo. El cuerpo desnudo de la joven no deja de moverse de un lado a otro de la jaula, provocando las carcajadas de los que observan la escena. Comienzan a verter el cemento en la improvisada piscina donde se encuentra la muchacha, provocando que su agonía se incremente. Poco a poco, y a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, las piernas de la niña van quedándose fijadas por la mezcla, dificultando sus movimientos cada vez más. En el momento en que le llega a la cintura, el vídeo se corta.

—Venga, joder. ¡Daos prisa! —se queja Ares—. Quiero ver el resto.

Unos segundos después, un nuevo vídeo asoma en el chat. El cemento se ha endurecido un poco más y ahora la niña no puede mover la parte inferior de su cuerpo. Es entonces cuando cuatro hombres fornidos acercan una piedra redonda y pesada a la jaula sirviéndose de una especie de tenaza metálica que les permite eludir el cemento fresco. Poco a poco consiguen situarla sobre la parte superior de la jaula, la única que no posee barrote alguno. La muchacha levanta los brazos como en un acto reflejo, dispuesta a sujetar la piedra que los hombres están a punto de dejar caer sobre ella. Tras una cuenta atrás, los esbirros liberan la piedra. El cuerpo de la niña cede ante la presión en el mismo momento en que la roca roza sus manos, plegando su cuerpo como si se tratase de una simple hoja de papel. Gracias al silencio que sus lacayos guardan en

ese momento, Ares es capaz de escuchar el crujido de los frágiles huesos de la niña al resquebrajarse bajo esa esfera pesada y maciza.

—Esto es arte, joder —asegura sin dejar de mirar a la pantalla.

Se permite reproducir ese vídeo un par de veces más para deleitarse con la agonía de su mártir. Hace mucho tiempo que dejó de compadecerse de sus víctimas y, aunque no sabe en qué momento exacto comenzó a disfrutar de su sufrimiento, ahora siente que se llena de energía con cada uno de sus gestos de dolor. Supone que se trata de la sensación de poder que se desprende la capacidad que tiene para decidir si alguien vive o muere; de que el último aliento de todos esos desgraciados que se han cruzado en su camino estuvo colgando de sus manos rudas y desgastadas, a la espera de que el dios griego de la guerra decidiese si les permitía seguir respirando. «Los mortales llaman crueldad a lo que los dioses llamamos orden», piensa.

—Buenas, jefe. —Una voz familiar suena después de tres golpes suaves en la puerta del despacho—. ¿Se puede?

—Solo si traes buenas noticias —responde él, más en serio que de broma.

—Sí que lo son —asegura el hombre, que ya se ha atrevido a entrar en el despacho—. Ya tenemos a la siguiente. Sé que todo se ha demorado un poco a causa de los imprevistos que hemos sufrido, pero esta vez estamos en tiempo. ¿Empezamos ya con ella?

—¿Cumple con los requisitos? —pregunta Ares.

—Bueno, más o menos —responde él—. Teníamos otro objetivo en mente, pero finalmente hemos tenido que improvisar. El Roñas le está tiñendo el pelo de negro porque la chiquilla es rubia, pero por lo demás encaja a la perfección. Le aseguro que, en cuanto terminemos, tendrá el mismo aspecto que esa otra zorrita a la que tenemos encerrada.

—Eso espero, joder —responde Ares tras un sonoro resoplido—. Últimamente me estáis tocando los cojones demasiado. A ver si os centráis un poco, hostias, que ya no queda nada.

—Lo sé, estamos solucionándolo —se excusa el hombre—. Le prometo que será la última vez que...

—¡Vaya que si lo será! —exclama Ares a la vez que se levanta—. Solo necesito dos días más. ¡Dos! Como alguien se atreva a joderme el plan, comenzarán a rodar cabezas. Así que, si aprecias la tuya lo suficiente, pon en orden a esos jodidos bastardos. No quiero ni un solo inconveniente más.

—Delo por hecho —responde solícito el hombre antes de abandonar el despacho.

Ares comienza a desabrocharse la camisa negra que lleva puesta para quitársela. Con el torso cubierto únicamente por una camiseta interior, que en su momento fue de un color blanco inmaculado, pero ahora es más bien amarillenta, se planta frente a un diminuto espejo de pared que hay situado al lado de la puerta de su oficina. Tras pasar la lengua por la palma de sus dos manos, acaricia con ellas su pelo cano desde la frente hasta la nuca en un par de ocasiones. Su saliva, hedionda de humo y *whisky* caro, consigue poner en su lugar a los cabellos más rebeldes, que habían osado campar a sus anchas por su cuero cabelludo. Ares sonríe a su reflejo, mostrándole esos dientes amarillos y ligeramente afilados que hace tiempo le repugnaban, pero que ahora incluso le gustan. Cree que es uno de los rasgos de su físico que más inquietud transmite a sus interlocutores y le encanta observar cómo cambian el gesto cuando sus pupilas, irremediablemente, se dirigen hacia ellos en cuanto los deja a la vista.

Hace tiempo que no se mancha las manos, pero en esta ocasión va a hacer una excepción. Quiere encargarse de la siguiente víctima

él mismo. Será una tarea tediosa, pero va a tomárselo como un entrenamiento. El número final se acerca y tiene que estar fresco. Va a necesitarlo si desea hacer que esa indomable Pantera ronronee postrada a sus pies.

36

—¿Podemos repasar el plan? —Teclas lanzó la pregunta como si fuera un ruego—. No tengo muy claro qué pintamos nosotros en algo así.

—Lo nuestro no es pensar, Teclas —le recordó Oso—. Solo actuar. Sasha es la que elije los trabajos y si nos ha encargado este es por algo. ¡Vamos a sacar un buen pico, joder! ¿Qué más quieres?

Teclas no respondió. Algo le decía que ese día extrañamente nublado en la costa de Cádiz la suerte no estaría de su lado. Como siempre hacía cuando se sentía inseguro, el informático miró a Micaela, que le guiñó un ojo para tranquilizarlo, aunque ella también se había levantado un poco inquieta. Era la primera vez que hacían negocios con alguien que se dedicaba al tráfico ilícito de armas y no le hacía demasiada gracia participar en algo así, pero respetaba la decisión de Sasha. La había sacado del fango y no podía dejarla colgada. Le debía demasiado.

—Me pica la curiosidad por conocerle la jeta a ese *man* —intervino Flaca mientras conducía la furgoneta, cuyo motor se le quedaba corto—. Con esa fama tan brava que tiene, fijo parece un demonio.

—Lo haremos lo más rápido posible —dijo Micaela—. A mí tampoco me interesa estar demasiado tiempo en el reino de ese traficante. Cuanto antes terminemos, mejor.

—¡Eso! Siempre he querido probar el atún rojo de por aquí —señaló Oso—. Pienso pedir un lomo para mí solo.

—Creía que los osos eran más de salmones —bromeó Micaela.

Pronto llegaron al lugar que Sasha había señalado en el GPS. El camino pedregoso puso a prueba los amortiguadores de la furgoneta, sumiéndola en un meneo que hizo caer un par de latas de bebida energética que Flaca había dejado en el salpicadero. Delante de ellos apareció una nave industrial aparentemente normal, en la que decenas de trabajadores cumplían con su cometido, fuera cual fuera. Todos iban uniformados y caminaban de aquí para allá con esmero, como cualquier currito que espera con ansia que llegue la hora de salida para volver a su casa a disfrutar de su familia, sus mascotas o su soledad. Sin embargo, tras esa fachada aparentemente inocua y mundana, Ares guardaba uno de los mayores depósitos de armas de la Península, algo que permanecía en secreto de cara a los ciudadanos de bien, pero que era *vox populi* entre la fauna de delincuentes que negociaba con él.

—Se lo tiene bien montado este hijo de puta —dijo Oso tras emitir un silbido de admiración.

—Es el encargado de abastecer de armamento al cuarenta por ciento de los delincuentes que operan en España —dijo Teclas—. No sé por qué no lo han cogido todavía.

—El poder, amor..., eso se riega como una plaga —intervino Flaca sin apartar la vista de los trabajadores que correteaban como hormigas que sirven a su reina—. Todo lo contamina, y claro que hay peces gordos rendidos a los pies de Ares.

—A saber para qué utilizan esas armas los clientes... —pensó en voz alta Micaela, consciente de que, probablemente, habría mucha gente inocente a la que hubieran ejecutado con una bala cuyo origen residía en la nave que tenían enfrente.

—Ese no es nuestro problema —le recordó Oso, tratando de restarle importancia—. No estamos aquí para hacer justicia, solo negocios.

Uno de los trabajadores le hizo un gesto a Flaca para que metiera la furgoneta en el edificio y ella siguió sus instrucciones hasta estacionar en un punto situado al fondo, fuera de la vista de miradas ajenas.

—Ares os está esperando —les dijo el currito, vestido con un mono beis que realzaba su musculatura—. Bueno, en realidad te está esperando a ti, pelirroja —añadió señalando a Micaela.

—De eso nada, mi amor —dijo Flaca a la vez que se interponía entre el hombre y su compañera—. Ella no va a ir sola *pa´* ningún lado, ¿oyó?

—Entonces no hay trato —respondió él con semblante serio—. Ares no quiere arriesgarse a que alguno de vosotros la líe ahí dentro. O la pelirroja o ninguno.

Micaela apoyó la mano en el hombro de Flaca y la apartó con delicadeza. Tras susurrarle un «todo va a ir bien» que ni siquiera ella se creía, avanzó junto al desconocido por un pasillo mal iluminado, dejando atrás a sus compañeros. Oso dio unos pasos hacia delante, pero la puerta que ese hombre había cerrado al pasar estaba bloqueada y no pudo continuar.

—Esto no me gusta nada, joder —dijo el grandullón.

—A mí tampoco —susurró Teclas mientras miraba a su alrededor —. Aquí hay más de cuarenta hombres trabajando. ¿Por qué iba Ares a tener miedo de nosotros tres?

—Ese *hijueputa* nos quiere joder, ¿oyeron? —dijo Flaca, llena de ira—. Ahora lo único que podemos hacer es estar pilas con lo que pase allá adentro. Yo voy a dejar el carro prendido, por si toca salir volados.

A unos metros de allí, separada por unas cuantas paredes de hormigón, Micaela continuaba su camino junto al gorila que la guiaba hacia Ares. El corazón le latía con fuerza y, aunque estaba

nublado y el sol no calentaba demasiado, habían comenzado a formársele gotas de sudor en las sienes. Unos pasos después, cruzó la última puerta que la separaba del traficante de armas más temido de los últimos tiempos.

—¡Vaya! ¡Por fin has llegado! —Ares la recibió sentado en un sillón de piel situado tras una robusta mesa de roble, de esas que pesan un quintal—. Al fin tengo el gusto de conocer a la Panterita. ¡Es todo un honor!

—Pantera —lo corrigió Micaela con la mirada fija en sus ojos oscuros—. Mis compañeros están descargando el dinero en tu almacén. ¿Dónde están las armas?

La puerta del despacho de Ares se cerró y, a través del ventanuco, Micaela acertó a ver cómo el hombre que la había conducido hasta allí se alejaba por el pasillo.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Ares, burlón—. ¿Quieres tomarte algo? Tengo el mejor *whisky* que jamás vas a probar. Venga, bonita. ¿Te sirvo un vaso?

—No quiero beber nada, gracias —respondió Micaela con sequedad—. ¿Dónde están las armas? —insistió.

—Tranquila, gatita. Mira, ahí tienes a mis hombres, ¿los ves? —dijo a la vez que señalaba una pantalla en la que se reproducían en directo las imágenes de las cámaras de seguridad—. Están cargando la furgoneta con la mercancía. Soy un hombre de palabra, Pantera.

Ares se levantó y se acercó a Micaela que, inconscientemente, retrocedió dos pasos, hasta que su cuerpo chocó con la mesa del despacho. Aún los separa un metro de distancia, pero, incluso así, pudo oler el aliento rancio del hombre.

—Voy a echar una mano a los míos —dijo Micaela, e inició su andadura hacia la puerta.

—No te vayas tan pronto. —Ares la detuvo poniéndole una mano en el hombro—. ¿Sabes qué? Yo tenía otros planes para ti. Podríamos pasar un rato muy divertido mientras nuestros peones trabajan... No sé, ¿se te ocurre algo?

Deslizó la mano hacia el cuello de Micaela y lo rodeó con sus dedos amarillentos. Ella tragó saliva antes de intentar zafarse, pero él no se lo permitió. Apretó su garganta con fuerza y, con un movimiento rápido, la tiró violentamente sobre la mesa.

—Mis deseos deberían ser órdenes para ti, zorra —escupió Ares con rabia—. ¿Quién te crees que eres? Voy a follarte aquí mismo, quieras o no. ¿Me escuchas? Así que te recomiendo que me lo pongas fácil o será muy desagradable; sobre todo para ti.

—¡Déjame salir de aquí, hijo de puta! —gritó ella mientras se revolvía.

—¡Cállate, joder! —Ares se colocó sobre Micaela, apretando su cuerpo contra la madera—. Ya verás como te gusta, gatita. Todas sois iguales: primero os hacéis las duras, pero en realidad os encanta que os dominemos.

Ares se desabrochó el pantalón mientras que, con la otra mano, manoseaba el cuerpo tenso de Micaela, que no dejaba de luchar para salir de debajo de ese ser inmundo. Cuando consiguió dejar caer sus vaqueros, Ares separó la ropa interior de Micaela y miró su sexo con ansia, cegado por la lujuria que le infundía poseer a quien no lo deseaba. Justo eso, ese momento de obcecación, fue lo que permitió que ella se hiciera con el arma que él había dejado en una de las esquinas de la mesa. Tras empuñar el frío acero de la pistola, le dio un culatazo en una de las sienes a su agresor, que se apartó de ella, confuso.

—¿Qué cojones has hecho?

Como respuesta, recibió cinco disparos certeros que hicieron que se desplomara de inmediato. Con rabia, Micaela le tiró la pistola tras haber vaciado el cargador y salió corriendo de allí, consciente de que los disparos habrían alertado a los hombres de Ares.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Oso al escuchar las deflagraciones.

—¡No, marica! ¡Ese *man* le soltó plomo a Pantera! —Flaca se bajó de la furgoneta con el motor en marcha y corrió hacia la puerta por la que Micaela los había dejado atrás—. ¡Teclas, póngase al volante! —le ordenó mientras se alejaba.

Flaca arremetió a golpes contra la puerta de forma inútil, pues apenas se movió. Mientras tanto, Oso se las apañó como pudo para deshacerse de una decena de hombres que, alarmados por el jaleo, habían acudido raudos a ayudar a su dios.

—¡Por fin un poco de acción! —gritó Oso a la vez que estampaba su enorme puño en la nariz de uno de ellos.

Teclas, en el asiento del conductor de la furgoneta, vio por el retrovisor cómo otros tantos trabajadores uniformados se acercaban corriendo hacia Oso, que cada vez estaba más sobrepasado por la situación. Sin pensarlo demasiado, metió la marcha atrás y pisó con fuerza el acelerador. La furgoneta colisionó con violencia contra la nueva banda de lacayos que se aproximaba, dejando fuera de juego a la gran mayoría.

—¡Joder! —exclamó el informático, exaltado al haber logrado tal hazaña—. ¡Flaca, apártate!

La colombiana obedeció, haciéndose a un lado. Teclas arremetió contra la puerta de frente y, gracias a la robustez que poseen los coches fabricados hace más de veinte años, consiguió que la puerta cediera, permitiéndole el paso a Flaca.

Mientras Teclas y Oso se las apañaban para deshacerse de nuevos atacantes —uno a bordo del vehículo y el otro con sus puños—, la colombiana corrió por los pasillos en busca de Micaela.

—Pantera, ¡por aquí! —gritó al ver su melena rojiza a lo lejos—. ¡Rápido, que esa vuelta se está llenando de *hijueputas!*

Micaela suspiró aliviada al encontrarse con la mirada de su compañera y corrió hacia ella. Estaba a punto de alcanzarla cuando dos hombres entraron en el pasillo por una de las puertas laterales.

—¡Aquí están! —gritó uno de ellos a su radiotransmisor—. ¡Ya os tenemos, putas!

—¡Lárguese, gonorrea! —respondió Flaca.

Ambos se colocaron entre las dos mujeres, cortándole la ruta de huida a Flaca. Los gritos de los demás implicados se hicieron cada vez más potentes, confirmándoles que sus posibilidades de salir de allí con vida cada vez eran más remotas.

—¡Vete, Flaca! —gritó Micaela—. Solo me quieren a mí.

—Eso es verdad —respondió uno de ellos—. Acabas de disparar a uno de los hombres más poderosos del país, zorra. Estoy deseando ver qué va a hacer contigo cuando se recupere.

—¡Ni crea que la voy a dejar tirada, ¿me oyó?! —dijo Flaca con firmeza—. A estos malparidos los tumbamos entre las dos.

Micaela, embriagada por la seguridad que derrochaban las palabras de Flaca, avanzó decidida hacia los hombres. Su compañera de batallas hizo lo mismo, obligándolos a dividirse para poder hacerles frente. Flaca arremetió contra su contrincante con un puño americano, que, consciente del peligro que corría a diario, siempre llevaba en los vaqueros. El primer puñetazo fue suficiente para hacer que el hombre se tambaleara y, al segundo, consiguió dejarlo inconsciente. Mientras tanto, Micaela agarró una pata de cabra que reposaba en una de las esquinas y, a la vez que se agachaba para

esquivar el golpe de su agresor, golpeaba con fuerza la tibia de este, haciéndole gritar de dolor.

—¡Hija de puta! ¡Te voy a matar! —Se abalanzó gritando hacia ella.

Micaela cayó de espaldas al suelo y el hombre comenzó a lanzarle tantos puñetazos que ella apenas era capaz de esquivarlos. Se cubrió la cabeza con las manos para aguantar el chaparrón de rabia desplegado sobre su cuerpo y, con la poca fuerza que le quedaba, trató de desplazarse moviendo las piernas para escapar de un destino que presumía fatal.

—*¡Pa´* que aprenda, *hijueputa!*

La sangre salpicó a Micaela, que sintió cómo el peso del hombre que la agredía con rabia caía sobre ella. Flaca le había pateado la cabeza como si fuera la encargada de lanzar el penalti decisivo en la final de un mundial, y el currito había quedado inconsciente en el acto.

— ¡Camine, parcera, nos tenemos que ir!

Flaca ayudó a Micaela a levantarse tras quitarle de encima los ochenta y cinco kilos de peso que la retenían y salió corriendo junto a ella hacia el lugar en el que se libraba una batalla cada vez más multitudinaria.

—¡Subid a la furgo! —gritó Teclas al verlas llegar.

Oso desvió la mirada unos segundos para comprobar que estaban bien y, en ese momento, uno de los esbirros de Ares consiguió encajarle un golpe en la mandíbula que la hizo crujir.

—Agradece que tengo prisa, cabrón —le dijo al dueño del puño—. Estaría encantado de partirte todos los putos huesos del cuerpo.

Oso le dio un codazo en la cara a su agresor y consiguió llegar a la furgoneta casi al mismo tiempo que sus dos compañeras. Teclas

inició la marcha hacia la salida, derribando a su paso a alguno de los combatientes que aún osaban intentar atraparlos.

—¡Joder! ¡Esos mierdas casi me matan! —dijo Oso, a sabiendas de que su afirmación distaba mucho de la realidad—. Aunque creo que tú lo has tenido más complicado, ¿no? —preguntó dirigiéndose a Micaela.

—He tenido días mejores —respondió ella, presionando un pañuelo sobre una mejilla sangrante—. Ese cabrón me ha dado hasta en el carné de identidad.

Los componentes del grupo, sintiéndose a salvo, se permitieron sonreír.

—Menos mal que ya habíamos acabado de cargar el material en la furgoneta cuando la cosa se puso fea —dijo Oso contemplándose los nudillos descarnados—. Con una de esas metralletas esos cabrones podrían habernos dejado tiesos en medio segundo.

—Tanta pistolita y, a la hora de la verdad, ni una *pa'* defenderse —comentó Flaca.

—Supongo que tendrán que mantenerlas guardadas por si la Policía viene a hacerles una visita —dijo Teclas al volante—. Ningún obrero trabaja con un arma de guerra a la espalda.

Micaela guardaba silencio mientras se curaba las numerosas heridas con agua oxigenada y un pañuelo que ya no era capaz de absorber más sangre. Había pasado un miedo horrible atrapada bajo el cuerpo de Ares y, aunque nunca se había planteado la posibilidad de matar a alguien, deseaba que ese hombre no volviera a levantarse jamás del suelo de su despacho. Pantera suspiró y se dejó caer sobre el respaldo del asiento, dándose por vencida. Sabía que, por mucho empeño que le pusiera, la mayoría de sus lesiones necesitaban puntos y no podrían dárselos hasta que llegaran a su base de operaciones.

Con ternura, acarició el colgante de su abuela y miró al cielo. «Gracias por cubrirme, *nonna»,* pensó, convencida de que les había echado una mano.

Micaela cerró los ojos y se permitió descansar, creyendo que le había puesto fin a una historia que, en realidad, no había hecho más que empezar.

37

—¿Tienes pensado llamar a alguien más del equipo? —le pregunta Lucía al abandonar junto al inspector la escena del crimen.

—Solo voy a avisarlos para que estén prevenidos por si hiciera falta un par de manos más —le responde Rubén—. Aunque preferiría que nos hiciésemos cargo tú y yo, la verdad. No me gustaría andar de puntillas ante los demás para disimular lo que nos traemos entre manos.

—Sabes que eso es cuestión de tiempo, ¿no? Pasado mañana no te va a quedar otra que reencontrarte con ellos...

—Sin contar a Davinia, esta es la víctima número tres, Lucía. Si para el lunes todavía no hemos parado a ese perturbado, poner cara de póquer frente al resto será el menor de mis problemas.

Durante el escaso trayecto que separa la zona en la que ha aparecido el último cuerpo y la comisaría, Rubén recibe la llamada de un policía adscrito a la oficina de denuncias. Unos padres desesperados han acudido a denunciar la desaparición de su hija adolescente, asegurando que ausentarse sin dar razón no es propio de ella y que las entrañas les dicen que algo malo le ha pasado. Rubén siente que está atrapado como en *Atrapado en el tiempo*, reviviendo una y otra vez el dolor inmenso de unos padres que, aunque cambian de rostro, tienen algo en común: un ser despreciable y sádico se lo ha arrebatado todo.

—Un día te levantas y, creyendo que será como cualquier otro, resulta que es cuando verás por última vez a la persona que más

quieres en el mundo —reflexiona Lucía en voz alta—. ¿Cómo se gestiona que un escueto «adiós, mamá» es lo último que vas a escuchar de los labios de tu hija?

—No creo que nadie pueda gestionar algo así —comenta él—. Supongo que la herida permanecerá abierta durante toda la vida. El dolor jamás se va, solo se aprende a vivir con él.

Lucía guarda silencio como única respuesta. Inconscientemente, manosea la pulsera que lleva en la muñeca derecha, una que su hija le regaló hace un par de años tras ir de viaje de estudios a Holanda. Ha comenzado a deshilacharse y los colores vivos que tenía en un principio han dejado paso a otros más apagados que le restan belleza. Aun así, la subinspectora no tiene pensado quitársela jamás.

Lo cierto es que su relación con su hija, aunque es cordial, no es demasiado estrecha. Lleva muchos años siendo la niña de papá y que Lucía pase horas y horas fuera de casa a causa del trabajo no ayuda. Ella se esfuerza por estar presente cada vez que algún evento llega a la vida de su niña, pero, lamentablemente, los asesinos no entienden de cumpleaños, recitales ni comidas familiares, y no sería la primera vez que la subinspectora hubiera tenido que salir corriendo de una boda porque un perturbado le ha rajado la garganta a su vecino del quinto con una botella de cerveza rota después de que este se negase a bajar el volumen de la música.

—Si necesitas irte a casa un rato, lo entiendo —le dice Rubén, como si hubiera sentido la angustia que la invade—. A mí, por suerte o por desgracia, no me espera nadie. Puedo encargarme yo solo.

—Ni lo sueñes. No pienso dejarte a tu suerte mientras un sucedáneo de dios de la guerra anda suelto por Castellón y un grupo de exdelincuentes con decenas de armas prohibidas sabe dónde vives. Alguien tiene que cuidarte, guaje.

Rubén sonríe al sentirse arropado por su compañera. Los días están siendo demasiado largos y, sobre todo, demasiado duros. El sufrimiento de las víctimas se le ha enquistado en las sienes y no hay ibuprofeno que sea capaz de deshacerse de él. «No te preparan para esto en la Academia», piensa mientras conduce por inercia hacia comisaría.

—¿Crees que nos lo están contando todo? —le pregunta Lucía rompiendo el férreo silencio que se ha instaurado en el habitáculo.

—¿A qué te refieres?

—No sé, parece que a veces se nos olvida que estos elementos hace cuatro días estaban robando joyerías, dando vuelcos e incluso disparándonos. Te prometo que es algo que estoy intentando pasar por alto con todas mis fuerzas, pero joder, Rubén..., uno de ellos casi se carga a un compañero.

—No creas que no lo tengo en mente. Sin embargo, sé que Micaela no fue la que apretó el gatillo... y justo es ella quien más nos necesita. Y, respondiendo a tu pregunta..., diría que no. No creo que estén compartiendo toda la información con nosotros, pero creo que es algo que no nos perjudica demasiado. El hecho de que se guarden los detalles más sensibles es un favor, sobre todo para cuando llegue el momento de destapar esta trama novelesca a los jefes. Si es que llega, claro.

—Visto así... En realidad, tampoco me parecería mal que se cargaran a ese hijo de puta. ¿Para qué mantenerlo en prisión si jamás va a reformarse? Escoria como esa merece estar bajo tierra.

—Joder, Lucía. Espero que no hayan puesto micrófonos en el coche —bromea Rubén—. Si no, los de Asuntos Internos se van a poner las botas contigo.

Poco después, llegan a dependencias policiales. Tras entrevistarse con los padres desesperados de la que, probablemente, sea la

víctima número cuatro de Ares, cinco si la compañera de celda de Micaela se suma a la ecuación, se quedan a solas nuevamente. El aire del despacho se ha impregnado del dolor de ese matrimonio que jamás volverá a sonreír con sinceridad de nuevo. Incluso parece que las paredes, hasta entonces blanquecinas, se han oscurecido un poco para combinar con el estado de ánimo de los policías que permanecen entre ellas.

—Creo que deberíamos hacer una paradita para comer —señala Lucía—. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que le di a mi estómago algo que no fuesen barritas de frutos secos o café.

—Tienes razón —responde el inspector—. Dame un par de minutos para que termine de organizar los archivos que nos han enviado los compañeros de Científica y nos vamos. ¿Crees que encontraremos algo decente que aún tenga la cocina abierta?

—Lo único que me importa ahora mismo es salir de aquí sin cruzarme con Ferrer —confiesa la subinspectora—. Seguro que está que trina... y no es para menos. Los de arriba deben de estar apretándole las tuercas pero bien.

—No deja de llamarme para pedir novedades, pero poco puedo contarle. Lo que me molesta es que parece que solo le importa que llegue el momento de colgarse la medalla por haber resuelto el caso. No lo veo preocupado por la inseguridad de las calles ni por las familias afectadas...

—¿Y te sorprende? Ese tío es una alimaña. Y me consta que no tiene nada que ver con los galones: conozco a varios policías que han compartido despacho con él cuando pertenecía a la escala básica y todos lo describen como un incompetente con ganas de palmaditas en la espalda.

Unos pasos frenéticos avanzan veloces por el pasillo, resonando cada vez más cerca del área de Homicidios e interrumpiendo la

conversación. Un compañero uniformado se asoma por la puerta casi sin aliento y portando unos cuantos papeles. Tras tomar aire un par de veces, se anima a contarle a Rubén y Lucía el porqué de su precipitada visita.

—Ha vuelto a pasar —anuncia con un tono de desesperación en la voz—. Ha desaparecido otra chica.

38

Bianca permanece en un duermevela continuo del que únicamente despierta por completo cuando el ruido atrae su consciencia hacia la realidad. Hace mucho que perdió la noción del tiempo, pues, debido a la falta de claridad, siente que está sumergida en una noche eterna. Aunque al principio se resistió por miedo a que la comida estuviese envenenada, ha decidido dejarse ir y lleva horas engullendo los deliciosos alimentos que sus guardianes le proveen como si el mundo se fuese a acabar. Sin embargo, no deja de sentir hambre. Hambre y sed, mucha sed. Su cuerpo cada vez está más débil y no son pocos los mareos que ha sufrido y que a punto han estado de hacerla caer desplomada en el suelo.

Se pregunta cuánto tiempo más la tendrán encerrada allí o, en su defecto, hasta cuándo va a soportar su organismo esa tortura. Cree que hace calor, pero ella tiene el frío anclado a los huesos y, de vez en cuando, no puede evitar que su cuerpo tirite. A estas alturas, ya ha pensado en un par de ocasiones en la posibilidad de acabar con todo y quitarse la vida antes de que otros lo hagan. Sin embargo, el recuerdo de la mirada fuerte y a la vez melancólica de su madre no se lo permite. Ella la ha educado como a una guerrera, inculcándole que siempre hay que luchar hasta el final, por mucho que las fuerzas flojeen. No le cabe duda de que la estará buscando, removiendo cielo y tierra para que ese sutil beso de despedida que le dio antes de marcharse no sea el último. Sabe que su madre está dispuesta a

absolutamente todo para encontrarla y, aunque eso la calma, también le da miedo.

Micaela nunca le ha hablado extensamente de su pasado, pero ella sabe que es turbio y esconde secretos inconfesables y actuaciones moralmente cuestionables; y por eso le horroriza la posibilidad de que a su madre le pase algo mientras trata de dar con ella. «Mamá, has jugado con fuego y ahora vamos a quemarnos las dos». Bianca se corrige a sí misma sacudiendo la cabeza para quitarse esa idea de encima. No la juzga y jamás lo hará, aunque justo esos antecedentes sean los que vayan a costarle la vida.

El último pensamiento que rondaba su cabeza segundos antes de que sus verdugos la atrapasen no ha dejado de acompañarla durante su cautiverio. Estaba enfadada con una de sus amigas porque no quería acompañarla el fin de semana a una fiesta a la que iría el chico que le gusta. Bianca le había llamado egoísta delante del resto del grupo y Nora, indignada por el insulto, llevaba sin dirigirle la palabra unos cuantos días. Ahora se siente estúpida por haberse enfadado, por haberle dado importancia a algo tan ridículo como un encontronazo supuestamente casual con un chico que, seguramente, no recordaba ni su nombre. Se había convertido en un mísero insecto con el que unos hombres desconocidos jugaban hasta que llegase el momento de aplastarlo y todo le parecía intrascendente.

Varios sonidos metálicos llegan desde el exterior, adelantándole a Bianca que tiene una nueva visita. Poco a poco, un chillido agudo y estridente se hace cada vez más fuerte hasta que es capaz de identificarlo. No ha sido difícil, pues ya lo ha escuchado antes: se trata del grito angustiado de una mujer que sabe que está a punto de morir.

Los ruegos de esa pobre chica calan hasta lo más hondo de su ser, y aunque se esfuerza por amortiguarlos tapándose los oídos con

fuerza, no puede evitar contagiarse de su desesperación. Alguien abre la puerta de la habitación de al lado y, aunque no está segura, Bianca cree que en ella han metido a su nueva presa. El murmullo de varias voces masculinas llega a sus oídos cuando la víctima coge aire para continuar gritando. «¿Qué vais a hacerle?», se pregunta Bianca, que, dando por imposible su objetivo, ya ha separado las manos de las orejas para volver a abrazarse las piernas. Unas ruedas metálicas que se desplazan por el pavimento hacen acto de presencia y, en cuanto se detienen, los gritos de la mujer se acentúan. Bianca intuye que, sea lo que sea lo que lleva ese mueble móvil, no se trata de algo agradable.

La puerta de la habitación contigua se abre por tercera vez y a Bianca le parece escuchar un tono diferente entre los hombres que acompañan a su compañera de encierro. Un aura de desconcierto penetra desde el otro cubículo, como si hubiera aparecido alguien a quien no esperaban. Los gritos de la chica, incesantes, se detienen durante unos segundos, en los que una voz grave y seca le dirige unas palabras que Bianca no es capaz de entender. Sin embargo, cuando el desconocido finaliza su discurso, la garganta de la víctima vuelve a desgañitarse de nuevo. Bianca intuye que, como en el caso de las anteriores, pronto cesarán los gritos. Sin embargo, en esta ocasión se suceden continuamente, sin descanso. Alaridos de dolor que, como un taladro, se insertan en las sienes de Bianca.

Es entonces cuando algo en ella se despierta, un instinto nuevo que jamás había percibido. No sabe si saldrá viva de allí y, si lo hace, no tiene ni idea de si volverá a ser la misma Bianca a la que esos malnacidos raptaron. Pero hay una cosa que tiene clara: si sobrevive a ese encierro, jamás olvidará lo que esos hombres han estado haciendo.

39

Teclas pelea con su organismo mentalmente para evitar seguir sudando, pero no dejan de caerle gruesos goterones de líquido cálido por la espalda. No es el calor, sino la tensión la que hace que sus glándulas sudoríparas no den abasto. Lleva tiempo trabajando en la sombra, maquinando un plan paralelo que el resto de los involucrados desconocen. No quiere contarlo aún, es demasiado pronto y no tiene claro que vaya a funcionar.

Ha sido complicado desviar la atención de sus compañeros de lo que realmente está haciendo, y lo ha sido aún más con esos dos policías que se han unido al grupo de un día para otro. Teclas no tiene nada contra ellos, pero su pasado le impide confiar en quien no conoce. Justo eso fue lo que le pasó con Sasha, alguien que llegó a su vida en el momento preciso, unos minutos antes de que siendo un joven friki solitario se tomase una caja de Trankimazin para dejar un mundo que solo le había traído dolor.

Sin dejar de teclear, el informático rememora su primer encuentro con esa anciana desconocida de mirada tierna y temperamento fuerte. Era un domingo de verano en el que Madrid superaba los treinta grados de temperatura y no había nadie en la calle más allá de un par de incautos que habían subestimado el poder que ejercía el sol sobre el asfalto de la capital. Teclas, harto de lidiar con batallas que una panda de niñatos envalentonados por el alma del grupo le habían impuesto, expertos en vejarlo cada vez que tenían la oportunidad, falsificó unas cuantas recetas del ansiolítico con su

portátil de segunda mano y acudió raudo a una farmacia para adquirirlo, dispuesto a engullirlo en cuanto regresase al hogar en el que le esperaba una madre ausente y un padrastro que era capaz de hacer que se meara encima con tan solo una mirada. No tuvo ningún problema a la hora de comprar el medicamento: para cuando quienquiera que investigase se diera cuenta de la falsificación, él ya estaría criando malvas.

Teclas abandonó el aire acondicionado del establecimiento y salió a la calle con brío. Deseaba tantísimo dejar de sufrir que no podía esperar a llegar a casa, a tan solo cuatrocientos metros de donde se encontraba. Durante el trayecto, que se le hizo eterno, repasó los motivos que tenía para quedarse allí, para tirar por el retrete las pastillas que acababa de comprar e intentar, una vez más, levantarse del fango en el que otro lo había hundido. Estaba harto de insultos, de palizas, de escupitajos... Tan solo quería paz. El *bullying* era todo lo que había conocido en su vida. No entendía el motivo por el que sus compañeros de clase la habían tomado con él, aunque sospechaba que su alto cociente intelectual, su pericia con las tecnologías y las gafas de pasta que llevaba no habían ayudado demasiado a convertirle en alguien popular. No recordaba ni un solo día de su vida en el que se sintiese tranquilo: si no era en el colegio, el temor lo encontraba en casa. Su padre biológico lo había abandonado antes de que naciera y desde entonces Teclas había conocido a más de ocho hombres diferentes que, tras un buen revolcón, le habían prometido amor eterno a su madre.

La visión de su reflejo en un escaparate le hizo detenerse. Estaba más delgado que nunca. Sus hombros caían hacia delante, encorvando su espalda llena de cicatrices y moratones, unos más frescos que otros. Fingió una sonrisa, pero apenas recordaba cómo

se hacía ese gesto. Se le había olvidado lo que era estar feliz, si es que alguna vez lo supo.

Le tenía miedo a la muerte, por eso había tardado tanto tiempo en tomar la decisión, pero, llegados a ese punto, era la vida lo que le daba pánico. Pensó en su amigo Tintín659, un usuario de la Deep Web que había conocido por casualidad y que se había convertido en su mejor confidente. Le había enseñado todo lo que sabía sobre internet y sus secretos, y le había tendido una mano virtual cada vez que lo había necesitado. Sin embargo, Tintín659 vivía en Ecuador y, aunque se esforzaba en hacerle sentir bien en la distancia, no era suficiente. Sería la única persona que lo echaría de menos y le dolía profundamente herirlo de aquella manera, pero no podía soportar ni un minuto más esa sensación de vacío que, año tras año, le había ahuecado el alma.

—Niño, ¿estás bien?

Sasha surgió de la nada y se situó al lado de Teclas, apareciendo junto a él en el reflejo. Llevaba tanto tiempo trabajando con gente sin hogar y sin recursos que no le fue difícil identificar el dolor que recorría el cuerpo débil de aquel chaval que, de vez en cuando, pasaba por el comedor social en el que ella trabajaba para disfrutar de un poco de comida caliente sin tener que escuchar los continuos gritos entre su padrastro y su madre.

—Sasha, me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—Te he visto de casualidad —mintió ella, que llevaba unos días siguiéndole la pista al ser consciente de su desmejora física—. ¿Me acompañas al comedor? Hoy hay un guiso buenísimo. Ya sé que con este calor apetece más una ensaladilla rusa, pero puedes tomártelo templadito y así...

—No tengo hambre —la cortó.

Los ojos de Sasha se entornaron al encontrarse con el desasosiego que Teclas guardaba en la mirada. Con delicadeza, acercó su mano a la bolsa de la farmacia que el informático sujetaba y se la arrebató con delicadeza, como quien libera a una mosca incauta de la telaraña de su verduga.

—Esto no te va a hacer falta, cielo —le aseguró—. Tengo un plan para ti mucho más interesante. Te lo prometo.

Teclas se agarró a esa esperanza con todas sus fuerzas y se dio otra oportunidad, la última. Se prometió que trataría de salir a flote una vez más con la ventaja de que, en aquella ocasión, no tendría que hacerlo solo.

Pantera, Flaca y Oso pronto se convirtieron en su familia, esa que nunca había tenido. Con ellos no debía fingir las sonrisas, pues se le escapaban solas.

—Teclas, ¿te traigo un café? —La voz potente de Oso devuelve al informático al presente—. Y te echo un chorrito de licor para animarte un poco, que te veo estresado.

Él asiente con media sonrisa sin dejar de mirar la pantalla, aunque detesta tanto el café como el licor. Está cerca de dar con la clave que podría llevarlos hasta Ares y, por ende, darles una oportunidad de oro para salvar a Bianca. El informático teclea por aquí y por allá, golpeando con sus entrenados dedos el teclado sin ningún tipo de piedad. Sabe que el éxito se acerca, que pronto se convertirá en el héroe anónimo que consiguió encajar las piezas y ponerle fin a esa locura. Se siente una parte fundamental del engranaje que Sasha fabricó hace unos cuantos años, y que sigue funcionando como el primer día. Es entonces cuando se da cuenta de que no ingerir esa caja de pastillas es la mejor decisión que ha tomado en su vida.

40

Micaela se bebe una nueva taza de café en silencio mientras Flaca y Oso debaten sobre cómo podrían encontrar a Ares antes de que se lleve por delante a más víctimas. Rubén los ha llamado hace un rato para contarles los detalles de la escena del crimen y ninguno es capaz de cenar al imaginarse la horrenda estampa que ha creado para continuar con su macabro espectáculo.

—¡Mierda! Es mi mujer —dice Oso al comprobar la llamada entrante de su teléfono—. Tengo que responder.

El hombretón se aleja de sus compañeros para descolgar. Le gustaría poder contarle la verdad, pero teme ponerla en peligro si lo hace, así que opta por continuar con su coartada.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás? Llevo queriendo llamarte todo el día, pero el trabajo se ha complicado y...

—Lolo tiene fiebre, estoy en urgencias —le corta ella, evidentemente nerviosa—. Ha tenido convulsiones, amor. No quería preocuparte, pero es que estoy un poco desbordada...

—¿Te han dicho algo ya? ¿Puedo hablar con él?

—Ahora está dormido... Han conseguido bajarle la fiebre y me han comentado que es algo común cuando hay cambios bruscos en la temperatura corporal, pero estoy tan asustada...

—¿Quieres que vuelva? —pregunta Oso, dispuesto a dejarlo todo por su familia.

—No, cariño. Mis padres están de camino, no te preocupes... Solo necesitaba contártelo. ¿Qué tal van esas reuniones?

—Eh... bien. Ya sabes, peces gordos tratando de comerse los unos a los otros, nada nuevo.

—Tú puedes con todo. Hablamos luego, ¿vale? Voy a intentar descansar un poco. Te quiero.

—Y yo a vosotros.

Oso cuelga la llamada y apoya la espalda contra la pared con la sensación de que está a punto de resquebrajarse. Se odia a sí mismo por haber mentido a su mujer y, sobre todo, por no estar con su hijo cuando lo necesita. Y también odia a Ares por ser la razón que le hace estar allí, lejos de los suyos.

—Voy a matarte con mis propias manos.

El susurro de Oso pasa desapercibido, aunque no lo hace el estruendo que genera su enorme puño al chocar con la pared.

—¿Todo bien? —pregunta Teclas, alarmado por el ruido.

—Sí, sí..., solo ha sido un arrebato. Estoy hasta los cojones de que ese tío nos toree. ¿Alguna novedad?

Oso se sitúa nuevamente junto a Teclas mientras que Micaela, con disimulo, se acaricia una vez más la mejilla, esa en la que Bianca depositó el que podría ser su último beso. Ya apenas siente los finos labios de su hija rozándole la piel y tiene que esforzarse más que nunca para evitar que las lágrimas, que, osadas, se le acumulan en los ojos, resbalen libres por su semblante. «Cariño, mamá va a ir a por ti. Te lo prometo». Micaela repite mentalmente esa especie de mantra para infundirse fuerzas, para tratar de que sus ánimos no decaigan. Ya son tres las víctimas de esa obra macabra dedicada a ella, lo que significa que, al menos, quedan dos más, si no cuenta a la niña devorada por los perros... y a su querida Idaira.

Micaela no sabe si Bianca está destinada a ser la última víctima de ese ser infecto o si, por el contrario, tiene pensado guardársela hasta el final, como si de la estrella de un *show* se tratase. Sea

como sea, sabe que las oportunidades de volver a ver a su hija con vida se van reduciendo a cada minuto que pasa, y el hecho de no poder hacer nada la quema por dentro.

— Vea, creo que le llegó un mensaje al *cel*, Pantera. —Flaca llama su atención desde el otro lado de la sala.

Micaela se levanta de su asiento tras darle el último trago a un café que daría asco a cualquiera que no tuviera el alma en pena y se acerca a sus compañeros para comprobar su móvil.

—Es Rubén. Ya han identificado a la última víctima y, al parecer, acaba de denunciarse la desaparición de otra.

—La número cuatro, ¿no? —pregunta Oso.

—Así es —responde Micaela tras un largo suspiro—. Lo que significa que hay muchas probabilidades de que Bianca sea la siguiente.

—¿No les parece raro que Ares la tenga guardada tanto tiempo? —pregunta Flaca—. A las otras peladas se las bajó en cuestión de horas. ¿Entonces por qué con Bianca es distinto, ah?

—Joder, Flaca. La empatía sigue sin ser uno de tus puntos fuertes —se queja Oso al observar la reacción de Micaela.

—Lo siento, Pantera. Solo quería hablar claro, pues.

La mirada de Micaela se cruza con la mirada oscura de Flaca. Para quien no la conoce, sus ojos negros pueden parecer inexpresivos, pero ella, que ha compartido aventuras y desventuras con esa colombiana deslenguada, es capaz de ver cómo la culpa la reconcome tras su comentario. Sin embargo, Micaela no se lo tiene en cuenta. Sabe que la vida de Flaca ha sido demasiado dura, aunque ella jamás le ha dado detalles al respecto.

Un día en los que a Sasha se le fue la mano con el vino tinto le contó que sus padres, si es que merecen esa denominación, la habían prostituido desde el mismo momento en el que sopló las

doce velas y su cuerpo comenzó a asemejarse al de una mujer. Luciana, su hermana mayor, llevaba corriendo la misma suerte desde hacía un par de años para entonces. En cuanto alcanzó la mayoría de edad, Luciana se llevó a Flaca del domicilio familiar para alejarla de ese infierno. Sin embargo, las llamas que allí la abrasaron ya estaban marcadas en su piel, y, sobre todo, en su alma. Se vio obligada a crecer demasiado rápido y, tras idas y venidas y varias adicciones dañinas con olor a alcohol y a cocaína, acabó en el comedor social en el que trabajaba Sasha y donde comenzó su nueva vida, una que sí le pertenecía.

—No te preocupes. —Micaela le quita importancia al asunto, aunque el comentario le ha calado en el alma—. Quién sabe, puede que Bianca lleve muerta desde el primer día. Puede que Ares tan solo haya estado jugando con mi esperanza todo este tiempo. Ese hijo de puta no tiene escrúpulo alguno, así que las posibilidades son infinitas.

—Posibilidades en las que es mejor no pensar —le dice Oso—. Vamos a centrarnos en encontrarla, ya tendremos tiempo para los lamentos, si es que son necesarios.

Micaela sonríe al grandullón de su compañero, aunque no con demasiadas ganas. Durante todo ese tiempo la esperanza de que su hija permaneciese con vida se había mantenido casi intacta, pero ahora que Flaca ha exteriorizado la posibilidad de que no sea así, Micaela ha sentido cómo su corazón se rompía en mil pedazos. «¿Y si ya no queda nada de ella? ¿Y si tan solo voy a encontrarme su cadáver frío y mutilado?». La presión sobre los hombros de la que en su día fue la delincuente más buscada de España es demasiado intensa. Trata de mantenerse fuerte, erguida, como la felina temible que se supone que es, pero el deseo de venganza es lo único que la mueve a estas alturas.

—¡Bingo!

La voz de Teclas rompe el silencio, desentonando con su efusividad en el ambiente cenizo que se había creado. El informático se gira en su silla de última generación para encarar al resto de sus compañeros. Micaela lo mira absorta, pues la sonrisa que se dibuja en su cara solo puede vaticinar buenas noticias.

—¿Vas a contarnos ya qué cojones pasa? —pregunta Oso.

—Tengo que confesaros que os he mentido —comienza a explicar Teclas con aire teatral a la vez que se ajusta las gafas—. Bueno, más bien os he ocultado información... No quería contaros toda la verdad delante de Rubén y Lucía, pero ahora que he conseguido sacar algo en claro, por fin puedo compartirlo con vosotros.

—¿Va a cantar ya, o prefiere que le dé una ayudita *pa´* animarse? —lo amenaza Flaca.

—Tranquila, ya voy —responde el informático mostrando las palmas de las manos como si le estuvieran atracando—. Veréis, con la placa de matrícula que consiguieron esos dos policías he logrado averiguar en la Deep Web quién se ha encargado de falsificarla. Se trata de un delincuente con bastante nombre en la zona, pero sin muchos conocimientos en seguridad informática, porque acceder a sus archivos ha sido pan comido. Total, que al saber la fecha del pago que le hicieron por la falsificación y teniendo en cuenta el último punto en el que mi dron perdió de vista el Range Rover de los hombres de Ares, he investigado las construcciones cercanas que estaban ocupadas en los días previos y posteriores a dicha transacción.

—¿Puedes hablar en cristiano, por favor? —le reclama Oso, que ya se ha levantado de su silla a causa de la intranquilidad—. Cuando te pones en modo pedante no hay quién te entienda.

—En resumen: sé dónde está Ares —dice Teclas sonriendo con aires de superioridad—. ¡Y no solo eso! Además, he conseguido pinchar las cámaras de seguridad que ha instalado en su fortaleza. Tengo acceso directo a todas, audio incluido. Mucho dios de la guerra, pero menuda mierda de sistema que ha instalado. Hasta un niño de diez años podría craquearlo.

—¿Estas de coña? —dice Oso.

—Ven a verlo tú mismo —le reta el informático—. ¿Ves? ¡Ahí los tienes! —le dice a la vez que señala la pantalla—. Esos cabrones acaban de liarla gorda, están llenos de sangre.

Micaela mira una y otra vez los minúsculos cuadraditos que aparecen en la pantalla de Teclas. Ve a decenas de hombres ir de aquí para allá, habitaciones repletas de armas, un garaje con cinco coches de gran cilindrada... Busca entre todos ellos algo que la acerque a su hija, hasta que observa una habitación oscura en la que parece distinguirse un cuerpo pálido y débil.

—Amplía esta —le ordena Micaela a la vez que señala con el dedo índice uno de los recuadros.

Teclas traga saliva. No es capaz de ver con demasiada claridad qué es lo que recoge la cámara que Micaela ha señalado, pero intuye que se trata de una de las víctimas. La chica está inmóvil, tirada en el suelo como si se tratase de una muñeca rota con la que su dueño se ha cansado de jugar.

—¡Amplíala, joder! —insiste ella dándole un puñetazo a la mesa.

El informático hace doble clic sobre la imagen para que pase a ocupar toda la pantalla. En ella, Bianca aparece tumbada sobre el suelo, desnuda, con un largo tubo anclado a la garganta y la fuerza justa para pestañear mientras observa el techo de su lugar de encierro. En una esquina de la estancia pueden distinguirse diversos desechos y a lo largo de la diminuta habitación hay bandejas y

bandejas repletas de comida. Micaela contiene un grito de desesperación. Ahora sabe que su hija está viva, pero las condiciones en las que se encuentra son peores de lo que había imaginado.

—¿Qué le han hecho a mi niña? —acierta a decir.

—Tenemos que ir a por esos cabrones. ¡Ya! —grita Oso.

—Por lo que he escuchado, varios de ellos saldrán de la base para depositar el último cadáver en la ciudad —comenta Teclas—. Según mis cálculos, en su fortaleza quedarán ocho hombres, además de Ares. Aunque no os puedo asegurar que no se me haya pasado alguno por alto.

—¿Y entonces? ¿Van a meter a los *tombos* en esto o qué? —pregunta Flaca, dando por hecho que empieza el combate.

—Solo somos cuatro, y os recuerdo que yo cuento por medio —señala Teclas—. Ya sabéis que la puntería no es lo mío. Creo que lo más razonable es avisarlos para que...

—Prefiero dejarlos al margen de esto —afirma Micaela—. No quiero que se vean envueltos en un tiroteo y que alguno salga herido. Bastante hundidos en el fango están ya por mi culpa.

—Yo casi me cargo a uno de los suyos en nuestro último golpe, así que les debo una —dice Oso—. Por mí, los dejamos fuera.

—Chicos, entiendo perfectamente que no queráis acompañarme —les dice Micaela—. Sé que, con tiempo, podríamos asegurar nuestras probabilidades de éxito haciendo esos planes tan al milímetro que organizábamos cuando todavía éramos una exitosa banda criminal, pero ahora no puedo esperar ni un minuto más. No sé cuánto tiempo va a aguantar viva mi hija —susurra antes de que se le quiebre la voz.

—¿Está hablando en serio o qué? *¿Pa´* qué cree que vine, pues? —interviene Flaca—. Me muero de ganas de pegarme un buen baño

de pólvora, Pantera. Eso no me lo pierdo.

—Coged vuestras armas, señoritas —dice Oso—. Vamos a cargarnos a ese hijo de puta.

41

—¿Rubia? —Lucía relee una vez más la descripción física de la nueva menor desaparecida—. Esto no encaja con lo que Ares busca. ¿A qué cojones juega?

—Lucía, a la pobre chica de las arañas le puso lentillas —le recuerda Rubén—. Cabe la posibilidad de que esta no tenga nada que ver con Ares y su plan, pero no podemos descartarlo por el simple hecho de que su color de pelo no encaje.

—Lo que me faltaba —se indigna la subinspectora—. Esos jodidos locos son capaces de teñirle el pelo mientras la torturan. ¡Hay que estar mal de la cabeza!

—¿Eso no te había quedado claro ya? En su mundo no hay normas, Lucía. Ya lo dijo Micaela. No hay compasión, moral ni mucho menos empatía.

—Espero que pronto podamos meter a esa gentuza entre rejas. Eso si llegamos antes que nuestros nuevos amigos, claro. Si no, creo que solo tendremos que levantar los cadáveres de Ares y compañía.

—No estaría mal —confiesa el inspector—. ¿Has comprobado el relato de los testigos de este último secuestro?

—Es una pareja de avanzada edad que afirma haber visto por la ventana de su salón cómo un par de hombres metían a la fuerza a la chica en un coche oscuro. No han podido aportar marca ni modelo, pero la mujer tuvo tiempo de anotar los números de la placa y una de las letras. Aunque seguramente esté doblada, puede que ese informático amigo de Micaela pueda sacar algo útil de ella.

—Seguro que tiene más medios que nosotros para hacerlo. He llamado a Micaela un par de veces, pero no me coge el teléfono. ¿Qué te parece si vamos a hacerles una visita?

—Tú mandas —responde Lucía a la vez que abandona su asiento.

Las horas han transcurrido implacables mientras Rubén y Lucía hacían las gestiones oportunas en relación con la nueva denuncia por desaparición. El inspector jefe Ferrer ha llamado a Rubén en un par de ocasiones, irritado porque considera que la situación se le está yendo de las manos. Él le ha asegurado que están más cerca que al principio, aunque no sea del todo verdad. Más allá de los escuetos datos sobre los vehículos que utilizan los hombres de Ares y la dirección que tomaron al dejar el establecimiento de alquiler, no tienen nada.

El cansancio va haciendo mella en ambos policías, que intentan convencerse de que no necesitan darse un respiro a base de café y bebidas energéticas. El estómago de la subinspectora ya ha comenzado a resentirse. En el asiento del copiloto, apoya la nuca en el reposacabezas y se da el lujo de cerrar los ojos durante unos minutos. La luna ha cogido el relevo al sol hace ya bastante tiempo, y es la encargada, junto a un puñado de estrellas, de arrojar algo de luz sobre la ciudad. Con los párpados aún cerrados, Lucía se deja acariciar por la iluminación intermitente de las farolas cuando el vehículo que conduce Rubén pasa por su lado. Luz, oscuridad; luz, oscuridad..., así una y otra vez, metiendo y sacando a Lucía de las tinieblas mientras el traqueteo del coche la mece con demasiada brusquedad en ocasiones. Su mente vaga entre pájaros ensangrentados, arañas hambrientas y enormes y redondas rocas que, como en una película de Indiana Jones, la persiguen cuesta abajo deseando aplastarla como a una mosca. No sabe cuál será el tormento que Ares tiene guardado para la siguiente víctima. Miles de

dudas tintinean en su cabeza, pero la subinspectora no es capaz de centrarse en ninguna de ellas.

—Micaela sigue sin responder.

La voz de Rubén despierta a Lucía, que no sabe que se ha dormido. Tras frotarse los ojos con fuerza y erguirse ligeramente en su asiento, mira por la ventana, comprobando que ya están cerca de la base de sus inesperados compinches.

—Pronto saldremos de dudas —dice la subinspectora tras aclararse la voz.

—¿Crees que les ha pasado algo? —pregunta Rubén, con la inquietud patente en cada una de sus palabras.

—Viendo cómo se las gasta Ares, no es algo descabellado. Pero esta gente es dura de pelar, guaje. Saben sacarse las castañas del fuego ellos solitos.

—Espero que tengas razón. No quiero soportar la carga de otros cuatro cadáveres más.

—¿Tienes alguna novedad sobre el estado de tu profesor?

—Su mujer me ha dicho que han tenido que inducirle un coma, la cosa es más grave de lo que parecía. —El inspector toma aire antes de continuar—. Me siento culpable, ¿sabes? ¿Y si la presión por ayudarme es lo que ha detonado el ictus? Él tenía una vida tranquila hasta que yo aparecí de nuevo y...

—¿Estás loco? Tú no tienes nada que ver. Estoy segura de que ese hombre está encantado de ayudarte, guaje. No lo has sometido a presión, le has dado un motivo para sentirse útil.

Rubén, aún compungido, estaciona el vehículo tras la maleza, tal y como ha hecho en las demás ocasiones en que han ido allí. En cuanto ve la edificación, un rayo eléctrico golpea su nuca: no hay luz, no hay vida.

—Falta un coche —le comunica Lucía, que ya ha echado a andar hacia la puerta.

—Parece que no hay nadie dentro. ¿Crees que se han ido?

—Solo hay una manera de averiguarlo, ¿no? —responde la subinspectora sin dejar de caminar.

La hojarasca que cubre el suelo de los alrededores delata sus pasos. Hasta el más inexperto de los cazadores sería capaz de detectarlos. Ambos avanzan con las armas desenfundadas. No les ha hecho falta trazar plan alguno. La orden es clara: apuntar al pecho de cualquier intruso que puedan encontrarse, llegando a disparar si fuera necesario. Saben que Ares y sus hombres son las personas más peligrosas a las que jamás van a enfrentarse y por eso no piensan darles ni un segundo para que tengan la oportunidad de abrir fuego contra ellos.

Se sitúan uno a cada lado de la puerta de entrada, pegando sus espaldas a la pared. Rubén extrae las llaves que Micaela le dio cuando llegaron al acuerdo de colaborar y, con cautela, introduce la elegida en la cerradura. Tras contar hasta tres, acceden al interior, dirigiendo sus armas de un lado al otro con la intención de apuntar a quiénes puedan estar allí. Los haces de las linternas que sujetan con la mano débil para acompañar al cañón de sus armas bailan en la oscuridad, iluminando únicamente un espacio vacío. Rubén y Lucía inspeccionan todo el recinto para asegurarse de que no hay nadie esperando la oportunidad de tirotearlos al más mínimo descuido, pero no encuentran nada más que latas de cerveza vacías y cargadores a medio municionar.

—Aquí no hay ni dios —comenta Lucía—. Habrán salido a hacer alguna gestión.

—¿Todos juntos? —pregunta Rubén, confuso—. No tiene sentido. Alguno debería haberse quedado para cuidar el fuerte. ¿Por qué no

nos han avisado?

—Ya te lo dije. Esta gente no nos ha dicho todo lo que sabe.

Un nuevo mensaje llega al móvil del inspector. Rubén agarra su *smartphone* con la ansiedad apretándole las tripas y la sensación de que algo no va bien trepando por sus pantorrillas, cada vez más arriba, cada vez con más intensidad. Un número desconocido con prefijo de la Costa de Marfil es el emisor del texto. En él tan solo hay unas coordenadas acompañadas por un par de frases cortas. «No tardes. Y trae a la caballería».

42

Ares enjuaga sus brazos en el lavabo, tiñendo de rojo la porcelana blanca. Frota su piel con fuerza para despojarse de la sangre de la muchacha a la que acaba de despellejar viva. Sus gritos no dejaron de sonar hasta que el trabajo ya estaba casi hecho, algo que él agradece enormemente. Justo es eso, el dolor de quienes no pueden escapar de sus garras, lo que le mantiene centrado en continuar con su legado.

Una vez que consigue que ese líquido cálido abandone casi por completo sus extremidades, se agacha sobre el lavabo para limpiarse la cara. El procedimiento le ha resultado muy gratificante, pero también bastante engorroso: apenas hay zonas de su cuerpo o de su ropa que hayan aguantado indemnes la carnicería.

—La muy zorra sangraba como un puto cerdo en plena matanza.

Ares se ríe de su propia broma mientras hunde la cara en un montón de servilletas que pronto dejan de ser blancas. Una vez que ha retirado la mayor parte de la suciedad de su rostro, se mira a los ojos en el espejo. Hacía mucho que no veía esa parte de él, que no sacaba a flote su lado más perverso. Ahora se arrepiente de haber estado tanto tiempo sin ensuciarse las manos, ordenando a otro que lo hiciera por él. Sin dejar de observar al hombre poderoso que le muestra su reflejo, recuerda el filo del cuchillo hundiéndose por primera vez en la piel joven y marmórea de la muchacha. Estaba tan afilado que su carne apenas opuso resistencia. Los gritos de la niña le taladraban los oídos con potencia, pero eso solo alimentaba más y

más su ego. Se sentía invencible con cada lamento, con cada lloro. «Soy el puto dios de la guerra, joder», pensaba cada vez que fileteaba un nuevo trozo de tejido de su presa.

Está seguro de que, si no lo hubiera hecho él mismo, la víctima se habría desmayado mucho antes, privándole del gozo que le supone el sufrimiento humano. Sin embargo, tuvo mucho cuidado. Supo detenerse cuando el organismo de la niña estaba a punto de colapsar y continuar cuando se había recuperado lo suficiente como para aguantar otra buena dosis de dolor. Necesitaba escuchar sus gritos y, por supuesto, también quería que Bianca los escuchase. Lo excitaba pensar en el miedo de esa niña, que iba a pagar por los pecados de su madre. Muy pronto tendría su encuentro con Pantera y entonces, solo entonces, Ares podría llevar a cabo su plan.

—Vamos a encargarnos del cadáver —le dice uno de sus hombres, asomado a la puerta del baño—. Le avisaré cuando esté listo.

—Daos prisa —responde él con firmeza—. No queda nada para el número final.

En un principio, había pensado cargarse a la hija de Micaela después de permitir que todos sus hombres la utilizasen como a una muñeca hinchable hasta que se aburriesen de ella. Sin embargo, pronto desechó esa idea. «Ese coñito adolescente los volvería locos y el proceso se alargaría demasiado», pensó, consciente de la panda de animales sobre la que reinaba. Además, quitarle la vida sin previo aviso habría sido demasiado simple. Por supuesto que Micaela sentiría dolor por la pérdida de su única hija, pero él quería más. Quería que viviera esa incertidumbre que a él le había tocado experimentar cada mañana, cuando no sabía si conseguiría llegar al retrete antes de que sus esfínteres dejasen salir todos los deshechos de su cuerpo sin miramientos. Necesitaba que ella, que le había robado todo, se viese absorbida por la agonía de no saber dónde

estaba su hija, atormentada por la duda de si Bianca sería la siguiente. Por eso, había planificado cuatro asesinatos en tiempo récord, preludio del de Bianca, que ya estaba a punto de suceder.

—Estoy deseando volver a verte, puta —susurra Ares con las manos aún apoyadas en el lavabo—. Esta vez no cometeré el jodido error de subestimarte.

Su plan es sencillo: atraerá a Micaela hacia su base con alguna pista que «casualmente» su compinche el informático encuentre en la red y, una vez la tenga allí, la violará con diferentes objetos, cada cual peor que el anterior, hasta partirla en dos si fuera necesario. Mientras tanto, Bianca la observará retorcerse de dolor, adherida a ese tubo que le han incrustado en la garganta y que será su sentencia de muerte. Justo antes de que Micaela exhale su último aliento, Ares se acercará a su hija para juguetear con su cuerpo joven y esbelto ante los horrorizados ojos de la madre. De esa manera quiere asegurarse de que la agonía en la que perezca la poderosa Pantera no solo sea física, sino también mental.

Sabe que su banda de atracadores no la dejará acudir sola, pero también tiene un plan para ellos: piensa cargárselos lentamente uno a uno delante de Micaela, para que cada uno de sus gritos de dolor le recuerde que la culpa de todo esto es suya y solo suya.

—Puede que con la colombiana también me entretenga un rato —piensa en voz alta.

El amarillo de sus dientes se refleja inevitablemente en el espejo. Ares siente un creciente deseo de que llegue el momento, de que esa panda de delincuentes venidos a menos acudan a su base decididos a poner fin a su historia para acabar siendo ellos quienes mueran en el intento. Va a disfrutar cada segundo de ese reencuentro y, una vez que acabe con ella, con todos ellos, podrá por fin vivir en paz.

Abandona el baño a sabiendas de que aún hay rastros de sangre en su piel, pero no le importa lo más mínimo. Pronto esas trazas rojizas serán cubiertas por otras más frescas y, sobre todo, mucho más deseadas. Solo tiene que esperar a que sus hombres regresen tras completar la tarea de colocar a la nueva víctima en el lugar acordado y, una vez que todos los refuerzos estén disponibles, comenzará la última parte del plan.

—Si creéis que hay algo que podáis hacer, vais listos —piensa en voz alta al volver a su despacho.

Con parsimonia, se quita la camiseta sucia para sustituirla por otra que, aunque no está limpia del todo, al menos no tiene esos manchurrones rojos que han comenzado a acartonar la tela. Su cojera se ha acentuado ligeramente al haber pasado tanto tiempo de pie ocupándose de arrancarle la piel a jirones a su última víctima, así que se decide por darse un merecido descanso. Con dificultad, se acerca a su mueble bar y, tras dejar que su mirada navegue por los diferentes elixires que contiene, se decide por servirse un buen vermú blanco. Le apetece algo dulce que haga juego con el olor de la sangre. Tres piedras de hielo y un buen chorro de bebida después, Ares se dirige a su inseparable sillón para beberse con calma la exquisitez que contiene el vaso con el deseo ingobernable de que la próxima vez que se tome una copa sea frente a la cabeza degollada de esa maldita Pantera.

43

—¡No me jodas, Villa! ¡Sabía que andabas metido en algo!

El inspector jefe Ferrer, con los ojos aún enrojecidos por el sueño, no ha dejado de gritarle a Rubén desde que él, a la vista de los nuevos acontecimientos, decidió sacarlo de la cama en plena noche. En el momento en el que recibió ese mensaje, supo que no podía demorarlo más y decidió contarle a su jefe todo lo que realmente había estado pasando durante los últimos días. Es un paso previo imprescindible si quiere contar con el apoyo del Grupo Operativo Especial de Seguridad para acudir al lugar en el que se encuentra refugiado Ares junto a sus matones y, dada la peligrosidad del asunto, más le vale conseguir el beneplácito de su jefe para que sean los hombres de negro quienes irrumpan en su guarida.

—¡Se te va a caer el pelo! —continúa su superior—. ¿A quién se le ocurre meterse en algo así por una exconvicta? ¡Joder, Rubén! ¡Que te estás jugando la puta carrera!

—Soy consciente de que lo que he hecho no es ortodoxo —trata de excusarse el inspector—, pero era la única salida que...

—¡Y encima has arrastrado a tu subinspectora al pozo de mierda en el que vas a hundirte! —Su superior sigue despotricando sin prestarle atención—. Lucía es una profesional como la copa de un jodido pino y tú, con tus decisiones inmaduras, vas a conseguir cargarte su carrera también.

—Lucía no tiene nada que ver con todo esto, jefe. No quiero que se vea salpicada —responde Rubén con voz férrea—. Yo asumo toda

la responsabilidad. Pero Ferrer, por favor, necesito que me escuches.

—¿Crees que los de Asuntos Internos van a tener clemencia con ella? —El rostro enrojecido del inspector jefe parece estar a punto de explotar—. ¡Ni por asomo, Villa! ¡Está tan jodida como tú!

Rubén siente que un rayo recorre sus articulaciones y, antes de que su mente llegue a procesar lo que está a punto de hacer, pega un puñetazo en la mesa que logra llamar por fin la atención de su superior.

—¡Escúchame, joder!

Rubén articula esas palabras con una voz dura y firme que hace que el inspector jefe cese en su afán de recordarle una y otra vez el lío en el que está metido. Cuando se asegura de que finalmente ha conseguido que Ferrer clave la mirada en sus ojos, respira profundamente, preparándose para pedirle lo que lo ha llevado hasta allí la madrugada de un domingo.

—Como ya te adelanté por teléfono, tengo las que probablemente sean las coordenadas en las que se encuentra el lugar donde se esconde el asesino de los tormentos, aunque aún tenemos que confirmarlo —explica Rubén con un poco más de calma—. Tenemos que ir cuanto antes, Ferrer. Es cuestión de tiempo que se monte una buena guerra allí.

—¿El asesino de los tormentos? —pregunta, extrañado, el inspector jefe—. ¿Le has puesto nombre a ese hijo de puta?

—En realidad se llama Ares, como el dios griego de la guerra —comenta Rubén, alabándose a sí mismo por haber planteado la hipótesis correcta desde el principio—, pero ya te contaré los detalles cuando hayamos detenido a esa bestia. Ahora no hay tiempo para historias antiguas.

—¿Qué pretendes hacer?

—Necesito que sean los GOES quienes entren en la fortaleza de Ares y los suyos. Sin ellos no tendremos ni la más mínima opción de hacernos con el lugar. Esa gente es realmente peligrosa, Ferrer.

—¿Me pides que active a los GOES a las cuatro de la mañana de un fin de semana sin tener claro que las coordenadas son correctas? Ni siquiera el juzgado tiene conocimiento de esto, Villa. ¿Cómo vas a pedirle una autorización a la jueza?

—Lucía está preparando el oficio para solicitar la entrada y registro del lugar; y ya me he encargado de llamar a su señoría para que esté prevenida al respecto. Por suerte, la jueza está tan implicada como nosotros en el caso, puede que más. El hecho de que haya un degenerado como Ares asediando la ciudad que la vio crecer la tiene en vilo desde que apareció el primer cuerpo. Por no hablar de la presión que está metiendo la prensa. Me ha autorizado a entrar en esa misma llamada, sin perjuicio del papeleo que proceda y que nos enviarán *a posteriori*.

—No sé cómo cojones lo haces, Villa. Tienes una puta flor en el culo. Te alías con una panda de exdelincuentes a los que acabas de conocer y en menos que canta un gallo consigues que te pasen información sobre dónde se esconde ese asesino cabrón fan de la mitología griega. ¡Y no solo eso! Además, tienes los huevos gordos de levantar a la jueza que lleva el caso a las tantas de la madrugada de un domingo y ella, en vez de mandarte a tomar por el culo, te autoriza las medidas que le solicitas sin rechistar. ¡Hay que joderse! No sé de dónde has salido, chaval, pero te aseguro que, después de más de veinticinco años de profesión, es la primera vez que veo algo así.

Rubén sonríe. Por fin ha conseguido que Ferrer entre en razón y entienda, de una vez por todas, la extremada gravedad del asunto. Si no se dan prisa, cuando lleguen al lugar, tan solo hallarán una

panda de cadáveres cosidos a tiros y, muy probablemente, entre ellos se encuentren los de Micaela y su banda. No tiene ni idea de cuántos serán los guerreros con los que batallará Ares, pero está seguro de que serán más de cuatro; y, por muy buena puntería que tengan Pantera y los suyos, la superioridad numérica no juega precisamente a su favor.

—Jefe, necesito que gestiones ya a los GOES —reitera Rubén a la vez que mira alarmado su reloj de pulsera—. No sé cuánto tiempo tenemos hasta que se líe la de San Quintín y ellos tardarán como mínimo una hora en llegar hasta allí.

—No te preocupes, Villa. Llegarán en cincuenta minutos.

—Gracias, Ferrer. En cuanto Lucía termine el escrito, nos acercaremos a la zona en un camuflado para comprobar si la dirección es buena y se lo corroboraremos a ellos.

—Muy bien, chaval —responde el inspector jefe—. Tened cuidado.

Cuando Rubén se cerciora de que, efectivamente, los GOES han recibido el aviso y se ponen en marcha, regresa al despacho junto a Lucía, que para entonces ya ha finalizado con el escrito dirigido al juzgado.

—Solo me queda enviarlo —comenta la subinspectora al ver a su jefe entrando por la puerta—. La jueza va a alucinar con el relato. Parece una jodida película de Tarantino.

—¿Has avisado al resto? —pregunta Rubén, comprobando una vez más su reloj.

—Están de camino. Entre que los he pillado dormidos y la historia que les he contado, no tengo muy claro que sean conscientes de lo que está a punto de suceder. Espero que con un café en la mano puedan entender de qué va todo esto.

—No me extraña, Lucía. Creo que no lo entiendo ni yo.

El incansable binomio abandona la comisaría en un camuflado para acercarse al punto que marcan las coordenadas. Quieren ver el edificio que el GOES debe asaltar para, de ese modo, facilitarles información más precisa mientras van de camino hacía allí. Pablo, Nerea y Román, a punto de llegar a base, se dividirán las funciones conforme Rubén les ha solicitado: mientras que Pablo se encarga de buscar los planos para enviárselos al grupo especial, los otros dos acudirán en otro de los coches oficiales al lugar para prestar apoyo.

Rubén conduce escudado por la noche. Al parecer, Ares ha decidido ocultarse en una nave en la que se fabricaban esmaltes cerámicos que se encuentra perdida entre densa vegetación del pueblo de Onda. La comisaría está a tan solo trece kilómetros del destino y, aunque el navegador del *smartphone* marca que tardarán dieciséis minutos en llegar, el inspector sabe que a esas horas de la madrugada conseguirá recortarle una buena porción de tiempo al trayecto.

La autovía de La Plana duerme pacífica sin sufrir el alboroto del tráfico. Si no fuera porque la única luz que alumbra su camino, además de la de los faros del vehículo, es la de una luna que se esconde tímida tras las nubes, los policías serían capaces de deleitarse con el tono violeta de los extensos brezales que pueblan gran parte de los terrenos junto a la carretera. Sin embargo, solo atinan a observar una masa negra casi uniforme de vegetación que no es demasiado esperanzadora. La llanura del entorno es algo que siempre le ha transmitido calma a Rubén, pero, en esta ocasión, no hay nada que sea capaz de ponerle fin a la intranquilidad que se acrecienta con cada cambio en el minutero del reloj digital que hay en el salpicadero del camuflado.

—Es esta salida —comenta Lucía dejándose guiar por el GPS—. Estamos a menos de dos minutos.

—Voy a apagar las luces ahora que estamos cerca —responde el inspector—. Mi intención es pasar de largo el edificio para acceder desde la zona arbolada que hay justo detrás. Creo que desde allí tendremos buena visibilidad de la nave.

Rubén cumple con lo previsto y, tras pasar de largo la nave en la que Ares ha estado escondido durante todo ese tiempo, se desvía por un camino de tierra que va a dar a un campo plagado de frondosas encinas. El inspector disminuye la velocidad para adentrarse en el terreno y, con cautela, se acerca a la zona arbolada que está más pegada al punto de intervención.

—Parece tranquilo, ¿no?

—No me fío demasiado —responde Rubén—. Lo que está claro es que hay alguien dentro de esa nave. ¿Ves esas rendijas de allí? —pregunta el inspector a la vez que señala una de las esquinas—. Eso es luz, ¿verdad?

—Diría que sí —comenta Lucía sin dejar de observar el punto que su compañero le ha marcado—. ¿Cuánto crees que le quedará al GOES?

—Espero que poco —confiesa Rubén—. Soy fiel creyente de que justo antes de la tormenta es la calma lo que suele imperar. Y aquí hay demasiado silencio ahora mismo.

Lucía escruta el entorno con la mirada. Lo cierto es que no consigue percibir ningún sonido más allá del de la maleza mecida por el viento y del provocado por algún animal asustadizo que corretea entre la vegetación tras haber detectado su presencia. Cuando fija un poco más la mirada, consigue distinguir algo que se le había pasado por alto.

—¿Qué es eso? —pregunta a su jefe—. ¿Es un coche?

Rubén aguza la vista para analizar el objeto que señala Lucía y siente que el corazón se le acelera.

—Es el coche de Flaca —dice Rubén al reconocer el RS3 que le prestó la colombiana para hacer el seguimiento—. Y está vacío.

—Esa panda de locos ya está dentro, guaje —dice la subinspectora con un tono de alarma adherido a la garganta.

Rubén, como en un acto reflejo, agarra el arma reglamentaria, hasta entonces colocada en la funda de su cinturón. Comprueba que está cargada e inmediatamente después se asegura de que el segundo cargador esté municionado al completo. Un nuevo minuto transcurre en el reloj del vehículo, convirtiendo la tensión de la mandíbula del inspector en algo casi insoportable. Rubén mira a su compañera, que también ha empuñado su pistola. No hace falta que se digan nada más. Saben que, si la cosa se pone fea, correrán sin pensarlo hacia la batalla.

44

Aunque la madrugada da algo de tregua y la temperatura es un poco más suave, el sudor no deja de chorrear por la espalda de Oso. Está agazapado junto a sus compañeros en las inmediaciones de la nave y no es hasta ese preciso instante cuando se da cuenta de que los años no pasan en balde. Antes no se dejaba amedrentar por nada ni por nadie. Era el primero en correr hacia la hoguera sin miedo alguno a quemarse. Sin embargo, ahora tiene tres motivos por los que vivir: sus dos hijos y su mujer lo esperan en casa, y pensar en la posibilidad de que lo único que vayan a recibir es la noticia de su muerte en un lugar inhóspito de Castellón ha conseguido acongojarlo.

Las hojas de un arbusto se mueven de forma inesperada al lado de Teclas, haciéndole dar un respingo. «Seguro que solo es un jabalí», piensa sin dejar de apuntar con su arma hacia la vegetación. No se siente cómodo haciendo trabajo de calle, pero sin él tan solo serían tres y, aunque su presencia no va a sacar a sus compañeros de ningún apuro, jamás se perdonaría haberlos dejado solos frente al peligro.

Aunque se considera una pieza indispensable del cuarteto debido a sus inmejorables conocimientos de informática, siempre se ha sentido diferente a los otros. Son valientes, echados para delante, mientras que él es capaz de asustarse hasta de su propia sombra. «En realidad, siempre me he sentido diferente a todo el mundo», se recuerda; y es que el *bullying* lo acompañó durante toda su infancia

y buena parte de su adultez. De hecho, fue el principal motivo por el que se unió a la banda con la que ahora está a punto de entrar en una nave llena de sicarios: la soledad que lo engullía era tal que cualquier atisbo de unión, aunque fueran tres desconocidos, le pareció un oasis en el mismísimo desierto. No le hace falta preguntarse si merece la pena, pues la respuesta es un rotundo «sí». Los tres majaderos que hoy lo acompañan le enseñaron a valorarse a pesar de sus carencias y, sobre todo, le brindaron apoyo cada vez que lo necesitó. Le dolió en el alma arrancar el motor de la furgoneta para huir el día que detuvieron a Micaela tras el robo frustrado que puso fin a la banda, pero no pudo hacer otra cosa, o eso se repite. Ahora, aunque el miedo lo invade, está dispuesto a redimirse. No sabe cómo, pero piensa estar a la altura.

Cuando por fin se convence de que la alimaña que trastea en el arbusto es inofensiva, Teclas echa un vistazo a su móvil para comprobar que todo continúa en orden. Antes de acceder al recinto, el informático ha hackeado las cámaras externas de la fortaleza de Ares para que emitan en bucle grabaciones antiguas que les permiten cubrir su presencia. De esa manera han podido acercarse sin que Ares y sus hombres reparen en que tienen compañía. Teclas suspira, hastiado de esperar. No tiene prisa por entrar a lo que sabe que se convertirá en un baño de sangre, pero quiere acabar cuanto antes. Aunque sea con un orificio de bala en el cerebro.

—¿Estáis listos?

El susurro de Micaela alerta a sus compañeros, que asienten en la oscuridad. Cuando percibe la respuesta afirmativa, Pantera encabeza la expedición hacia la guarida de su torturador seguida bien de cerca por los demás miembros del equipo. La vegetación, aún deshidratada por el calor que todavía aqueja a la provincia a pesar de que el verano ya ha finalizado, se resquebraja bajo las botas de

los exdelincuentes, delatando su presencia a la fauna que los rodea, aunque, por suerte, no a Ares y los suyos. Según lo que Teclas le ha enseñado en su teléfono antes de bajar del vehículo, todo transcurre con normalidad en el interior de la fortaleza. Unos cuantos hombres la han abandonado para ocuparse de colocar el cadáver mutilado de la última víctima donde les ha indicado Ares y ahora, además del dios de la guerra, son ocho los guardianes que se encuentran en sus entrañas. Deben darse prisa si quieren acabar con el secuestrador de Bianca antes de que lleguen los refuerzos.

Mientras avanzan agazapados y en absoluto silencio, Micaela no deja de pensar en la condena a muerte que les ha impuesto a sus compañeros. En el mejor de los casos, será una guerra de nueve contra cuatro y, aunque el factor sorpresa es importante y está de su parte, sabe que es inevitable que tenga lugar alguna baja en su bando. Le pide al cielo que, si alguno de ellos tiene que perecer, sea su vida la que termine ese mismo día, pero, por favor, que le permita morir sabiendo que su hija está a salvo.

Cuando están lo bastante cerca del acceso por el que han determinado entrar tras analizar los planos de la nave, Micaela le hace un gesto al resto para que se detengan. Allí la iluminación es algo más generosa, por lo que es capaz por fin de distinguir con claridad la expresión de sus rostros. Ve terror en los ojos de Teclas, ansiedad en los rasgos toscos de Oso y excitación en la cara bronceada de Flaca. Micaela les da las gracias con la mirada, sin sentirse capaz de articular palabra alguna. Jamás habría pensado que, tantos años después, el equipo de delincuentes volvería a reunirse y, mucho menos, en esos términos.

—Déjese de maricadas, Pantera. Este no es momento *pa´* lamentos —susurra Flaca al percibir la culpabilidad en los ojos de su compañera—. Vamos a jugárnosla con este último golpe. Juntos.

Micaela le regala una sonrisa sincera a cambio del apoyo que tanto necesita. Pantera vuelve a darles la espalda y cada uno se sitúa en la posición acordada con anterioridad para proceder a la entrada. Tras el gesto firme de Micaela, Oso se acerca a la puerta seleccionada y manipula la cerradura, que cede en menos de dos minutos. El grandullón abre la puerta con cuidado, aunque no consigue evitar el chirrido de las desgastadas bisagras. Por suerte, no hay nadie tras el panel de acero que acaba de forzar y tanto él como su equipo entran sin tener que rebanarle el cuello a nadie. Al menos de momento.

Los cuatro exdelincuentes caminan por uno de los pasillos desvencijados de la nave siguiendo las indicaciones de Teclas, que se ha aprendido los planos de memoria. El hackeo de las cámaras de seguridad interiores también está dando su fruto; sin embargo, lo más probable es que alguien lo detecte más pronto que tarde, pues la repetición de un bucle de imágenes es muy evidente cuando aparecen personas en él.

—Tenemos que darnos prisa —señala el informático—. No creo que tarden demasiado en percatarse del engaño.

Micaela asiente y acelera el paso. Llegan a una de las puertas interiores. Tras poner el oído sobre ella y no percibir sonido alguno, la entorna con cuidado para echar un vistazo. Se trata de otro pasillo igual de maltrecho que el anterior. Micaela abre la puerta de par en par y avanza seguida por el resto. Un olor metálico enseguida golpea sus fosas nasales, haciéndole pararse en seco. El inconfundible aroma a sangre y carne fresca araña la pituitaria de todo el equipo.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Oso con gesto incrédulo.

Micaela dirige la mirada hacia donde señala su compañero y comprueba el origen de la fetidez. Un montón de girones de piel y carne reposan sobre un charco de sangre que ya ha empezado a

coagularse. Como guinda de ese macabro pastel descansa un cuero cabelludo del que nace una larga melena de un intenso color negro. Un reflejo inconsciente hace que todos ellos tomen distancia de semejante barbarie, pegando sus espaldas a la pared contraria del pasillo sin quitarle ojo a la amalgama de restos humanos recién cosechada.

—¡¿Qué *hijueputa* hicieron esos malparidos?! —exclama Flaca, abrumada por el nuevo hallazgo.

—La han desollado —responde Micaela.

Una ráfaga de disparos irrumpe en el pasillo dando por finalizada la conversación de Micaela y su grupo. Instintivamente, los cuatro se tumban bocabajo en el suelo para evitar que los proyectiles los alcancen. Cuando dan por hecho que está todo perdido, que Ares va a proclamarse como el ganador de la batalla, las deflagraciones cesan.

—Vaya, ¡aquí estáis! —Una voz ronca les da la bienvenida—. Al final ni siquiera he tenido que esforzarme en atraeros.

Micaela no tiene que levantar la mirada para saber que quien dice esas palabras es Ares, pues jamás ha sido capaz de olvidar la forma de hablar de quien le susurró al oído que iba a hacerla suya, por las buenas o por las malas.

—Por favor, chicos, no disparéis —dice Ares fingiendo indignación —. ¿Es así como tratáis a los invitados? ¡Levantadlos!

Los ocho hombres de Ares se dirigen a Micaela y su equipo, obligándolos a ponerse en pie con una brutalidad desmedida.

—¡No me toque, *hijueputa*! —grita Flaca—. ¡Suélteme ya!

Ares se acerca a ella, ya inmovilizada por sus hombres, y le acaricia la mejilla a pesar de su resistencia. Pasa sus dedos mugrientos, bajo cuyas uñas aún se almacena la sangre de la última mártir, por la línea de la mandíbula de Flaca con una lascivia que

consigue revolverle el estómago. Ella aprovecha el descuido de uno de sus captores y, con toda la fuerza que le permite su posición de inferioridad, dirige una patada a la que sabe que es la pierna mala de Ares.

—¡Maldita perra! —grita él tras aullar de dolor—. ¡Te juro que, en cuanto estés en mis manos, vas a implorar porque te mate!

Ares acomete contra la mejilla de Flaca dándole un tortazo que la deja inconsciente, colgando de los brazos de sus guardianes como una simple marioneta.

—¡Déjala, joder! —grita Oso revolviéndose—. ¡Eres un puto monstruo!

Con la furia envenenando sus venas, consigue deshacerse del amarre de uno de los hombres de Ares y, con un movimiento rápido, agarra la cabeza del segundo y la estampa contra la pared. Un chasquido intenso resuena cuando los huesos del cráneo del esbirro se fracturan al chocar con el cemento. El guardián, que muere en el acto, cae a los pies del grandullón rebotando contra el suelo. Oso se dispone a hacer lo mismo con su otro captor, pero Ares lo encañona con su pistola.

—¡Quietecito! —le advierte sin dejar de masajearse el golpe que Flaca le dio en la pierna—. ¡No te muevas o te juro que te reviento las tripas!

—Oso, para. Estoy bien. —La voz débil de Flaca llama la atención del alemán, que respira al comprobar que ha recuperado la consciencia.

El grandullón muestra las palmas de las manos a Ares y recobra la compostura, rebajando la tensión. La sangre que emana de la herida abierta del primer caído en combate se extiende por el pavimento, empapando la suela de los zapatos de Oso, que, con gesto de asco, levanta los pies para tratar de librarse de ella.

—De acuerdo, ya está —dice el alemán tras apartarse del charco —. No tienes por qué disparar.

—Lamentablemente, no puedo dejar que esto se quede así —dice Ares sin dejar de apuntarle—. Te has cargado a uno de los míos, así que me veo obligado a hacer algo al respecto. Ojo por ojo, ¿verdad?

Tensa los hombros y comienza a apretar el gatillo. Oso cierra los ojos, consciente de que son sus últimos segundos de vida. Los rostros de su mujer y de sus hijos llegan a su mente e, inevitablemente, sonríe. No piensa darle a ese ser infecto el gusto de escucharlo rogar por su vida.

Escucha el disparo. También oye los gritos desesperados de sus compañeros. Pero no siente nada. Abre los ojos y se mira el pecho. No hay ninguna bala alojada en su cuerpo, no existe mancha de sangre alguna que salpique su ropa más allá de la de su víctima. Mira a Micaela, que dirige sus ojos horrorizados al suelo. Flaca está tirada en el pavimento, con un orificio tintado de rojo intenso en la camiseta blanca que había elegido para la ocasión. Sus ojos, abiertos y llenos de lágrimas, encogen el corazón de Oso, que se ha quedado paralizado al ver a su compañera agonizar a pocos metros de él.

Micaela se zafa del agarre de sus opresores y acude a sujetar a Flaca. Sin importarle Ares ni sus hombres, Pantera recoge el torso de su compañera y lo coloca sobre sus rodillas. Echa un vistazo a la velocidad con la que la sangre abandona el cuerpo de Flaca y sabe que, por mucho que se esfuerce en taponar la herida, es cuestión de poco tiempo que la vida de su compañera se extinga. Entonces, deposita su mirada en los ojos llorosos de Flaca tratando de calmarla. Acaricia su rostro con ternura, guardándose el dolor que siente al saber que, unos minutos después, ya no quedará nada de

esa colombiana valiente que es capaz de conducir como un piloto de fórmula uno por las calles de Madrid.

—Raisa —dice ella a la vez que diminutas gotas de sangre salen disparadas de sus labios.

—¿Cómo? —pregunta Micaela acercándose un poco más a su boca.

—Me llamo Raisa —responde con un hilo de voz y media sonrisa.

Unos segundos después de presentarse con su verdadero nombre, Raisa muere en los brazos de Micaela, que, cuando percibe que su corazón ha dejado de latir, se deja llevar por las lágrimas.

Ya han sufrido la primera baja, y si no sucede un milagro, no será la última.

45

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Lucía.

—¿Crees que ha sido un disparo? —Rubén se yergue en su asiento con intranquilidad.

—No lo sé, jefe. ¿Cuánto le queda al GOES para llegar?

—Deberían de estar aquí ya. No sé por qué tardan tanto.

—¿Quieres que nos acerquemos un poco más? Puede que logremos ver u oír algo si acortamos la distancia.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es esperar. Yo también me estoy volviendo loco encerrado aquí dentro sin poder hacer nada, pero no podemos arriesgarnos a que nos detecten. Si lo hacen, saltarán las alarmas y será más fácil que los atrapen. Hemos de tener paciencia...

—Ya sabes que eso no es lo mío —se queja ella.

La espera se les está haciendo eterna, pero Rubén y Lucía no se permiten apartar la mirada de la nave ni un solo segundo. Están alerta, tratando de adivinar qué es lo que el asesino maquina dentro de aquella fortaleza.

Rubén no se ha dado permiso para sentirlo, pero la realidad es que el miedo ha comenzado a invadir cada milímetro de su cuerpo. Trata de convencerse de que el ruido que han escuchado no ha sido producido por la deflagración de un arma de fuego, aunque el sentido común no deja de decirle a gritos que es la única explicación posible. Se ve a sí mismo cuando no era más que un niño y su abuelo le contaba las leyendas de la zona, algunas más oscuras que

otras, pero todas ellas inquietantes. Recuerda la historia del salto de la novia de Navajas, una supuesta fábula de amor que a Rubén le parecía aterradora. Su abuelo le explicó que, hacía muchos años, las mujeres que iban a contraer matrimonio debían saltar de una orilla a otra del río Palancia y que si no lo conseguían, era una señal inequívoca de que el matrimonio fracasaría. Así quiso hacerlo una muchacha llamada María, que, enamorada hasta las trancas de su Tomás, se propuso cumplir con la tradición. Sin embargo, la mala fortuna quiso que la joven resbalase en el último momento, cayendo de lleno en la corriente del río, que se la llevó consigo sin ningún tipo de piedad. Tomás, roto de dolor, saltó tras ella tratando de alcanzarla y sufrió el mismo destino. Su abuelo aseguraba que en las noches de luna llena podían escucharse los lamentos de los enamorados que fallecieron intentado demostrar un amor que ellos ya sabían cierto. Rubén había ido alguna que otra vez a visitar el lugar en el que María y Tomás exhalaron el último suspiro y, cada vez que veía la espuma blanquecina que generaba la corriente del río mortal, no podía evitar que el vello se le pusiera de punta temiendo que, si se descuidaba los más mínimo, los amantes devorados por la furia del agua pudieran llevárselo junto a ellos.

—¿Qué crees que estará pasando ahí dentro? —pregunta Lucía, inquieta.

—Nada bueno —responde Rubén—. Solo espero que consigan ganar el tiempo suficiente hasta que vengan los hombres de negro. Ellos solo son cuatro y, por mucho que Oso sea lo más parecido a un espartano que me he encontrado en la vida, están en clara desventaja.

—Joder, están locos si creen que tienen algo que hacer contra ese puto demonio —dice la subinspectora, que, incómoda, se revuelve

en su asiento—. ¿Por qué no nos han esperado? ¡Podríamos haberlo planificado de otra manera!

—¿Tú esperarías si fuera tu hija la que estuviera retenida por ese criminal? Micaela está dispuesta a aprovechar la más mínima oportunidad para salvar a Bianca, por eso no ha querido perder el tiempo. Además, puede que no hayan querido involucrarnos en su misión suicida... Me atrevería a decir que son buena gente después de todo.

—Sea como sea, están bien jodidos. Vamos a necesitar un milagro para sacarlos vivos de ahí.

El teléfono del inspector suena y él responde la llamada con urgencia. Es el nombre del jefe del GOES el que aparece en pantalla y no puede esperar ni un segundo más para saber qué es lo que sucede.

—Rubén, hemos tenido un pequeño problema. Estábamos a punto de entrar en la zona con las furgonetas, pero nos hemos encontrado con una visita inesperada que hemos tenido que..., ¿cómo decirlo?, neutralizar.

—¿Una visita? —pregunta Rubén inquieto—. ¿A qué te refieres?

—Unos cuantos hombres de los que trabajan para Ares volvían a su guarida casi a la par que nosotros. Los hemos identificado gracias a los datos que aportasteis sobre el vehículo en el que se mueven, ese Range Rover negro. Los muy idiotas no se han molestado en cambiarlo, ni siquiera han modificado las matrículas. Son bastantes, pero el factor sorpresa nos ha permitido interceptarlos sin ninguna baja en ninguno de los bandos. Algún listo ha intentado echar mano de su arma, pero le hemos explicado amablemente que esas no son formas de recibir a la Policía. Creo que lo han entendido a la perfección.

—No me cabe duda —responde Rubén sin poder evitar una sonrisa de satisfacción—. Os esperamos en la zona, esto tiene mala pinta.

—¿Ha pasado algo?

—No hemos podido escucharlo con claridad, pero creemos haber oído un disparo.

—Si solo ha sido uno, aún estamos a tiempo de evitar una catástrofe. Una de las furgonas se queda aquí a la espera de que nos cedan un vehículo en condiciones para el traslado de los detenidos. Nosotros ya estamos de camino. Solo tenéis que aguantar un poco más.

—Recibido —responde Rubén—. Nos vemos pronto.

El inspector cuelga y suspira, tratando de liberar la tensión. Tras contarle las novedades a su compañera, se permite cerrar los ojos durante unos segundos. Le da vueltas una y otra vez a la conclusión a la que el GOES ha llegado respecto a ese único disparo: «si solo ha sido uno, aún estamos a tiempo de evitar una catástrofe». Rubén frunce el ceño. Si algo ha aprendido a lo largo de ese caso es que las peores muertes pueden tener lugar en completo silencio.

46

Micaela camina escoltada junto a Teclas y Oso. Tras asesinar a Flaca, Ares los ha obligado a abandonar su cuerpo allí mismo, junto a la piel arrancada de la última adolescente, como si fuera otro trofeo más para su colección de crueldad. Aunque no dejan de avanzar, a Micaela todos los pasillos le parecen iguales: las paredes están desconchadas, el suelo lleno de ponzoña, e impera un olor a sudor mezclado con sangre y heces al que su olfato todavía no se ha acostumbrado.

—No os esperaba tan pronto, la verdad —comenta Ares con indiferencia mientras camina junto a ellos—. Con vuestra visita habéis precipitado las cosas..., pero ¡que no cunda el pánico! Nos adaptaremos. ¿Verdad que sí, bonita?

Esa última pregunta dirigida a Micaela hace que le hierva la sangre. Pantera se decide por ni siquiera dirigirle la mirada o, de lo contrario, cree que no podrá contenerse. Necesita que se relaje, que tenga por seguro que todo está bajo su control. Solo entonces tendrá la oportunidad de atacarlo y, cuando llegue el momento, lo hará con contundencia. Está dispuesta a arrancarle la yugular de un bocado si hace falta.

—No eras tan callada cuando me volaste los huevos de un disparo —insiste Ares, intentando que Micaela reaccione—. ¿Sabes qué es lo bueno? No me hace falta una polla para someterte, zorra. Pronto lo descubrirás.

Teclas se estremece ante la amenaza. Aún no ha logrado recomponerse de la visión de Flaca agonizando y no se ve con fuerzas para observar cómo ese monstruo agrede sexualmente a Pantera. De repente, no tiene miedo a morir. Nunca se ha considerado una persona valiente, más bien todo lo contrario. Pero ahora no hay espacio en su mente para el pánico, pues su instinto de supervivencia lo ha acaparado todo. «Debí de ser más explícito en el mensaje», se lamenta sin dejar de avanzar tras sus compañeros. No sabe si ese inspector confiará en su palabra, si aparecerá en algún momento para sacarlos de allí antes de que Ares los aniquile uno a uno.

—¿Tienes ganas de ver a tu hijita? —le pregunta Ares a Micaela, dispuesto a utilizar todas sus armas para hacer que hable—. Siento comunicarte que no está en su mejor momento. ¡Y eso que la estamos tratando como a una reina!

Ella guarda silencio. No está dispuesta a darle a ese perturbado lo que busca, no quiere ver de nuevo esos dientes putrefactos asomando entre sus secos labios. Pronto recibirá el peor de los castigos, uno que Ares ha estado maquinando durante todos estos años. Sin embargo, lo único que le importa es sacar a su hija de allí con vida y, aunque no tiene ni idea de cómo hacerlo, siente que va a conseguirlo.

—Pues sí que has cambiado, Pantera —dice Ares, sorprendido—. La edad te ha hecho madurar por lo que veo. Pues ¿sabes qué? ¡Eras mucho más divertida antes! Por cierto, debes reconocer que la escenografía que he montado con los cadáveres es arte, ¿verdad? Estoy seguro de que con la primera adolescente muerta se te paró el corazón. ¡Era igualita a tu hija!

—Eres un jodido animal. —Oso, aunque lleva un buen rato intentando contenerse, no puede evitar responder a las

provocaciones de Ares.

—¡Es a ti al que llaman Oso! —le recuerda Ares con sorna—. Muchacho, acabas de partirle el cráneo a uno de mis hombres con una sola de tus manos. ¿De verdad crees que soy yo el animal? Si no fuera por tu alarde de ego, esa compañera tuya seguiría viva. De hecho, me hubiera encantado divertirme con ella. ¿Te puedes creer que aún no he probado un coñito colombiano?

—¡Hijo de puta! —Oso se revuelve una vez más, tratando de deshacerse del agarre de sus guardianes para atacar a Ares, que observa la escena con una sonrisa.

—¡Qué piel más fina! ¡Solo era una broma sin importancia! —se jacta el dios de la guerra—. Bueno, supongo que ya habréis identificado los tres primeros mitos griegos, ¿verdad? —Sonríe y continúa sin esperar respuesta—. Pues bien, como ya habréis visto, a la última víctima le hemos arrancado la piel. Bueno, la verdad es que me he encargado yo solito de hacerlo. ¡No os podéis imaginar cómo gritaba la muchacha! En fin... —Menea la cabeza con melancolía—. Es el tormento de Marsias, que fue desollado vivo por Apolo tras un desencuentro en un concurso musical. ¿A que es interesante? —Se regodea—. Supongo que ya habrás intuido que la adolescente que se convirtió en carnaza también fue cosa mía ¿verdad que sí, gatita? —dice a la vez que toca la punta de la nariz de Micaela con el índice—. Lamentablemente, no puedo sumar su nombre a mi lista de cinco mártires, así que su muerte no cuenta para mí. Tampoco creo que le importe a nadie: en las noticias he visto que no era más que una niñata malcriada.

Silencio.

—Por lo que veo, nos ha tocado un público exigente hoy —se lamenta con teatralidad—. Aun así, no voy a dejar pasar la oportunidad de contaros cuál es el último tormento. Es el más

importante, ¿sabéis? Resulta que Zeus castigó a Tántalo a pasar hambre y sed eternas. El pobre hombre estaba rodeado de agua y comida, pero, cuando quería alcanzarlos, se alejaban. He de reconocer que me ha costado un poco adaptar este mito, pero creo que lo he conseguido casi a la perfección. —Ares se detiene justo delante de una de las puertas cerradas de la nave—. ¿Queréis verlo?

Micaela contiene un sollozo. Recuerda el tubo adherido a la garganta de su hija y el horrible estado en el que se encontraba cuando la localizaron en las imágenes de las cámaras de seguridad. «Ese es su tormento: morir de hambre y sed», piensa. Trata de hacer cálculos sobre cuánto puede aguantar el cuerpo de una adolescente sin recibir alimento, pero la angustia se apodera de su cuerpo y no le permite pensar.

—Vaya, ahora sí que te ha cambiado la cara, gatita —le dice Ares —. No se hable más. Os presento a la joya de la corona.

Ares abre la puerta y enciende una luz tenue que apenas logra iluminar la estancia. Sobre el suelo, el cuerpo de Bianca permanece inmóvil. Micaela ahoga un grito al ver a su hija en esas condiciones y se revuelve incansable para acudir en su ayuda.

—Tranquila, Pantera. Está viva —le adelanta Ares—. No he querido matarla hasta que haya acabado contigo. Tú y yo tenemos pendiente un espectáculo que Bianca no se puede perder.

Ares agarra a la niña con fuerza, que se deja hacer sin oponer resistencia alguna. Tras sentarla en una camilla que hay en la habitación, la traslada junto al resto hacia otra estancia de la nave, más amplia y con una mejor iluminación. Los esbirros de Ares sientan a los tres exdelincuentes en una esquina sin dejar de custodiarlos. Micaela echa un vistazo rápido: hay una camilla metálica en el centro, al lado de la cual han colocado una mesa llena

de objetos que no consigue distinguir, pero que cree que, con toda probabilidad, serán las armas que Ares ha reunido para torturarla.

—Y a ti te dejo por aquí —dice Ares tras ponerle el seguro a las ruedas de la camilla—. Desde esta zona no te perderás detalle alguno de lo que va a pasar. ¡Eres una afortunada!

Bianca, ajena a lo que ocurre a su alrededor, deja caer la cabeza hacia un lado. Es entonces cuando su mirada, ahora desgastada, se cruza con los ojos horrorizados de su madre. Bianca sonríe, feliz por haberla visto una vez más antes de morir. Siente que su cuerpo se va apagando y, aunque lo intenta, sus ganas de luchar no hacen más que desvanecerse.

—Tú te vienes conmigo, gatita —dice Ares a la vez que agarra a Micaela del brazo—. Vamos a acabar lo que empezamos hace ya unos cuantos años.

Ayudado por sus lacayos, Ares tumba a Micaela sobre la fría mesa metálica que preside la estancia. Aunque ella opone resistencia, consiguen atar sus extremidades con fuertes correas que la inmovilizan casi por completo. Micaela dirige la mirada hacia su hija, que permanece con los ojos cerrados. «Cariño, no quiero que veas esto», piensa mientras escucha la voz socarrona de Ares narrando lo que tiene pensado hacerle.

—¿Has visto este bate? —Ares le muestra un trozo de madera con pinchos de unos dos milímetros—. ¿Crees que será un buen sustituto de mi polla?

Micaela no puede evitar que el terror asome a sus ojos. Sabe que no tendrá piedad alguna con ella y lo único que pretende es servir como entretenimiento mientras Oso y Teclas tratan de librarse de sus captores para sacar a su hija de allí. Respira profundamente una y otra vez, intentando viajar lejos de esa habitación fría en la que se teme que va a perecer. No quiere gritar de dolor, no puede permitir

que su hija la escuche. Está dispuesta a aguantar el sufrimiento en silencio hasta que su cuerpo no pueda más.

—Esto de aquí no nos va a hacer falta. —Ares, con un cuchillo cuyo filo amedrentaría a cualquiera, corta la ropa de Micaela, deleitándose al rasgar la interior—. Vaya, vaya, no estás nada mal —comenta con lascivia—. Esto va a ser más divertido de lo que creía. ¡Ya estoy excitado de cojones!

—Haz lo que tengas que hacer, hijo de puta —dice al fin Micaela —. Nos vemos en el infierno.

Ares deja ver su dentadura pútrida y afilada mientras pasa los dedos por el cuerpo ahora desnudo de su presa. Acaricia sus pezones con lujuria y desciende lentamente por su abdomen hasta llegar a su pubis. Incapaz de contenerse, Ares agarra las caderas de Micaela y acerca la cara a su entrepierna para pasar la lengua por su sexo hasta empaparlo con su apestosa saliva. Micaela, inmutable, permanece en silencio, con los ojos cerrados y la mente muy lejos de allí.

—¿Te estás poniendo cachonda? —pregunta Ares asomando la cabeza de entre las piernas de Micaela—. Seguro que sí, zorra. Estás deseando que te folle, ¿verdad?

Silencio.

Micaela escucha sonidos metálicos a uno de sus lados e intuye que Ares, harto de su pasividad, va a comenzar con la tortura que le tiene preparada. Respira profundamente cuando siente un instrumento metálico y frío que se pasea por sus piernas. No sabría decir a ciencia cierta qué es y, en realidad, tampoco quiere saberlo. Aguanta el tipo sin abrir los ojos, a la espera de que el festín de dolor dé comienzo.

—Una rajita por aquí. —La voz de Ares la desconcentra—. ¡Tachán!

Ares corta la piel del muslo izquierdo de Micaela con un movimiento rápido. La sangre empieza a brotar, empapando con calidez la pierna. Ella da un respingo, pero no dice nada. Se guarda un grito que le apuñala la garganta, pero la sensación de poder sobre Ares al no darle lo que busca la hace más fuerte.

Teclas hace tiempo que ha tenido que apartar la mirada. No puede soportar ver a Micaela sufrir semejante horror y le quema por dentro la impotencia de no saber qué hacer para evitarlo. Su mirada se cruza con la de Oso, que, igualmente abrumado por lo que está ocurriendo, ha girado la cabeza hacia el lado opuesto al que se encuentra Micaela. «Te he fallado, Pantera», se repite una y otra vez. Está inmovilizado y tiene la certeza de que quienes lo custodian están armados hasta las pestañas, por lo que ha desechado la opción de tratar de librarse de ellos para correr hacia Ares y embestirlo como un miura. Sabe que, en el caso de que se atreviese a dar dos pasos, sus hombres lo abatirían sin dudarlo.

—Eres una tía dura, ¿verdad? —dice Ares—. Vamos a dejarnos de gilipolleces. Abre las piernas, gatita. Voy a enseñarte lo que es bueno.

Micaela siente presión sobre sus piernas y nota que dos de los esbirros de Ares están separándoselas, consiguiendo vencer la resistencia que opone. Aprieta los ojos, lista para sufrir el mayor dolor de su vida, para permitir que ese degenerado la veje como si solo fuese un trozo de carne.

Ares echa un vistazo hacia la camilla y ve que Bianca permanece con los ojos cerrados.

—¡Te vas a perder lo mejor, niña!

Con el bate lleno de pinchos aún en la mano, Ares se acerca a Bianca y le golpea un par de veces las mejillas para que se despierte sin conseguir resultado alguno.

—¿Está muerta? —pregunta al aire—. Venid aquí, cojones. Ayudadme. ¡No se puede morir aún! ¡Ese no es el jodido plan!

Dos de los hombres que custodian a Oso y a Teclas acuden a la llamada de su jefe. Mientras tanto, Ares acerca la cabeza hacia la nariz de la niña para comprobar si continúa respirando.

—¡No hagáis ruido, joder! —grita enfadado—. No escucho nada.

Cuando vuelve a girar la cabeza, siente una intensa punzada en uno de los laterales del cuello. Alarmado, se separa de la camilla a la vez que se lleva las manos al punto de dolor para contener la sangre que ya ha comenzado a brotar imparable de la carótida. Extrae el arma que han ensartado en su garganta y, cuando la mira, reconoce una de las palancas oxidadas de la camilla sobre la que reposa el cuerpo de Bianca. Siente que las fuerzas le flaquean, que está a punto de desplomarse allí mismo. Justo antes de desvanecerse, se encuentra con los ojos verdes de la niña, los mismos que tiene Micaela. Ella, semiincorporada en la camilla, espera pacientemente a que su captor se desangre. Cuando Ares pierde el conocimiento, Bianca respira un poco más tranquila. Jamás habría pensado que se sentiría tan orgullosa por haber acabado con la vida de un hombre.

47

Los dos guardianes que caminaban hacia su posición en el momento del ataque echan a correr para socorrerlo mientras Ares yace inmóvil en el suelo. Oso aprovecha el desconcierto para zafarse y, con un par de golpes certeros, consigue dejarles inconscientes.

—¡Corre!

Oso saca a Teclas del trance en el que acaba de entrar y, mientras él salda las cuentas pendientes con los esbirros de Ares que aún siguen en pie, el informático echa a correr movido por un instinto que hasta el momento desconocía. En cuanto los descubrieron en uno de los pasillos de la nave, les arrebataron las armas, pero, por suerte, la mesa al lado de Micaela está llena de instrumentos mortales. Los dos guardianes que continúan custodiando a Pantera no se percatan de la presencia de un tirillas que no llega al metro setenta, pero que, con los ojos plagados de rabia, agarra un machete afilado con una seguridad que ni él mismo reconoce. El arma pesa en sus manos, pero Teclas utiliza todas las fuerzas que le quedan para rebanarle el cuello a uno de los centinelas, que, cuando quiere darse cuenta del ataque, ya ha expirado su último aliento.

—¡Hijo de puta! —grita el otro combatiente—. ¿Qué has hecho?

Teclas no le da la oportunidad de decir ni una palabra más. Con el deseo de venganza guiando sus pasos, hinca el machete en el pecho del hombre, que ya había comenzado a avanzar hacia él para atacarlo. El informático consigue cumplir con su objetivo y el filo de su arma se inserta en el cuerpo de su oponente como si de un

bloque de mantequilla templada se tratase. Sin embargo, la sangre de su anterior víctima empapando sus manos hace que la empuñadura se le resbale y sobrepase el mango, provocando que se seccione las palmas con el borde afilado del instrumento. La adrenalina que inunda sus venas, unida a su deseo impertérrito de salvar a su compañera, consiguen que Teclas no repare en la gravedad de sus heridas. Tras arrancar el machete del cuerpo del segundo hombre caído, corta las ataduras que mantienen sujeta a Micaela a la ensangrentada mesa de acero, liberando por fin a la que ahora es más Pantera que nunca.

Ella no repara en el barullo que se acrecienta a su alrededor, tampoco le importan su desnudez ni el corte sangrante de su muslo. Con la determinación de quien tiene claro su objetivo, interpone su cuerpo entre Bianca, que parece haberse quedado congelada contemplando la revuelta, y los lacayos de Ares. Antes de que alguno de ellos reaccione para acometerla, agarra el bate de béisbol con el que iba a sodomizarla y adopta una postura de ataque, preparada para golpear a quienes estén dispuestos a tratar de arrebatarle a su hija por segunda vez. Los mira desafiante, deseando que alguno de ellos ose acercarse a ella para poder hundir los pinchos del arma bien hondo en cada uno de sus cráneos. No repara en el hecho de que sus contrincantes poseen armas de fuego, tampoco en que continúan superándolos en número. En su cuerpo ensangrentado no hay lugar para las dudas, tampoco para la indecisión. Su yo pasado ha tomado el control y no va a parar hasta sacar de allí a su hija.

Los hombres de Ares la miran con odio. Desearían vaciar sus cargadores sobre ella, pero las órdenes de su jefe son claras: la quiere viva; y ninguno se atreve a contradecirle, ni siquiera ahora que no poseen la certeza de que el corazón de Ares siga latiendo.

Poco a poco, Teclas y Oso consiguen desplazarse para situarse junto a su compañera. Ahora los bandos están más que claros y, aunque siguen siendo desiguales, la diferencia se ha acortado mucho. Dos de los hombres de Ares aún yacen inconscientes en el suelo mientras que otros dos no volverán a despertar de su sueño eterno. Un lacayo continúa arrodillado junto a Ares. Los dos restantes encaran a Micaela y su equipo apuntándolos con sus pistolas.

El tosido de un hombre llama la atención de Micaela. Ares, con una de sus manos aún presionando la herida que Bianca le ha provocado, vuelve en sí para cruzar de nuevo sus ojos con los de Pantera. Ella siente un frío repentino en la nuca, la señal inequívoca de que su cuerpo sabe que algo malo va a pasar. Ares le pide a su hombre que lo incorpore y, cuando recobra la verticalidad, escupe una última frase llena de rabia.

—Matadlos a todos.

Sus hombres tensan los brazos mientras encañonan a Micaela, Oso y Teclas, que, únicamente dotados de armas blancas, saben que su destino está sellado. Micaela retrocede unos pasos para agarrar la mano de Bianca. Quiere sentir su tacto una vez más antes de que las luces se apaguen para siempre. En cuanto nota la piel de su hija siente que, por fin, puede irse en paz. Cierra los ojos en armonía, preparada para lo que venga.

Un sonido estrepitoso rompe su sosiego, pero no se trata de ningún disparo, al menos no en un primer momento. Varios hombres robustos y vestidos de negro acceden a la estancia en la que se ha librado la peor de las batallas armados hasta los dientes al grito de «¡Policía!». Enseguida, los hombres de Ares modifican la trayectoria de sus armas para disparar a su inesperada visita, pero los miembros del GOES no dan lugar a ningún tipo de respuesta. El

sonido de los cristales rompiéndose cesa para dar paso a un continuo de deflagraciones que se superponen, sin que pueda distinguirse cuándo acaba una y cuándo empieza la siguiente.

Micaela saca a Bianca de la camilla, la coloca en el suelo y se tumba sobre ella, parapetando el cuerpo de su hija con el suyo propio. Oso y Teclas también se tiran al suelo, cubriéndose la cabeza con las manos como si eso fuera a servir de algo si uno de los proyectiles que vuelan de un lado a otro de la habitación decidiera utilizarlos como blanco. En el momento en que los disparos cesan, Micaela levanta la cabeza para examinar el entorno. Le pitan los oídos y la pólvora invade sus fosas nasales, dificultándole la respiración. Todos los hombres con los que habían estado batallando permanecen en el suelo, pero, desde su posición, no puede cerciorarse de si están vivos o muertos. Su vista tan solo distingue bultos oscuros que yacen inmóviles.

Una voz conocida suena cada vez más cerca, pero Micaela no es capaz de identificarla, ni siquiera consigue descifrar sus palabras. Sin embargo, a pesar del intenso dolor que siente en cada parte de su cuerpo, del miedo atroz que aún la atenaza, y de no saber a ciencia cierta si su hija va a recuperarse, su tono consigue, sorprendentemente, apaciguar su ansiedad.

—¡Micaela!

Rubén se acerca a ella corriendo y, una vez a su lado, se arrodilla para estar a su altura. Agarra su cara con ambas manos y la mueve de un lado a otro para comprobar que todo sigue en su sitio. Tras apartar su cuerpo desnudo, descubre que Bianca yace bajo ella. Está consciente, pero parece haber entrado en un estado de *shock* del que le será difícil salir.

—¿Me escuchas? ¿Estás bien? —pregunta nervioso—. ¡Alguien tiene que mirarte esa herida! —dice al observar la sangre que

abandona la profunda raja que adorna una de sus piernas—. ¿Bianca está bien? ¿Qué le han hecho?

El inspector la mira asustado, aunque ya haya comprobado que, herida sí, pero continúa con vida, algo que no tenía demasiado claro cuando entró una vez que los GOES aseguraron la nave. La sangre desparramada por el suelo le encogió el corazón; ahora tiene la certeza de que, tras unos cuantos puntos y una buena ducha, la que en su día fue Pantera estará como nueva.

—¡Te tenemos, hijo de puta! —Lucía encara a Ares, que permanece en pie sujeto por dos de los GOES que han accedido al recinto—. No te preocupes por el resto de tus sicarios. Nos los hemos encontrado de camino y, ¿sabes qué?, ya los tenemos bien engrilletados en el interior de unos cuantos radiopatrullas. Se acabó tu juego, cabrón.

Micaela, aún sin saber muy bien qué es lo que sucede a su alrededor, sonríe al inspector. Siente que, si él está cerca, nada malo puede ocurrirle. Exhausta, se abraza a él como si fuese la única boya a flote en medio del océano. Una vez que hunde su cabeza en el pecho de Rubén, se da por fin el gusto de descansar. Ya habrá tiempo de explicaciones, ahora tan solo quiere perderse en sus brazos.

48

Un sonido melodioso acaricia los oídos de Rubén, sacándolo del sueño profundo en el que estaba inmerso. Se revuelve en la cama de un lado a otro, sintiendo que las sábanas lo tienen preso. Sin embargo, cuando una banda de sonoros cascabeles se une a la ecuación, el inspector da por perdidos sus cinco minutos más de descanso.

—¿Ya estamos con los villancicos? —pregunta indignado, aún con los ojos cerrados—. Estoy harto de la Navidad y todavía no ha comenzado el mes de diciembre.

—No seas aguafiestas, madero —responde Micaela acurrucándose aún más a su espalda—. Hace menos de dos meses no sabíamos si íbamos a llegar vivos a estas fechas. ¡Vamos a disfrutarlas!

—Preferiría disfrutarlas a partir de las nueve de la mañana, si no es mucho pedir —responde Rubén a la vez que se estira en la cama.

Micaela aprovecha que su acompañante se tumba bocarriba para subirse a horcajadas sobre él al primer descuido. Agarrando con fuerza sus muñecas, las presiona contra el colchón mientras Rubén, consciente de que podría zafarse de ese agarre con facilidad, se deja hacer.

—¿Sabes ya qué es lo que vas a pedirle a los Reyes Magos para mí? —pregunta ella con picardía.

—Lo tengo muy claro —responde él uniéndose al juego—. De hecho, Sus Majestades de Oriente me han otorgado permiso para darte una parte de tu regalo hoy mismo.

Micaela sonríe y Rubén, tras soltarse, la agarra con fuerza de la cintura para tumbarla sobre la cama y situarse sobre ella, cambiando las tornas en menos de cinco segundos, tal y como hizo en aquel sueño que creyó que jamás iba a cumplirse. Si no estuvieran demasiado ocupados devorándose el uno al otro, podrían ver a través de la ventana que en el parque Ribalta ya ha amanecido. Por sus recovecos hace tiempo que pasean los castellonenses más madrugadores y algún que otro turista dispuesto a aprovechar el día al máximo para exprimir los innumerables encantos de la ciudad. Los villancicos de los comercios más cercanos, que últimamente se encargan de despertar a Rubén cada mañana, eclipsan el sonido de los ladridos de los perros que juguetean mientras corretean de un lado al otro del parque, haciendo parones de vez en cuando para marcar su territorio, no vaya a ser que un *bulldog* forastero tenga la osadía de apropiarse de sus dominios.

Mientras explora una vez más el cuerpo irresistible de Micaela, Rubén no deja de pensar en lo afortunado que es. Las cosas se pusieron complicadas los últimos meses, pero, dadas las circunstancias, el hecho de que ambos puedan contarlo es suficiente como para estar agradecido.

Poco después de la batalla campal que se formó en la nave abandonada, las consecuencias de sus acciones se fueron sucediendo y, aunque tiene la esperanza de que poco a poco todo se solucione, de momento se ha iniciado un expediente disciplinario con su nombre encabezando todo el papeleo y, hasta que se determine en qué lugar lo deja su colaboración con una banda de exdelincuentes, está suspendido de empleo y sueldo.

El dinero es, de lejos, lo que menos le preocupa. De hecho, tiene suficientes ahorros como para subsistir unos cuantos meses sin necesidad de examinar las ofertas del supermercado para llevarse la

bandeja con la ternera más barata. Sin embargo, el momento en el que se vio obligado a entregar su arma reglamentaria y su placa emblema de Policía Nacional le ha generado un nudo en el estómago que no conseguirá desenredar hasta recuperarlas. Sin ellas se siente desnudo, completamente desprotegido, y, aunque la mayor amenaza para su integridad física está neutralizada, no está cómodo del todo.

Ares, a pesar de las lesiones provocadas por el ataque de Bianca y de que un par de esquirlas certeras se alojaran en su mandíbula, logró salvar la vida gracias a la rápida intervención de los servicios médicos, que lograron extraer los fragmentos de bala de su organismo y suturar las heridas antes de que se desangrase. Solo uno de sus esbirros corrió la misma suerte, aunque en su caso un disparo de los GOES le impactó en el antebrazo, destrozándole el cúbito y el radio y dejándole la extremidad inútil de por vida, algo que, seguramente, no le vendrá demasiado bien para su estancia en prisión.

El centro penitenciario de Castellón acogió a Ares con los brazos abiertos. La jueza encargada del caso, a la vista de los hechos, no tuvo duda alguna en solicitar su ingreso inmediato, y ahora el dios griego de la guerra permanecerá convicto, con suerte, hasta el fin de sus días. Muchos de los presos le sirven pleitesía, pero, alguno que otro, víctima de sus fechorías, no le quita el ojo de encima, dispuesto a saciar su sed de venganza en cuanto tenga la más mínima oportunidad.

Lo primero que hizo Micaela cuando comprobó que los servicios médicos se hacían cargo de su hija fue regresar, junto a Oso y a Teclas, al lugar en el que yacía el cuerpo sin vida de Flaca. Allí, tras darse las manos, guardaron un minuto de silencio frente al cadáver de su compañera para honrarla. Oso, sollozando como un niño pequeño, no era capaz de arrancarse la culpabilidad de la piel.

Desde entonces, las palabras de Ares asegurándole que él era el único responsable de su muerte no han dejado de taladrarle el cerebro, por mucho que se esfuerce en alejarlas de su cabeza. Cuando pudo regresar a casa después de tomas de declaración interminables y alguna que otra hora en el hospital, sanando sus lesiones, se convirtió de nuevo en Armin en el mismo instante en el que sus hijos, ajenos a todo lo ocurrido, corrieron a sus brazos deseando que su padre, el que creían el hombre más fuerte del mundo, los estrujase entre ellos. Sin embargo, y aunque trate de convencerse de que todo volverá a la normalidad, la mirada agonizante de Flaca es, aún hoy día, lo último que ve el alemán antes de dormirse.

Teclas, a través de su reloj inteligente, consiguió pulsar el botón que eliminaría todo rastro de la actividad que compartió junto a sus compañeros días antes del enfrentamiento armado. El hackeo de las cámaras de la fortaleza de Ares, las imágenes captadas por su dron, sus innumerables accesos a la Deep Web... Todo se esfumó en cuestión de segundos, no existiendo, por tanto, prueba alguna de sus tejemanejes. Acompañó a Micaela hasta que su hija se recuperó casi por completo y, una vez que tuvo claro que Bianca saldría adelante, se despidió de ella, esta vez como Simón, su verdadero nombre.

Las horas que Micaela pasó en el hospital junto a su hija se le hicieron interminables. Su cuerpo había comenzado a rechazar el tubo que esos animales le habían instalado en la garganta para privarla de alimento y agua, y gran parte de los tejidos que entraron en contacto con ese cuerpo extraño habían iniciado un proceso de necrosado. Eso, unido a la incipiente malnutrición y deshidratación severa de la niña, hizo que la operación para extraer el elemento de tortura se complicase. Sin embargo, los cirujanos consiguieron

salvarle la vida y, aunque probablemente su voz no vuelva a ser la que era antes del tormento, está viva para contarlo.

El entierro de Flaca fue uno de los momentos más emotivos que el grupo de exdelincuentes vivió jamás. Micaela, aunque quería acudir, no se sentía cómoda dejando sola a su hija, por entonces convaleciente. Sin embargo, Bianca le rogó que fuera a despedirse o jamás se lo perdonaría a sí misma. «Flaca dio la vida por mí, mamá. Se lo debes», le dijo con la madurez de quien le doblaría la edad.

No acudió demasiada gente a darle el último adiós a Raisa Ramírez Durango, la dueña de un taller de coches muy popular en la ciudad de Valencia; sí lo hizo su hermana mayor, Luciana, quien, sin dejar de sollozar durante toda la ceremonia, dio las gracias a Micaela, Armin y Simón por haber sido la familia de su hermana cuando ella, por motivos personales, no pudo serlo. Antes de que la tierra comenzase a cubrir el ataúd de Raisa, Oso lanzó sobre él un par de bujías de uno de los coches utilizados junto a ella en su etapa de ladrón y que siempre llevaba en el bolsillo como si de un amuleto se tratasen. «Esto es más tuyo que mío, Flaca. Que la tierra te sea leve», le dijo en un susurro justo antes de que, con la primera palada, el adiós definitivo se volviese real.

Cuando Rubén y Lucía esperaban a que el GOES llegase a la zona para llevar a cabo la entrada, el inspector recibió una llamada de la sala del 091 que le confirmó el hallazgo de la víctima número cuatro. Una niña de quince años con el pelo recién teñido de negro había aparecido completamente desollada en El Grao, junto a la fuente del pez de escamas coloridas que adorna la costa de la ciudad. La única zona de su cuerpo en la que permanecía su epidermis era la frente, en la que un número cuatro pintado con sangre la marcaba como una mártir más.

Un policía portuario que acababa su jornada la encontró y, aunque en un primer momento la dio por muerta, percibió que todavía le quedaba un hilo de vida. Melisa, la cuarta víctima oficial de los tormentos, se aferró a él con uñas y dientes y los servicios médicos consiguieron estabilizarla. Sin embargo, poco después falleció en el hospital, pues su cuerpo no aguantó la incipiente infección bacteriana que la invadía. La esperanza de que la última chica sobreviviese, hasta entonces preservada por las velas que casi todas las casas de Castellón mantenían encendidas en honor a su espíritu, se esfumó de un plumazo y, por desgracia, una nueva víctima se sumó a la horrible lista de mártires que Ares se había empeñado en redactar. Rubén consiguió hacer entrar en razón a Ferrer y, finalmente, la muerte de Davinia pasó a investigarse como un asesinato más de ese dios de la guerra despiadado. El ayuntamiento de la ciudad organizó un acto en honor de todas las fallecidas y los familiares, destrozados pero agradecidos, pudieron por fin darles el adiós que sus inocentes almas merecían.

Ferrer, para sorpresa de los implicados, dio la cara desde el primer minuto tanto por Rubén como por Lucía, aunque no pudo evitar que sus comportamientos se pusieran en tela de juicio. Por suerte, la declaración del inspector asumiendo toda la culpa y sacando a Lucía de la ecuación consiguió evitar que a ella la suspendiesen de empleo y sueldo, algo que para el inspector fue toda una victoria. Ella se enfadó con su jefe en un primer momento, aunque pronto entendió que la había salvado de una buena temporada de noches sin dormir y lágrimas silenciosas bajo la ducha. Junto al resto de su grupo, apoyó a Rubén desde el momento en que las cosas comenzaron a torcerse. Ahora oficialmente es la que ejerce la función de jefa del grupo de investigación en lugar de Rubén, pero no ha dejado de ponerlo al día de cada nuevo caso. «Esto no funciona sin ti, guaje»,

le recuerda al final de cada llamada. Y Rubén sonríe, aunque no se lo cree demasiado.

Don Marcelino se recuperó del ictus poco después de que el caso finalizase y tuvo que sustituir su bastón por una silla de ruedas, eso sí, sin dejar de mostrar su característica sonrisa. Estaba orgulloso de poder contar que había participado en la investigación del caso más truculento de la historia de Castellón y eso lo había rejuvenecido unos cuantos años. «Siempre he sabido que estabas destinado a hacer algo grande, muchacho», le dijo a Rubén cuando pudieron compartir un nuevo desayuno. El inspector se prometió que no volvería a perder el contacto con su mentor, pues tenía claro que todavía tenía muchas cosas que enseñarle. Le iba a costar alguna que otra bronca por parte de la mujer del docente, que, ahora más que nunca, se empeñaba en impedir que su marido probase el azúcar.

La prensa, que había seguido el avance de la investigación desde el inicio, se volvió loca con la resolución del caso del asesino de los mitos griegos y, desde que la trama salió a la luz, no han dejado de emitir programas especiales en los que desgranan una y otra vez lo que se supone que es la mente enferma del asesino. Psicólogos, psiquiatras y sociólogos buscan explicaciones para su comportamiento en su infancia, en los traumas que experimentó a lo largo de su vida, en su dolor, sacando como conclusión que, a veces, la maldad no tiene motivos.

—Ya estoy en casa.

La voz ronca de Bianca suena desde el pasillo de la entrada tras un sonoro golpe de la puerta al cerrarse. Puesto que la adolescente necesita hacer visitas casi diarias al hospital para que el personal de enfermería le haga curas, Micaela y ella han decidido trasladarse al piso de Rubén una vez que este se lo ofreció. De esa manera están

más cerca del centro médico y los continuos desplazamientos se hacen menos engorrosos. Rubén sabe que, en circunstancias normales, cualquiera diría que es algo precipitado. Sin embargo, cuando tu vida ha estado colgando de un hilo sujetado por el más vil de los asesinos, el tiempo se valora el doble. Puede que el triple.

—¡A levantarse, dormilones! —exclama Bianca con toda la potencia que su garganta desgastada le permite—. He traído *flaons* de Morella y, como no os deis prisa, pienso comérmelos todos yo solita.

Esa amenaza convence a Rubén y a Micaela para levantarse de la cama y, tras darse una ducha rápida, acuden raudos a la cocina a devorar esos dulces con aroma de anís. Micaela no puede evitar encontrarse con los ojos de Idaira, que, achinados a causa de una amplia sonrisa, la miran desde la fotografía imantada de la puerta de la nevera. «Al menos tu muerte no fue en vano, hermana», piensa a la vez que, inconscientemente, acaricia la mano de su hija.

El inspector, que llegó destinado a la comisaría de Castellón con miedo a sentirse fuera de lugar en el sitio que siempre había sido su hogar, se siente más en casa que nunca. Le hace gracia pensar en qué dirían su abuelo y su madre si supieran que se ha enamorado perdidamente de una italiana. «Esa gente no sabe comer. Donde esté un buen *arròs a banda* que se quite la pasta», se imagina que diría su madre.

En silencio y mientras mastica esa mezcla de requesón, azúcar y almendra perfectamente combinados, Rubén no deja de mirar a Micaela, que comenta distraída con su hija el último capítulo de alguna serie de esas que están en boga y cuya fama él no logra comprender. Sabe que la mitología griega se creó, en gran medida, para que la ciudadanía de aquella época pudiese comprender eventos a los que nadie le encontraba explicación. Sonríe, consciente

de que a él le vendría de maravilla uno de esos mitos para entender por qué esos ojos verdes que ahora lo miran con curiosidad lo han condenado para siempre.

Epílogo

Ya no puede disfrutar del *whisky* ni del tabaco. Tampoco de un sillón de piel suave sobre el que descansar su anatomía. Uno de los mayores miedos de Ares se ha cumplido y ahora solo puede preocuparse por una cosa: sobrevivir. Las prisiones nunca son un lugar seguro, y aún menos cuando has dedicado toda tu vida a coaccionar, robar y abusar de personas que ahora comparten estancia contigo. Ya ha tenido algún que otro susto: un puñetazo inesperado en las costillas al salir del comedor, miradas lascivas en las duchas..., pero, de momento, ha conseguido salir del paso; algo que no es poco, dadas las circunstancias.

La celda es estrecha, con paredes sudadas por el aliento de generaciones de hombres rotos. El catre huele a derrota, y el váter sin tapa le recuerda que la dignidad allí es solo un rumor. El eco de su nombre ha inundado los pasillos desde el mismo día en que puso un pie en aquella prisión. No tardó mucho en comenzar a hablarse de su mutilación, un dato que divierte a la mayoría de los presos y excita a muchos otros. El que antes mandaba, el que quebraba piernas y silencios, el que todos temían en la calle... ahora no es más que un rey sin corona. Lo llaman el Eunuco, el Castrado, y ha sido capaz de comprobar en su propia carne que la peor cárcel no es la de barrotes, sino la de la humillación.

Ha comprendido —por las malas— que el poder no es más que una ilusión. El miedo, por otro lado, es real. Un miedo que se le sube a la espalda con cada despertar y no le suelta el cuello hasta que las

rejas de su celda vuelven a bloquearse. Poco queda de aquel dios griego dispuesto a todo, capaz de arrancarle los ojos a cualquiera que osara a hablar cuando no le correspondía. Sin embargo, hay algo de aquel hombre que aún permanece en Ares: el odio. Ese sentimiento es lo único que lo mantiene cuerdo —si es que alguna vez lo estuvo—, el único motivo por el que aún no se ha cortado las venas con las cuchillas que ha comprado a cambio de unas cuantas pastillas de las que le recetan para el dolor. El rostro de Micaela protagoniza sus sueños y, sobre todo, sus pesadillas. Se castiga a sí mismo por haber sido tan codicioso, por no haberle puesto fin a la vida de Bianca en el mismo momento en el que sus plebeyos la llevaron ante él. «Me pudo el ego, joder», piensa una y otra vez. Deseaba hacer sufrir a Micaela con tanta intensidad que el dolor llegase a ser físico y, aunque lo había conseguido, no había podido ponerle la guinda al pastel. Ella y su hija siguen con vida y eso lo quema por dentro.

—¡Hora del almuerzo!

La voz de uno de los guardas le hace volver a su turbia realidad. Ares se levanta de la cama con cuidado, tratando de amortiguar el intenso dolor que acompaña sus movimientos desde hace tantos años. Camina con calma a través de los pasillos, con la mirada gacha y el deseo de que nadie repare en su presencia, de no convertirse, una vez más, en el foco de las burlas de los demás presos.

Hay un buen grupo de convictos que está de su parte, pero no son lo bastante poderosos como para evitar que, de vez en cuando, alguien lo agreda con disimulo o le susurre al oído lo que piensa hacerle en las duchas en cuanto baje la guardia. Su miedo crece con cada mirada, con cada insulto... y, poco a poco, la paranoia ha ido tomando el control de sus pensamientos, tanto que apenas pega

ojo, a pesar de que su celda es el único lugar seguro de esa fortaleza.

—Ahí va el Ken. —Uno de los presos lo señala mientras Ares pasa frente a él y su grupo de compinches—. Oye, ya sé que no tienes polla, pero el culo sí te funciona, ¿no?

—¡Solo hay una manera de comprobarlo! —grita el reo que está situado al lado del anterior—. Eres lo más parecido a una mujer que hay aquí dentro, cabrón. A cuatro patas seguro que no hay diferencia. ¡Lo estoy deseando!

Las carcajadas inundan el pasillo y Ares acelera el paso, más asustado que nunca. Se siente frágil, condenado a vivir bajo el yugo de hombres que hasta hace poco lo temían. «Si tuviera aquí a mis chavales, os ibais a cagar todos», piensa, consciente de que si en algún momento se le ocurre decir algo por el estilo, sus horas estarían contadas.

Llega al comedor y coge una de las bandejas. Mataría por comerse un chuletón poco hecho de esos que devoraba día sí y día también antes de que sus planes se torcieran. Sin embargo, debe conformarse con un puré de patatas rancio y una especie de guiso cuyos ingredientes son imposibles de descifrar.

—A ti te pongo un par de huevos aparte, ¿no?

Uno de los presos, el encargado de servir el guiso, lo mira divertido desde el otro lado de la barra. El resto de los presos que lo rodean ríen, unos a carcajada limpia; otros, aún temerosos de quien un día fue un dios, en voz baja. Ares avanza en la fila sin responder. No quiere librar batallas allí dentro, al menos no de momento. Cuando acaban de servirle el menú, camina hacia una de las mesas que aún permanece vacía. Se sienta con cuidado, tratando de disimular el calambre que recorre su pierna y que se encarga de

recordarle, una vez más, quién es la única culpable de todos sus problemas.

—¡Qué lo qué, mi rey!

Kelvin «la Rata» Tejada, uno de los sicarios dominicanos más temidos, toma asiento frente a Ares. Tras él, media docena de presos forman una media luna, custodiando a Kelvin como si se tratase de la joya más preciada del universo.

—¿Y esa cara, loco? ¿Tú no te *alegra'* de verme o qué? —pregunta el sicario.

—Rata, ¿qué haces aquí? —Ares se levanta y estrecha la mano de su nuevo acompañante—. Creía que te habían trasladado a una prisión de tu país.

—¡Ni loco, manito! Las cárceles de allá son un infierno. Aquí en España uno vive como un rey *comparao'* con eso —responde él—. *Pa'* eso *'tan* esos abogados míos cobrando en euros... Yo de aquí no me voy ni *amarrao*.

—Está bien ver una cara conocida —responde Ares—. Estoy harto de todos estos hijos de puta. No tienen ni idea de quién soy.

—Eras —le recuerda el dominicano—. Olvídate del pasado, *manín*. Aquí *to'* el mundo *'ta'* en modo guerra. Pero tú *'ta'* claro: yo *'toy pa'* ayudarte. Tú siempre *ha'* sido fiel... y en esta vuelta, la lealtad se premia.

Ares, por primera vez en mucho tiempo, puede ver un pequeño rayo de luz entre tanta oscuridad. Agradece a su yo del pasado haber hecho negocios con ese sicario dominicano que se encargó de liquidar a cuatro de sus compradores, unos que tuvieron los huevos de robarle la mercancía sin darle el dinero que habían acordado como pago. La cosa se torció y la Policía Nacional estuvo a punto de dar con Kelvin y su séquito, pero Ares —más por interés propio que por el del dominicano— movió unos hilos y consiguió que fuera un

quinqui de poca monta el que pagase por los asesinatos. De poco sirvió, pues dos o tres años después pillaron a Kelvin con las manos en la masa mientras le cortaba un par de dedos de la mano a un traficante que había «perdido» la droga que debía vender y lo condenaron por ese y otro cúmulo de delitos violentos en los que las muestras de ADN confirmaron que había participado.

—Tú no tienes que preocuparte, que ahora yo estoy aquí *pa´* cuidarte, y eso no se negocia —insiste el dominicano.

—Gracias, Rata —responde él—. Echaba de menos algo de compañía.

—Aquí estamos *pa´* lo que tú n*ecesite´* —le asegura Kelvin—. Pero dime, ¿cómo se llama esa zorra que te jodió allá fuera?

Las pupilas de Ares se dilatan oscureciendo aún más su mirada. Ahora tiene claro que la ayuda que el sicario le ofrece va más allá de las murallas de la prisión, y la idea de que finalmente pueda cumplir con su plan lo excita tanto que se ve obligado a contener un grito. Los ojos de Micaela ocupan cada rincón de su cabeza. Ya no le preocupa su seguridad, ni siquiera la poca dignidad que le queda.

Ares se aclara la garganta ante la mirada expectante de Kelvin y los suyos. Después, vocaliza el nombre que lleva persiguiéndole desde que se cruzó con esa mirada verduzca por primera vez, saboreando cada una de sus sílabas.

—Pantera.

Agradecimientos

Dicen que la gratitud es la memoria del corazón; ojalá estas palabras estén a la altura de todo lo que el mío recuerda.

Gracias a quienes estuvieron desde el principio, cuando la historia aún era solo una idea difusa, por creer en ella incluso antes de que tuviera forma. A quienes escucharon, leyeron, corrigieron y cuestionaron, haciendo que cada página fuera un poco mejor.

A mi familia, por su paciencia infinita, por comprender los silencios, las ausencias y las horas robadas al tiempo compartido. Por ser siempre refugio y punto de partida.

A mis amigas y amigos, por recordarme quién soy más allá de las palabras, por sostenerme en los momentos de duda y celebrar cada pequeño avance como si fuera un logro enorme.

A mis compañeros de trabajo, que me inspiran a diario —con sus historias, sus gestos o simplemente su manera de estar en el mundo —, porque sin saberlo dejan huella en estas páginas.

A quienes trabajan detrás de los libros, muchas veces sin nombre visible, pero con una dedicación imprescindible para que las historias lleguen a otros. Gracias, Rosa.

A la Diputación de Castellón, por el honor inmenso de haber reconocido esta obra con el galardón Letras del Mediterráneo. Más allá del premio, agradezco profundamente la labor cultural que realizan: por tender puentes entre historias y territorios, por apostar por la literatura como forma de encuentro y por dar voz a quienes escribimos. Gracias también por haberme permitido conocer

Castellón desde dentro, a través de sus paisajes, su luz y su gente; por hacer que esta historia no solo se escribiera sobre un lugar, sino también con él.

A los castellonenses, por abrirme las puertas de su provincia y permitirme imaginar, recorrer y construir desde ella. Gracias por vuestra hospitalidad, por vuestra identidad viva y por inspirar, con lo cotidiano y lo extraordinario, parte de esta historia. Y, de manera especial, gracias a Suso Postigo, por su generosidad y por su ayuda inestimable con la documentación sobre el terreno, que dio verdad y profundidad a estas páginas. Este libro también os pertenece.

A los libreros y libreras, guardianes silenciosos de las historias, por vuestra pasión incansable y vuestra cercanía. Gracias por recomendar libros como quien comparte un secreto, por crear refugios de papel en cada rincón y por hacer que cada lector encuentre, casi sin darse cuenta, el libro que estaba esperando. Sin vosotros, los libros llegarían con menos alma.

Gracias a ti, lectora o lector, por elegir este libro, por darle vida con tu mirada y por permitir que esta historia exista también en tu imaginación. Porque, al final, escribir es un acto solitario, y un libro solo cobra sentido cuando encuentra a quien lo lee.

Y, por último, y una vez más, un beso al cielo para las compañeras y compañeros que han dejado de cuidarnos en la tierra para velarnos desde ahí arriba. Mi profunda admiración para todos vosotros.

No quisieron servir a otra Bandera,
no quisieron andar otro camino,
no supieron vivir de otra manera.

El último tormento
Ana Covadonga Castro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Letras del Mediterráneo
Diputació de Castelló
GALARDONES

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Polina Korzun / Trevillion Images
y © Proonty, Virrage Images / Shutterstock

© Ana Covadonga Castro, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-670-8303-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
Epílogo
Agradecimientos
Créditos